MARQUÉS DE SAN JUAN
DE PIEDRAS ALBAS
EX LIBRIS

VIDA

DE LA MADRE

ANA DE JESÚS

PRIMERA PARTE

ANA DE JESÚS EN ESPAÑA.

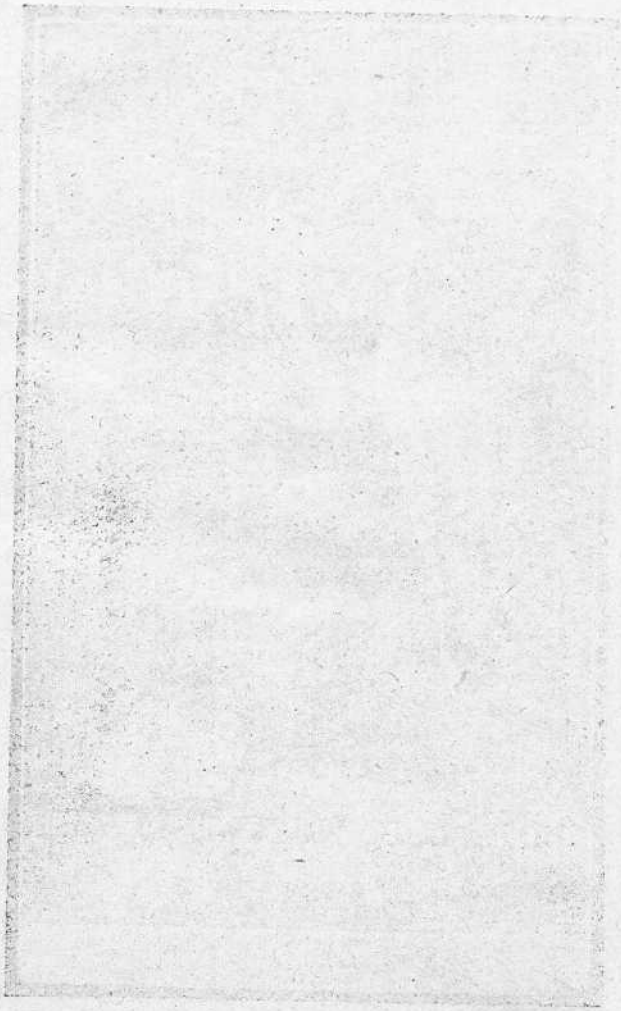
VIDA

DE LA MADRE

ANA DE JESUS

PRIMERA PARTE

ANA DE JESUS EN ESPAÑA.



Vª Mª Ana de Jesus Compañera de Sª Theresa, y
Fundad.ª del Convº de Carmelitas desc.ºs de Sª Ana de
Madrid, y de los de Francia, y Flandes: murio en Bruselas
a 6 de Marzo de 1621. de 76 a.s de edad, y 51 de religion

VIDA

DE LA MADRE

ANA DE JESÚS,

COADJUTORA DE SANTA TERESA EN LA REFORMA DEL CARMELO

Y

FUNDADORA DE LA ORDEN EN FRANCIA Y EN BÉLGICA:

obra compuesta con documentos originales

POR EL

Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Santa Ana,

CARMELITA DESCALZO,

y traducida al castellano de la primera edición francesa

POR UNA RELIGIOSA DE LA MISMA ORDEN.

CON UN PRÓLOGO

DEL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Lugo.

BURGOS: 1901.

Imprenta de San José. calle de la Puebla, núm. 35.

Por cuanto el M. I. Sr. Dr. D. Alejo Diez Herce, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral, ha examinado de nuestra orden el manuscrito intitulado VIDA DE LA MADRE ANA DE JESÚS, compuesta por el Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Santa Ana, Carmelita descalzo, y según la censura nada contiene «que se oponga á la doctrina católica y sana moral, antes por el contrario se la conceptúa fomento excelente de la fé y las virtudes cristianas, y obra muy grata á la Divina Majestad el imprimirla y propagarla», concedemos de buen grado nuestra licencia para su publicación.

Santander 21 de Diciembre de 1899.=†V. Santiago, Obispo de Santander.=Hay un sello.=Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor, Lic. Crisanto Rodriguez, Casanueva, Canónigo-Secretario.

CENSURA.

Excmo. é Ilmo. Señor:

Honrado por V. E. I. con el encargo de examinar el adjunto manuscrito intitulado *Vida de la Madre Ana de Jesús*, compuesta por el Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Santa Ana, Carmelita descalzo, he puesto toda diligencia y atención en su lectura, á fin de corresponder á la confianza de V. E. I. Puedo afirmar que, á medida que el ánimo se internaba en la consideración de los portentos acumulados por Dios Nuestro Señor en la existencia preciosa de Ana de Jesús, crecía la devoción y el interés, al tocar como con la mano las maravillas de que la Majesiad Divina hace ostentoso alarde en sus siervos. Se entiende muy bien, al recorrer las páginas de este manuscrito, no ser amplificación retórica lo que dice su autor en la dedicatoria á la M. R. Madre Priora y Religiosas del Convento Real de Carmelitas descalzas de Bruselas, es á saber: «no haber tenido en su vida horas más felices que las dedicadas á esta historia».

Efectivamente, Excmo. Sr., fué la Madre Ana de Jesús distinguida con la más íntima familiaridad por Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, que se congratulaban con ella como en un don preciadísimo del cielo, para llevar á cabo y consolidar la tan combatida Reforma del Carmelo, cuya importancia religiosa y social á nadie se oculta. Enriqnecida por Dios con dones extraordinarios de arrobamientos, éxtasis, de oración altísima, del don de profecía, de discreción de espíritus, de curaciones, de ciencia infusa, fué, especialmente en Salamanca, Madrid y Bruselas, objeto de veneración religiosa y admiración profunda, ya de parte de los Reyes y altos dignatarios de la corte de España y de los Archiduques de Flandes, ya de parte de varones no menos insignes por su santidad que por su doctrina; hasta tal punto, que el Beato Orozco afirmó que, «á su parecer, no tenía semejante en la tierra». Y San Juan de la Cruz que la trató muy á fondo por haber sido durante muchos años confesor suyo, decía «que en dones sobrenaturales corría á las parejas la Madre Ana con la Madre Teresa, y que en prendas naturales la superaba». Fué coadjutora insigne de Santa Teresa en la obra magna de restituir el Carmelo á su primitivo fervor de oración y penitencia; llevó la Descalcez Carmelitana á

Francia y á los Estados de Flandes, realizando muchas fundaciones en las cuales dejó, bien que á costa de grandes trabajos y penalidades inauditas, el espíritu y la fragancia de las heróicas virtudes de la insigne virgen avilesa; espíritu y virtudes que, muerta Teresa de Jesús, parecían haberse concentrado, á título de herencia, en la Madre Ana, designada por aquélla con espíritu profético como la continuadora de su obra.

Las bendiciones que el cielo derramó sobre Francia y los Estados de Flandes al penetrar en ellos la sierva de Dios, fueron bien señalados: los trastornos religiosos cesaron en Francia por mucho tiempo, y las interminables guerras de los Estados flamencos alcanzaron treguas hasta de doce años: beneficio insigne con que Dios Nuestro Señor quiso honrar la implantación del Carmelo Reformado en los susodichos países, llevada á cabo por Ana de Jesús.

Y si es triste verdad, Excmo. Sr., que el pecado, obra de tinieblas y flaqueza, reprime y envilece el alma materializándola en cierto modo, haciéndola terrena y bestial, no obstante ser por su naturaleza espíritu, la lectura de la Vida de Ana de Jesús patentiza una vez más que la gracia no es en su orden menos eficaz que el pecado, puesto que no sólo levanta y diviniza los más nobles anhelos del espíritu, sino que en cierto modo espiritualiza las tendencias y movimientos inferiores del hombre.

Abrigo por todo esto la convicción de que la lectura de la Vida de Ana de Jesús es muy á propósito para producir en las personas religiosas grandes crecimientos en perfección y santidad, y en todo cristiano mucha estima de los bienes del alma, consiguiente aborrecimiento del pecado, y amor de Dios Nuestro Señor, que tales maravillas obra en sus criaturas. Así que no encontrando en esta Vida escrita por el P. Bertoldo-Ignacio de Santa Ana nada que se oponga á la doctrina católica y sana moral, antes por el contrario conceptuándola fomento excelente de la fé y virtudes cristianas, creo sería obra muy grata á la Divina Majestad el imprimir y propagar la mencionada Vida. Este es mi humilde juicio, que en un todo someto al más acertado de V. E. I.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Santander 19 de Diciembre de 1899.

Alejo Díez Hevce

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Santander.

DEDICATORIA DEL AUTOR.

A LA MUY RDA. MADRE PRIORA Y RELIGIOSAS
del convento Real de Carmelitas descalzas de Bruselas.

Muy Reverendas Madre y Hermanas:

Después de siete años de profundas y laboriosas investigaciones, el muy Rdo. P. D. Pitra, hoy Cardenal, ofrecía á Monseñor Du Trusset de Hericurt, Obispo de Autum, su Historia de S. Leger, diciéndole: «Os devuelvo á Leodegar, más bien que dedicároslo, y me tengo por dichoso de ponerlo bajo el nombre de un Prelado que muchas veces me ha recordado su imagen.

Aunque no puedo en modo alguno ponerme en parangón con el sabio Benedictino cuyo nombre acabo de citar, ni haya entre mi humilde trabajo y el monumento que él elevó en honor de uno de los hombres más grandes del séptimo siglo un punto de semejanza, atrévome, no obstante, Reverendas Madre y Hermanas, á apropiarme su modo de hablar.

Os devuelvo, pues, á Ana de Jesús. *Os la devuelvo, no como la representaron tan largo tiempo funestas preocupaciones, sino como la conocieron y apreciaron las Teresas de Jesús, los Juanes de la Cruz, los Báñez, los Luises de León, las Isabeles, los Van Overstraeten, los Tomases de Jesús, los*

Hilarios de San Agustín; tal, en fin, como VV. RR. mismas la han siempre honrado.

Os devuelvo á Ana de Jesús, *porque á imitación de las que las han precedido velan VV. RR. con solicitud verdaderamente religiosa, no sólo sobre los restos venerandos de nuestra común Madre, sino también sobre el depósito de los preciosos manuscritos que refieren sus virtudes y su gloria.*

Os devuelvo á Ana de Jesús. *De VV. RR. proviene la parte más importante de esta obra: el mérito que pueda tener y el bien que de ella resulte, débolo todo, de un modo especial, al concurso que VV. RR. me han prestado.*

No he tenido en mi vida horas más felices que las dedicadas á esta historia, de lo cual soy también deudor á VV. RR. He trabajado con amor, con devoción, y, perdónenme que lo diga, con fácil convicción, pues sólo volver los ojos y considerar lo que VV. RR. han hecho y hacen aún, ha sido bastante para comprender los actos de virtud practicados por esta gran sierva de Dios, que VV. RR. tratan de reproducir fielmente en una existencia consagrada por completo, como la suya, á la gloria de Dios, al bien de la Iglesia, á honra de la Orden santa de la Virgen y salvación de las almas.

Dígnense tenerme siempre presente en sus oraciones.

Bruselas, fiesta de la Transverberación del Corazón de Santa Teresa, 27 de Agosto de 1875.

Fr. Bertoldo-Ignacio de Sta. Ana, C. D.

Prólogo de esta edición española.

Jamás se borrará de mi alma la sensación profunda, por no decir el pasmo, que experimenté al descubrírseme hace no mucho tiempo en Alba de Tormes el relicario que encerraba el transverberado corazón del Serafín del Carmelo, de ese «milagro de su sexo», como apellidó á Santa Teresa el Pontífice de la Inmaculada ante ocho mil españoles congregados en la Basílica del Vaticano.

Y á la verdad, la impresión que causa la presencia de aquel corazón es la que produciría al viajero contemplar el cráter de un volcán apagado, que, en ignición un día, había lanzado sus llamas hasta el cielo, abrasado extensas regiones con sus lavas, é iluminado con vivos resplandores dilatados horizontes. El pasmo que nos embargara, si fuese posible que un astro del cielo cayese á la tierra consumido, apagado y reducido á un pequeño y frío aerolito que pudiésemos tomar en nuestras manos; incomparablemente mucho mayor es el estupor que produce la contemplación de tan preciosa reliquia. Los ojos la miran asombrados, fíjanse en aquel puñado de carne denegrida que conserva aún los vestigios de la brecha abierta por el encendido dardo del Serafín, y cual si hubiera sido carbonizado por un rayo, no acaba de persuadirse el entendimiento de que aquel corazón fué un foco de amoroso incendio en que las llamaradas del corazón de Dios invadieron como en competencia el horno de

caridad encendido en el pecho de aquella milagrosa criatura. Por eso, antes de acercarse á este Horeb santo, hay que descalzarse, purificar el alma de todo afecto bastardo, besar aquella tierra bendita y preparar la mente para llegar á comprender cómo esta zarza ardiente no fué devorada por el fuego y cómo vivir pudo la que de amor estaba muriendo á cada punto de su vida.

Allí se ha hecho á Dios la ofrenda más rica y agradable, cual es la de un corazón puro, virginal, y tan libre que hizo al mismo Dios su cautivo, gozándose en verle prisionero suyo. En aquel regio y sagrado recinto tuvieron lugar los indisolubles despósorios del divino Esposo con la esposa de los Cantares, y al sentir Teresa que era estrecho lugar su corazón para dar hospedaje á tan gran Señor, dilató los espacios en que pudiera difundirse la caridad hasta obtener en él la latitud de las arenas que ciñen la inmensidad de los mares. Menguada capacidad necesita ciertamente el corazón que haya de alimentarse y nutrirse de terrenas aspiraciones y amores que se evaporan según van formándose para dar lugar á nuevos afectos y aspiraciones; pero cuando en ese laboratorio y receptáculo de los deseos y ansias de la voluntad humana se va condensando un amor creciente, un deseo de goces infinitos y de felicidad sin tasa, y esas férvidas aspiraciones se recalientan al fuego de una oración contínua, una fé cada vez más viva, una contemplación del sumo bien cada día más alta, una en cada instante más inflamada caridad, entonces sucede y debe suceder que, no pudiendo contener el pecho los ímpetus de los comprimidos afectos en tan estrecho recinto, viénese á convertir el corazón, que así no estalla, en un milagro expresado en aquella dolorosísima queja: *Vivo sin vivir en mí.*

Siendo, además, la esperanza la vida del corazón y la condición especial de sus latidos, acontece que cuando éste siente la decepción que producen los desencantos de la vida y ya nada en este mundo espera, llama á la muerte, la cual hará cesar martirio tan doloroso, sólo comparable con los del infierno, que consisten, según el poeta, en vivir ó mejor dicho agonizar eternamente sin el alivio de la más remota esperanza. Si aquel tan fiero padecer, común á pecadores y justos desencantados de la vida presente, viene en éstos acompañado del anhelo de los bienes futuros que les aguardan y á medida que en el alma se va produciendo el vacío de vanas esperanzas, penetran los deseos del bien infinito en impetuosas oleadas de una felicidad que se presenta y avecina, entonces á cada latido del corazón quisiera salirse el espíritu, y cada momento que tarda en lanzarse al sumo bien, rotas las ligaduras de la carne, le parecerá un siglo, exclamando: *Y tan alta vida espero—que muero porque no muero.*

Esta era Teresa de Jesús, que, como la esposa mística de Salomón ha sentido palpitar su corazón con ansias amorosas hacia Jesús, su dulce esposo, corriendo desde los albores de su vida tras los perfumes de las inefables perfecciones de su Amado. Si esta enamorada pastora vagó algún tiempo tras los rebaños inútiles y vanos pensamientos, bien pronto volvió en busca del que amaba su alma, preguntando á las criaturas todas dónde sesteaba el divino zagal de los collados eternos. Y el Rey de los Amores la dejó oir su voz, á cuyo regalado eco pasó el invierno de las frías sequedades, sintió las templadas auras de la primavera, cubrióse de floridas virtudes su alma, reclinó su cabeza sobre granadas y manzanas del paraíso, y hasta los mismos brazos de Jesús la sostuvieron con sus gracias para que no desfalleciese entre deliquios, éxtasis y raptos.

Pero el Esposo á veces se ausentaba, declinaba tras las sombras de las enramadas, y la escondía su humanidad santísima bajo los blancos y rubicundos cendales de pan y vino, al otro lado de esta mortal vida; y al no contestar más que el eco misterioso á sus sentidas querellas, se esforzaba por romper todas esas celosías, desde donde el Amante divino sin duda la espiaba, y el dolor que á par de muerte la producían sus inútiles esfuerzos, la obligaba á gemir: *Todo es para más penar —por no verte como quiero.*

Saltándosele entonces el corazón del pecho, recorría en férvida plegaria los cielos y la tierra, conjurando á los centinelas de la Jerusalén celeste, y á las vírgenes de la Jerusalén mística, que le dijesen si habían hallado al que amaba su alma, y á veces, compadecido el cielo de sus lamentos, hacía se le apareciese repentinamente el objeto de sus ansias, sobreviniendo aquellos arrobos y coloquios deleitosos en que sintiendo ocupados de Dios los ámbitos de su corazón, dilatado y lleno de dulcedumbre celestial, prorrumpía en aquellas palabras: *Quien á Dios tiene—nada le falta: —solo Dios basta.*

¡Ah! Mas no siempre abrazaba á Jesús como á manojo de azucenas, sino que estrechábale muy de continuo transformado en hacecillo de mirra, porque al buscar al Rey de los Amores, se le encontraba en su trono de la cruz, como en una cátedra de amor, coronada la frente de punzadoras espinas, teñidas en sangre sus vestiduras, sus manos y sus pies rojos como los de pisadores de lagar. Oía las palabras de Cristo agonizante, ora cuando Jesús se abrasaba en deseos de más padecer ó morir, exclamando ¡*Sed tengo*!, ora cuando pugnando por incorporarse á su Padre en las alturas de la gloria, lograba romper las puertas de la vida, lanzando el grito de triunfo: *Todo está consumado.* Em-

briagada ya Teresa con la sangre del Calvario, abrazada á Cristo paciente, y loca con la locura de la cruz, al sentir también traspasado su pecho con la saeta cuya punta encendida en viva lumbre asestaba una vez y otra á su corazón el alado serafín, á impulsos del dolor y del amor al sufrimiento lanzaba este grito *Ó padecer ó morir.* ¿Qué mucho que de ese corazón donde Dios sembró el amor de su pasión, y al que abrevó con hiel de dolores y desamparos, y le traspasó con lanza de fuego, no cesen de brotar milagrosas espinas que le coronan con la diadema del martirio á vista de los asombrados mortales?... Huerto fué de la agonía y edén de delicias, cielo y purgatorio, vida y muerte luchando, como de Cristo en el Sepulcro, canta la Iglesia.

No puede mirarse esa misteriosa víscera, océano un día de luchas y tempestades, sin que el ánimo del contemplativo se abisme en un mar de reflexiones. Allí ha tenido Dios sus complacencias durante sesenta y siete años; allí fijas sus miradas con más interés que en los hombres y en los sucesos ruidosos del siglo de nuestras grandezas; allí ha morado, adornándole y enriqueciéndole con tesoros y galas en cuya comparación los tesoros de la tierra y las galas del firmamento son polvo y oscuridad. Y fué el arca de salvación para tantas almas que huyeron del diluvio del siglo, y propiciatario de la Divinidad enojada con los crímenes de aquellos tiempos, y Sinaí donde por el dedo de Dios se grabaron las tablas de la reforma carmelitana, y arca de la alianza en que el Señor colocó el suave maná que deleita junto á la vara que pone á prueba el temple de las almas. Sí, allí batallaron rudamente la concupiscencia y la gracia, el pecado y la virtud, la tierra y el cielo, Dios y Belial, resultando de esa lucha encarnizada una serie de victorias contínuas que can-

taban los coros de los ángeles en honor de la virgen sabia y esposa de Cristo. Allí tuvo que luchar su profunda humildad con el público concepto de su gran virtud, el fuego del amor contra el hielo de la sequedad, el gozo de los éxtasis con la mortificación de los sentidos, los dictámenes de la razón clara contra las ansiedades de la duda, la aparición celeste contra los negros fantasmas de la imaginación. Pero en la barquilla de ese corazón, que flotaba en medio de mares entumecidos por tempestades, flujos y reflujos y olas amenazadoras, iba Jesús, que calmaba las aguas y enfrenaba los vientos. ¡Alabanza á Dios que ha conservado incorrupto ese corazón, y gloria al animoso Prelado que ha empezado á construirla un grandioso templo que nunca será tan espacioso como el de la fama que Teresa alcanzó en la tierra y el que habita en lo alto de los cielos!

A los que este prólogo llegasen á leer, pido indulgencia si he puesto en él á prueba su expectación deleitándome en referir los pensamientos que vinieron á mi mente y las impresiones que recibí al venerar el corazón de Santa Teresa; perdónenmelo, les ruego, en gracia de haberse renovado aquéllos y éstas en cada página que iba leyendo de la admirable vida de la venerable Sor Ana de Jesús, fiel imitadora, trasunto perfecto de su santa Madre, criada á sus pechos, formada según su corazón y continuadora de su obra. No he podido menos, al hallarme con una hija de Santa Teresa que no conocía, y contemplar los rasgos de su fisonomía moral, de recordar con delectación la belleza de la madre, que era toda interior, á semejanza de la hija del Rey, y su gloria toda cifrada en la grandeza del corazón.

Esta fué la única diferencia entre los corazones milagrosos de ambas; al de Teresa de Jesús necesitó el

querubín abrirle extensa brecha para dar desahogo á sus afectos; á Ana de Jesús hubo que arrancárselo, ó al menos extinguir del todo su sensibilidad y latidos, los que no sintió en los últimos años de su vida. De esta suerte la primera pudo devolver al Señor con toda verdad estas expresiones del Esposo: *Heriste mi corazón*, y la segunda repetir las mismas palabras originales del texto inspirado lamentándose de que se la hubiese sustraido aquella entraña y diciendo: *Me robaste el corazón.*

La actividad del de la hija de Cepeda y Ahumada no ha sido, sin embargo, una labor secreta de que el mundo no haya tenido noticia ni recibido provecho. El misterio de su grandeza como pensadora y doctora, está en ese corazón que además de latir á impulsos de las místicas operaciones interiores de la gracia, se revela á su siglo y á los venideros por las llamaradas del amor que saliendo de su seno la envuelven en un nimbo de gloria y llenan de encanto todas sus acciones, palabras y escritos. El naturalismo jamás podrá explicar este hecho. Una monja sin instrucción literaria, encerrada en la oscuridad de un claustro, no hablando más que con Dios ni escuchando otro ruido que las acompasadas palpitaciones de su pecho, sin mirar siquiera por las celosías de su estrecha celda la figura del mundo que pasa, toma la pluma, la deja correr á capricho sobre el papel, y, ora sean sencillas y familiares cartas, ora ingénua relación de fundaciones monásticas, sin cuidarse de la posteridad ni pensar en el estilo, llena de pasmo á las generaciones, legándolas el monumento literario más original, el más elevado, el más nacional y expresivo de los altos pensamientos y encendidos afectos que hayan jamás ocupado la voluntad y el entendimiento humano. Y no podía menos de ser así, porque todo el ruido de los grandes aconte-

cimientos, todos los nombres de capitanes, reyes, grandes políticos, que han monopolizado la fama de su tiempo, son un viento vano que nada dice al hombre en quien el corazón es todo su ser y el sentimiento de la vida; y la celebridad de las grandes figuras de todo un siglo será por tanto suplantada por la de un varón justo confundido entre la muchedumbre, á veces oculto bajo tosco sayal como el Serafin de Asís, ó ya vestido de rudo mozo de labranza como el Santo Labrador, ó bien ostentando los harapos de la miseria como un Juan de Dios, ó por último, celebrado con el anónimo como el autor de la *Imitación de Cristo.*

Los Santos no han sido tampoco personalidades aisladas, ni estilitas que elevados sobre altísima columna, solo se prestaron á la admiración que causaban á las muchedumbres que hácia ellos levantaban los asombrados ojos. Al caminar sobre la tierra, seguíanles de más cerca ó de más lejos almas selectas que estrechaban con el ejemplar íntimas relaciones, modelaban su corazón por el de su maestro, y cuando éste ardía con llama devoradora de amor divino, trasmitía el fuego de su caridad á todo cuanto tocaba con la palabra, el escrito, la oración y el ejemplo. Esta es la historia de todos los siervos de Dios, este es el secreto de los fundadores de las órdenes religiosas.

La carmelitana reformadora no podía, y menos que nadie, ser una excepción de esta inflexible regla del orden sobrenatural, y por eso su pluma, su palabra, sus virtudes y sacrificios dejaban tras sí estela de luz y rastros de incendio, que convirtieron en brasas de santidad á los que tuvieron la dicha de estar con el foco en contínuo y estrecho contacto. Demostración palmaria es de ello la vida de la venerable Ana de Jesús que nos proporciona el hermoso y pudiéramos decir ignorado espectáculo de una pléyade de encantadoras

vírgenes que vuela tras el suave perfume de su mística reina, labrando ricos panales de virtud bajo su inspirada dirección, y anidando en tantos paraísos cuantos eran los monasterios donde arrullaba esta casta paloma mensajera del cielo.

Debo, con todo, confesar mi ignorancia. Estudiando la vida de tantas hijas de Teresa aventajadas en perfección y participantes de su espíritu, en vano trataba de encontrar una sobre todas que la hubiese seguido de cerca en su levantado vuelo. Parecíame que á este astro radiante le faltaba un satélite, á este dechado una perfectísima imitadora, á este Elías de su sexo una heredera de su espíritu, á este limpio espejo una acabada imagen, y ¡bendito sea Dios!, al devorar las páginas en que iba desarrollándose ante mi vista la *Vida de la Venerable Madre Ana de Jesús, Coadjutora de Santa Teresa en la Reforma del Carmelo y Fundadora de la Orden en Francia y en Bélgica, obra compuesta con documentos originales por el Rdo. P. Bertoldo Ignacio de Santa Ana, Carmelita descalzo*, me pareció ver en el autor al arqueólogo que desenterrase de entre ruinas un olvidado monumento, ó al astrónomo que con sus investigaciones descubriese una nueva estrella desconocida ó mal situada en los mapas siderales. Si las crónicas publicadas y la misma vida de la Venerable, escrita por Fray Angel Manrique, nos hacían presentir la existencia de una gran santa, el Padre Bertoldo ha rasgado del todo los velos que encubrían su belleza y las nubes que empañaban su brillo.

No es de extrañar que durante la vida de Teresa, en cuya compañía vivió Ana de Jesús, á la que la Santa amó como una de sus más regaladas hijas, estuviese eclipsada por este sol de santidad, y que después de la muerte de la Mística Doctora la noche oscura de la contradicción ocultase su vista, y dejáramos de con-

templar al lucir en remotos horizontes. No obstante, triste es decirlo, ha sido necesario que para conocer una gloria purísima de la religión y de la patria, mano extranjera hubiera de registrar nuestros archivos y el libro de nuestras tradiciones, para enseñarnos á leer lo que estaba escrito en nuestro propio idioma y aun por la misma pluma de la Santa.

Leyéndolo, aprendemos que Ana de Jesús es recibida en el convento de Avila «no como novicia é inferior, sino como compañera y coadjutora»; que desde ese instante se unen madre é hija en un mismo espíritu y en un solo corazón, habitan la misma celda, no se guardan secretos en sus mutuas confidencias, no se recatan una de otra en sus elevados éxtasis, escribe la madre el libro de las Fundaciones á vista de la hija, echan juntas los cimientos de nuevas comunidades, y sólo las separa el confinamiento de la Santa á Toledo, durante el cual Ana de Jesús es para la descalcez «como una columna del desierto que la ilumina en la noche de la persecución y la defiende del sol durante el dia,» según la escribe Teresa en una cariñosa carta. Mantienen entre sí una no interrumpida correspondencia por escrito, en que Ana de Jesús recibe el encargo de su amada superiora para fundar conventos ó regirlos; en compañía otras veces, emprenden viajes, en los que ambas participan por igual de las penalidades de la jornada, de los favores del cielo y hasta de las apariciones de los Santos, singularmente del Patriarca San José que les sirven de guía en el camino. Los mismos grandes maestros de espíritu y expertos confesores de Teresa son los de Ana de Jesús; mútuamente se suplican mercedes y aun milagros en humilde competencia y hasta los hábitos les son comunes, cambiando entre sí los mantos en cierta ocasión y recibiendo Ana cual otro Eliseo juntamente con el espíritu la capa del Profeta. Finalmente la

muerte, que todo lo separa, no impide que la hija siga gozando en parte de la presencia del cuerpo y del espíritu de la bienaventurada Madre. Al dejar ésta los gloriosos despojos de su carne en Alba, es para doce años más tarde mostrárselos incorruptos á la heredera de su instituto, la que llena de piedad y conmovida reposará su cabeza sobre el pecho de la fundadora y empapará en lienzos la sangre que de él mana todavía para conservarlos en su poder, juntamente con otras venerandas reliquias. El espíritu de la Santa tampoco la abandonará, y apareciéndosele con frecuencia la ilustrará con sus consejos, la consolará en las aflicciones, la alentará en las empresas, y sanándola milagrosa y repentinamente en sus graves enfermedades la visitará y auxiliará también en la hora de la muerte.

Mientras tanto, la actividad de la Venerable, durante más de medio siglo de su vida religiosa, fué sobremanera fecunda y extraordinaria. Novicia aun, se le encomienda la dirección del noviciado de Salamanca; pocos años después es priora de la nueva fundación de Veas, para bien pronto llegar á ser fundadora en Granada y Madrid, en Francia y en Bélgica, en Alemania y Polonia, hasta poderse contar sesenta casas de la descalcez, cuyos sólidos cimientos echó por sí misma en las distintas naciones de Europa, y con los que bastaba para hacer memorable y gloriosísimo su nombre en los fastos del Carmelo. Más aún: la reforma de la Orden la será siempre deudora de la pureza en la observancia de las reglas, de haber muy á costa suya salvado las Constituciones de Santa Teresa, amenazadas de muerte aun en vida de la misma fundadora, de haber cuidadosamente conservado los autógrafos de ésta y puesto todo su empeño para que el incomparable Fr. Luis de León se decidiese á publicarlos. Finalmente á ella se

debe la propagación de la Orden verificada con pasmosa rapidez.

La ortodoxia católica la reconocerá por tanto como un poderoso auxiliar para la restauración de la fé hondamente perturbada en Francia y los Paises Bajos, donde la herejía se presentó con las armas en la mano, y donde cada convento de las hijas de Teresa fué una pública y viviente apología del dogma, una bandera de paz y un llamamiento de sumisión á la Iglesia. La moral cristiana cantará alabanzas en honor de la que supo consagrar á Dios á innumerables jóvenes de la nobleza dotadas de extraordinarias prendas de alma y cuerpo que, permaneciendo en el siglo, hubieran anticipado, en vez de contrarrestar más tarde en la nación vecina, los escándalos de las grandes damas llamadas de espíritu que fueron pábulo de corrupción en la corte, favoritas de los príncipes ó fautoras de la sensualidad y del jansenismo. La Iglesia ha de agradecerla su más preciado ornamento, cual son las vírgenes del Señor, que perfumaron con la aroma de su virtud las ciudades y los reinos, hicieron subir desde sus claustros hasta el cielo el suave incienso de la plegaria, y tachonaron el cielo de la Religión con tantas brillantes estrellas cuantas fueron las lámparas que tuvieron encendidas estas vírgenes prudentes del Evangelio. Nuestra España, por último, ha necesariamente de contar entre sus glorias á la que, mientras nuestros grandes capitanes alcanzaron con sus victorias, y nuestros grandes sabios con sus escritos, imperecedero renombre, lograba conquistar la admiración de extrañas naciones hácia sí y en favor de la mujer más grande de su siglo, la incomparable Teresa de Jesús, saludada doquiera como honra y gloria y prodigio de su sexo.

No incurriremos, como no incurrió el autor de este libro en el defecto, muy común por desgracia en nues-

tros días, de hacer resaltar en la biografía de los Santos el brillo humano y la influencia de éstos sobre su siglo, de que resultan más bien disertaciones sobre la filosofía de la historia que edificantes vidas de los bienaventurados. El crítico Marcel ya fustigó en el abate Maury esta profanidad, al demostrarle que intentando edificar una obra maestra en el panegírico de San Vicente de Paul, oscureció lastimosamente al Santo por hacer resaltar al héroe. No, la explicación de la actividad fecunda y bienhechora de los siervos de Dios tiene su fundamento en el orden divino de la gracia y la virtud, y por lo tanto es tergiversar el concepto de la santidad, confundir lo sobrenatural con lo extraordinario, el cielo con la tierra, la causa con el efecto. Por eso el P. Bertoldo, con la sencillez de un fidelísimo cronista, se deleita en narrar los hechos que demuestran en Ana de Jesús una santidad profunda en la práctica de las más heróicas virtudes, consigna el concepto que de la Venerable formaron muchos y excepcionales testigos de su vida, y no omite revelaciones, éxtasis y prodigios, con que Dios certifica auténticamente su unión estrecha con las almas escogidas.

Relámpagos de luz celestial iluminan la habitación en que se hospeda Ana cuando se dirige á la ciudad de Avila para tomar el hábito del Carmelo, y brillan muchas veces después en su celda y en su rostro. Luz continua de la gracia esclarece su mirada para conocer el estado de las conciencias y sentir la presencia de Jesús sacramentado en el interior de los pechos y al través de las puertas del tabernáculo; su vista penetra en el porvenir para anunciar proféticamente los acontecimientos. La virtud del taumaturgo, el prestado dominio que ejercía su voz sobre los elementos, se manifiesta en no pocos pasajes de su vida, y multiplica los panes de la mesa y el aceite de la lámpara del santua-

rio, y por medio de mensajeros celestiales arranca el dogal del cuello del inocente cuando ya está sentado en el patíbulo; conjura al demonio y el maligno se lanza á los abismos, y en virtud de santa obediencia manda abandonar el lecho á sus hijas moribundas y se levantan éstas sintiéndose milagrosamente curadas.

No proseguiré insistiendo sobre unos hechos que están sujetos al fallo infalible de la Iglesia, que todavía no ha hablado, y, mientras tanto, no podemos dar, como no pretendo en este momento atribuir, á mis aseveraciones otra fé que la humana falible; mas el biógrafo de la Venerable Ana, hecha también esta declaración, no ha perdonado medio para dar al relato toda la certidumbre histórica que se puede desear. Disimulando por decirlo así, el oficio de simple cronista, abre amplio proceso en el que vienen á deponer en admirable conformidad y orden numerosas hijas de Ana como testigos presenciales y de mayor excepción, con declaraciones inspiradas en la más escrupulosa verdad. De esta suerte, el interés de la narración, lejos de decaer se acrecienta, sustitúyese con ventaja al frío historiado el candoroso y palpitante testimonio, y ocultándose de intento el biógrafo, el crítico y hasta el panegirista, logra por ese camino cautivar al lector con una continuada serie de interlocutores que convencen conocidos y encantan escuchados.

No siempre son vírgenes del claustro y santificadas hijas de Ana las que encomian las virtudes de la Madre: profundos teólogos, egregios Prelados, discretos maestros de espíritu y hasta Santos, príncipes y voz pública de ciudades y reinos se alzan para aclamar bienaventurada á la discípula de Teresa.

Ya era llamada «mi hija y mi corona» por la Santa, y después de la muerte de ésta, San Juan de la Cruz la designaba con el nombre cariñoso de «nuestra Madre».

Cuánto amaban en Cristo al Doctor Estático madre é hija se manifiesta sobre todo cuando residenciando éste en Toledo, consúelanse ambas mútuamente en esta gran tribulación, y cambian entre sí cartas expresivas de su acerbo dolor, exhortándose una á otra á orar por la libertad de su esclarecido padre espiritual, ó de su *tesoro* como le llama Santa Teresa al designarle en cierta ocasión para el cargo de confesor del convento de Veas que dirigía Ana de Jesús. Juan de la Cruz, por su parte, multiplica en favor de ésta los testimonios del alto concepto de virtud que de ella había formado. La acompaña en la fundación de Granada, dedícala su *Cántico espiritual*, la anuncia el espinoso sendero de la tribulación que habría de recorrer, consuélase del fallecimiento de Teresa diciendo que en cambio á Dios le plugo dejarles para su consuelo á la Madre Ana de Jesús, imitadora perfecta de aquélla y verdadera hija suya. Cuando un santo tan insigne, que había sondeado los corazones de ambas, llegó á proferir estas y otras muchas alabanzas, no puede quedar el menor género de duda de que son enteramente sinceras y merecidas. El Beato Alonso de Orozco la llama «sin semejante en la tierra», Diego de Guevara «la gran Santa».

Las encomiásticas frases atribuidas al célebre Domingo Báñez y aun á San Juan de la Cruz elogiando las dotes naturales de la hija, en manera alguna pueden considerarse ofensivas á una madre que fué la primera en reconocer estas excepcionales cualidades, utilizarlas en provecho de la Reforma y cultivarlas con tan admirable éxito que logró hacer de su dirigida un verdadero retrato suyo. De ahí el alto concepto que de la sierva de Dios Sor Ana de Jesús formaron y que de manera tan expresiva manifestaban en repetidas ocasiones Jerónimo de Ripalda, Baltasar Alvarez, Jerónimo Gracián, Juan Alfonso Curiel, Agustín Anto-

línez, Diego de Yepes, Fr. Luis de León y tantos otros insignes varones que vincularon eternamente su nombre, su sabiduría y virtud, al siglo de nuestras glorias nacionales. Exigir más autorizados testimonios para obtener la certidumbre y aun la evidencia sobre este punto, equivaldría á hacer tabla rasa de la historia en nombre de un absurdo excepticismo.

Delicado punto es el de expresar ahora un juicio exacto sobre el mérito de la versión castellana de este libro; y no atreviéndome á tanto, dada mi incompetencia y el peligro de parcialidad á que me expondría seguramente el ventajoso concepto que hace muchos años tengo formado de la virtud y letras de la traductora, me remito al prólogo que el doctísimo individuo de número de la Real Academia Española de la Lengua D. Cayetano Fernández, puso á una traducción de la vida de San Pablo de la Cruz, hecha por la misma Sor M. del P. de S. José. Dice el celebrado autor de las *Fábulas Ascéticas*. «Viniendo para concluir á decir algo de esta traducción española, podemos abreviar su elogio, haciéndolo muy cumplido en una sola frase: diciendo que, por dicha nuestra, la vida de S. Pablo de la Cruz está ya en castellano; pero en castellano castizo y puro, exento de galicismos y de giros exóticos, á extremos de que, se aventuraría mucho el más diestro clasificador de estilos, asegurando, sin otros datos, que es traducción, y no original el libro que tenemos presente. Otro encanto podemos señalar también en este bello trabajo, y es la consideración gratísima, que naturalmente ocurre al recorrer sus páginas, de que todos sus pensamientos y todas sus palabras han pasado una y otra vez, por la versión fidelísima, por el entendimiento virginal y por la enamorada pluma de una esposa de Jesucrito, que, con paciencia é ingenio imponderable, ha logrado dar cima á esta tarea, sin me-

noscabo de las muchas que su regla santa le impone á todas horas. ¿No habría de ser cierto, aquí también, que la virtud y la pureza embalsaman con su perfume todo cuanto tocan?»

Termino mi mal hilvanado proemio augurando felices resultados de la publicación de esta historia que, sobre darnos á conocer figura de tanto relieve como la protagonista de nuestro libro llamada «la Reina de las mujeres y la Capitana de las Prioras» y esto en una época que las produjo tan extraordinarias, ilustra y es continuación de la vida de Santa Teresa á la que puede darse el título de reina de las Santas de su siglo y aun de los siguientes. Espero también que la lectura de esta Vida ha de ser provechosísima por lo edificante para todos los fieles y personas piadosas singularmente para las vírgenes del Señor que tienen mirada más perspicaz y pueden seguir con la vista el levantado vuelo de las almas que se ciernen sobre las nubes.

Quiera Dios depararnos pronto mediante el fallo del Vicario de Jesucristo una nueva intercesora en los cielos á la que nos podamos encomendar, venerando en los altares de la Iglesia la imágen de la que ya tiene glorioso lugar en los fastos de la patria.

† *B. Obispo de Lugo.*

APROBACIONES.

J. † M.

Fr. Dionisio de Sta. Teresa, Provincial de los Carmelitas Descalzos de Bélgica.

En virtud de los poderes á Nos delegados por nuestro muy Rdo. P. Lucas de S. Juan de la Cruz, Prepósito general, hemos hecho examinar el tomo primero de la obra intitulada: VIDA DE ANA DE JESÚS, por el Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Sta. Ana, Carmelita Descalzo, Definidor provincial, y en atención al favorable informe que de él se nos ha dado, autorizamos gustosos para que se imprima.

Dado en Curtrai á 28 de Abril de 1876.=L. S.= Fr. Dionisio de Sta. Teresa, C. D., Provincial.=Fray Juan Bautista de Sta. María, C. D., Vice-Secretario.

Aprobación de Monseñor el Cardenal Arzobispo de Malinas.

Apruebo de grado la VIDA DE ANA DE JESÚS, escrita por el Rdo. P. Bertoldo-Ignacio de Sta. Ana. Esta

obra, completa, en algún modo, las de Santa Teresa, y y es una prueba de cuán suave y eficazmente restituyeron al Carmelo su primitivo espíritu de oración y penitencia, la gran Reformadora y su digna compañera.

Las personas consagradas á Dios sacarán de la lectura de este libro los verdaderos principios de la disciplina religiosa, y los que viven en el siglo hallarán en él las luces inseparables siempre de las vidas de los Santos, cuya claridad á todos alcanza. Hoy más que nunca tenemos necesidad de oir las importantes lecciones de oración y penitencia. Ana de Jesús es la fundadora del Carmelo en Francia y Bélgica, y murió en Bruselas, en donde descansan sus restos venerandos. Por esta causa, su Vida adquiere un tinte de nacionalidad que le da nuevo interés para nosotros. Ojalá que tenga tan general aceptación como merece, y produzca en las almas el bien que con ella se pretende.

Malinas 28 de Agosto de 1876, fiesta de San Agustin.=V. A., Cardenal Dechamps,Arzobispo de Malinas.

INTRODUCCIÓN

Destino de la Madre Ana de Jesús según los designios de Dios.—Sus cualidades naturales, virtudes, gracias extraordinarias de que fué dotada, y su santa muerte.—Tentativas para conseguir su beatificación.— Sus principales historiadores.—Originales de que nos hemos servido.—Protesta del autor.

Nadie ignora en qué consiste la reforma introducida por Santa Teresa en la Orden de Nuestra Señora del Carmen; cómo esta ilustre virgen, verdaderamente suscitada por Dios, vino á ser, según dice el Martirologio romano, Madre y Maestra de los Hermanos y Hermanas de la estricta observancia de esta sagrada Religión, es decir, de los religiosos y religiosas Carmelitas, y cuán señalados servicios hizo con esto á toda la Iglesia. «Esta es la nueva Débora,—dijo el Papa Gregorio XV al presentarla á la veneración del mundo—suscitada en la Iglesia, en primer lugar para vencerse domando su carne con una virginidad perpétua; en segundo, para triunfar del mundo con su maravillosa humildad, y hacer inútiles todos los ataques del demonio con sus muchas y eminentes virtudes.

Esta sola de quien vamos á escribir la historia, tuvo la gloria de ser asociada por particular manera á la gran Reformadora del Carmelo, cuya coadjutora fiel fué durante la vida y cuyo espíritu heredó después de la muerte, continuando y propagando su obra, salvando y conservando sus tradiciones. Hé aquí en cuatro pa-

labras el compendio de la vida de Ana de Jesús, y el peculiar destino que la divina Providencia le dió. Seanos permitido detenernos en esto por unos instantes.

Ana de Lobera nació el año 1545, y tomó en Avila el hábito de Carmelita Descalza el de 1570, ocho después de la fundación del primer convento de la Reforma, y doce antes de la muerte de nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, la cual, deseando que se asemejase á ella en el nombre, le dió el de Ana de Jesús. Ya al anunciarle la Santa su admisión, le escribió estas palabras proféticas en las cuales se contiene, como en rasgo luminoso, el destino de Ana: «Hija mía, os recibo, no tanto por súbdita, cuanto por compañera y coadjutora». Madre é hija son inseparables desde entonces, por lo menos en el espíritu y corazón: juntas, habitan en la misma celda; apartadas, mantienen una correspondencia no interrumpida, de suerte que más tarde podrá Ana decir al deponer para la canonización de Santa Teresa: Tratóme con tanta familiaridad que, de vista, ó de palabra, ó por escrito de su propia letra, supe casi todas sus cosas.»

Tres meses después de haber tomado el hábito, la llamó la Santa á la nueva fundación de Salamanca, cometiéndole, bien que aun novicia, el oficio de Maestra de novicias; y el año 1575 la llevó consigo cuando fué á fundar á Beas, en donde la dejó con el cargo de Priora. Muchos servicios hizo á la Orden durante su permanencia en dicha villa, época de la encarnizada lucha de los Padres de la Observancia contra el Carmen reformado; porque como á Teresa, encarcelada á la sazón en Toledo, se le había privado de la libertad, la sierva de Dios quedaba sola en la brecha y era centro de todas las operaciones: y á su prudencia, energía y grandeza de alma se ha de atribuir, en gran parte, el felíz término de la tormenta. Reconoció ser ello así la

misma Santa Teresa, según consta de una carta llena de elogios que la dirigió, en la cual se expresa de este modo: «Hija mía y corona mía: no me harto de dar »gracias á Dios por la merced que me hizo en traerme »á V. R. á mi Religión; que así como á los hijos de Is»rael, cuando los sacó de Egipto, proveyó Su Majestad »de aquella columna que de noche les daba luz y de »día les defendía del sol, ansí V. R., hija mía, es esta columna que nos guía, nos da luz y nos defiende (1).»

Por privilegio especial, á ninguna otra Carmelita concedido, fué Ana de Jesús á fundar en Granada el año 1582, cuando aun vivía Santa Teresa. Solicitada ésta por San Juan de la Cruz para que fuese en persona á hacer la fundación, respondió: «No es necesaria mi presencia donde está la Madre Ana: ella pondrá esa casa en mayor perfección que pudiera yo hacerlo». Ya en 1575 había dicho á la Venerable estas palabras proféticas: «Iréis á Granada, desde allí á Madrid, y esta última fundación será el plantel de donde saldrán otras muchas.»

A la muerte de Santa Teresa, Ana, que tan eficaz recurso le había prestado en lo más recio de sus trabajos, heredó su espíritu y solicitud, y juntamente el respeto de que había gozado de parte de sus hijos é hijas. «La Madre Ana,—decía nuestro P. San Juan de la Cruz— es verdadera hija y perfecta imitadora de nuestra bienaventurada Madre Teresa. Ha sido servido Dios de llevarse á ésta para sí y nos ha dejado á aquélla para nuestro consuelo.»

Continuó, pues, Ana gloriosamente la obra de Santa Teresa propagando la Descalcez, no sólo en España

---

(1) Algunos críticos tienen por sospechosa esta carta; y ciertamente que su fraseología es ajena á la Santa Madre. (Véase el tomo 5.º de las Obras de Santa Teresa, página 107, por D. Vicente de la Fuente).Nota de la T.

(en donde hizo la principal de todas las fundaciones, la de Madrid, y desde donde fué el alma de otras muchas), sino también en Francia, Bélgica, Alemania y Polonia, lugares en que, como testifica el Sr. de Bretigny, dió vida á más de sesenta conventos de la Reforma en el espacio de diez y siete años. Y no paró aquí: fiel siempre á su vocación, promovió en 1586 la impresión de los escritos de nuestra Santa Madre; en 1607 los mandó traducir é imprimir, primero en flamenco y después en latín; y más tarde, en 1615, hizo grabar en veinticinco cuadros las principales acciones de su vida, en gracia de los que no sabían leer.

Excelente, magnífico es todo esto; pero hay, á nuestro parecer, un hecho más glorioso aún, en que se destaca por manera señalada el carácter propio de su vocación, el cual fué largo tiempo injustamente apreciado por la historia, después de haber sido castigado con extremo rigor, como una gran falta en la sierva de Dios. Hoy, después de transcurridos unos trescientos años, podemos proclamar que Ana se hizo acreedora al eterno agradecimiento de toda la Orden, por haber sabido conservar las tradiciones de Santa Teresa, librando de una furiosa tempestad las Constituciones que la Santa Madre había dado á las Carmelitas Descalzas, esto es, el código de leyes que expresan el pensamiento íntimo de la Santa, y forman como el sello particular que, inspirada del cielo, quiso imprimir en la Reforma del Carmen. Sometiólas al examen y juicio de la Santa Sede, y después de modificadas en algunos puntos por Sixto V y Gregorio XIV, estos Sumos Pontífices las confimaron sucesivamente con su autoridad apostólica en 1590 y 1591. Las susodichas Constituciones, así modificadas y confirmadas, fueron en lo sucesivo (sea dicho de paso) las únicas verdaderamente canónicas y que expresan con toda fidelidad el pensa-

miento de la Santa Reformadora. Ana de Jesús las llevó á Francia y las introdujo luego en los Países Bajos, en donde todos los conventos de religiosas sujetos á la Congregación de Italia las adoptaron desde el principio de aquella Congregación, y las han observado hasta hoy sin mudanza alguna.

Ayudar á Santa Teresa, sucederla y continuar su obra, defender y conservar intacto el depósito de su doctrina é instituciones, trasplantar y propagar la viña del Carmelo reformado, tal fué el destino señalado por la divina Providencia á nuestra fervorosa Carmelita, destino que desempeñó debidamente, según nos lo atestigua la historia. Mas ¿cómo se mantuvo ella firme á la altura de tan glorioso cargo? ¿qué idea debemos formarnos de sus dones naturales? ¿Hasta qué grado de heroísmo llegaron sus virtudes adquiridas? ¿Cuáles fueron las prendas naturales con que la adornó el Señor?

Nuestro Padre San Juan de la Cruz y el P. Domingo Báñez que conocían á fondo á nuestra Madre Santa Teresa y la Madre Ana de Jesús, afirman que ésta sobrepujaba á aquélla en las cualidades naturales. Ni se tenga esto á exageración, que no cabe en hombres tan grandes, no menos santos que sabios, cuyo único móvil en sus acciones y palabras era el amor de Dios y de la verdad. Sea lo que quiera, es cierto que descollaba Ana por una prudencia y discreción tal, que nada era capaz de desconcertar sus planes; y por un valor tan grande, que no reparaba en trabajos ni en padecimientos. Era en extremo bondadosa, y de aquí el ganarse el corazón de cuantos la trataban. Siendo aún seglar, llamábala el vulgo *Reina de las mujeres* á causa de las brillantes prendas que la adornaban.

Por lo que respecta á la virtud, su carácter propio y digno de loa es no haber aflojado jamás en ella durante una vida de cerca de setenta y seis años. Sorda

y muda hasta los siete, curada milagrosamente por la Santísima Virgen, Ana practicó la virtud desde el primer instante que gozó el uso de razón. A los diez hizo voto de virginidad, y algunos después se obligó con otro bien contrario á la naturaleza, al que se sabe fué siempre fiel hasta el último suspiro; el cual voto consistió en *no concederse jamás gusto en ninguna cosa.* Prometió además á Dios *entrar en la Orden religiosa que le pareciera más perfecta,* lo cual cumplió á la edad de veinticinco años, tomando el hábito en el Carmelo reformado por Santa Teresa, donde brilló por su heroismo en la carrera de las virtudes, como lo atestiguan unánimemente las deposiciones de los testigos.

Aquí sólo hablaremos del grande afecto que tuvo á su Religión. Era éste tan sincero, constante y desinteresado, que no podía menos de tener su origen en esas regiones superiores, en donde reina como soberano el amor de Dios, y donde no tienen entrada las pasiones. Por esta virtud, cuya piedra de toque fueron grandes trabajos, mereció, no sólo ser digna hija de la Descalcez Carmelitana, sino compartir con Santa Teresa el título de *Madre,* reconocido y proclamado por San Juan de la Cruz, quien, después de la muerte de la Santa, siempre llamaba á Ana *Nuestra Madre.* «El amor,—dice el Espíritu Santo—es fuerte como la muerte; el celo del amor es inflexible como el infierno; sus lámparas son de fuego y llamas. Las muchas aguas no pudieron apagar la caridad, ni los ríos la anegarán.» Tal fué el amor de Ana á su Orden, á la cual permaneció fiel en medio de las más duras pruebas. Llena de gran sumisión y deferencia para con los Carmelitas Descalzos, muchos de los cuales desconocieron, no obstante, sus intenciones, interpretaron siniestramente sus obras y le impusieron castigos, jamás se le oyó contra ellos la más ligera palabra de crítica ó recriminación,

ni sufrió que se compadeciesen de ella á costa de los mismos: lejos de eso, manifestó siempre deseo de tener por prelados y directores á religiosos de la Reforma. Con esta condición fué á Francia el año 1604, ni cesó de hacer diligencias para conseguirlo los tres años que estuvo allí (1). Continuólas luego en Bélgica con el General de la Congregación de España, y no tuvo descanso hasta la llegada de los Padres de Italia en 1610, que ella misma había pedido al Papa Paulo V.

De las gracias extraordinarias con que la favoreció el Señor, solo diremos una palabra, y es: Que la vida de Ana de Jesús fué una cadena de hechos milagrosos: dón de profecía, luces sobrenaturales, discreción de espíritus, gracia de curación, ciencia y sabiduría, éxtasis y arrobamientos; todos los favores, en fin, que de ordinario no concede Dios sino á las almas llamadas á ejercer una saludable influencia, se acumularon en esta alma privilegiada. «A mi parecer,—decía el B. Alonso Orozco—no tiene semejante en la tierra.»

El 4 de Marzo de 1621 coronó Ana con una santa muerte su vida enteramente consagrada á la conservación y aumento de la obra y espíritu de la ilustre Reformadora del Carmelo. Apenas exhaló el último aliento, cuando la curación extraordinaria de la Hermana Juana del Espíritu Santo hizo brillar á los ojos de todos el gran crédito de que gozaba con Dios, y confirmó la alta opinión que tenían de su santidad. La susodicha curación publicó con licencia del Sr. Nuncio, en la oración fúnebre de la sierva de Dios, el P. Tomas de Jesús, fundador y primer Prior de los Carmelitas Descalzos en Bélgica. Otras apariciones hubo no ménos gloriosas, acerca de las cuales nos vamos á permitir

(1) Véase nuestro trabajo sobre *Ana de Jesús* y las Constituc. de las Carm. Desc. pág. 242 y 261.

citar aquí una carta autógrafa de la V. Madre Ana de San Bartolomé que se guarda en el convento de las Carmelitas de Bruselas. Escribióla siete semanas próximamente después de la muerte de Ana de Jesús (siendo á la sazón Priora en Amberes) á la Madre María de la Encarnación, antigua novicia é hija de la sierva de Dios, que se hallaba entonces en el convento de Consuegra, en España. «Hace tiempo,—dice—que deseaba informar á V. R. cómo fué Dios servido librar de su largo purgatorio y llevarse al cielo á la Madre Ana de Jesús, *á quien varias religiosas vieron gloriosa poco después de su fallecimiento.* Terminó felizmente su carrera..... Dígnese V. R. pedir á Dios me conceda un fin semejante, aunque no lo merezca como esta santa Madre. Mucha envidia la tengo, y le suplico me asista, pues *tan bien puede hacerlo donde está*».

La gran reputación de santidad que se adquirió en la vida y los hechos prodigiosos que manifestaron su gloria después de la muerte, dieron ocasión á las diligencias que se hicieron para su beatificación y á los trabajos llevados á cabo para publicar y poner en manos de los fieles los pormenores de una existencia tan bien empleada, habiendo sido el sabio y piadoso Misionero D. Diego de Guevara, Agustino, quien promovió obras de tanta gloria para Dios. En una carta suya del 24 de Abril de 1621, á la Madre Beatriz de la Concepción (electa Priora después de la muerte de nuestra Venerable), cuyo original se guarda en los archivos del Carmen bruselense, leemos lo siguiente: «Ya terminaron los padecimientos de esta santa mujer, y su fin ha sido glorioso como lo prueban todas las circunstancias de su muerte y el gran milagro que Dios ha obrado. Este es principio de cosas mayores aún..... El Señor se ha dignado dar este tesoro á Francia y Flandes para que, como España posee la santa virgen Te-

resa de Jesús, así Flandes goce el precioso despojo de la Madre Ana. A la vista de los obstinados herejes hace Dios milagros por medio de esta *gran santa*..... Ahora que ya no existe, se trata de imprimir su vida, de repartir imágenes suyas y trabajar para conseguir su beatificación y canonización..... Madre mía, ésta es la causa de Dios: á V. R. toca hacer uso del valimiento de que goza con los Archiduques para dar principio á ella.....»

En nuestro catálogo cronológico (1), desde la página 42 á la 59, expusimos el resumen de las tentativas oficiales y jurídicas hechas desde 1621 hasta nuestros días para lograr que la sierva de Dios fuese puesta en la categoría de los Bienaventurados y honrada con culto público. Inútil y temerario sería, á nuestro parecer, indagar las causas que hasta aquí han impedido el buen resultado que se esperaba de estos trabajos: Dios que todo lo hace con peso, número y medida, conoce con su infinita sabiduría el momento determinado en que han de aparecer á los ojos de los hombres los astros con que le plugo poblar y embellecer el firmamento. Este pensamiento aplicado á nuestro objeto basta para confirmar nuestra esperanza y consolarnos mientras no se realiza, por largo que el tiempo nos parezca.

El Rdo. P. Rolando Van Overstraeten, de la Compañía de Jesús, mandó hacer después de la muerte de Ana treinta y siete cuadros que representasen las principales acciones de su vida, y la Infanta Isabel hizo sacar asimismo diversos grabados del retrato de la sierva de Dios, y que Rubens la representase en lienzo

(1) Catálogo cronológico de los principales testimonios dados á las virtudes heróicas y á la opinión de santidad de la Madre Ana de Jesús, y de las diligencias hechas para obtener su beatificación. Bruselas 1872.

en el paso mismo en que Nuestro Señor le quitó el corazón, cuya pintura existe aún hoy. Tampoco se descuidó en mandar escribir su vida, pues en carta del 16 de Octubre de 1629 al P. Angel Manrique, de la Orden de San Bernardo, profesor de teología en la Universidad de Salamanca, apela á su celo y talento y le encarga de darla á luz. Púsose inmediatamente á ello sirviéndose de documentos originales, como él mismo dice, y el 25 de Junio de 1631 tuvo el gusto de ofrecer su trabajo á la piadosa Princesa. Imprimióse en Bruselas el año siguiente 1632 en casa de Lucas de Meerbeek en 8.° mayor, de cuya edición tenemos un ejemplar en nuestro poder, como también el manuscrito del autor. Lleva esta obra el sello de una grande decisión á favor de la sierva de Dios, pero su lectura sería intolerable en nuestros días, porque (como ya notamos en nuestra *Memoria sobre Ana de Jesús y las Constituc. de las Carmelitas Descalzas*, pág. 133) no pudo precaverse este apreciable escritor contra las falsas opiniones esparcidas en el público por los adversarios del P. Gracián, ni evitar inexactitudes bastante graves en la apreciación de la conducta de su heroína. Añadamos á esto que necesariamente debió de ser incompleto. Dicha Vida compuesta por Manrique la tradujo al francés René Gauthier, Consejero de Estado, uno de los que vinieron á buscarla á España, y salió á luz en París el año 1636. En el de 1639 se imprimió en Bruselas otra traducción por el P. Benigno de Santa Teresa, Carmelita Descalzo, aumentada con varios hechos inéditos.

El P. Luis de Santa Teresa, Definidor de la provincia de Carmelitas Descalzos de París y Visitador general de la de Flandes, estudió á su vez las memorias auténticas, y en 1610 compuso una vida de Ana de Jesús que no llegó á imprimirse, cuyo manuscrito, que hacía un volumen in-folio, se conserva en los archivos

del Carmelo de Bruselas, y más tarde publicó una biografía de la misma en su obra titulada: *Compendio del establecimiento de las Carmelitas en Francia*, páginas 67 á 80.

Los Analistas de las dos Congregaciones de Italia y España tratan largamente de la Madre Ana de Jesús, pues el P. Pedro de San Andrés, de la de Italia, le dedica nada menos que unas 250 columnas in-4.° en su *Historia Generalis FF. Discalc. Ordinis B. V. Mariæ de Monte Carmelo Congregationis S. Eliæ.* Ambos volúmenes se publicaron en Roma respectivamente en 1668 y 1671. El tomo IV de los Anales de los Carmelitas Descalzos de España impresos con el título de *Reforma de los Descalzos*, contiene en setenta y nueve columnas in-4.° su biografía. Imprimióse en Madrid el año 1684.

Fuera de esto, en 1788 dió á luz en París una nueva Vida el abate de Montis, doctor en teología, secundando los deseos de la Venerable Madre Teresa de San Agustín (Madama Luisa de Francia). Escrita en estilo sencillo y natural, es más bien un compendio que una historia extensa, propiamente tal. El estudio de los originales documentos hubiera preservado al autor de incurrir en muchos errores; pero, según parece, no los consultó.

Fijemos también la atención en el opúsculo publicado en Amberes el año 1635 por el Licenciado en Derecho D. Andrés Manrique, que contiene en lengua francesa el resumen de la vida, virtudes y milagros de nuestra Venerable. Se intitula: *Breve diseño de la Venenerable Madre Ana de Jesús, Fundadora de las Carmelitas Descalzas en Francia y en Flandes y Priora del convento de Bruselas.*

Estos son los escritores conocidos que han tratado ex-profeso de la sierva de Dios, de cuyos trabajos, lo confesamos, nos hemos aprovechado, bien que nuestra

principal ayuda han sido los manuscritos que se conservan en los archivos de las Madres de Bruselas, que ofrecen un prodigioso número de testimonios, la mayor parte garantizada con el juramento que les precedió, y que por llevar la firma de los personajes más distinguidos por su ciencia, virtud y posición social, constituyen en su conjunto y por su armonía una prueba irrecusable de la veracidad de los hechos que refieren. Podríanse hacer de los tales documentos dos series principales: en la primera compuesta de catorce legajos, se hallarán las actas auténticas de los procesos hechos para la causa de su beatificación desde el año 1621 hasta 1642, en las diócesis de Malinas, Amberes, Cambrai, Turnai, Arras, San Omer, Ruán, París, Troyes; y, en España, en las ciudades de Osma, Consuegra, Córdoba, Granada, Beas y Salamanca. La segunda comprendería, en diez y siete legajos, las deposiciones jurídicas y otros documentos concernientes á la Madre Ana. Hé aquí el sumario:

1. Deposición de la Serenísima Infanta Isabel y papeles relativos á la fundación del convento Real de Bruselas.

2 Cartas y testimonios de varias Ordenes religiosas.—Item de diversos personajes eclesiásticos y seculares.

3. Oración fúnebre pronunciada por el Reverendo Padre Tomás de Jesús.—Cartas y deposiciones de los Padres Carmelitas Descalzos de España, Francia, Alemania y Flandes.

4. Deposiciones y cartas de las Reverendas Madres Isabel de los Angeles, Juana del Espíritu Santo, María de Jesús, Isabel de San Jerónimo, Isabel de la Cruz, Beatriz del Santísimo Sacramento y Beatriz de la Concepción, Carmelitas Descalzas del convento de Salamanca.

5. Deposiciones, cartas y relaciones de la Madre María de la Encarnación (Yolande de Salazar), novicia del convento de Madrid, y después religiosa en el de Consuegra.—Cartas y relaciones de la Madre Isabel de los Angeles, Priora del convento de Consuegra.—Una carta de la Madre Isabel de S. Francisco, del de Lisboa.

6. Deposiciones de las Madres Magdalena del Espíritu Santo y Francisca de la Madre de Dios, del convento de Beas.

7. Diversos manuscritos relativos á la cuestión de los confesores.—Memoria del Reverendo Padre Nicolás Doria.—Deposiciones de la Hermana Ana de Jesús, conversa, y de las Madres Catalina de San Francisco y Juana Evangelista, del convento de Madrid.—Cartas y deposiciones de las Madres Beatriz de San Miguel, María de San Juan, María de la Cruz, Catalina del Espíritu Santo, Catalina de San Alberto, María de San Alberto, Isabel de la Encarnación, Leonor de Jesús y Luisa de San José, del de Granada.—Manuscrito de la fundación de Granada.—Prólogo del *Cántico espiritual* dedicado á Ana de Jesús por nuestro Padre San Juan de la Cruz.—Biografía de una monja del convento de Granada.

8. Cartas y deposiciones procedentes de diversos monasterios de Francia y de algunas personas seculares, tocante á las virtudes, milagros, etc. de la Madre Ana de Jesús.

9. Una carta de la Venerable Teresa de San Agustín.—Otra de la Madre Luisa de Jesús (Jurdain).—Cartas y deposiciones de la Madre María de la Trinidad (Srta. d'Hanivel).

10. Deposiciones de la Madre Teresa de Jesús María y de la Hermana conversa Margarita de la Madre de Dios, que cuidó á la Venerable Ana de Jesús trece años.

11. Compendio de las virtudes de la sierva de Dios, por la Madre Teresa de Jesús María, del convento de Bruselas.

12. Deposiciones de las Madres Margarita y Teresa de Jesús (de la familia de los Príncipes de Croy) del convento de Bruselas.

13. Deposiciones de las religiosas que fueron recibidas por nuestra Venerable en el convento bruselense, á saber: de las Madres María-Ana de San José, Juana del Espíritu Santo (ésta fué la monja curada milagrosamente luego que murió la sierva de Dios), Juana de la Trinidad, Margarita de San Francisco, Juana de Jesús, Isabel del Santísimo Sacramento, María de Jesús, Florencia de la Cruz (de la ilustre familia de Merode), María-Ana del Espíritu Santo, y de las Hermanas Isabel de la Cruz y María de la Concepción.

14 Cartas y testimonios de S. G. Monseñor Cristobal de Lobera, Obispo de Osma, en España.—Item de María de Cabreras.—Item del presbítero Juan de la Ciguela.

15. Testimonios jurídicos relativos á la curación milagrosa de la Hermana Juana del Espíritu Santo, acaecida el propio día en que murió nuestra Venerable.

16. Deposición del Sr. Navet, quien después de haber acompañado al Sr. de Bretigny á España recibió las sagradas órdenes, y fué canónigo de la colegial de Loignies.—Cartas autógrafas de Bretigny.

17. Deposiciones de varias personas sobre los milagros obrados por la Madre Ana de Jesús.

Hé aquí, pues, los originales de que nos hemos servido para componer una nueva Vida de la heróica virgen, compañera y coadjutora de Santa Teresa, y Fundadora del Carmelo reformado en Francia y los Países Bajos. Verdadero consuelo es para nuestro corazón poder declarar aquí que ni un solo instante he-

mos dejado de reconocer nuestra insuficiencia, sintiendo que obra de tanta importancia no haya sido confiada á manos más hábiles que las nuestras. Sólo la obediencia ha podido determinarnos á emprenderla, siendo también ella la que siempre nos ha sostenido. Por lo demás declaramos formalmente no haber tenido otro fin al escribir este libro que descubrir la verdad, hacer justicia á Ana de Jesús, y pagar á esta nuestra segunda Madre un tributo público de reconocimiento por los inmensos servicios que ha hecho á la Orden del Carmen. Ojalá hayamos respondido á los deseos y esperanza de la familia de Santa Teresa, de tantos ilustres Prelados y distinguidos personajes que recientemente han hecho nuevas y vivas instancias al Soberano Pontífice Pío IX para poner á Ana de Jesús en los altares.

Sólo nos resta protestar que nos sometemos enteramente á los decretos del Papa Urbano VIII, y que nos remitimos sin reserva, pura y simplemente al juicio infalible de nuestra Madre la Santa Iglesia Romana.

LIBRO PRIMERO.

De la vida que en Medina y Plasencia hizo Ana de Jesús desde que nació hasta que entró en la Religión.

CAPÍTULO I

De la patria, los padres, del nacimiento de Ana en 25 de Noviembre de 1545.—De la muerte de su padre, de la sordera y mudez de la Venerable, su curación y rápido adelantamiento.—De cómo es confirmada.—De la muerte de su madre.—De la devoción de la sierva de Dios á la Santísima Virgen y de sus prácticas piadosas.—De cómo hace voto de virginidad á la edad de diez años.

Medina del Campo (1) situada en el reino de León, ciudad célebre entonces en toda España por su comer-

(1) Cuando los árabes eran dueños de una gran parte de España, mudaron los antiguos nombres de los ríos, montañas, ciudades, etc. y les dieron otros nuevos, muchos de los cuales se conservan aún hoy: uno de ellos es *Medina del Campo*. La palabra *Medina*, en árabe significa *ciudad;* y de ahí viene que los mahometanos llamen *Medina*, ó ciudad por excelencia, la de Arabia, donde se halla el cuerpo de Mahoma. En cuanto á las otras ciudades que llevan el nombre de *Medina*, los árabes añadieron á esta palabra algunos particulares sobrenombres que las distinguen unas de otras; así se dice: Medina del Campo, Medina-Cœli, Medina-Sidonia, Medina de Rioseco, Medina de las Torres, etc.

cio, fué la patria de la fiel sierva de Dios, cuya historia vamos á escribir. Su padre, D. Diego de Lobera, era natural de Plasencia, en el reino de Estremadura, y su madre, D.ª Francisca de Torres, originaria de Vizcaya. «Mas la divina Providencia,—dice el P. Pedro de San Andrés—por uno de sus secretos designios, dispuso que se establecieran en Medina para dar allí á luz á la que había de ser más tarde Ana de Jesús. En efecto, así como la santa Reformadora del Carmelo Teresa de Jesús nació en la misma ciudad de Avila en donde debía echar los fundamentos del primer monasterio de la Reforma; del mismo modo Ana de Jesús, llamada á ser coadjutora de Santa Teresa y propagadora de su obra en el extranjero, debía, al parecer, venir al mundo en Medina del Campo, esto es, en el lugar en donde había de fundarse el segundo monasterio del Carmelo reformado.»

Las dos casas de Lobera y de Torres eran, sin duda alguna, de grande nobleza, y se hallaban emparentadas con los más ilustres títulos de España. Citaremos aquí solamente, entre los ascendientes de D. Diego, á la célebre Loba, Reina de Galicia, quien recogió y salvó las preciosas reliquias de Santiago: y, entre los emparentados con su familia, al famoso Rodríguez de Calderón, Marqués de Siete-Iglesias, prodigio de valor militar. En cuanto á la familia de Torres, estaba esparcida por toda la Península.

D. Diego y D.ª Francisca, poco aventajados en bienes de fortuna, realzaban la nobleza de su origen con su eminente piedad y la práctica de todas las virtudes. En particular D.ª Francisca era muy devota y cristiana, muy dada al ejercicio de la oración y penitencia, y muy caritativa con los pobres. Tenían además la honra insigne de contar hasta treinta de sus allegados consagrados al Señor en el sacerdocio ó en el estado reli-

gioso, varios de los cuales ocuparon puestos distinguidos en la Iglesia, y algunos fueron promovidos al episcopado, de cuyo número fué D. Cristóbal Lobera, primo y gran amigo de la Madre Ana de Jesús.

Esposos de los más privilegiados que se han visto, estaban escogidos para dar á luz dos hijos de bendición, primero un varón que se llamó Cristóbal de Lobera, luego una hija que es ésta cuya historia escribimos. «Dos Religiones,—dice Manrique—había de dar »España á la Iglesia de Dios, ambas columnas firmes »de su fábrica en tiempo que las recientes herejías de »Lutero y Calvino amenazaban ruina á su edificio: la »de la Compañía de Jesús por San Ignacio, y por Santa »Teresa la del Carmen, restituída á los siglos de Elías »y Eliseo. Parece que se ordenó este matrimonio sólo »á dar cada una un coadjutor, y así nacieron por el »orden que ellas. Cristóbal de Lobera para la Compa»ñía, donde vivió con tanta perfección, que á la hora »de su muerte, acaecida en España, le vió su hermana »subir derecho al cielo. Doña Ana, para el Carmen des»calzo, y sustituta de su Santa Madre; viva, en cuanto »no pudo por sí misma, y muerta, en cuanto quedó en»tonces por hacer, que en parte no fué menos que lo »hecho.»

Nació Ana el 25 de Noviembre de 1545, y el mismo día fué regenerada en las aguas del bautismo. El nombre que allí recibió parece haber sido inspirado del cielo como feliz presagio de sus futuros destinos. En efecto, era costumbre entonces, y lo es aún hoy bastante general, poner á los niños los nombres de los abuelos, así que llamada á ser esta niña, por manera tan singular, hija de María, no le convenía al parecer otro nombre que el de la madre de la Santísima Virgen. Adoptándola Dios ya desde entonces, y no queriendo en su amor de predilección que conociese Ana

á otro padre que á Él, llamó á sí á D. Diego cuando ella estaba aún en la cuna. La piadosa viuda llevó con resignación verdaderamente cristiana tan dolorosa pérdida, y resolvió dedicarse del todo á la crianza de su tierna familia; pero aun la esperaban otras pruebas. ¡Cuán recio golpe no recibió, en efecto, su corazón maternal al notar que aquella su hija, en quien brillaban ya los más ricos dones de la naturaleza, estaba privada del oído y del habla! «Dios, á la verdad,—dice el Padre Pedro de San Andrés—por una providencia secreta, pero amorosa, había escondido bajo el velo de tan legítimo motivo de dolor, un anuncio profético de los tesoros espirituales de que colmaría el alma de Ana; y nosotros no debemos creer que un silencio tan absoluto y tan prolongada sordera hayan sido sin misterio. Quería Dios que en esta niña que había hecho para sí y reservaba para grandes cosas, el uso de los sentidos no previniese al de la razón, ni los sentidos ejecutasen acto alguno que la razón no pudiese, conforme á las reglas prescritas de lo alto, dirigir y hacer meritorio para el cielo.» Sin embargo, como la pobre madre viese con el más vivo dolor el triste estado de su hija, para el que no hallaba consuelo, animada de una firme confianza, se dirigió á la Santísima Virgen, suplicándole probase una vez más en favor de su querida niña, que jamás se la invoca en vano.

Transcurrieron así siete años bien corridos, siete años de angustia y de esperanza, siete años de ardientes é incesantes súplicas. Mandó, por fin, celebrar muchas misas, multiplicó las peregrinaciones y novenas, sin olvidarse de recomendar su hija á las oraciones de cuantos creía ella que tenían algún valimiento con Dios y con la Virgen Santísima, y á la postre fué oída. Abriéronse los oídos y soltóse la lengua de la niña, la cual rompió á hablar pronunciando las palabras del

Ave María. Expresóse desde aquel momento de un modo tan perfecto, con términos tan claros, correctos y discretos, que excitó la admiración de todos, y lo miraron como cosa milagrosa. No parece sino que, en su largo silencio, se había ocupado en reflexionar profundamente y preparar, de algún modo, en el secreto de su corazón, lo que luego había de hablar. Aprendió al punto, con rara perspicacia, á rezar las oraciones vocales, á leer libros piadosos; ganando con la admirable facilidad y maravillosa prontitud de su inteligencia, el tiempo que su enfermedad no le había permitido iniciarse en los conocimientos propios de su edad. Adelantóse tanto á lo que de ella se podía esperar, que la hallaron capaz de recibir el sacramento de la Confirmación cuando sólo contaba aún siete años. Ni quiso su piadosa madre que se le difiriese, y la que Dios destinaba á combatir generosamente contra los poderes infernales, fué á vestirse las armas del soldado de Jesucristo, no como niña ni como mujer, sino como varón, excitando desde entonces la emulación de los más valientes, y aterrorizando á los demonios y á sus satélites.

Deseó, al tiempo de su confirmación, mudar el nombre de Ana en el de Francisca. ¿La impulsaba á ello la tierna devoción que tenía á San Francisco, ó cedía al vivo afecto hácia su madre, á una especie de instinto natural que le advertía que pronto se vería privada de sus cuidados y que le hacía desear tener siempre presente, á lo menos en el nombre, el recuerdo y como retrato de aquella á quien tanto amaba? Sea lo que quiera, doña Francisca oyó con gusto la proposición de su hija, bien que no se avino á ello; puesto que alumbrada con luz superior, juzgó que habiendo recibido ya tantas gracias del Señor, y estando predestinada á recibirlas mayores y más

abundantes aún en el porvenir, no debía desprenderse de un nombre tan hermoso, que, según la interpretación de San Epifanio y de San Juan Damasceno, significa *gracia*. No tardó en reconocer la tierna niña cuánta razón tenía su madre, y de cuánto consuelo para su corazón había de ser principio el nombre de Ana en la cruel prueba que le esperaba.

Llegado que hubo á los nueve años de edad, no quiso Nuestro Señor permitir que aquella alma privilegiada estuviese más tiempo expuesta á gozar las dulzuras, mejor dicho, á padecer los inconvenientes de las caricias maternales. Y como por otra parte quisiese Él para sí todo el amor de aquel tierno corazón, y hubiese resuelto reservársele enteramente, para estorbar que Ana se dejase llevar de otras afecciones, legítimas, es verdad, pero que no dejaban por eso de ser terrenas, le arrebató súbitamente á su madre, la cual, tras corta enfermedad, se fué al cielo, trocando esta vida miserable por otra mejor, en tanto que el Dueño divino preparaba á la tierna huérfana otra madre muy superior á la que había perdido.

Cumplidos los últimos deberes con D.ª Francisca, Ana y su hermano Cristóbal pasaron á casa de la abuela materna, encargada de su educación; pero la niña, prevenida por la gracia, deseaba para sí cuidados superiores á los de la naturaleza. Acuérdase del nombre que lleva, y valiéndose del crédito que al parecer le daba, vá á postrarse á los piés de la Santísima Virgen, y le suplica con la mayor confianza se digne hacer con ella en adelante las veces de madre. Deseos tan sinceros y puros, fueron acogidos favorablemente por la Reina de los Ángeles, que de allí más trató siempre á Ana como á amada hija suya. Nada omitió ésta por su parte para dar á María testimonios

de filial amor, y de aquí que cada día le rezase el santo Rosario (que, entre las devociones más agradables á su purísimo Corazón y á sus fieles siervos, ocupa el primer lugar), á lo cual añadió bien pronto el Oficio parvo, que rezaba con mucha devoción y de rodillas; y habiéndola reprendido su hermano de de que le rezaba en lengua vulgar, aprendió á leer latín. Ni se satisfizo con esto: su fervor que siempre iba en aumento, le sugirió la admirable resolución de levantarse todas las veces que despertara por la noche, y ponerse de rodillas para saludar á su buena Madre rezándole el *Ave María*, cuya práctica observó fielmente hasta su entrada en Religión, sin que los fríos más intensos fuesen bastantes á menoscabar su constancia. En los últimos años de su vida declaró á la enfermera cómo, desde que hizo el tal propósito, se despertaba con más frecuencia; y por eso le parecía que la Santísima Virgen y Dios mismo se complacían en verla repetir este sencillo homenaje.

Creciendo en el tierno corazón de Ana, al paso que su devoción filial hácia María, los deseos de imitarla, cualesquiera que fuesen las pruebas de amor que le ofreciese, todo le parecía poco en tanto no se diese á sí misma; y como para esto, y para seguir en cuanto le era posible los ejemplos de la Reina del cielo, no veía mejor medio que el voto de castidad, no dudó hacerle y consagrar para siempre á Dios y á María el tesoro de su virginidad. Diez años escasos contaba cuando verificó tan grande acto: grande, sí, y verdaderamente admirable en tan tierna edad: sin luchar ganaba victorias, y antes de aprender á combatir, aspiraba á la palma, á la corona, al triunfo. Bien se puede creer que, iluminada con luz superior, se armó de antemano para la

guerra futura, y que en esta alma privilegiada, la razón dominó incesantemente á los sentidos; y al modo que éstos estuvieron como suspensos los siete primeros años de su vida y no osaron prevenir al uso de la razón, así aquí la razón previno á las inclinaciones de los sentidos, y antes de que pudiesen manifestarse, quiso enfrenarlas y sujetarlas por el voto perpetuo é indisoluble de virginidad, sin cejar jamás en la empresa.

CAPÍTULO II.

Trátase de casarla y Ana lo rehusa, y toma la resolución de retirarse á Plasencia, en donde se le ofrecen nuevos peligros.—Muere una su amiga, y públicamente declara haber renunciado al mundo.—De sus virtudes, dos éxtasis, y dos heróicos votos que añade al de castidad.—Envíale Dios un director en el Padre Pedro Rodríguez.—De cómo entra en la Compañía Cristóbal de Lobera.—Hácese una sucinta reseña de este religioso.

Mientras que el cielo aplaudía el acto heróico que Ana de Lobera acababa de cumplir, el demonio, enemigo implacable del género humano, y destructor encarnizado de todo lo bueno, no pudiendo sufrir verse provocado al combate y vencido de antemano por una débil niña, resolvió no perdonar esfuerzo alguno para apartarla de su santo propósito. Púsole delante dos obstáculos insuperables: el vivo afecto de la abuela á la nieta, y las ardientes solicitaciones de no pocos pretendientes de su mano.

Deseando con ansia la abuela de Ana que ésta contrajese espléndido matrimonio, trabajó sin cesar y cuanto pudo para prepararle una dote magnífica en escudos, joyas, objetos de tocador y mueblaje. Casi no se pasaba día sin que diese un asalto á la pobre niña,

haciéndole proposiciones, interrogándole sobre sus aficiones, sugiriéndole inclinaciones; pero ella, usando por algún tiempo de un piadoso ardid, se limitó á hurtar el cuerpo á las preguntas é insinuaciones de la anciana. Fatigada al fin de sus importunaciones, resolvió Ana poner término á esto, y romper de un golpe todos los lazos con que se amenazaba encadenarle la libertad, declarando francamente á su abuela cómo hacía ya tiempo que tenía hecha la elección de un modo irrevocable, puesto que, habiéndole robado el corazón el Esposo de las vírgenes, se había unido á Él por medio de un voto, que por nadie del mundo revocaría.

Como estupefacta, á la vez que penadísima y quejosa, quedó la abuela con una respuesta que no esperaba, y deseando poner pronto remedio á una situación que miraba como funesta á la felicidad de su nieta, consultó con letrados, los cuales de común acuerdo la aseguraron que, en calidad de tutora, y atenta á la tierna edad de Ana, tenía derecho y poder de irritar el voto hecho por ella. Refirióselo alegremente á la niña, quien replicó al instante «Lejos de mí, madre que»rida, inconstancia tan indigna de un alma generosa: »sabed que lo iré renovando cada día, hasta que lle»gue á edad que no se irrite.» Una declaración tan explícita, salida de la boca de una joven de catorce años, llenó de asombro á la anciana; pero lejos de atajar sus proyectos (poniendo pábulo á sus deseos la misma resistencia que se oponía á ellos), empleó todos los medios posibles para conseguirlo. Mas en vano; porque sostenida por virtud divina, Ana permaneció constante en su resolución, inutilizando y venciendo con valor heróico los esfuerzos y tentativas de la abuela.

Como la edad, no obstante, añadiese más y más resplandor á su hermosura, é hiciese crecer el número de admiradores que pretendían su mano, volviéndose ani-

mosamente contra sí misma y contra estos atractivos naturales origen de sus desazones, deseosa de no agradar más que al Esposo celestial, empleó, bien que inútilmente, todos los medios posibles para ajar la hermosura y lozanía de su rostro.

El Señor, que tenía sus particulares designios sobre Ana, daba realce á los atractivos de su persona, á medida que ella se esforzaba por hacerlos desaparecer: en vista de lo cual y de la inutilidad de sus esfuerzos, pensó la angelical doncella tomar otra determinación que, á su parecer, no podía menos de salirle bien. En Medina se vé rodeada de tantos enemigos cuantas son las personas que la rodean, aman y buscan: temiendo ser vencida, se decide á huir el combate y trasladarse á tierra desconocida, en donde pueda ocultar su virginidad y poner á salvo su constancia.

Vivía aún y residía en Plasencia la abuela paterna de la sierva de Dios, la cual había hecho frecuentes instancias para conseguir que los dos niños, Ana y Cristóbal, después de la muerte de sus padres fuesen á vivir con ella. Aprovechándose Ana de esta circunstancia, persuadió á su hermano que escribiese á Plasencia, sin saberlo la familia de Medina, suplicando que alguno de sus tíos fuese por ellos, con el pretexto de visitar á los parientes de su padre, y sostener los derechos á la sucesión de éste: el cual artificio tuvo un buen éxito, y así dejaron á Medina con sentimiento de todos, principalmente de su abuela y familia; y al llegar á Plasencia fueron recibidos con las más vivas y tiernas muestras de alegría y amor (1560).

Había entrado Ana en los quince años de edad, y era á la sazón una mujer perfecta por sus cabales, de facciones correctas, buena estatura, agraciada de cuerpo y alma, de índole bien acondicionada, de corazón excelente y virtudes sólidas: nada dejaba que desear,

por lo que no tardó mucho en atraerse las miradas y los corazones de todos. «Semejante,—dice el P. Pedro de S. Andrés—, á un bello astro desconocido hasta entonces, despedía en torno suyo resplandores no menos atractivos que suaves y apacibles.» El peligro especialmente era para ella, que aseguraba con santo terror estar lejos de haber hallado en Plasencia lo que había ido á buscar con tantos trabajos, esto es, la soledad y el olvido. Esta universal admiración de que Ana era objeto, traía muy regocijado al demonio, quien, sin desalentarse por el descalabro padecido en Medina, antes bien más rabioso y atrevido por la derrota, se preparó para acometer á la sierva de Dios con asaltos más terribles que nunca.

El número de jóvenes de la más alta nobleza que solicitaron la mano de Ana, fué mucho mayor en Plasencia que en Medina. Distinguíase entre ellos un gentil hombre de gallarda presencia, que por ser de la misma familia, se le concedía fácilmente entrada en la casa, y podía contar con las simpatías y distinción de los parientes de aquella á quien pretendía, el cual menudeaba las visitas para prodigar á Ana demostraciones de profundo respeto y amor ardiente, mientras sus allegados no escaseaban súplicas, caricias ni razones para obligarla á consentir en un casamiento tan igual. Todo, pues, se armaba contra esta virgen, la rabia del infierno, las afecciones de carne y sangre, miras mundanas y terrenas: de aquí que necesitase ahora de un socorro más que ordinario de la gracia, y Dios que velaba sobre ella no dejó de dársele.

Al llegar á Plasencia se había unido con estrecha amistad á una joven de noble familia, notable por su rara hermosura, vivo y despierto ingenio. Esta señorita cae repentinamente enferma, y muere: golpe no menos saludable que doloroso para el sensible corazón de

Ana, quien lloró con amargas lágrimas la pérdida de su amiga, aprovechándose de tan cruel acontecimiento para fijar más y más sus pensamientos y deseos en cosas más grandes y elevadas. Ilustrada interiormente por la gracia, trajo á la memoria todas las acciones de su vida, y consideró con atención cuán ingrata había sido para con Dios, y cuán flaco, ligero, vacío de méritos y contaminado de imperfecciones estaba cuanto había hecho por Él. Reflexionó que el mundo es, de ordinario, vano y engañoso en sus promesas, que no puede dar á sus adoradores sino bienes groseros, frágiles y efímeros, mientras que los eternos podemos esperarlos firmemente, adquirirlos segura y gloriosamente, y en su posesión y gozo hallar delicias inefables que jamás dejarán de ser nuestra herencia. Estas grandes verdades hicieron la más honda impresión en el corazón de Ana, consagrado ya á Dios: la determinaron á dar un adios eterno á las vanidades del siglo, y aficionarse con todas sus fuerzas á esos bienes superiores é invariables, únicos capaces de saciar el hambre que nos devora. Feliz y tranquila, espera una ocasión favorable (que no tarda en presentársele) para hacer brillar en medio del día su determinación.

Hemos llegado ya al 6 de Diciembre de 1560 en que un joven sacerdote, deudo de Ana, acababa de cantar la primera misa, por cuya causa la abuela de la sierva de Dios había preparado en su casa un magnífico festín, el cual reunía, no solo á los parientes, sino también á los principales individuos de la nobleza de Plasencia. Toman todos asiento en la mesa, y se disponen á celebrar alegremente este hermoso día: solo falta Ana, Ana reputada y deseada como el principal ornamento de la fiesta á causa de los atractivos de su persona y hechizos de su conversación. Y ¿por qué tarda tanto? dos veces han ido ya á llamarla. Contra-

riada la señora de la casa, su abuela, con tan extraña tardanza, empieza á irritarse contra Ana, cuando hé aquí que ésta se presenta en la sala del festín con el cabello cortado, la cabeza y el cuello cubiertos con una toca y un velo de lino, y el cuerpo con un áspero vestido de penitencia; cuya vista hizo en la reunión el efecto del rayo, y fijando todos en Ana los ojos, guardaron profundo silencio. Toma entonces ella la palabra, y con piadosa libertad y ánimo resuelto, les dice cómo ha resuelto consagrarse á Dios, y que, á su parecer, no podía escoger ocasión más favorable para ejecutarlo, ya que aquella hermosa fiesta le ponía ante los ojos un ejemplo tan animoso de uno de su misma familia. Como conocían la firmeza de su carácter, nadie osó dirigirle inútiles reparos; fuera de que como era imposible no reconocer el dedo de Dios en un acontecimiento que recordaba lo más admirable que hay en las vidas de los Santos, concluyeron por aplaudir su generosa determinación. El caballero que la pretendía, se consoló pensando que solo Dios le era preferido; la abuela, el hermano y los tíos dieron su consentimiento, de suerte que la heróica doncella, libre de todo embarazo, se vió dueña de su corazón y de sus actos, con entera independencia para darse únicamente al amor y servicio de Dios, como lo deseaba.

El primer uso que hizo Ana de su libertad, fué renovar el voto de castidad y fortificarle con el firme propósito de adelantar cada día en la perfección, en la que había hecho ya grandes progresos. Dedicada como estaba á la oración desde su más tierna infancia, y no obstante pasar en ella gran parte de las noches, retirábase durante el día á algún escondrijo del desván, para que nadie echase de ver ni turbase sus dulces comunicaciones con Dios. Mostrábase muy sumisa á su abuela obedeciéndola en todo con la mayor exactitud

hacía rigurosísimas abstinencias y frecuentes y prolongados ayunos, sin tener en cuenta su tierna edad: acostumbraba andar descalza y no tomar alimento alguno desde el Jueves Santo hasta el dia de Pascua; y á pesar del cuidado que ponía en ocultarse, su virtud brillaba á los ojos de todos, é inspirábales tan profundo respeto, que bastaba su presencia para alejar de la reunión más mundana cualquier palabra malsonante ó algo liviana, y al verla llegar se decían: «Ya viene, chitón.»

El mismo Dios quiso honrar á su fiel sierva, y manifestar las gracias con que la favorecía. Parécenos que debemos referir al tratar de esta época de su vida, los dos éxtasis cuyo recuerdo nos ha conservado la Hermana María de la Concepción en su deposición del 28 de Marzo de 1635. Hé aquí con qué términos lo cuenta, acomodándose al testimonio de la misma Ana de Jesús. «Un día inmediatamente después de comulgar, fué arrebatada en espíritu y trasportada al tribunal de Dios: estaba de tal modo absorta, que, sin darse cuenta, derramó por el suelo la ablución (1). Otro día, el Viernes Santo, al ir á adorar la Cruz, tuvo un éxtasis de que fueron testigos todos los que se hallaban presentes, entre otros su confesor.»

Así y todo, juzgando Ana no haber hecho bastante para corresponder á lo que Dios había recibido y entregarse á Él sin reserva, añadió otros dos votos al de castidad, prometiendo al Señor entrar lo más pronto posible en la Orden religiosa que le pareciese más austera y perfecta; pero como no la hay que lo sea tanto que no dé algún alivio á la naturaleza, se obligó con el tercero (no oído hasta entonces) de contrariar

(1) Antiguamente, después de comulgar, se bebía un poco de vino y agua para tragar más facilmente la sagrada Hostia, á lo que llamaban *tomar la ablución.*

siempre sus inclinaciones naturales, y no permitirse jamás, ni en lo grande ni en lo pequeño, la más ligera satisfacción. Imagínese quien pueda la heroicidad de semejante determinación en una doncella de diez y seis años, y cuán terrible fué para la naturaleza el cumplimiento de este voto: lucha ineludible, incesante, sin tregua; lucha prolongada en una carrera de sesenta años. Ana de Jesús podía y debía decirse en cada instante: «¿Es posible que en mi vida no me he de dar »en nada gusto? A nadie, absolutamente á nadie es ilí»cito, por lo menos de tiempo en tiempo, gustar algún »legítimo reposo: yo sola estaré privada de él, porque »así lo he querido, hasta mi muerte!.....» Tal resolución que sobrepuja, al parecer, las fuerzas naturales del hombre, la cumplió hasta el último suspiro. Su íntima confidente la Hermana Margarita de la Madre de Dios, nos da este testimonio: «Yo le he oído decir á ella misma (á Ana de Jesús), que jamás en toda su vida se había dado gusto en nada, ni aun al beber agua.»

Mas como para caminar con paso seguro y firme por el escabroso camino que había emprendido necesitase un guía experimentado y prudente, pedíasele sin cesar á Dios, quien oportunamente se lo envió. Veinte años habían transcurrido desde la fundación de la Compañía de Jesús, y habíase diseminado con tanta rapidez al soplo del Espíritu Santo, que á la sazón se hallaba ya extendida por toda la tierra. Por este tiempo establecieron un colegio en Plasencia, y enviaron á él al célebre P. Pedro Rodríguez, hombre muy hábil en el cultivo de las ciencias, y en el ejercicio de las virtudes: y hé aquí el instrumento incomparable que escogió Dios para dirigir á nuestra Venerable por la senda de la perfección. Un año había pasado desde que dijo Ana su último y solemne adiós al mundo, cuando se sintió impulsada interiormente á ir á la iglesia de la

Compañía, é inspirada á dirigirse al P. Rodríguez. Algo contribuiría también á esto su hermano.

Este joven, ángel de virtud desde sus más tiernos años, fué una de las primeras conquistas que la Compañía hizo en Plasencia, y una de sus más puras glorias. Cuando supo Ana su determinación de dejar el mundo y abrazar la milicia de San Ignacio, sintió en el alma el sacrificio que Dios le pedía; pero buscando luego consuelo en la oración, al salir de ella dijo alegremente á su abuela: «Ya no lloraré más á mi hermano: estoy contentísima con que se consagre á Dios, y resuelta á seguirle.» Cristóbal era digno, en efecto, de abrirle el camino de la vida religiosa, en la cual descolló particularmente por una modestia angelical, gran inclinación á la penitencia, silencio y soledad, un amor extraordinario hácia el augusto Sacramento del Altar, y una tierna devoción á la Santísima Virgen.

Estaba dotado de raro talento para predicar; mas apenas dió principio al desempeño de tan sagrado ministerio, cuando, por quebrantársele la salud, tuvo que renunciar á él. Empleó el resto de sus días en el estudio de las ciencias sagradas y en escribir varias obras, entre otras, dos volúmenes sobre el modo de predicar con fruto y explicar en el púlpito todos los evangelios del año. Plugo al Señor probarle con crueles enfermedades y con grandes penas interiores; pero nada de esto pudo alterar la paz de su corazón. El 22 de Diciembre de 1616 entregó en manos del Criador su preciosa alma, á la cual, como dejamos ya dicho, vió subir al cielo, en el mismo instante, Ana de Jesús su santa hermana, Priora á la sazón en Bruselas.

Volviendo á nuestro asunto, daremos á conocer ante todo el guía á quien Ana confió la dirección de su alma, y tanto la hizo progresar en la vida espiritual.

CAPÍTULO III.

Breve reseña del P. Pedro Rodríguez, bajo cuya dirección se pone Ana.—Declárase el género de vida que ésta emprende, y las virtudes que practica.

Nació Pedro Rodríguez en Belmonte, villa de la diócesis de Cuenca, el año 1524. Las raras prendas que le adornaban realzaban en él sus eminentísimas virtudes, porque era de buena estatura, de rostro penitente, de modestia grave y amable, de suerte que todo deponía á favor suyo. Ya de niño se dió al estudio de las ciencias eclesiásticas, y más tarde fué promovido al sacerdocio, habiendo sido la edificación de cuantos le conocieron los treinta y cuatro años que pasó en el siglo.

Al establecerse en Belmonte la Compañía de Jesús, halló en Pedro un poderoso auxiliar, tan deseoso de que cuanto antes se hiciese la fundación, que no contento con excitar á sus padres (muy favorecidos de bienes de fortuna) á que contribuyesen con sus liberalidades, desde luego puso él de su parte á la disposición de aquellos religiosos los recursos de su rara prudencia y mucha destreza, concluyendo por darse al fin á sí propio. Treinta y ocho años vivió en la Compañía ocupado continuamente en procurar la gloria de Dios, la propia perfección y la de los prójimos, después de los cuales murió en Toledo el 30 de Mayo de 1596, y Ana, que á la sazón era Priora en Salamanca, en el momento de espirar vió subir su alma al cielo, sin pasar por el Purgatorio.

Danos curiosos pormenores acerca de este Padre un antiguo manuscrito en español, que se conserva en los archivos del convento de las Carmelitas de Bruse-

las, en el cual manuscrito leemos, que uno de los oficios que hizo con el mejor resultado fué el de Rector de la iglesia de Toledo; y aunque se puede decir que nunca faltó cosa de las necesarias en la sacristía, luego la proveyó él abundantemente de cuanto puede dar mayor esplendor al culto divino. Su sola actitud ante el Santísimo Sacramento, era una elocuente predicación: ni podía ofrecer el Santo Sacrificio, hablar ú oir hablar de Dios, celebrar los Oficios de la Semana Santa, ni siquiera cerrar el Sagrario en que estaba el objeto de su amor, sin derramar copiosas lágrimas. Era devotísimo de la santa infancia del Salvador, y á su diligencia se ha de atribuir el que las imágenes, estatuas y cuadros del Niño Jesús se multiplicasen y esparciesen muy mucho, aun en los paises más remotos.

Hacíale ser tan excesivamente riguroso consigo mismo el amor que tenía á su divino Maestro, que, á imitación del Apóstol, llevaba siempre en el cuerpo la mortificación de Jesucristo; y de aquí que por muchos años se disciplinase media hora diaria, sin que de ello se dispensase el mismo día en que murió. Bien podríamos decir que usó á la continua el cilicio, las cadenillas y otros instrumentos de penitencia, y que se dió á las veces á tales excesos, que se hizo necesaria la intervención y los cuidados de los médicos. Practicó siempre en el refectorio las mortificaciones que se suelen hacer en los claustros, y sólo bebía agua y no hacía más que una comida al día; pero aun esta única refacción se convertía para él en ejercicio de penitencia. En el comer de los pedazos de pan que los otros dejaban, puso todo su contento y delicia; mas esto mismo le fué una vez materia de escrúpulo y de examen, pues le asaltaron los temores de haber causado perjuicio á los pobres á quienes se daban de limosna las sobras, porqne de estos desgraciados se compadecía tierna-

mente, y se tuvo siempre por dichoso de poder ayudarlos con buenos consejos, y encaminarlos á personas caritativas; y aun no contento con esto, exclamaba cuando le ofrecían algo para sí: «Más valiera dárselo á fulano ó á zutana, que yo sé que lo han bien menester.»

Pero por lo que más descollaba era por su destreza y celo en la dirección de las almas, de suerte que, por la conducta ajustada y el continuo adelantar en la vida espiritual, era fácil distinguir las que en él habían puesto la confianza. Al destinarle de asiento por algunos años á Plasencia, proporcionóle la Providencia la insigne dicha de formar, en la persona de Ana de Lobera, á la inmortal coadjutora de Santa Teresa, y de dar al Carmelo una de sus más firmes columnas. Mas si el Señor le había escogido para guía de esta seráfica virgen, preciso es reconocer también con el mismo P. Rodríguez, que el corazón de esta casta amadora de Jesús, fué como el brasero encendido de donde su director sacaba fuego de amor divino, y celo de la salvación de las almas.

Diez y siete años tenía Ana cuando se puso bajo la dirección del P. Rodríguez, y no se sabe si le hizo voto de obediencia; pero su prima María de Cabreras, que murió siendo Abadesa de las Clarisas de Plasencia, y cuya deposición manuscrita tenemos con fecha del 12 de Septiembre de 1622, refiere que tomó el hábito de manos de Jesuitas, y que escogió el día del Niño perdido para su consagración, por ser muy devota de dicho misterio; á la cual devoción exhortaba á sus compañeras, diciéndoles: «Seamos devotísimas de este misterio, porque no merece el nombre de cristiano quien no acompaña á la Madre de Dios al buscar á Jesús traspasada de dolor. «Este mismo año 1562, fundaba en Ávila Santa Teresa el primer convento de la Reforma; y ¿por qué no hemos de ver en este hecho una de esas

felices coincidencias de que tan á gusto suyo se vale Dios para manifestar el amor que tiene á las almas que muy de veras quieren servirle? A dos vírgenes que más tarde han de tener entre sí íntima comunicación, se digna concederles por este tiempo Su Divina Majestad lo que más eficazmente podía contribuir á poner por obra los santos deseos que tenían, porque á Ana de Lobera le abre el asilo en donde ha de hallar la Orden austera y perfecta que busca, y á Teresa de Jesús le proporciona la más fuerte columna del edificio que levanta.

Descubrió Ana al P. Rodríguez el mismo día en que se entregó á su dirección, los más recónditos senos de su corazón y los secretos de su conciencia: manifestóle muy al pormenor las circunstancias de su vida, sus ejercicios, inclinaciones, deseos, y, por decirlo todo de una vez, cuanto al hombre interior y al exterior concierne. Pareciéndole poco esto, con una generosidad que nada desdecía de su sencillez, habla á su director en estos términos: «En el negocio que he emprendido, he hecho lo que me correspondía: ahora, Padre mío, haced, os suplico, lo que á vos os toca. Ya lo acabais de ver; esta mi alma es tierra por cultivar, asi que tened por bien de quitar, desarraigar y arrancar de cuajo las venenosas y funestas plantas de los vicios, y, no contento con esto, arrancad también los renuevos parásitos y las malas hierbas de las imperfecciones, plantad en su lugar las fecundas cepas de las virtudes, cultivadlas cuidadosamente, y procurad que lleguen á la debida perfección. Y como, en cuanto de mí dependa, no habeis de hallar la más mínima resistencia á la gracia, mirad que seréis responsable ante el divino Juez, y le daréis rigurosa cuenta de los defectos que yo tenga.»

En tanto grado regocijó el corazón de aquel pia-

doso y prudente confesor esta declaración sugerida por el fervor y la sinceridad, que aceptó el cargo y prometió emplearse con todas sus fuerzas en el aprovechamiento espiritual de la nueva penitente. Poniendo en seguida manos á la obra, ya en un principio eleva á Ana al más alto grado de la perfección, y con consejos, exhortaciones, mandatos y toda suerte de pruebas, la sostiene y confirma en el mismo. Vamos á decir el austero y riguroso género de vida que, con arreglo á estos avisos, abrazó y continuó con valor invencible la sierva de Dios.

Usaba un vestido de los más sencillos y pobres; la túnica interior, fuera de ser de basta estopa, estaba cubierta con un espantoso cilicio tejido de crines ó juncos y sembrado de puntas de hierro, de la cual túnica jamás se despojaba, sino era para reemplazarla en ciertos tiempos ó en determinadas festividades con varios otros instrumentos de penitencia, más penosos aún. A lo cual hay que añadir que continuamente llevaba los brazos, las piernas y la cintura ceñidos con unas cadenillas, cuyas agudas puntas al penetrar en la carne, hacían á veces correr la sangre, dejando en ella señales indelebles. Al estar sentada no se la vió nunca recostarse para dar algún descanso á aquel cuerpo tan quebrantado por la penitencia y el ejercicio de las obras buenas, y aunque el lecho (que hacía las partes de su humildad) presentaba de día á los ojos de los visitantes un colchón con algunas mantas encima, pero por la noche todo desaparecía bajo una dura tabla, sobre la cual hallaban nuevo tormento aquellos extenuados miembros, que no descanso. En ella, como en tálamo nupcial conveniente á la esposa amada del que por nosotros quiso morir crucificado, se tendía con los brazos en cruz, y aun se mandó hacer una cruz de hierro toda llena de puntas y al igual de su talla,

la cual llevaba continuamente ajustada al cuerpo.

No era menos grosero el alimento que el vestido y la cama, los ayunos frecuentes y rigurosos, y cuando la necesidad la obligaba á tomar algo, escogía lo más repugnante y menos apetitoso para ella: esto cuando no echaba agua para quitarle el sabor, con la aparente excusa de que estaba demasiado espeso ó salado. Habíase impuesto á sí propia la regla inviolable de no tomar nada, absolutamente nada, ni una miga de pan, ni una sola gota de agua, desde el Jueves Santo hasta el día de Pascua, y no contenta con tan larga y rigurosa abstinencia, acostumbraba andar descalza estos tres días y atormentar su cuerpo con toda clase de maceraciones en honra de los misterios de la Pasión de nuestro Salvador, á la vez que por compadecerse tiernamente de los mismos y padecer ella alguna cosa.

Para la oración y aun para el silencio (el cual conserva y hace crecer los frutos de la oración) tenía Ana sus horas señaladas, sin perder jámas de vista á su Dios; y aun no bastándole el día para satisfacer su deseo, empleaba la mayor parte de la noche en la contemplación de las cosas divinas. Según testimonio de María de Cabreras, íntima amiga de la Venerable y su compañera en el descanso, Ana oraba desde las nueve de la noche hasta las once, y desde las tres de la madrugada hasta las siete, puesta siempre de rodillas, inmóvil á manera de estatua, y como fuera de sí. Testifica también haberla hallado muchas veces al día siguiente en el mismo sitio y postura en que la había dejado la noche anterior, sin poder comprender cómo y cuándo dormía.

Después de la oración de la mañana y proveer á lo que en casa podía reclamar sus cuidados, el resto del tiempo hasta la hora de comer, lo pasaba en la iglesia oyendo misas y las Horas canónicas, ó rezando

fervorosas devociones delante del Santísimo Sacramento. La tarde la empleaba toda en visitar á los pobres enfermos de los hospitales, sirviéndoles y dándoles cuantos consuelos y alivios puede inspirar el corazón más afectuoso. Llamaban especialmente su atención los más necesitados, y entre éstos prefería á las personas de su sexo atormentadas con llagas ó enfermedades asquerosas, y no haciendo caso de las náuseas que tales personas le causaban, se acercaba á ellas, les hacía la cama, les daba de comer, les curaba las úlceras, propinábales las medicinas, vestíales con aseo, y, con celestial alegría, hacía con ellas cuantos servicios eran necesarios, por más humildes y repugnantes que fuesen á la naturaleza. Tres meses asistió á una desgraciada que, con estar cubierta de lepra tan horrorosa y hedionda que nadie osaba acercarse á ella, confesó Ana ingenuamente que en todo aquel tiempo la había asistido Dios con una señalada gracia, cual fué preservarla de los vómitos inevitables en tales casos para su estómago. Parecido ejercicio de caridad hizo por una cuaresma entera con su prima, herida súbitamente de la lepra, pues como comprendiese que aquella enfermedad la permitía Nuestro Señor para darle á ella ocasión de ejercitar la virtud, tomó por su cuenta el cuidado de la enferma, sin consentir jamás que ninguna de las criadas de la casa pusiese los piés en su cuarto. Todo, aún las cosas más menudas necesarias para la curación de su prima, hacíalas Ana por sí misma, y la servía no con otro amor y diligencia del con que habría cuidado de la persona de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de haber empleado la mayor parte del tiempo en semejantes obras, volvía á casa y con las primas se ocupaba en alguna labor, inspirada por los mismos sentimientos de piedad y caridad: cuándo ha-

cía vestidos para los indigentes, cuándo aderezaba casullas, manteles, corporales y otros ornamentos necesarios al culto divino, para repartir entre las iglesias pobres. Debidos al verdadero espíritu de fé de que estaba animada, fueron el amor y respeto que profesaba á los pobres, no menos que á las personas consagradas á Dios: de los cuales sentimientos, que tan profundamente grabados tenía en el corazón, dió brillantes pruebas desde la infancia hasta que espiró. No bien se encontraba en la calle con algún pobre, ó le oía pedir limosna á la puerta de casa, íbase corriendo á suplicar á su abuela y á su tío que le socorriesen, y al volver á la labor, decía á las primas y á las sirvientas: «Ya que nosotras no tenemos qué les dar, recemos »cada una dos Ave-Marías, porque Dios les depare quien les dé algo.»

Conociendo los parientes su elevada virtud, dábanle grandes sumas de dinero, de las cuales disponía Ana en provecho de todos cuantos imploraban su asistencia, ó que ella misma iba á buscar en las buhardillas. «¡Cuántas veces,—dice la M.ª Teresa de Jesús en su *Compendio*—, cuántas veces no anduvo ella á caza de pobres desgraciados! A cinco criaturitas que halló cierto día en un granero sobre paja y tiritando de frío, proveyó de colchón y vestidos. Con respecto á los pobres vergonzantes, era excesiva su delicadeza, de aquí que hiciese poner á la puerta los socorros que les destinaba, encargando que no se les diese motivo ni aun de sospechar, qué mano era la que así acudía á socorrerles.» A las Carmelitas Descalzas de Almodóvar del Campo les proporcionó cuatro mil ducados de que tenían necesidad para establecerse: ¡preludio conmovedor que más adelante había de dar tanto lustre y acrecentamiento á la Orden de María!

Aunque viviese familiarmente con sus dos primas,

en el trato (bien que siempre modesto) se había de diferente modo con la una que con la otra. Porque á la mayor, á María de Lobera, la miraba con mucho respeto y deferencia, y, arrojándose á sus piés, se los besaba humildemente cuando ella iba á llamarla á comer. En cuanto á María de Cabreras, más joven y de condición más viva y menos compuesta, tomábala aparte con bastante frecuencia para hacerle prudentes advertencias: inducíala fuertemente á ser más circunspecta en las acciones, á moderar la inclinación á las distracciones y á los juegos, á enfrenar los ímpetus de su temperamento inquieto y bullicioso, y hacer brillar en los movimientos y en todo exterior una perfecta modestia y afable gravedad, á darse á la frugalidad y mortificación en el uso de los alimentos. «No hemos,—le decía—, de engordar el cuerpo ni comer hasta saciarle, sino darle lo estrictamente necesario para conservar sus fuerzas.» y dábale otros consejos por este estilo, muy á propósito para hacerla adelantar en todas las virtudes. De tal suerte bendijo Dios y dió eficacia á estas instrucciones, que María de Cabreras entró religiosa franciscana, y María de Lobera se abrazó con una vida más austera aún, bajo la dirección de su confesor.

Pero no se limitaba á esto el celo de Ana, sino que se extendía á todos los criados del uno y del otro sexo que servían á su abuela: ni uno solo hubo á quien no llevase con tanta fuerza como suavidad, ya á la enmienda de las pasadas faltas, ya á un más rápido progreso en la piedad. ¡Tan eficaz y fecunda como eso es la gracia cuando cae en un alma generosa y fiel en corresponder á ella con palabras y obras!

Acercábase la piadosa virgen á recibir los Sacramentos todos los domingos y demás días festivos, y ¡cuán de admirar era lo que en el confesonario pasaba,

así por parte de la penitente como por la del confesor! En efecto, de la declaración reiterada del P. Rodríguez que la confesó desde los diez y ocho hasta los veinticinco años, esto es, en la época en que con más fuerza se siente uno inclinado al mal, consta que en tan largo intervalo, jamás tuvo la sierva de Dios que acusarse ni de la más mínima culpa venial; y, sin embargo, confesaba con tan profundo dolor y contrición sus poquísimas y ligeras imperfecciones, que prorrumpía en suspiros y se deshacía en lágrimas como si hubiera cometido los crímenes más enormes. El confesor, por su parte, poniéndose al nivel del fervor y arrepentimiento de la penitente, y pretendiendo elevarla á las más sublimes virtudes, exageraba aquellas imperfecciones de pura fragilidad, ponderaba mucho su gravedad, castigándola y reprendiéndola severamente por ellas.

CAPÍTULO IV.

De las pruebas á que sujetó el P. Rodríguez á Ana, de los favores que ésta recibe del Señor, de la estima que todos la tienen, y cómo libra á Plasencia de una desgracia.—De la humildad de nuestra virgen, y elogio que á su virtud tributa el P. Rodríguez.—Ana ruega á Dios le dé á conocer la Orden en que ha de entrar, y cómo cae enferma de enfermedad grave.—El P. Rodríguez es llamado á Toledo, desde donde informa á la sierva de Dios de una nueva Orden fundada por la Madre Teresa de Jesús.

No se contentaba el P. Rodríguez con castigar los defectos de que la misma Ana se acusaba: á fuer de activo y prudente director, iba á la raíz y se aplicaba á sofocar cuanto en la Venerable hubiera podido estorbar la acción del Espíritu Santo. Habiendo notado que se inclinaba excesivamente á la estimación y á traerse

bien aseada, y un sumo horror á cuanto á esto era contrario, tomó por su cuenta el desarraigar del alma de la hija espiritual estas inclinaciones naturales que, sin ser de suyo malas, tampoco eran de provecho para la perfección. Una mañana, pues, le mandó vestirse un capotillo viejo de esclavo, y que con él saliese á comprar la carne. Díjole en otra ocasión que cogiese un cubo y diese de beber á los caballos, á la vista de varios señores que habían ido á visitar la familia. Cierto día que comían en casa de su abuela algunos de los parientes, recibió orden de comer ella en el suelo, lo cual desde luego causó admiración en algunos convidados, bien que otros se burlaron de ello; pero todos quedaron muy edificados al oir decir á una criada: «Es una mortificación que el P. Rodríguez ha mandado á la señorita.» Habiendo el Padre notado en Ana repugnancia á un vestido sucio y roto de una sirvienta, le mandó que se lo vistiese dos años; pero satisfecho con su pronta obediencia, revocó el mandato.

Por lo dicho se comprende que los designios del director espiritual no eran otros que hacer volver á su dirigida á la simplicidad de la infancia, razón por la cual, cada vez que la confesaba, le mandaba besar las manos y los piés á su abuela, y pedir humildemente perdón á sus primas. De varias deposiciones de testigos consta un hecho, cuyo propio lugar es éste. Un día de Navidad envió el Padre á decirle que asistiese á la explicación de doctrina que hacía á los niños, y Ana, despidiéndose luego al punto de la numerosa reunión que había en casa, se encaminó á la iglesia y se puso entre ellos. Aquí da principio para nuestra Venerable toda una serie de temores y tormentos, como más tarde refería ella con tanto contentamiento suyo. Ha observado que desde una elevada tribuna todos los Padres examinan su continente en medio de los niños, y que á

lo mejor la va á preguntar el P. Rodríguez y hacerle decir el catecismo. Y, á la verdad, había fundamento para pensar así, porque el Padre no hacía más que pasar y volver á pasar por delante de ella, y cada vez que algún niño respondía mal, decía muy alto: «Yo sé que hay aquí quien lo dijera mejor,» clavando al propio tiempo en la pobre Ana los penetrantes ojos con que al parecer le decía: «Atención, que voy á preguntarte.» El mal rato de la sierva de Dios tuvo fin con la lección.

Sometíase Ana á estas pruebas con la mayor generosidad: digo poco, las deseaba, las buscaba y pedía con instancia á su director que no la privara de ellas. Tan vivo era además el ardor que sentía hácia los padecimientos y la humillación, que cada día imaginaba prácticas muy más penosas para la naturaleza, y las proponía en seguida al P. Rodríguez. Hubiera querido pasar por loca á los ojos de todos para granjearse el común menosprecio, y con esta mira se entregara gustosa á actos del todo extravagantes, á no estorbárselo el sentimiento del pudor, el temor de la vanidad, y, sobre todo, la voluntad de su director, el cual supo muy bien hallar otras humillaciones no expuestas al veneno del amor propio, y bastantes de suyo á satisfacer el inmenso deseo que Ana tenía de padecer y ser despreciada por Jesucristo. Mandó, pues, el Padre á María de Lobera que la tratase con dureza, y cada día la afrentase de todas maneras; que cuando estuviesen rezando juntas en la iglesia, en medio de la multitud le diese un par de bofetones, como para castigarla de su inmodestia y distracción, y que después de esto, confesando Ana humildemente su culpa, se postrase á los piés de su prima para besárselos: la cual práctica guardaron por mucho tiempo la una y la otra con toda fidelidad. Esto supuesto, verificóse el hecho en un día

solemne de fiesta á la vista de un gran número de personas de las más distinguidas de la ciudad, y Ana, con la frente en el polvo, aplicó los labios á los piés de María, y hé aquí ¡oh prodigio de amor! que Nuestro Señor radiante de hermosura se presenta á su sierva, tócala en las mejillas y en la boca con sus divinas y acariciadoras manos; levántala luego, fija en ella una tierna mirada, y la bendice dejando inundada su alma de tanta gloria y delicias, que más tarde confesó ella misma ingenuamente, no haber palabras que pudieran hacerle gustar de nuevo los consuelos que sintió entonces, por cuyo goce de un solo instante estaba pronta á padecer todos los tormentos y mil veces la muerte.

Desde esta época comenzó el Esposo divino á mostrarse más á menudo y con más largueza pródigo de sus favores para con su muy amada esposa, á adornarla de gracias singulares y colmarla de dones sobrenaturales, como éxtasis y arrobamientos; las cuales prendas del amor de Jesucristo las recibía de ordinario después de comulgar. Envidioso el demonio de los rápidos progresos de la sierva de Dios en la unión divina, y previendo el daño que él recibiría, hizo cuanto pudo para detener el curso de tantas gracias. Lleno de infernal furor, frecuentemente (sobre todo las vísperas de comunión) se le aparecía bajo las formas más horribles, para impedir que se preparase como de costumbre, ó apartarla de ella, ó, á lo menos, hacer que la recibiera con temores y turbación. Mas todos sus esfuerzos fueron vanos é inútiles, porque la intrépida virgen, iluminada con los esplendores del celestial Esposo, enriquecida de divinos dones, en los cuales hallaba su fortaleza, andaba ligera por el camino de la perfección. Me quedo corto con decir que andaba: no andaba, antes volaba: ¡tan ardientes eran sus aspiraciones, tan sublime la generosidad de su corazón.

La fama de santidad y la admiración de que era objeto, crecían al paso de sus virtudes. Todos la elogiaban, y ponderaban incesantemente su piedad, caridad, modestia, prudencia, la gracia de sus acciones no menos que la amable y humilde majestad que brillaba en toda su persona; ni se le daba ya otro nombre que el de *Reina de las mujeres.* Por lo que á ella toca, movíanla poco estas pruebas de aprecio, porque su gran corazón buscaba una gloria y satisfacción más sólidas y duraderas que las que el mundo podía ofrecerle. Sin embargo, sabía agradecerlas y corresponder á ellas con beneficios, varios de los cuales fueron señalados con prodigios, y manifestaron el gran crédito que gozaba con Dios.

Hé aquí, entre otros, un hecho tanto más notable cuanto más público, tal cual lo refiere el analista del Carmelo Reverendo P. José de Santa Teresa. Dispusieron las personas principales de Plasencia unas fiestas públicas con torneos y corridas de toros, y aunque Ana no acostumbraba hacer caso de semejantes cosas, preocupóse mucho, no obstante, en esta ocasión, y desde que supo lo que trataban, sintió mucha pena temiendo que fuese aquello causa de grandes desgracias. Llegó ya la víspera del día señalado para la fiesta, y gran multitud de forasteros que habían acudido de las inmediaciones, se disponían á tomar parte en ella. Ana, cada vez más desasosegada, escribió al Sr. Obispo pidiéndole que hiciese diferir los regocijos; y para obligarle y forzarle, le aseguró que ciertamente se arrepentiría de no seguir su consejo. Tal era la reputación de la Venerable y su autoridad, que el Prelado, juzgando, como así era la verdad, que tal aviso venía de Dios, mandó, bajo pena de excomunión mayor, suspender la fiesta. Este mandato agitó á todos, y, como ignoraban la causa, cada cual lo apreciaba á su modo. Mas

poco tardaron en saberla, porque aquel mismo día descubrieron que las casas de la plaza estaban minadas, y que de trecho en trecho había barriles de pólvora con objeto de volarlas cuando la función estuviera más animada: la cual tentativa se atribuyó á los moros que á la sazón se habían revolucionado en Granada. El señor Obispo y todos miraron á D.ª Ana como la protectora de Plasencia, á la que, con el favor del cielo, acababa de preservar de una total ruina.

De esta estima general tomó ocasión el demonio para inspirar á la sierva de Dios sentimientos de vanagloria; mas ella para prevenirse contra las tentaciones con que pudiera asaltarla, previa aprobación de su director, mandó á las criadas que desde allí en adelante la tratasen con menos respeto, y aun quiso vivir sujeta á sus órdenes. Cuando todos se habían ya retirado, mandábalas sentar á la mesa en su sitio, y, quedándose ella en pié, les servía humildemente, haciendo cuanto podía para proporcionarles abundante y sustancioso alimento, y en tanto que ellas comían, Ana tomaba alegremente las sobras, con las cuales se alimentaba.

Asombrado el P. Rodríguez de la perfección que observaba en esta tierna alma, y no considerándose á sí propio sino como instrumento de Dios para con ella, confesaba ser Jesucristo el único maestro que la guiaba en la vía espiritiual. Admirábase del magnífico conjunto de tantas virtudes, no temiendo declarar que Ana sobrepujaba á muchas grandes Santas, cuyas vidas había él leído. Gozábase de compararla con Santa Catalina, aquella ilustre virgen en quien se hallaban reunidos, con las riquezas de la ciencia adquirida, todos los dones de naturaleza y de gracia, y decía que, aunque en las manos de Ana no brillaba aún la palma del martirio, sin embargo, ella era para sí misma su propio verdugo. «Cuando considero,—exclamaba—, el vehe-

mente deseo que la consume de inmolarse por Jesucristo, deja de ser admirable para mí el que los Santos que estaban abrasados del mismo amor, mirasen como una dicha dar mil vidas en servicio de este buen Señor.» Por último, corona su elogio el eminente religioso con el anuncio ó pronóstico de que en los tiempos futuros la Iglesia había de rendir los honores del culto público á esta nueva esposa de Jesucristo.

La estima y veneración de que Ana era objeto en Plasencia, señaladamente desde el acontecimiento que dejamos referido, despertaron en su espíritu el pensamiento de dejar el mundo, y avivaron más y más sus antiguos deseos de consagrarse á Dios en la oscuridad del claustro. Mas ¿en dónde hallaría esa Orden perfecta en la cual pudiese cumplir las promesas que había hecho al Señor? Fuera de que en los conventos de Plasencia no hallaba Ana clausura tan cerrada, ni género de vida tan riguroso como deseaba, en dicha ciudad era demasiado conocida, y tenía muchos parientes y amigos para poder estar tan oculta como pretendía. Tomó, pues, la resolución de recurrir á Dios y pedirle fervorosamente que se dignase iluminarla, para lo cual no perdonó súplicas, peregrinaciones, ayunos y toda suerte de penitencias. El humilde santuario de Nuestra Señora del Puerto, situado á una legua de Plasencia, y edificado por la piedad de sus antepasados, era el lugar predilecto de sus peregrinaciones. ¡Cuántas veces, con los piés descalzos y el rosario en la mano, recorrió por entre rocas el camino que á él conduce! Allí permanecía largas horas en oración, suplicando á Jesús y á María que viniesen en su ayuda, y le diesen luz, fortaleza y constancia.

Sobre siete años después de la fundación del primer convento de Carmelitas Descalzas en Avila, oyó el Esposo celestial benignamente los deseos de esta su

amante esposa; pero no plugo al divino Arquitecto darle á gozar de lleno la gracia que con tanto ardor solicitaba, ni trasladarla al gremio de la Descalcez Carmelitana para que fuese una de las principales y más brillantes piedras de este santo edificio, sin antes pulirla con repetidos y recios golpes. Con todo, aun portándose Dios así, no hizo otra cosa que cumplir los deseos de su sierva. La ardiente sed que á ésta impeliera á servir á los pobres enfermos de los hospitales, despertó en su corazón tal sed de penitencia, que no había maceración alguna que la pudiese apagar: de aquí el echar incesantemente mano de nuevas prácticas para satisfacer el deseo que la consumía de padecer por Jesucristo, y parecerle cuanto había hecho hasta entonces, ya por orden, ya con el consentimiento de su confesor, ligero ó inficionado de la voluntad propia. Envidiaba la suerte de Job cubierto de úlceras y tendido en el muladar, y la de tantos desgraciados á quienes ella visitaba y consolaba; y hubiera querido que la mano de Dios cargase también sobre ella, bien que el pedirlo le parecía presunción y temeridad.

Tal era su disposición de ánimo, cuando un día, estando aderezándose para ir á la iglesia, puso los ojos en un espejo, y al verse el rostro fresco y hermoso, exclamó con triste ironía: «Qué cara ésta para enferma;» y fuese á oir misa. Durante el Santo Sacrificio, la acometió de repente un mal tan violento, que hubo necesidad de volverla á casa medio muerta. Mal concepto se formaron los médicos de un acceso tan súbito, reconociendo al punto que la vida de Ana pendía sólo de un hilo: declaración que fué como un rayo para todos los parientes y conocidos, que de antemano lloraban la pérdida de una persona tan completa. La enferma, que no había perdido el conocimiento, no sabía qué pensar del estado en que estaba, y, por permisión de

Dios, vivas inquietudes agitaron entonces su alma, é hicieron mayores sus dolores físicos. Preguntábase aterrorizada si lo que pasaba por ella sería efecto de haber la Bondad divina oído sus súplicas, ó más bien justo castigo de sus deseos indiscretos, y de la tardanza en consagrarse á Dios en la religión. Más de tres meses permaneció tendida en el lecho de dolor, y como suspendida entre la vida y la muerte. Los remedios que se le dieron, peores tal vez que el mismo mal, acabaron de extenuarla: en diversas ocasiones le propinaron los médicos medicamentos muy violentos, y le hicieron veintidos sangrías; pero viendo que en vez de dar la salud aquellos remedios, habían de precipitarla á un fin funesto, y que á la enferma no le faltaba, por decirlo así, más que dar el último suspiro, pensaron emplear una medicina reservada para los casos desesperados, llamada de *vida ó muerte*, porque infaliblemente determina al cabo de una hora la muerte ó mejoría del enfermo. Conformóse Ana con el parecer de los doctores, pero antes de ponerle en práctica, quiso armarse una vez más de los últimos Sacramentos: y trayendo luego á la memoria la amarga hiel que Jesús nabía bebido por amor nuestro, bebió animosamente el repugnante brebaje, en el cual puso Dios virtud tan saludable, que quiso que por él volviera Ana de las puertas del sepulcro, para que pudiese empezar en el claustro una vida nueva y más perfecta. Con todo eso, para dar creces á los merecimientos de esta su tan amada esposa, permitió que la enfermedad mortal de que acababa de escapar, se mudase en fiebre cuartana, cuyos ardores le duraron todo el invierno, y fueron para ella lo que es el fuego para el oro puesto en el crisol.

Por este mismo tiempo, el Reverendo P. Rodríguez recibió orden de dejar á Plasencia y volverse á Toledo, lo cual fué muy sensible para Aná, por tener

puesta la confianza en la dirección de tan santo religioso, cuya ausencia había al parecer de imposibilitar, ó por lo menos retardar, su proyecto de entrar en religión; mas ella fué precisamente la que se lo facilitó. En efecto, al llegar á Toledo el P. Rodríguez, encontróse con el Reverendo P. Pablo Hernández de la misma Compañía, varón muy distinguido y afecto á Santa Teresa á quien confesaba, el cual le hizo el retrato de la Santa (que á la sazón se hallaba también en aquella ciudad), y le dijo menudamente el principio de su Reforma, el fin que se había propuesto, el género de vida que se hacía en los conventos que llevaba ya fundados, y el éxito maravilloso con que coronaba Dios sus trabajos. Tan complacido de semejante narración quedó el P. Pedro, que no pudo ya dudar ser ésta la Orden escogida por Dios para Ana de Lobera, y tomando *incontinenti* la pluma, le escribió las siguientes líneas, que ella consignó más tarde (en 1597) en su deposición para la canonización de la gran Reformadora: «Aquí »he hallado una mujer santa, que con autoridad apos»tólica funda monasterios con la religión que vos bus»cais. Es natural de Ávila, y llámase Doña Teresa de »Ahumada, y su Regla y Constituciones son.....» Aquí indica el Padre á Ana los principales puntos de la Regla y las Constituciones, y luego prosigue en estos términos: «Pedid á Dios se sirva de alumbraros si es »esta Religión á la que os llama, que á mí así me pa»rece; y avisadme si quereis que lo trate con la Madre.»

CAPÍTVLO V.

De la Regla y las Constituciones de las Carmelitas Descalzas, y cómo solicita y alcanza Ana su admisión.—De su completa curación, y de cierta maravilla que hizo memorable una de las últimas noches que pasó en Plasencia.—De su partida para Ávila, y los sucesos asombrosos que ocurrieron en el viaje y al tiempo de entrar en el convento de S. José.

La Regla de que habla el P. Rodríguez es la primitiva que S. Alberto, Patriarca de Jerusalén, dió á los religiosos de la Orden de Nuestra Señora del Carmen el año 1208, confirmada luego por el Papa Inocencio IV en el de 1248, y mitigada más tarde, en 1431, en cuatro de sus principales puntos por Eugenio IV. Esta Regla, así mitigada, profesó Santa Teresa en el convento de la Encarnación de Ávila el 3 de Noviembre de 1534, y en la guarda de ella vivió hasta el año 1562, en que, llamada de Dios para hacer revivir el antiguo espíritu del Carmelo, fundó el primer convento de Carmelitas Descalzas, dándole la Regla primitiva en toda su pureza y rigor, á la cual añadió unas Constituciones, acerca de las cuales nos resta algo por decir, recordando lo que de ellas escribimos en nuestra memoria sobre *Ana de Jesús y las Constituciones de las Carmelitas descalzas*, pág. 12 y siguientes.

El Indulto que con fecha 7 de Febrero de 1562 expidió Pío IV autorizando para la fundación del monasterio de S. José de Ávila, daba también á la Santa Fundadora la doble facultad de hacer estatutos y ordenaciones encaminadas á la dirección y gobierno de aquél, y de mudar, enmendar, anular y renovar los dichos estatutos, en todo ó en parte, según que lo exigieran las circunstancias; con la cual facultad dió la Santa principio á su obra, haciendo unas Constituciones que,

á lo menos implícitamente, fueron aprobadas por la Santa Sede, cuando el mismo Pontífice, por su Breve del 17 de Julio del año 1565 confirmó el tal Indulto, y cuanto en virtud de él se había hecho. El de 1566 vino á España el muy Reverendo P. General Juan Bautista Rubeo ó Rossi, y habiendo visitado á Santa Teresa á principios del siguiente, aprobó y confirmó con su autoridad superior las susodichas Constituciones, según que lo testifica ella misma en la carta que escribió á Cristóbal Rodríguez de Moya el 28 de Junio de 1568: y no contento con esto, le dió licencia para fundar otros monasterios, y añadir á las Constituciones que había hecho para solo el de Ávila, lo que juzgase necesario al gobierno y á la unión de varias comunidades. A este concurso del Reverendo P. Rubeo alude nuestra Seráfica Madre al fin del capítulo XXIII del libro de las Fundaciones, cuando dice: «Hizo (el P. Jerónimo Gracián) unas Constituciones para los religiosos, porque nosotras teníamos ya *las nuestras*, que nuestro muy Reverendo P. General nos había dado.»

Gracias á Dios, y después de Dios á las laboriosas pesquisas del ilustre y sabio editor de los *Escritos de Santa Teresa*, el doctor D. Vicente de la Fuente, Profesor de la Universidad de Madrid, gozamos la dicha de tener ante la vista el texto entero de las Constituciones que hizo nuestra Madre Santa Teresa, esto es, una de las primeras obras que salieron de su pluma, obra que, según Yepes, «encierra una doctrina verdaderamente revelada y aprendida en el cielo», y se hallan en el tomo primero de los *Escritos de Santa Teresa*, Madrid 1861, pág. 273-280. Nosotros dimos la traducción francesa de esta obra, en nuestra memoria sobre *Ana de Jesús y las Constituciones de las Carmelitas Descalzas*, pág. 18-41.

A la sazón, esto es, á principios del año 1570, ya

llevaba fundados Santa Teresa seis conventos de Carmelitas Descalzas, á saber: el de S. José de Ávila, á 24 de Agosto de 1562; el de Medina del Campo, á 15 de Agosto de 1567; el de Malagón, el domingo de Ramos de 1568; el de Valladolid, á 15 de Agosto del mismo año; los de Toledo y Pastrana, á 13 de Mayo y 9 de Julio de 1569. Aprovechándose la Santa de la estancia del P. General, le pidió licencia para fundar también monasterios de frailes, y en breve tiempo se fundaron dos: el de Duruelo el primer domingo de Adviento del año 1568, y el de Pastrana el de 1569.

En tal estado estaban los asuntos de la Reforma cuando recibió Ana la carta del P. Rodríguez, y con ella una indecible alegría de ver ya llegado, de un modo providencial, el feliz y tan deseado momento de consagrarse al Señor con la vida religiosa, en un Instituto que tan bien respondía á sus aspiraciones; y aunque molestada aún por la fiebre, escribió inmediatamente al Padre, suplicándole que con la Madre Teresa negociase su entrada, y que le dijese lo más pronto posible, cómo, en dónde, y cuándo la recibiría, prometiéndole además pronta y perfecta obediencia. Comunicó en seguida la respuesta el piadoso y prudente confesor á la Santa Reformadora, quien, á su vez, quiso informarse de las cualidades de la postulante: mas no tuvo necesidad de las favorables informaciones del P. Rodríguez para decidirse, ya que (según depone la M.ª Mariana de San José) le hizo entender Nuestro Señor en una comunicación sobrenatural *que debía recibir á Ana de Lobera, porque la ayudaría mucho en las fundaciones.* En vista de esto, respondió Santa Teresa al Padre que muy de grado admitía á la postulante, á la cual ella misma iba á escribir, para darle tan buena noticia: como lo hizo, en efecto, de su puño y letra, el 2 de Abril de 1570; y, refiriéndose á la admisión, se expresa

de este modo: «Con mucho gusto, hija mía, la pondré entre mis monjas, y desde luego la recibo no tanto por súbdita, cuanto por compañera y coadjutora.» Dale luego á escoger entre los seis conventos que tenía fundados, añadiendo, sin embargo, que preferiría que entrase en el de Ávila, al cual llamaba la Santa su primogénito, y cuya Priora actual era. Dícele á continuación que no lleve dote y que reparta su caudal entre las dos primas: y, por fin y postre, le manda que se cure pronto y vaya á juntarse con ella sin pérdida de tiempo.

Fué tan grande el gozo que inundó el corazón de Ana al leer esta carta, que por no poder ella contenerle en su interior, se traslució en lo exterior. ¿Ejerció, por ventura, el tal gozo en el cuerpo alguna saludable influencia? ¿ó habremos acaso de atribuir sus buenos efectos á la virtud y eficacia de las palabras y oraciones de la Santa Madre, bien así como al mérito de la obediencia de la enferma? Sea de ello lo que fuere, es una verdad irrecusable que, antes de acabar Ana de leer la carta, ya la había dejado la cuartana, quedando completamente curada; por lo que, penetrada de reconocimiento, mandó celebrar en acción de gracias muchas misas á honra de la Santísima Trinidad, y escribió á la Santa Fundadora para darle por sí misma las gracias, é informarle de que se pondría en camino de Ávila tan pronto como se lo permitiese su abuela. No tardó el Señor en quitarle este último obstáculo, llevándose para sí á dicha señora el 14 de Mayo, día de Pentecostés. La abuela materna que vivía en Medina, había muerto un poco antes, el 24 de Marzo, día de Viernes Santo.

Así y todo, le aguardaba aún á Ana otra prueba, pues apenas hubo concluido de responder á Santa Teresa, cuando le asaltó una grave duda, que vino á alterar su paz y felicidad. Anhelaba ella vivir olvidada

en lo interior de un claustro, y la Madre le habla de asociarla á sus trabajos! ¿Quién era ella para llamarse compañera y coadjutora de una Santa, en empresa tal como la fundación de una Orden religiosa?..... ¿Podía ella creer, teniéndose por lo que se tenía, que verdaderamente la llamaba Dios á abrazar un Instituto naciente, que para propagarse necesitase de su ayuda?..... Estas reflexiones, degenerando en tentación por la malicia del enemigo de todo bien, la tuvieron indecisa algunos días; pero descubriéndose á su guía espiritual y á Santa Teresa, ambos la tranquilizaron enteramente, y se determinó que entrara en el convento de Ávila el 26 de Julio, fiesta de su patrona Santa Ana.

No podemos pasar en silencio el suceso ocurrido en una de las últimas noches que Ana pasó en Plasencia, el cual hallamos consignado en varias deposiciones, y relatado por todos los historiadores de la Venerable. Insignificante pudiera parecer á alguno el suceso, pero nosotros podríamos preguntar: ¿acaso no se goza la divina Providencia en mostrarse admirable en las cosas más mínimas? Lo cual supuesto, hé aquí lo que sucedió: Deseando Ana, antes de dejar para siempre el mundo, poner por escrito para llevarlo consigo, algunas cartas del V. Juan de Ávila y ciertos avisos espirituales que le había dejado el P. Rodríguez, que eran para ella manantial de consuelos y medio de adelantar en la perfección, rogó á su prima María de Lobera que escribiese en tanto que ella le dictaba; y para que nadie les interrumpiesen en esta ocupación, convinieron en dedicar á ella las primeras horas de la noche. Retiráronse al efecto á una habitación apartada, llevando consigo cuatro pliegos de papel y un cabo de vela, que podría, á su parecer, alumbrarlas hasta la media noche. Hechas estas prevenciones, no cesaron de dictar y escribir hasta el amanecer, y entonces tuvieron el gozo

de atestiguar en vista de un doble prodigio, que Dios había bendecido su piadoso trabajo: ¡habían escrito cinco pliegos y les quedaban cuatro en blanco, y el cabo de vela se hallaba tan entero como antes de encenderle!

Llegó por fin el día feliz de la partida, ó mejor dicho, la noche tan deseada, más clara que el más hermoso día, en la que Ana iba á pasar de la servidumbre del mundo á la tierra santa de la Religión, pues el viaje debía hacerse de noche á causa de los excesivos calores que reinan en esta estación del año, sobre todo en Extremadura. A las nueve de la noche del 26 de Julio de 1570, después de haber empleado toda la tarde en visitas de despedida, se recogió Ana á su cuarto para encomendar á Dios la empresa y el viaje, haciendo una larga y fervorosa oración, en la que, sin duda alguna, la colmó el Señor de gracias señaladas. Pasábanse así y todo las horas en estas divinas comunicaciones: el tío de la Venerable (el mismo que en otro tiempo fué por ella á Medina) y muchos otros que con él debían conducirla á Ávila, esperaban ya montados á caballo; mas como la sierva de Dios no se presentase, subieron nueve ó diez primos á advertirle que era hora de partir; y ¡cuál no fué su asombro, cuál el sentimiento de temor reverencial que de los mismos se apoderó, cuando al llegar á la puerta de la habitación, vieron salir por ella luminosos rayos, á modo de relámpagos muy brillantes y de larga duración, cuyo resplandor no podían sufrir sus ojos! Los gritos en que prorrumpieron con la sorpresa que les causó aquella vista fueron tales, que obligaron á nuestra virgen á despertar del profundo arrobamiento en que se hallaba. Con el rostro bañado en lágrimas de consuelo y alegría, fuése á ellos, y juntándose en seguida con los demás de la familia, los abrazó á todos tiernamente; pero al llegar

á su prima María de Lobera, le dijo en alta voz: «No »llore, hermana, sino dé gracias á Dios, que presto la »llevaré conmigo:» y señalando luego á otras dos primitas, hijas de su tío Alfonso de Lobera: «Y á estas »muchachas—añadió—consuélelas, que Dios los reme»diará muy presto á todos.» Por último, tomando aparte á María de Cabreras (á quien había mirado siempre como su más querida amiga), le dijo: «Hermana mía, »¿lágrimas ahora cuando tantas mercedes me hace Dios? »Sepa que le acabo de pedir que, si esta mi jornada es »de su gusto, me dé su bendición y me guíe en ella; y »Su Majestad, por su gran misericordia me la ha echa»do, y díchome que me tiene de guiar, y que es voluntad suya que la haga.» María refirió más tarde estos pormenores á varias personas, y los consignó en su deposición del 21 de Septiembre de 1621: todo lo cual prueba con claridad que Ana acababa de recibir luces extraordinarias de lo alto, y de ser favorecida con alguna aparición celestial.

A la puerta de la casa se había formado una numerosa escolta de caballeros, que tenían á honra acompañar á la futura Carmelita, siquiera parte del camino; bien que ella, como amante de la soledad y del silencio, alegó lo avanzado de la hora, consiguiendo á fuerza de instancias, que la acompañasen sólo su tío y algunos criados. Daban las diez cuando salían de Plasencia. Hicieron alto en la capilla de Nuestra Señora del Puerto, á cuyos pies quiso la sierva de Dios rendir el último homenaje, y pedirle la bendición; después de lo cual prosiguieron el viaje. Aunque Ávila sólo dista de Plasencia de veinticinco á treinta leguas, pedía el viaje por lo menos cinco días, ó más bien cinco noches, ya por haber de por medio dos sierras ó cordilleras (la de Gredos y la de Ávila), ya porque para trepar las pendientes quebradas y pasar sin peligro los desfila-

deros cercados de precipicios, era necesario viajar en mulas y apelar á la ayuda y experiencia de varios arrieros. Esto sin contar que, de ordinario, ofrecen las sierras asilo muy favorable á los salteadores, motivo por el cual no deben los viajeros descuidar los medios de prevenir ó contrarrestar sus embestidas.

Veamos ya el modo misterioso cómo cumplió Nuestro Señor la promesa que hizo á Ana de servirla de guía. Apenas habían salido de Nuestra Señora del Puerto, se encontraron con un joven dispuesto al parecer, á acompañarlos, que mostraba ser de unos treinta años, de buena estatura, grave y apacible semblante: la viveza y benignidad de sus ojos, su compostura, la gravedad de su paso, hacían en su persona una mezcla incomparable de modestia y majestad; pero presentaba un exterior tan pobre, que apenas le cubrían algunos andrajos. En un brazo que llevaba desnudo hasta el hombro, se veían unas llagas, y, hacia el codo, le colgaba un pedazo de carne acardenalada. Los arrieros y los criados, instigados tal vez por la alegría y acaloramiento del viaje, ó arrastrados por la grosería harto natural entre los de su condición, ó bien porque no auguraron cosa buena de un personaje que se les presentaba con tales atavíos y á tal hora, ó, en fin (y esto es más probable), porque Dios lo permitiera para dar á su sierva ocasión de merecer, empezaron á injuriarle, y uno de ellos llegó á darle latigazos en las piernas y en las demás partes del cuerpo que llevaba descubiertas. Lejos estuvo el joven de responder palabra, ni de exhalar una queja, ni de tratar siquiera de defenderse: nada fué capaz de turbar su serenidad, ni de arrancarle una sola expresión de sentimiento ó impaciencia. Luego que advirtió Ana lo que pasaba, movida de compasión hacia el desconocido y de indignación contra la insolencia y crueldad de los suyos, los reprendió seve-

ramente, y volviéndose entonces el joven hacia su defensora, sin proferir una palabra, fijó en ella una mirada más elocuente que todos los discursos, para expresarle su reconocimiento.

Algunos pasos más adelante, encontráronse con un venerable anciano, en traje de pastor, quien, dirigiéndose á los arrieros y á los criados, les dió una agria reprensión por su inhumano proceder con aquel pobre. «¿Con que habéis osado—les gritó—, poner las manos en este joven y maltratarle? ¿por quién le teneis? ¿os figuráis acaso que es algún libertino ó vagabundo?» Dicho lo cual, desapareció, dejándolos á todos confusos y arrepentidos de lo que habían hecho; y mandándoles Ana que llamasen al pobre para darle un vestido y pedirle perdón, le buscaron por todas partes, mas no le hallaron, como ni tampoco al anciano: sola la sierva de Dios volvió á ver varias veces en el resto del viaje al joven desconocido, con los ojos siempre fijos en ella con admirable y amorosa expresión; y como Ana le hablase sin recibir de él respuesta alguna, y los que la acompañaban le asegurasen que ellos no veían á nadie, temió ser juguete de una ilusión, ó que allí había algún misterio que no podía entonces comprender.

La mañana del quinto día, llegaron nuestros viajeros á Ávila, y hé aquí que al doblar de una esquina, se les pone delante el mismo joven, y con la mayor cortesía, se ofrece á conducirlos al convento de S. José, dando al propio tiempo á Ana una mirada tan benigna y penetrante, que la Venerable declaró cuarenta años más tarde haberla hecho tal impresión, que el recuerdo era así vivo como el primer día. Comprendió entonces á las claras que en todo lo ocurrido había algo sobrenatural, é iluminada interiormente de una gracia especial, vió, entre otras cosas, cuánto había padecido por ella Nuestro Señor, y lo que Su Majestad deseaba

que ella padeciese por Él en la vida de mortificación y desprendimiento que iba á emprender. Abrasada de nuevo fervor y del deseo de inmolarse por su Salvador, atravesó los umbrales del monasterio, y bien pronto, como luego dirémos, entendió las misteriosas circunstancias del viaje. Recibióla la M.ª María de S. Jerónimo, sobrina de la M.ª Teresa, que gobernaba el convento de S. José en ausencia de la Santa Fundadora; y las demás monjas compitierom con su Presidenta para manifestar á Ana el más cordial afecto, prodigándole los cuidados de la más fina y delicada hospitalidad, y complaciéndose en señalarle toda la casa, luego que se hubo repuesto un poco de las fatigas de tan largo camino. Cediendo á un impulso divino más bien que impelida por la curiosidad, pidió que ante todo la llevasen á las ermitas construidas en la cerca de la clausura para el retiro espiritual de las hermanas, y al entrar en la de S. José, fijó los ojos en una pintura que la Santa Fundadora había mandado hacer en la pared, y que representaba á Nuestro Señor atado á la columna, y ¿cuál no fué el asombro de Ana al reconocer en aquella imagen las facciones del joven mismo tan maltratado por sus criados, que, sin apartarse de ella, la había acompañado desde la salida de Plasencia hasta dejarla á la puerta del monasterio? ¡la misma figura, la misma estatura, la misma edad, el mismo continente, los mismos harapos, las mismas llagas, y el mismo pedazo de carne que colgaba del codo! Suspensa entre la admiración y la alegría, no dudó ya que aquel pobre fuese Jesucristo, y el venerable anciano que le había defendido, S. José, patrono del convento, por lo que, pudiendo apenas disimular la impresión y contener las lágrimas, se arrodilló para darles gracias de cuanto por ella habían hecho, y se consagró de nuevo enteramente á su servicio.

Para que el que leyere pueda apreciar mejor la importancia del favor hecho en esta ocasión á Ana, es necesario que demos algunos pormenores acerca de aquella pintura. El Sr. Obispo de Tarazona, D. Diego de Yepes, en su *Vida de Santa Teresa* (1.ª parte, capítulo VIII, pág. 48), después de referir la visión de que habla la Santa en el capítulo VII de su *Vida*, añade: «La bienaventurada Madre Teresa, hallábase en el locutorio del monasterio de la Encarnación de Avila, »cuando se le mostró Nuestro Señor atado á la columna, »muy llagado, y particularmente en un brazo, junto al »codo, desgarrado un pedazo de carne. Después le hizo »pintar la Santa Madre en una ermita del monasterio »que fundó de San José de Avila: yo le he visto, y está »tan al vivo, que estremece con gran pavor y devoción »á quien le mira; y el mismo pintor que le hizo, ayudado de la relación de la Santa Madre, aunque ha »procurado después sacar algunos, ningún otro ha pintado que se le parezca.» El P. Francisco de Santa María refiriendo el mismo hecho en el tomo 1.º de la *Reforma de los Descalzos* (cap. XIV, pág. 48), dice que «cuando el artista, que se llamaba Jerónimo de Ávila, »llegó á pintar la llaga del codo, dudando el pintor »cómo había de ser, volvió el rostro á preguntarla á la »Santa, y cuando lo volvió á la pintura, dicen que halló hecho el rasgo y el pedazo de carne colgando del »codo, con admiración grande y espanto suyo.»

LIBRO SEGUNDO

De la vida que en Avila y Salamanca hizo Ana de Jesús, desde que entró en la Religión hasta la fundación de Beas. 1570--1575.

CAPÍTULO I.

De la ciudad de Avila.—De cómo toma el hábito Ana, de su fervor, las gracias que recibe del cielo, y de una fuerte tentación con que fué probada.—Santa Teresa en Avila, y de su intimidad con Ana.—De la fundación de Salamanca, y paso de Ana por Mancera.—De cómo habita en Salamanca en la misma celda que Santa Teresa, de sus relaciones, y de una visión común á entrambas.

La ciudad de Ávila, situada en Castilla la Vieja á orillas del Adaja entre elevadas montañas, era antiquísima y célebre mucho tiempo hacía por la Universidad, fábricas de paños, y especialmente por su hermosa catedral, reedificada en el año 1091, la cual á mediados del siglo quince había tenido por obispo al ilustre Alfonso Tostado, á quien Belarmino llama la *maravilla del mundo, mundi miraculum*. Sus habitantes se distinguieron á la vez por la piedad y el valor guerrero, lo

cual de muy antiguo le mereció el sobrenombre de *santos y cantos*, como si en Ávila no hubiera más que *santos y peñascos*, bien que no dejaba por eso de ser muy fértil su suelo.

Una gloria incomparable acababa de coronar las de que ya gozaba, al ver nacer el 28 de Marzo de 1515 á la gran Teresa de Ahumada, quien, después de haber plantado (con el nombre de Teresa de Jesús) en el corazón mismo de su ciudad natal, el árbol fecundo de la Reforma del Carmelo, había de ser proclamada Patrona de toda España, siéndolo ya la Virgen Inmaculada.

Preocupada Ana únicamente del pensamiento de consumar su sacrificio, no intentó siquiera recorrer las calles y plazas de la antigua ciudad, para visitar sus monumentos, iglesias y monasterios, sino que después de haber dado el último adiós á su tío (rompiendo de este modo el único lazo que la detenía en el mundo), pidió y alcanzó vestir cuanto antes el humilde y tosco hábito de las Carmelitas Descalzas, verificándose la ceremonia el día siguiente, 1.º de Agosto, fiesta de S. Pedro ad Víncula. En esta coincidencia vió la nueva novicia un feliz presagio de la estrecha unión que para siempre contraía con el divino Esposo; y por eso, en memoria de este hermoso día, y á causa de la mucha devoción que profesaba al Príncipe de los Apóstoles, deseaba llamarse *Ana de S. Pedro*, con cuyo nombre había ya firmado las cartas que escribió la primera noche que pasó en S. José. Mas aquel Señor que le inspirara el deseo de la vida religiosa y que quiso ser su guía en el camino, no tolerando llevase otro nombre que el de *Jesús*, el cual le recordase continuamente que era legítima y única propiedad de quien tanto había hecho por ella, inspiró á Santa Teresa (que, como hemos dicho, se hallaba en Toledo) el escribir á la Madre María de S. Jerónimo para que la diese el nombre

de *Ana de Jesús.* Veinticuatro años, ocho meses y seis días contaba la sierva de Dios cuando vistió el sayal del Carmelo. Veamos el retrato que de ella nos hace Manrique, en el libro II, cap. I, n.° 3: «Era Ana más alta »que abultada; talle airoso, bastante á desmentir con »el brío natural los cilicios y rallos que traía. El rostro »algo aguileño, hermoso y grave, blanco á prueba de »no haber cuidado; ojos rasgados y labios algo grue»sos; manos grandes y despreciadoras del trabajo, que »á ninguno perdonaban y ninguno sentían, á lo menos »de ninguno se inmutaban. Tal era la figura de su »cuerpo: la de su alma no es fácil delinearla.»

Desde el primer día del noviciado, fué nuestra virgen perfecta Carmelita Descalza, y más bien que novicia y principiante, parecía religiosa antigua, capaz de enseñar y de servir de guía y modelo á las demás, siguiendo aquel nuevo género de vida con tanta facilidad y exactitud, como si en toda la vida hubiera tenido otro. No contenta con cumplir las obligaciones comunes y particulares que imponen las santas reglas, no desperdiciaba la más mínima ocasión de aliviar á sus hermanas, cuándo previniéndolas en la cocina para preparar la comida de la Comunidad; cuándo, echando mano de la escoba ó del estropajo para ayudarlas en sus quehaceres, dándose muy buena maña para apoderarse de lo más penoso y desagradable; pero lo que especialmente solicitaba su atención y sus cuidados, eran las enfermas, para cuyo alivio no cesaba de inventar medios, y aun le parecían nada las largas horas del día y de la noche que pasaba á la cabecera de la cama. Ni disminuían en lo más mínimo estas ocupaciones el ardor de Ana hácia el ejercicio de la oración y contemplación, porque estando siempre unida á Dios, hallaba medio de vacar á la oración en los quehaceres más capaces de distraer, los cuales hacía ella como si no tu-

viera otra cosa en que pensar. Este modo de oración que tanto recomienda Santa Teresa, le mereció muchos y señalados favores de Nuestro Señor, tales como toques divinos, luces celestiales, ardientes movimientos y santos ardores. Derretíasele el corazón en presencia del Sol eterno, y todas las potencias de su alma, como liquidadas por los rayos de la gracia, se resolvían en lágrimas de consuelo, ó en efusiones de reconocimiento y amor. El Esposo y la esposa rivalizaban entre sí, Aquél no cansándose de multiplicar los dones y de obligarla con agasajos; ésta siempre ávida de recibirlos, y á veces también incapaz de contenerlos, ya pidiéndole más, ya sucumbiendo á las delicias que la inundaban, y suplicándole que pusiese alguna tregua á sus amorosas liberalidades.

El Señor, cuyos designios sobre nosotros están siempre llenos de sabiduría y misericordia, permitió, así y todo, que se viese sujeta Ana á una tentación muy humillante, cuando más pruebas recibía de su ternura, para que entendiese que todos aquellos bienes le venían de lo alto, y que de sí misma sólo era fragilidad y miseria. Apoderóse de ella una hambre devoradora y continua, que la hizo padecer tanto más, cuanto más desdecía de la nobleza de su caracter mostrar flaqueza en cosa tan baja; llegando el mal á tal punto, que no le pudo ocultar á la Ven. H.ª Ana de S. Bartolomé que cuidaba del refectorio. Movida ésta á compasión, y no satisfecha con consolarla solo con buenas palabras pidió licencia para poner en la servilleta de la novicia algunos pedazos de pan más que en las de las otras hermanas. Confesó Ana más tarde á una de sus religiosas de Bruselas, haberle sido muy penosa esta tentación. El amor á la verdad nos precisa á decir, que la tal hambre no fué pura tentación, sino efecto, en parte, de la estrechez ordinaria de la Comunidad, en la cual

(por carecer de renta y apenas recibir limosnas, especialmente en ausencia de la Santa Fundadora), era tan pobre la comida de las monjas, que toda la ración del mediodía, se reducía á un solo huevo, según que leemos en una deposición de los testigos.

Acababa de terminar Santa Teresa, después de muchos trabajos y fatigas, los asuntos de la fundación de Toledo, cuando hé aquí que recibe unas cartas, en que con instancia se le ruega que vaya á Salamanca á fundar un monasterio; lo cual ella también deseaba desde mucho tiempo, pero lo había ido dejando por ofrecerle pocos recursos. «Sin embargo,—dice ella (libro de las Fundaciones, cap. XVIII) considerando que Ávila no era menos pobre, y nunca le falta ni creo le faltará Dios á quien le sirviere, determinéme á hacerle.» Salió, pues, la Santa de Toledo en el mes de Agosto, y se volvió á Ávila, que solo dista unas veinte leguas de Salamanca, y desde donde podía negociar con facilidad la nueva fundación; aunque no era esto lo único que le hacía volver á su amado monasterio de S. José, del cual, como hemos dicho, era á la sazón Priora, sino el vivo deseo de ver á la nueva novicia, en quien tenía puestas tantas esperanzas. Halló en Ana de Jesús mucho más de lo que la fama publicaba y ella misma se había figurado, y no se cansaba de admirar su humildad, obediencia, su ánimo esforzado é íntima unión con Dios; por lo que comenzó ya desde entonces á darle las más tiernas pruebas de afecto maternal y grande aprecio, que fué creciendo con los años, al paso que con el corazón lleno de alegría bendecía á Dios por el poderoso socorro que le enviaba, y por los grandes servicios que esta fiel y prudente coadjutora haría á la Orden, «porque,—así se expresa el Analista »del Carmelo—, la Santa Reformadora descubrió en la »sierva de Dios un talento tan raro y una virtud tan

»consumada, que ya desde entonces la predestinó en su »corazón y en su mente para ser, no solo como una de »sus más queridas hijas, mas aun como compañera y »participante de sus trabajos, y como quien había de »sostener con sus espaldas el edificio de la Reforma.»

Muy frecuentes y de recíproco consuelo fueron las comunicaciones de Santa Teresa con Ana los dos meses que pasó en Ávila. Ofrecióle cierto día la joven novicia un vestido de damasco negro para hacer un ornamento, y, dándole la Santa las gracias, le dijo con gran donaire: «Sí, que vendrá como de molde para la muerte de nuestras hermanas; pero por lo que á V. C. toca, no lo necesitará cuando muera.» Ya veremos más adelante cómo se verificó esta predicción en lo que á Ana se refería.

Obtenida la licencia del Sr. Obispo de Salamanca por mediación del Rdo. P. Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, salió de Ávila Santa Teresa hácia el fin de Octubre, acompañada solamente de la H.ª María del Santísimo Sacramento. Llegó á Salamanca la víspera de Todos los Santos, y el día de la fiesta se dijo la misa en el pequeño oratorio del nuevo monasterio, que puso bajo la advocación y patrocinio de S. José. El mismo día tomaban posesión del Colegio de Alcalá de Henares los Padres Carmelitas Descalzos. Inmediatamente mandó por tres religiosas de Medina, las Madres Ana de la Encarnación, su prima hermana, y María de Cristo, y la H.ª Jerónima de Jesús: y para completar el número de ocho, sacó al propio tiempo de Ávila tres novicias, la primera de las cuales era nuestra Ana. «No usaba la Santa Madre,—dice Manrique, »libro 2.º, cap. II—, llevar novicias á las fundaciones; »pero á la nuestra que le había dado el hábito para su »coadjutora en el fundar, quiso que lo comenzase á »hacer desde novicia. Como es el noviciado año de

»probación, probóla en lo mismo para que la recibía. »Y así fué, que novicia y de tan poco hábito, le fió el »llevar á las otras dos novicias Juana de Jesús y María »de S. Francisco. Pero ¿qué mucho, si llegada á Sala»manca le había de fiar también el enseñarlas?»

Mucho tuvieron que padecer en el viaje Ana y sus compañeras á causa de los malos caminos y de las posadas mal provistas; pero Dios las compensó cumplidamente con el consuelo que experimentaron en Mancera, villa situada á medio camino, poco más ó menos, de Avila á Salamanca, á donde había sido trasplantado el primer monasterio de Carmelitas Descalzos el 11 de Junio de este mismo año 1570, y donde los Venerables PP. Antonio de Jesús y Juan de la Cruz, cuales otros santos Profetas Elías y Eliseo, reproducían las maravillas del antiguo Carmelo con una vida más angélica que humana. Santa Teresa había enterado minuciosamente á Ana de las maravillas obradas por estos dos primeros padres de la Reforma, y en particular de los tesoros de ciencia y santidad por que se señalaba el Ven. P. Juan de la Cruz, á quien, por otra parte, tenía al corriente de cuanto había reconocido de admirable en Ana, y de la ayuda providencial que le había sido dada en los talentos de esta novicia. Hé aquí por qué prevenido cada cual de ellos con noticias referentes al otro, ya no les fuera cosa difícil conocerse: abriéronse mutuamente los corazones, comunicáronse los espíritus, y se unieron con lazos de una caridad toda celestial para el resto de su vida. En la deposición para la canonización de Santa Teresa, dice además Ana: «Y nos »mostraron (los dos Padres) lo que nuestra Madre Te»resa de Jesús les había mostrado y enseñado, y me »dijeron muchas cosas de las que habían pasado en »razón de la Reforma.»

Muy para animar eran los recuerdos que de Man-

cera se llevaban las viajeras, las cuales al llegar á Salamanca fueron recibidas todas por Santa Teresa como hijas muy amadas, pero á Ana la acogió como á sucesora suya que había de recibir todo su espíritu, por lo que no quiso separarse ya de ella; y siendo el convento provisional, no solo húmedo y malsano, mas aun pequeño, repartió con ella la celda, por no ser suficiente el número de las que había para todas las religiosas. Imposible sería describir las cosas admirables que en el espacio de un año ocurrieron en aquel santuario: no obstante, ciertas confidencias piadosamente recogidas, nos permiten conjeturar que el divino Maestro concedió en él gracias extraordinarias y muy sublimes á estas dos grandes almas. Doce años hacía que el dardo del Serafín había traspasado el corazón de Teresa (1), y Ana por su parte ardía en deseos de inmolarse en sacrificio perpetuo de reparación y alabanza. Madre é hija eran sin cesar objeto mutuo de admiración, edificación y acción de gracias, y particularmente Santa Teresa no podía bendecir cuanto deseaba á Dios, por haber sido tan dadivoso con Ana; en tanto grado, que con frecuencia, sobre todo por la noche después de la visita de las celdas, solía fijar en ella mucho tiempo la vista, sin decirle nada, y como Ana la notase, preguntóle ingenuamente la causa. «Mírola, hija,—respondió la Santa—, porque la quiero mucho.» Hacíale crucecitas en la frente, y le daba otras mil demostraciones de ternura maternal.

Mas como los goces de esta vida, aun los más puros, sean como la misma vida breves y pasajeros, apenas hacía seis semanas que las siervas de Dios formaban un solo corazón y alma, y, para decirlo en pocas palabras, como una sola vida, cuando la Santa Madre

(1) Recibió la Santa este favor el año 1559, en el convento de la Encarnación, y tenía 44 años.

se vió obligada á ir á Alba de Tormes para una fundación. La ausencia duró dos meses, pasados los cuales, volviéndose á Salamanca, prosiguió en su amable y santo trato con Ana, en cuya deposición leemos que la Santa no tenía secretos para ella. «Tratóme,—dice—, con tanta familiaridad, que de vista, ó de palabra, ó por escrito de su propia letra, supe casi todas sus cosas.»

Juntas hacían oración, y juntas recibían los favores del cielo. Sentadas cierta noche en el vano de una ventana, hablaban de una persona seglar á quien querían mucho por su virtud, pero cuya perseverancia les inspiraba temores á causa de sus pocos años y las ocasiones peligrosas de que estaba rodeada. Suplicaban fervorosamente á Nuestro Señor se dignase protegerla y conservarla siempre en su servicio, cuando de repente vieron precipitarse de las alturas del firmamento y caer en el abismo, una especie de estrella grande, que primero despedía una claridad suave, y después horribles fulgores: con lo cual les dió Dios á entender al mismo tiempo, que aquella alma por quien se interesaban había de dar una gran caída. Llenas del más profundo dolor con tan triste espectáculo, derramaron un torrente de lágrimas por la mala suerte de su amiga; pero Ana, más débil ó menos acostumbrada á este género de visiones, sintió tan viva compasión y una impresión tan honda, que se le rompió una vena en el pecho: accidente que, según veremos más adelante, fué la causa de que se retardase su profesión religiosa, y origen de grandes padecimientos para el resto de su vida. No quiso Dios con todo eso dejar sin consuelo á sus fieles siervas, porque poco después de haber visto caer la estrella, advirtieron que se levantaba de nuevo, y poco á poco volvía á ponerse en su lugar en el cielo. Punto por punto el suceso sacó verdadera la visión,

pues aquella joven cayó en pecados graves, y como esto llegase á oídos de Ana y de Teresa, recurrieron ellas á Dios, y multiplicaron los ayunos, disciplinas y toda clase de penitencias para obtener la conversión de aquella alma. Oyólas el Señor, y la pobre pecadora renunciando al mundo, tomó el hábito de Santa Clara, y lloró tan amargamente sus infidelidades, que se quedó casi ciega.

En el discurso de esta historia se verá cómo no fué ésta la única ocasión en que Ana participó de los favores sobrenaturales concedidos á Santa Teresa nuestra Madre, lo cual no debe admirarnos, dado que sus corazones latían unísonos, y solo respiraban la gloria de Dios y salvación de las almas.

CAPÍTULO II.

De la Comunidad de Salamanca, y de los éxtasis y la Glosa de Santa Teresa.—Es nombrada Ana de Jesús Maestra de novicias, de su profesión y de su talento para dirigir las almas.—De las virtudes que practica, de su espíritu de oración y continuos arrobamientos.— De cómo entra en el Carmelo de Salamanca María de Lobera.

Con la presencia, el ejemplo y las enseñanzas de Santa Teresa y Ana de Jesús, la Comunidad y el noviciado de Salamanca fueron bien pronto, y por doble concepto, dechado de perfección y verdadero jardín de delicias para el divino Esposo; y aunque éste sea el lugar propio en que vendría bien nombrar todas y cada una de las religiosas que vivían en aquella santa casa, todavía nos hemos de contentar con hacer expresa mención de algunas de ellas nada más. Sea la primera la M.ª Ana de la Encarnación, religiosa de raras prendas, que la hicieron digna de ejercer por trece

años consecutivos el oficio de Priora. Tras ella viene la H.ª Guiomar del Santísimo Sacramento, la cual, amén de tener el rostro radiante de luz en la oración, no podía encubrir los arrobamientos; cosa que también acontecía á la M.ª Ana. A la H.ª Guiomar sigue Dorotea de S. José, quien al comulgar vió tantas veces la sagrada Hostia irse de las manos del sacerdote para posarse en sus labios. En pos de esta religiosa viene la M.ª Mariana de Jesús, cuyo particular empeño fué salir un trasunto de la Pasión de Jesucristo y de mortificación, de suerte que en el largo trascurso de veinte años, solo una vez al día tomaba alimento. A la M.ª Mariana sucede Ana de la Trinidad, cuya divisa era que la Carmelita jamás ha de buscar descanso: «enjúguese el sudor,—decía—, y adelante con la labor.» Síguese á ésta la H.ª Isabel de los Ángeles, tan sedienta de padecer, que al rezar el Oficio divino pasaba de corrida y decía entre dientes el verso *Quando consolaberis me*, como si temiera ser consolada de Dios en esta vida. Por fin y postre, hemos de hacer particular mención de la H.ª Leonor de Jesús, muerta en el año segundo de noviciado. Habiéndose llegado Santa Teresa á esta religiosa para asistirla en los últimos momentos, vió á Nuestro Señor que con sus divinas manos le sostenía la cabeza; la cual visión movió á la Santa Madre á recogerse á lo interior de su espíritu para pedir al Señor que de este modo se dignase asistir en la muerte á sus hijas. «Harélo,—respondió Su Majestad—, con tal que ellas sean fieles guardadoras de su Regla.» Y así lo cumplió, en efecto, como refiere la H.ª Teodora de S. José, testigo fidedigna, habérsele aparecido á ella al acabar de espirar (año 1623) la H.ª Guiomar del Santísimo Sacramento, y díchole que todas las religiosas del convento de Salamanca que habían muerto hasta entonces, estaban juntas en el cielo.

Entre estas almas santas se verificó la conmovedora escena que dió ocasión á que Santa Teresa, impulsada vehementemente del amor divino, compusiese la más hermosa y sublime de todas sus poesías, la cual conocemos con el nombre de *Glosa*. Era el día de Pascua de Resurrección del año 1571, y celebrada santamente tan grande solemnidad, se hallaban reunidas las religiosas en la huerta á la hora de recreación, departiendo, según que acostumbraban, de cosas espirituales, cuando de repente levanta su voz la Santa Fundadora, y dice á sus hijas: «Vamos, mis hijas ¿no cantarían ahora al buen Jesús alguna de las lindas canciones que saben? Oido lo cual se acercan todas ellas á su Madre, y, á una señal de ésta, entona la H.ª Isabel de Jesús el siguiente estrivillo:

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos
y muérame yo luego.

Teresa, que se consumía toda en deseos de ver á su Amado, concibió al oir esto tan viva pena de verse separada de Él, que cayendo en un deliquio, ó mejor dicho, en una suspensión de amor y de dolor, sus hermanas hubieron de llevarla á la cama, donde estuvo dos días enteros en una como profunda agonía, con el cuerpo quebrantado y dislocado (según ella misma lo dice en su IV Relación), y el corazón transido de dolor. La única que podría decirnos algo de lo que pasó en el corazón de aquella dichosa víctima de la caridad divina, sería Ana de Jesús, por haber tenido el consuelo de hallarse siempre al lado de la Santa Madre. Ya en otras ocasiones había la Santa experimentado esta pena que podríamos llamar querencia del cielo, pero nunca hasta este extremo, como lo declara en la citada Relación. «Esta vez,—dice—la vehemencia del dolor llegó

»á traspasar mi alma, y ahora entiendo mejor lo que la »Santísima Virgen padeció al pié de la Cruz.» Mas como sea cierto, según lo enseña S. Juan de la Cruz, «que el dardo inflamado del amor divino no mate sino para dar vida, y no hiera sino para sanar,» así, cuando Teresa hubo vuelto un poco en sí, no pudiendo contener el ardor del fuego que la consumía, derramó la dulce y sabrosa pena de su corazón en una poesía incomparable, considerada por los mejores críticos como la más bella elegía que existe. Razón tuvo el V. Palafox en atribuir lleno de entusiasmo y admiración á puro prodigio, el que no quedase abrasado el papel en que fueron escritas las tales palabras. ¿Qué se pudiera entonces decir del corazón de Teresa, esto es, de la hoguera misma en donde ardían las llamas; y del de Ana, quien antes que nadie recogió de los labios de la Santa este sublime cántico del amor desterrado?

Como dos meses después de este suceso tuvo que partir la Santa Madre para Medina del Campo, á donde la llamaban graves negocios; pero antes de dejar á Salamanca, dió pruebas de lo mucho que estimaba la prudencia y las demás cualidades que había reconocido en Ana de Jesús, nombrándola Maestra de novicias (cuando aun ella lo era), y encargando expresamente á la Madre Ana de la Encarnación (á quien dejaba de Priora) que no hiciese nada sin contar primero con la H.ª Ana.

Cosa de un mes estuvo en Medina Santa Teresa, y en el de Julio de aquel mismo año 1571, el P. Pedro Hernández, Visitador apostólico, la obligó á aceptar por tres años el cargo de Priora de la Encarnación de Avila; la cual noticia consternó á todas las casas fundadas por la Santa, en particular á sus hijas de Salamanca. Comprendiendo ella su dolor, y para manifestarles su afecto, quiso que se la llamase conventual de

Salamanca, habiendo firmado antes su renuncia á la Regla mitigada.

Ni la distancia de los lugares pudo interrumpir las secretas comunicaciones entre Santa Teresa y Ana de Jesús, á quien comunicaba la gran Reformadora los negocios más importantes de la Orden; y hasta por vía sobrenatural le hizo conocer en algunas circunstancias las revelaciones con que Dios la favorecía. Alegaremos por de pronto una de las más notables, por referirse á la muerte de S. Pío V (acaecida el 1.° de Mayo de 1572), quien se apareció á la Santa en el mismo momento de espirar, y le dió parte de varias cosas que había resuelto hacer, todas las cuales contribuirían al acrecentamiento y la propagación de la Orden de la Santísima Virgen, á la cual en vida había dado tantas pruebas de benevolencia. Muy sensible fué el dolor de Teresa al saber la pérdida que acababa de experimentar la cristiandad; y en aquel mismo día la vió Ana bañada en lágrimas, y le oyó decir estas palabras: «¡Oh hija mía! acabamos de perder un gran santo, cuya muerte deja gran vacío en la Iglesia.»

Échase bien de ver que la seráfica Teresa no tenía secreto alguno para Ana; que, así de lejos como de cerca, la sustentaba con la leche de su doctrina celestial, y la formaba y disponía por sí misma á ser uno de los más firmes apoyos de la Orden. Fuera de esto, veíase nuestra Venerable amada de las compañeras y venerada de sus novicias, lo cual no la excusó (¡cuán admirables son los designios de la divina Providencia!) de tener que ganar á poder de súplicas, suspiros y lágrimas, la gracia de ser admitida á los votos; pues se vieron obligados los superiores á diferirle la profesión á causa de lo muy quebrantada que tenía la salud, y de lo extenuada que estaba de fuerzas: tal la paró la visión que hemos referido. Ayudóla á soportar esta

prueba un religioso de la Compañía de Jesús (créese que fué el P. Jerónimo Ripalda) diciéndole que, como la enfermedad provenía de su ardiente amor á Dios, no se dejaría Él vencer en generosidad; y «que si era »su voluntad que profesase, profesaría, aunque más »mala estuviese; y si no lo era ¿para qué lo quería ella?» Estas pocas palabras la convencieron, y desde aquel día fué mejorando conocidamente su salud. Sugirióla entonces la humildad instar una y otra vez que la recibiesen como simple conversa; pero con ello sólo consiguió poner más de relieve su sólida virtud, ya que un mandato formal de la Santa Fundadora la obligó á renunciar á su deseo, sometiéndose al punto á lo que se le ordenaba, aunque no sin hacerse grandísima violencia.

Pasó con extraordinario fervor el retiro que precedió á su consagración religiosa, y se dispuso á cumplir de una manera más extensa y perfecta, ayudada de esta entrega definitiva de sí misma, el voto heróico que tenía hecho *de no concederse nunca en este mundo la más mínima satisfacción.* El 22 de Octubre fué el día feliz destinado á unirse con lazos indisolubles al Esposo divino de las almas. Contemplemos á Ana adelantarse con paso firme y grave hácia el medio del coro, y oigámosla pronunciar la fórmula de la profesión con tal y tan vehemente amor á Dios, que al repetirla por vez tercera, súbitamente y en presencia de la Comunidad y de muchos seglares, cayó en tan profundo éxtasis, que al pronto la tuvieron por muerta: y ¡cuál sería el sentimiento de respeto y admiración que se apoderó de los circunstantes al ver á la Venerable rodeada de una claridad que deslumbraba, y al notar que su rostro despedía rayos de celestial hermosura, dejando traslucir á pesar suyo algo de las sublimes gracias con que la favorecía el Amado! Vuelta en sí, trató

de achacar esto, que ella llamaba desvanecimiento, á su salud todavía débil. Sabedora Santa Teresa de lo ocurrido, dispuso que en lo sucesivo ninguna hiciera los votos delante de gente de fuera; y, por consejo de la Santa, se añadió en las Constituciones redactadas en Alcalá de Henares «que la profesión no se hiciera en la reja sino en el Capítulo y en presencia de solas las monjas.»

La inefable alegría que sintió Ana al verse unida para siempre con su Dios, le hizo abrazar con nuevo fervor los rigores de la vida austera del Carmelo, y las obligaciones particulares de su oficio de Maestra de novicias, en el cual quiso Santa Teresa confirmarla en atención al raro talento que había descubierto en ella para gobernar las almas: y así acertadamente desempeñó la recién profesa el cargo, que sacó tantas santas cuantas fueron sus discípulas, según que la misma Venerable solía decir más tarde. Como, admirado de lo que había oído, un célebre profesor de la Universidad de Salamanca preguntase en cierta ocasión á la sierva de Dios cómo se arreglaba y de qué medios se valía para hacer subir á las almas tan rápidamente á tan sublime grado de perfección, ella le dió esta respuesta, digna en verdad de su grande ingenio: «Me limito á considerar y seguir la conducta de Dios en la dirección de cada una de ellas, y no hago más que evitar lo que pudiera obstruir, embarazar ó torcer el camino particular por donde á cada cual lleva Su Majestad.»

Habíase fundado sin renta el convento de Salamanca, y como las limosnas eran muy pocas, no tenían las monjas para sustentarse sino el trabajo de manos, y lo que les enviaba Santa Teresa desde la Encarnación de Avila. El edificio, por otra parte, estaba muy ruinoso, abierto por todos lados; era húmedo y malsano, y el frío que en el invierno de 1571 á 1572 fué riguro-

sísimo, impedía con frecuencia á las Hermanas manejar la aguja y abrir los breviarios, por lo que se veían precisadas á calentar un poco las arrecidas manos en la luz que las alumbraba. Fué esto para Ana ocasión de contínuo ejercicio de todas las virtudes, porque su inagotable caridad hacía como que se multiplicase á fin de aliviar á sus hermanas. Valíase del privilegio de estar al frente de las demás, para reservar para sí las labores más penosas de entre semana, dejando para los domingos y fiestas de guardar varias otras ocupaciones compatibles con los deberes que tan santos días nos imponen. El gozo con que lo hacía todo, animaba á cuantas la veían, y su ejemplo sabía inspirar á todas tanta dicha entre tantas privaciones, que la misma Santa Teresa, en el capítulo XVIII de las Fundaciones, declara que era para alabar al Señor. Algunas de estas religiosas,—añade—, me decían que les parecía imperfección desear casa, que ellas estaban allí muy contentas como tuvieran Santísimo Sacramento.» No se hace particular mención de Ana en este pasaje del libro de las Fundaciones; pero las deposiciones no nos dejan duda de que á ella singularmente tuvo aquí presente Santa Teresa.

En medio de estas y otras faenas que para aliviar á la sacristana y enfermera emprendía, no dejaba un punto Ana la oración, en la cual le otorgaba el Señor tantas gracias, que con mucho donaire le repetía Santa Teresa: «Parece que ella no reza, sino rézanla.» ¿Qué hubiera dicho,—pregunta el Analista de la Congregación de Italia—, á haber sido testigo de los favores que recibió la sierva de Dios en la época de que hablamos? Tan frecuentes y profundos eran sus arrobamientos, que la fuera imposible disponer de sí una sola hora; sin que bastaran á estorbarlos las ocupaciones de más distracción. Mandóla cierto día con un recado al

torno la Madre Priora mientras se cantaba la *Salve Regina*, y no bien había llegado á él, cuando, oyendo tocar á examen, se arrodilló para comenzarle. (1). Habiendo esperado en vano la Priora la respuesta con que Ana debía volver, fué ella misma, y encontró á la Venerable de rodillas, inmóvil, enajenada de los sentidos, extasiada; el cual éxtasis duró hasta la mañana del día siguiente en que, volviendo por fin en sí, experimentó tanta confusión, como si hubiera cometido una grandísima falta. Cosa parecida le acaeció otra vez delante de la Comunidad en medio del coro, en ocasión que hacía de Hebdomadaria, quedando de súbito fuera de sí, inmóvil y sin voz, cabalmente cuando iba á entonar el *Deus in adjutorium*..... en el cual estado estuvo hasta que se terminó el rezo. Ni fué ésta la única vez que la favoreció el Señor con éxtasis en el Oficio divino. Acaecíale lo propio en el refectorio al hacer alguna de las mortificaciones que en el Carmelo se acostumbran, dado que á menudo se quedaba arrobada largas horas, y muchas veces le hubiera sido imposible decir lo que había comido, ni aun si lo había hecho. Cuéntase además que un día de Jueves Santo quedó de tal modo absorta en la contemplación del grande misterio de aquel día, que no volvió en sí hasta el siguiente, cuando las religiosas desaderezaban el altar; y para encubrir la merced que Dios le había hecho, se puso á ayudarlas, como si nada señalado hubiera pasado por ella.

Enemiga de cualquiera singularidad y de los aplausos, hasta el extremo de servirle de tormento estos favores extraordinarios de que otros eran testigos y por

(1) Las Constituciones antiguas dicen respecto al examen: «Cada uno donde estuviere se hinque de rodillas y haga su examen con brevedad.» (Véase *Ana de Jesús y las Constituciones de las Carm. Descalzas*, pág. 20).

los cuales se ganaba, sin pretenderlo, las miradas y respetos de todos, rogaba sin cesar al Señor tuviese por bien detener la corriente de gracias tan singulares, ó, por lo menos, que no permitiese que los demás lo notasen. La única persona á quien informaba de todo era la Santa Fundadora, á la cual suplicaba intercediese por ella ante Dios, ó proveyese de un modo eficaz á situación tan penosa. Accediendo á la tal súplica, la Santa ordenó por escrito á la Priora que encargase á Ana del torno, para que las muchas ocupaciones de este empleo la distrajesen y sacasen de sí, aunque bien sabía la Santa Madre por propia experiencia que nadie puede resistir á la voluntad del Todopoderoso, y que ninguna industria es bastante á sustraer á las almas de la acción divina. Buena prueba de esta verdad tenemos en los arrobamientos de la Venerable, no menos frecuentes y notables en el torno que en el coro, y que en otros lugares más á propósito para el recogimiento. Después que por algún tiempo le mostró el Señor ser cosa de todo en todo excusada la tal resistencia, accediendo, por fin, Su Majestad á los deseos de su sierva, ó por probarla más y disponerla á mayores mercedes, la privó de todo consuelo, dejándola envuelta en espesas tinieblas, extenuada y consumida de una cruel aridez por espacio de tres meses enteros. Mandóle un día su confesor meditar este verso del salmo 118: *Legem pone mihi, Domine, viam justificationum tuarum; et exquiram eam semper. Ponme ¡oh Señor! por norma el camino de tus justos mandamientos, y andaré siempre por él*, y apenas lo hubo hecho, recobró su alma la serenidad, y las divinas gracias volvieron á correr como de antes.

María de Lobera, aquella amada prima que Ana dejó en Plasencia y á quien dió cita profética; aquella que tuvo siempre por señalado favor del cielo haber

sido dirigida en el camino de la religión por Ana, de quien tantas demostraciones de sumisión había recibido en otros tiempos, despidiéndose á su vez del mundo, fué por entonces á pedir el hábito en S. José de Salamanca, donde le vistió en Setiembre de 1572, tomando el nombre de María de S. Angelo. Profesó el 22 de Octubre de 1573, y después de haber edificado al Carmelo con el olor de todas las virtudes por cuarenta y un años, fué á recibir la corona inmarcesible de las vírgenes.

CAPÍTULO III.

De cómo Santa Teresa va á Salamanca para negociar el cambio de casa, y escribe el libro de las Fundaciones á vista de Ana de Jesús, y de la traslación del convento.—De la dirección y pruebas á que Santa Teresa sujeta á Ana, y de los trabajos que á ésta anuncia el P. Baltasar Alvarez.—De la partida de la Santa Reformadora, y muerte edificante de la H.ª Isabel de los Angeles.—Ana de Jesús deja á Salamanca.—Del P. Antonio de la Madre de Dios y de Santa Teresa y Ana en Hontiveros y en Toledo.

Corría el tercer año de la fundación del convento de Salamanca, en donde Ana, y otras muchas dirigidas por ella, habían pasado su noviciado y hecho los votos, y, no obstante la abundancia de gracias que en todo este tiempo plugo al Señor derramar sobre esta Comunidad, aquellas sus esposas lloraban en su pobre oratorio el verse privadas del Sacramento inefable que trae el cielo á la tierra, y cuyo vacío con ninguna cosa se puede llenar. Y era así que la casa estaba tan desprovista, húmeda y poco segura, que no hallaron lugar decoroso en que tener el Santísimo Sacramento: de donde fué necesario acudir muchas veces á la oración, derramar copiosas lágrimas en la presencia del Señor

sin dejar de poner los medios humanos; y resultado de ello fué la noticia que la Madre Priora tuvo de que se trataba de vender un edificio situado en las posesiones de los Condes de Monterey y de Fuentes, muy á propósito para ellas, según el dicho común; mas fuera de otras dificultades, al parecer insuperables, no tenían dinero. Pensaron las monjas (y no sin razón) que la presencia de Santa Teresa quitaría todos los obstáculos, y aprovechándose Ana de Jesús del afecto que le manifestaba el R. P. M.º Domingo Báñez, alcanzó por su mediación del Rdo. P. Pedro Fernández, Comisario y Visitador apostólico, que dejase la Santa el convento de la Encarnación para volver á Salamanca. Grandísimo contento recibió Santa Teresa con aquel mandato, teniéndose por muy dichosa de tornar á ver á sus amadas hijas, y señaladamente de poder proporcionar algún alivio á sus muchas penas; así que reunido que hubo cuanto dinero le fué posible para ultimar la compra de la casa, sin pérdida de tiempo y sin que la arredraran los calores tropicales de Agosto, se puso al punto en camino para Salamanca, acompañada del P. Antonio de Jesús, de Julián de Avila y de D.ª Quiteria, religiosa de la Encarnación. El viaje fué muy penoso, y señalado con incidentes en que no se podía menos de ver la intervención del cielo. Llegado que hubo, vió la casa de la cual se trataba, y poniéndose de acuerdo con el propietario Pedro de la Vanda, llamó inmediatamente oficiales, les indicó las reformas que se habían de hacer, la distribución de las oficinas, y un lugar para la iglesia. No se podía perder tiempo, pues era preciso acabarlo todo para S. Miguel, que es cuando en Salamanca se renuevan los alquileres, y debía, por consiguiente, quedar desalojada la primera casa.

Todo aquel tiempo lo pasó la Santa Fundadora con sus hijas proporcionándoles una dicha inefable,

de la cual eran deudoras á Ana, quien á su vez gozaba por manera indecible y hacía participante de este gozo á Santa Teresa. «A la venida de la Santa Madre,—dice »Manrique—se siguió mayor frecuencia en las plá-ti-»cas de Dios; con que ilustrado el entendimiento é in-»flamada cada día más la voluntad en Ana de Jesús, »eran más y más largos los arrobos.» Consultaron las monjas á Santa Teresa cómo habían de haberse en ellos, y les respondió que la ocupasen en cosas exteriores para prevenirlos; pero una vez ya en éxtasis, la dejasen tranquila, por el mucho mal que podría seguírsele cortando el vuelo del espíritu. No se puede, pues, dudar de que al juzgar la Santa á su amada hija por lo que en sí había visto, y al aplicarle los principios que tan bien sabía por propia experiencia, aprobaba implícitamente las mercedes que Ana recibía.

Durante esta su estancia en Salamanca, tomó Santa Teresa de nuevo la pluma para escribir las siete fundaciones llevadas á cabo después de la de S. José de Avila, y el principio de los primeros conventos de los Carmelitas Descalzos, por orden del Rdo. P. Jerónimo Ripalda, su confesor, á 25 de Agosto de 1573. Como otra vez hubiesen de vivir juntas en una misma celda Teresa y Ana, ésta tuvo la dicha de recoger una por una aquellas preciosas páginas impregnadas de amor de Dios y celo de las almas, y de gozar del espectáculo que presentaba aquella cuando, arrebatada en éxtasis, escribía bajo la inspiración del Espíritu Santo: acerca de lo cual fué excesiva la reserva de Ana; pero hemos hallado una nota de mucho interés en la deposición jurídica de la Madre Ana de la Encarnación, que dice así: «Después de Maitines era cuando, por lo común, nuestra Santa Madre se ocupaba en esta obra (el libro de las Fundaciones), y débese á una santa curiosidad, que á menudo me impelió á atisbar por la rehendija de

la puerta, el haber visto yo su rostro cercado con auréola de brillante luz, en tanto que meneaba la pluma con asombrosa rapidez. Hacia la media noche dejaba de escribir, se disipaba poco á poco la celeste claridad, y levantándose entonces la Santa de su pobre banqueta de madera (1), se arrodillaba con los brazos en cruz, y hacía oración hasta cerca de las tres de la mañana.

Pasábanse los días, y la fiesta de S. Miguel se acercaba, razón por la cual se había anunciado ya la solemnidad de la traslación del convento, y el nombre del célebre orador el P. Diego de Estella, Franciscano, que debía predicar, andaba de boca en boca. Disponíase á asistir á la fiesta una inmensa multitud, cuando la capilla estaba aún por terminar, y tan mal construido el techo, que por todo él había endeduras; mas hé aquí que la víspera del día señalado, al anochecer, inunda el santuario en donde habían de poner el Santísimo Sacramento una larga y deshecha lluvia. Eran ya las ocho: la Santa Madre estaba hablando en el pórtico con Julián de Avila y el Licenciado Nieto, capellán de las Carmelitas de Alba, y llena de pena por este contratiempo, dirigiéndose con el corazón á Nuestro Señor, le dijo con santa familiaridad: «O no me mandeis, Señor, entender en semejantes obras, ó dignaos remediar esta necesidad.» A pocos pasos de allí los oficiales deliberaban también sobre el modo de continuar la obra, cuando hé aquí que dirigiéndose Ana á la Santa Madre, le dice con mucha resolución: «Viendo V. R. la »hora que es y lo que se ha de hacer de aquí á mañana, »bien podría pedirle á Dios que deje de llover, y nos »dé lugar para componer estos altares.» Respondióle la Santa en el mismo tono: «Pídaselo ella, si tan presto le parece que lo ha de hacer porque yo se lo pida.»

(1) Consérvase todavía hoy en el convento de Segovia.

Viendo Ana á la Madre no muy contenta, fuése de allí; pero aun no había llegado á un patio que allí cerca estaba, levantando los ojos vió el cielo todo estrellado, y tan sereno como si no hubiera llovido mucho tiempo había, razón por la cual volvió atrás, y, en presencia de los mismos testigos, dijo á Santa Teresa: «Antes pudiera V. R. haber hecho esto. Váyanse todos, y déjennos aderezar la iglesia» y la Santa, con la sonrisa en los labios, la miró, y fué á encerrarse en la celda.

Después de contar Manrique estos pormenores, conformes con la deposición de Ana de Jesús, hace la siguiente reflexión: «¿Cuál es éste á quien obedecen »mar y vientos? dijo de Cristo el pueblo. Y yo ahora: »¿Cuál ésta á quien obedecen aquí las nubes y los cie»los, ó mejor dicho, el Señor del cielo y de las nubes? »Paréceme que la que refiere este prodigio, puede re»vindicar su parte en él, pues que yo no hallo quién »obedeció antes, Dios á la Santa Madre, ó ella á Ana de »Jesús: si ya no es que decimos Dios á entrambas. El »pedir ella también sería sin duda, pues le mandó la »Santa que pidiese. Nunca las oraciones por humildes »y obedientes alcanzan ménos dél. El poner á la Santa »por tercera antes, fué de humildad; pedir después, fué »efecto de obediencia.»

Poniendo manos á la obra Ana y sus compañeras luego que se hubo retirado la Santa, aderezaron sin dificultad alguna la iglesia, pues no llovía ya, y el agua que tan copiosamente cayó en el lugar sagrado había ya desaparecido. De aquí que todo esto estuviese arreglado á tiempo, y que se celebrase la fiesta con mucha solemnidad, consuelo y concurso de pueblo. Aun después de fundado este convento permaneció en él Santa Teresa cinco meses bien corridos, deteniéndola más que otra cosa el deseo de acabar de comunicar su espíritu á Ana, por ser ella quien había de suceder á la

Santa Madre en el oficio de Fundadora: así que le conservó siempre la más estrecha amistad, la dirigió principalmente en los caminos más sublimes de la oración, y haciendo que le diese cuenta del método de su trato con Dios, le aprobó. Ni desperdiciaba coyuntura alguna de probar su virtud y de asegurarse de los adelantos que hacía en el camino de la perfección.

Desempeñando nuestra Venerable el oficio de tornera, se le presentó un día en el torno un su pariente que quería hablarle, y luego al punto fué á decírselo á la Santa Madre. Estaba ésta entonces en la reja con un Padre Jesuita: «¿Ha oído V. P.,—dijo la Santa dirigién»dose al religioso—con lo que viene Ana de Jesús? »Que está allí un caballero deudo suyo: para que sepa»mos que tiene deudos caballeros, como si hubiese en »la Religión, y más en la Descalcez, caballerías.» Llena nuestra humildísima Ana de confusión, se postró en el suelo sin excusarse, y no se levantó hasta que Santa Teresa le hizo señal.

Otra vez le mandó que se preparase para decir una exhortación á la comunidad en la hora de recreo, y mostrándose Ana dispuesta á obedecer al instante, hizo un como púlpito, y ya iba á romper á hablar á las Hermanas reunidas en el lugar de la recreación, cuando Santa Teresa la detiene de repente, y haciendo de la ignorante, pregunta que quién le inspiraba semejantes invenciones. Retiróse sin decir palabra la sierva de Dios, y reprendida de nuevo poco después como si hubiera rehusado obedecer, probó una vez más con su alegre semblante, que de cualquier modo que Santa Teresa quisiera probarla, siempre la hallaría sumisa y pronta á ejecutar con entera igualdad de ánimo los mandatos, por más opuestos que fuesen.

Ni faltaron otros instrumentos muy á propósito que ayudaron á la Santa á pulir este vaso de elección.

El P. Baltasar Alvarez, Rector de la casa de Salamanca, tomó la dirección de las Carmelitas el año 1574, y no tardó en descubrir en la H.ª Ana de Jesús otra Santa Teresa, y en conocer que también á esta grande alma convenía padecer ó morir, y alumbrado con luz sobrenatural, predijo á su nueva penitente los trabajos y las dificultades que tendría que superar, para poder llevar adelante la obra de la Santa Fundadora, y consolidar y extender lo hecho por ella. Dudó Ana por algún tiempo de la verdad del pronóstico, pero platicando un día con el Padre de algunos trabajos relativos á la futura fundación de Beas (de la cual acababa de hablarle nuestra Madre Santa Teresa), recibió del varón de Dios esta respuesta: «Alégrome, hija, de que empiece á creer lo que el Señor le dice por medio de sus siervos: la experiencia le hará ver la verdad de las demás pruebas que le he predicho.» Ana que anhelaba incesantemente padecer por el divino Esposo, preparó más y más su corazón á los sacrificios que la esperaban, el primero de los cuales fué tener que separarse de nuestra Santa Madre Teresa, quien hubo de ir á fundar en Segovia el mes de Marzo de 1574. Fácilmente se comprende cuánto más penosa sería para la Venerable esta separación que para las demás monjas, pero porque de ella dependía en gran parte la gloria de Dios y el bien de las almas, no sólo la deseó, más trabajó porque se hiciese cuanto antes.

La prematura muerte de la H.ª Isabel de los Angeles, una de las más bellas flores del Carmelo de Salamanca, fué para Ana poco después motivo de nuevo dolor. Hé aquí en qué términos refiere las circunstancias de aquella preciosa muerte al deponer para la canonización de Santa Teresa: «Isabel de los Angeles tenía particular gusto en cuidar de las enfermas, y en el desempeño de este oficio de caridad, contrajo el mal

que la llevó al sepulcro. Ocho meses estuvo en cama padeciendo en el cuerpo los más crueles dolores, en tanto que el alma era víctima de toda suerte de penas interiores, quedando tan flaca y desfigurada con la pesadumbre de tantas cruces, que apenas se la conocía, y era objeto de compasión para todas las religiosas. El día de S. Bernabé, 11 de Junio, al irnos á coro para oir misa, la dejamos en extremo oprimida del peso de sus males; mas ¡cuál fué nuestra sorpresa cuando al volver la encontramos enteramente mudada, habiendo sucedido á sus penas una alegría extraordinaria, que le movió á la Madre Priora Ana de la Encarnación á decirle: «Bendito sea Dios, que parece que está mejor, Hermana ¿qué alegría es ésta que tanto se le luce?» «Que hoy, Madre,—respondió ella—se acabarán estos trabajos, é iré á gozar del bien que he deseado.» La Madre Supriora, María de Cristo, que estaba también en la enfermería, le preguntó entonces: «¿Quién se lo ha dicho, Hermana?» La enferma replicó sonriéndose: «Qué cosas pregunta, Madre Supriora: quien puede me lo ha dicho.» Retiráronse las Madres, y yo, que era Maestra de novicias, quedé sola con ella, y le dije: «¿Qué tenemos que tan cierta está de que hoy ha de salir de este destierro?» Descubrióme entonces como durante la misa había venido á visitarla nuestra Madre Santa Teresa, dádole su bendición y consoládola con mucha ternura, y acariciándola, le había dicho: «Hija, no sea boba, ni esté con esos temores, sino muy confiada en lo que hizo y pasó por ella su Esposo, pues es grande la gloria que la tiene aparejada, y crea que hoy la gozará.» Aseguróme á continuación que gozaba ya las primicias de aquella gloria, y que sentía una paz tan inefable en lo íntimo del alma, como si jamás hubiera tenido turbación alguna: la cual paz le duró cuanto la vida. Durante los Maitines la velaron dos

Hermanas, y hacia las once, á la hora de empezar la disciplina (que era Viernes), dominadas todas de una fuerza irresistible, acudimos á la enfermería. Pusieron en seguida el Crucifijo y la vela bendita en las manos de la agonizante, comenzamos á invocar el nombre de *Jesús* y á rezar el *Credo*, acompañándonos ella, en lengua vulgar, y apenas pronunció el último artículo, espiró dulcemente. Quedó su cuerpo rodeado de resplandor y hermosura celestial, y como hubo que exponerla en la iglesia mientras se dijo el oficio, toda la ciudad fué testigo, bien así como nosotras, de la gloria con que Dios honró los restos mortales de su sierva; y acudió tanta gente al entierro, que el Conde de Fuentes y el Comendador Paez tuvieron que intervenir con su autoridad y guardar el féretro, en tanto que se celebraron los divinos oficios.»

El mismo día en que la enferma dijo á su Madre Maestra que Santa Teresa en persona la había visitado, escribieron á la Priora de Segovia, y ésta, con la Supriora, se fué al instante á la celda de la Santa, y le dijo: «Madre nuestra, ahora entiendo por qué estos últimos días hemos llamado en vano á la puerta de V. R., que no nos respondía, y la encontrábamos como muerta, pues acaban de escribirnos que V. R. ha asistido á la H.ª Isabel de los Angeles en Salamanca»; pero la Santa Madre trató de ocultar el prodigio con algunas palabras graciosas, las cuales solo sirvieron de confirmarle más. Al mismo tiempo que pasaba esto en Segovia, llegó á Salamanca una carta de Santa Teresa avisando á la M.ª Ana de la Encarnación de ciertas cosas, de que no hubiera podido hacer mención sin haberlas visto: la cual carta enseñó la Madre Priora á Ana de Jesús, quien dijo al punto que, sin duda alguna, había recorrido la Santa toda la casa el día que fué á consolar á la H.ª Isabel. «De ahí á casi un año,—añade Ana en su

»deposición—que envió por mí nuestra Madre, para »llevarme á ser Priora del convento de Beas, se lo pre»gunté yo misma (1), y con el amor que me tenía, me »respondió claramente que así había sido; y sin consi»derar que podía morir ella antes que yo, le supliqué »con ahinco que también me visitase á mí en la hora de »mi muerte: á lo cual respondió la Santa: «Yo se lo »prometo, si Dios me diere licencia, que eso no está en »mi mano» (2): También la pregunté si había dicho »aquella palabra á Isabel de los Angeles *que Dios la »tenía mucha gloria aparejada?* Díjome que sí, que se »la había mostrado Su Majestad, y que era tanto lo que »había alcanzado con cinco años de monja, como otras »con cincuenta, vividos con mucha rectitud.»

Terminada la fundación de Segovia, volvió Santa Teresa á Avila á principios de Octubre de 1574, y en este intervalo de tiempo, dió algunas disposiciones en bien y provecho de la de Beas, y desde el 11 de Agosto tenía ya avisada á la M.ª Ana, que en el tiempo que la señalaba, fuese á juntarse otra vez con ella en Avila, pues la destinaba al nuevo convento: la cual noticia causó á la Venerable grandísima pena por temer mucho los cargos, y no faltarle indicios para creer que la Santa quería ponerla al frente de la futura comunidad. Mas habiendo tomado por materia de la oración del día siguiente, fiesta de Santa Clara, estas palabras del Evangelio: *Sabiendo Jesús que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas,* se halló del todo mudada, y, con apacible y dulce confianza, se puso en manos de Dios para cuanto Su Divina Majestad se dignase disponer.

(1) En Toledo fué donde la Madre Ana interrogó á Santa Teresa acerca del prodigio acaecido en la muerte de la H.ª Isabel de los Angeles.

(2) Según deposición del Lic. Bárcena, Santa Teresa se halló á la muerte de la Madre Ana de Jesús.

Corrían los primeros días de Enero de 1575, época que Santa Teresa había fijado para su partida, y después de haber Ana aconsejado á sus amadas novicias por última vez, exhortándolas á caminar con generosidad y sin cejar por el camino de la perfección, se alejó de Salamanca, dejando sumamente desconsolados á cuantos la conocían. Ofrecióse á acompañarla parte del camino un fraile Jerónimo, predicador de Felipe II, y como Ana tuviese ya noticia del gran mérito de aquel monje, y de la estima en que todos le tenían á causa de su ciencia y del feliz éxito de sus predicaciones, aprovechó aquella ocasión para hablarle de la vanidad del mundo y de todo lo que no es Dios. Desde el principio de la plática sintió el religioso nacer en su corazón el propósito de renunciar de veras á los aplausos del siglo, y abrazar una vida más perfecta y segura bajo la Regla del Carmen: cosa que ejecutó un poco más tarde, yendo á Beas á informarse más en particular de la Madre Ana del género de vida de los Carmelitas Descalzos; después de lo cual pidió y vistió el hábito de la Virgen.

Esto refiere la M.ª Magdalena en su deposición, en la que nos da además otros pormenores de no poco interés de este fervoroso descalzo, quien, en el ejercicio de su sagrado ministerio, hizo mucho bien en las almas. Habiendo concebido vivo deseo de ir á convertir infieles y de padecer martirio por el nombre de Jesucristo, como se descubriese á la M.ª Ana, ella le aseguró que Dios aceptaba su deseo, pero que se contentaría con el sacrificio de su vida. La cosa fué así, que el año 1582, el Rey de Portugal pidió Carmelitas Descalzos para la Guinea, á donde enviaron con otros cuatro al P. Antonio de la Madre de Dios (tal era el nombre de aquel monje), y embarcándose el 20 de Marzo, tras algunos días de navegación, cierta noche que el piloto

no estaba en el timón, se estrelló el buque contra una roca, y quedaron sepultados en lo profundo del mar toda la tripulación y los pasajeros, si se exceptúan solos dos marineros que se salvaron, y trajeron á España la noticia de aquel naufragio.

En Hontiveros, ó, lo que es más probable, antes de llegar á esta villa, encontró Ana á la Santa Reformadora que volvía de Valladolid, quien la acogió con las demostraciones del más tierno afecto, y fueron juntas á pedir hospedaje á un convento de Carmelitas de la Observancia. Esperaba la sierva de Dios una ocasión favorable para sondear á Santa Teresa respecto al oficio que le tenia reservado en Beas, la cual ocasión se le presentó bien pronto, pues llegando la Santa á Hontiveros tan cansada y doliente que tuvo necesidad de retirarse á descansar, mientras lo hizo, mandó la Priora del convento preparar comida para sus compañeras; pero ellas no quisieron tocarla sin pedir licencia á su Santa Madre, quien las reprendió agriamente de lo que miraba como desobediencia á la superiora local. «Madre,—dijo entonces sagazmente Ana,— el ser «tan modernas en la Religión, nos hace caer en estas «ignorancias. Cierto que es lástima, mientras no aprendamos más, sacarnos á fundar; y mayor el ponernos «en oficios.» Comprendiendo la Santa á donde apuntaban aquellas palabras, respondió: «Obedeciendo, se »aprenderá todo: S. Francisco y Santo Domingo, cuando fundaron sus Ordenes, con los que les había traído »de nuevo á las suyas Dios, las comenzaron. Procuren »ellas ser en todo muy perfectas, que lo demás por »cuenta suya corre.»

De Hontiveros pasaron á Toledo, en donde debían tomar las MM. María de S. José é Isabel de S. Francisco, y aquí, como en todas partes, supo aprovecharse muy bien Ana de la dicha que le proporcionaba el

vivir con nuestra Madre Santa Teresa. Viéndola un día acercarse á la sagrada Mesa (debió de ser el mismo de su partida de Toledo), sintió en su corazón, y manifestó á Dios el deseo de tener parte en las gracias que concedía á la Santa, y apenas hubo ésta acabado de comulgar, cuando volviéndose hacia Ana, le dijo: «Vaya, hija, en seguida á preparar un saco de nueces, porque tenemos que partir al instante.» Salió la sierva de Dios del coro, y á los pocos pasos vió tras sí á Santa Teresa que de nuevo la daba prisa, no sabiendo Ana qué pensar de aquéllo (sobre todo al acordarse de la súplica que unos momentos antes había hecho á Dios); mas el día siguiente, dando gracias después de comulgar, le dió el divino Maestro á entender, que quiso mostrarle de aquella manera la gran fidelidad con que le servía la Madre Teresa, pues renunciaba al gozo de estar con El por ocuparse en las cosas más menudas de su honra y gloria; y hé ahí, añadió el Salvador, una de las gracias que Ana había deseado y pedido para asemejarse á su Madre.

CAPÍTULO IV.

Juventud y vocación de Catalina de Sandoval, á quien reveló Dios la fundación del convento de Beas veinte años antes que se hiciese.

Antes de seguir á la Santa Reformadora y á la M.ª Ana de Jesús en el viaje á Andalucía, conviene que nos detengamos un poco á considerar el origen, todo él admirable, de la fundación del convento de Beas, y que veamos los caminos misteriosos por donde condujo el Señor unas almas privilegiadas al amparo de la Reina del Carmelo, y cómo, sin saberlo ella, tuvo parte en estas maravillas la sierva de Dios, cuya historia es-

tamos escribiendo. Y aunque nuestra Sante Madre lo refiere en el capítulo XXII del libro de las Fundaciones, seguiremos en lo que aquí dijéremos al Analista del Carmelo, el Rdo. P. Francisco de Santa María, quien da razón de algunos pormenores que no entraban en el plan de la Santa, ó que su humildad prefirió dejar ocultos; porque, fuera de que el dicho Padre fué contemporáneo de Ana de Jesús y de Catalina de Sandoval, su oficio de Provincial de Andalucía le puso necesariamente al corriente de cuanto concernía al convento de Beas.

Sancho de Sandoval y su esposa D.ª Catalina Godínez habitaban en Beas, villa amena y deliciosa, situada en las fronteras de los reinos de Murcia, Toledo y Jaén, de los cuales á la vez era tributaria, y se distinguían más aun por la piedad que por la nobleza y bienes de fortuna. Tuvieron cinco hijos y dos hijas, la mayor de las cuales nació el 24 de Febrero del año 1540, y se llamó Catalina como su madre. La otra, compañera é imitadora de su hermana en el camino de las virtudes y en la práctica de las buenas obras, tuvo por nombre María, y vino al mundo cinco años después que aquella. Esta edad contaba Catalina cuando su padre la puso al cuidado de una señora pariente suya, que hacía vida muy piadosa en un convento de monjas de S. Francisco. No tardó nuestra niña en manifestar las bellas inclinaciones y la abundancia de dones naturales con que Dios la había adornado, y parecían á todos tan superiores á la edad su entendimiento y discreción, que se gozaban en hacerle preguntas, para gozar de sus respuestas prontas y agudas. Echábase de ver en ella particular afición á la oración, y señaladamente una tierna devoción á la Santísima Virgen, indicio cierto de la gran pureza de su alma. Buscaba soledad y huía de conversaciones muy alegres, mientras era

para ella una recreación el asistir con sus maestras al coro y á los sermones, de los cuales repetía luego largos trozos, no sólo con gracia, mas aun con destreza y con reflexión, como de quien sentía lo que decía.

Dos años llevaba Catalina en aquel convento, cuando murió la señora pariente suya á cuyo cargo estaba, lo cual obligó á D. Sancho á volverla á su casa, en donde, hasta los quince, hizo ese género de vida que comunmente hacen las de su edad y condición, gustando de adornarse, y cuidando con tanta curiosidad y buen gusto de manos, rostro y cabello, que daba envidia á las demás señoras, que se esforzaban en imitarla. Tanto esmero en el adorno de su persona, no le hizo olvidar, no obstante, las buenas costumbres adquiridas en el convento: así que proseguía en sus devociones y recibía con frecuencia los sacramentos, á ejemplo de sus padres que eran muy aficionados á las prácticas piadosas. En pocas palabras lo diré: la nobleza de su familia, su hermosura, discreción y gallardía, la hicieron tan altiva, que despreciaba los casamientos más honoríficos, ó bien por no verse sujeta, ó tal vez por amor á la castidad; hasta el punto que, proponiéndole su padre por tercera persona un mayorazgo en todo aventajado, respondió con desdeñoso donaire: «¡Con qué poco se contenta mi padre, con que tenga un mayorazgo, y pienso yo ser principio de linaje!»

Tales eran los sentimientos de su corazón, sentimientos vanos en ella, pero en las manos de Dios fueron instrumentos de que se valió para guardar la virginidad de Catalina. Y ello fué así, que un viernes por la mañana, después de haber rechazado con desdén este género de importunaciones con que una ama la estrechaba, se levanta bruscamente como enfadada, deja caer el cabello por la espalda, y arrebujada en los pliegues de la ropa, pasa á su alcoba, contigua á la de

D. Sancho. Contrariada y pensativa, pone vagamente los ojos en el título de un Crucifijo: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*, y al mismo tiempo, como los rayos del sol penetran en una pieza oscura, así penetra en el alma de Catalina un rayo de luz, á cuya celeste claridad contempla con atención al Rey del cielo entregado á la muerte por sus criaturas, bañado en su propia sangre, con la cabeza atravesada de crueles espinas, y á la vez le parece oir en el fondo del alma la voz del divino Crucificado que le decía: «Tú me tienes así»: las cuales palabras penetraron de tal modo el corazón de Catalina, que fuera de sí y llena de pavor cayó sobre su rostro. Mas Aquél que no hiere sino con amor y para curar, llegándose á ella, le dijo: «Yo soy, no temas»; después de lo cual le dió á conocer lo que había de defectuoso y desordenado en los sentimientos que abrigaba en su corazón; pues aunque en los ojos de los hombres era intachable, no en los de Dios, á los cuales ofende la más mínima imperfección en sus escogidos. Causóle esto un vivo dolor de sus culpas, y juntamente esperanza del perdón. «Allí le dió Su Majestad, »—dice Santa Teresa, capítulo XXII de las Fundacio»nes—un propio conocimiento grande de su miseria, y »quisiera que todos lo entendieran: dióle un deseo de »padecer por Dios tan grande, que todo lo que pasaron »los mártires quisiera ella padecer, junto con una hu»millación tan profunda de humildad y aborrecimiento »de sí, que, si no fuera por no haber ofendido á Dios, »quisiera ser una mujer muy perdida, para que todos »la aborrecieran.....»

Largo tiempo permaneció Catalina postrada y como anonadada, y poniéndose después de rodillas, hizo voto de castidad y pobreza, con la firme resolución de no querer ya en adelante sino lo que quisiese Dios, y de buscar en todo su mayor gloria. Viéndola Nuestro Se-

ñor tan mudada, para consolarla le echó los brazos al cuello, diciéndole al propio tiempo: «Mira este mi brazo, símbolo de mi poder: Yo te lo doy para que pongas en obra mi voluntad y lo que me has prometido.» Dióle á entender luego la regla de perfección que debía seguir en lo sucesivo, resumida en estas palabras del Real Profeta: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam; et obliviscere populum tuum, et domum patris tui. Oye y mira, hija, inclina tu oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre,* y en aquel mismo momento concibe los primeros deseos de vida religiosa, en los cuales perseverará hasta que le sea dado realizarlos.

No gustaba el demonio de tan sólidos principios en una doncella, ya que por ellos auguraba su daño y el bien que en muchos habían de hacer; y así, queriendo estorbar lo uno y lo otro, ejerció en Catalina su rabia. Porque en tanto que la sierva de Dios, absorta con lo que había visto y oído, derramaba dulces lágrimas acompañadas de sollozos y suspiros y continuaba su fervorosa oración, oyó un ruido espantoso sobre la pieza en que estaba, como si toda se viniese abajo; el cual estruendo, junto con temerosos bramidos, le parecía que bajaba por uno de los ángulos y en seguida vió ir hacia sí un ferocísimo dragón en ademán de despedazarla; mas fortalecida de lo alto, lejos de temer nada, se burló de aquellas amenazas. Su padre que aun no se había levantado, despertó despavorido al ruido, y, temblando y como desatinado, coge la ropa y las armas, entra en el cuarto de su hija (á la que halló serena, aunque algo demudado el semblante), y le pregunta qué era aquello. Como respondiese ella que no sabía, pasó á mirar en otra pieza inmediata, y no viendo nada, dijo á Catalina que se fuese con su madre, y él se retiró también á su habitación, reflexionando en lo acaecido, juzgando, no sin razón, que allí había algo sobre-

natural. Era la fiesta de S. Matías del año 1555 en que Catalina cumplía los quince de edad, naciendo de este modo para Dios el mismo día en que naciera al mundo, queriendo ser su abogado y protector Aquél en cuyas manos están las suertes de todos.

Los deseos de abrazar la vida religiosa, echaron más y más hondas raíces en el alma de Catalina luego que salió victoriosa del combate. Este será ya en adelante su único pensamiento y cuidado; y como su vocación era del todo extraña á las afecciones terrenas y naturales, y sólo tendía á inmolarla enteramente por el divino Esposo, puso los ojos desde luego en la Orden más austera y perfecta que hubiera en la Santa Iglesia. Descubrióse sin perder tiempo á sus padres, y les pidió licencia para seguir el llamamiento del cielo, mas éstos nunca consintieron en separarse de ella, apesar de sus reiteradas instancias. Sin desanimarse por eso Catalina, buscó en Dios el consuelo que no hallaba en los suyos, multiplicando las prácticas piadosas, los ejercicios de penitencia, y dedicando á la oración muchas horas que le quitaba al sueño. Para poder con más libertad hacer subir al cielo sus clamores y suspiros, se retiró cierta noche á una torre de la casa, é inflamada como nunca con los deseos de dejar el mundo, oró largo tiempo hasta que con el cansancio se quedó dormida. Parecióle en el sueño que iba por un camino angosto y escarpado, en el cual apenas habia donde poner el pié; y mientras que descubría grandes abismos y espantosos barrancos del un lado, del otro no hallaba nada á que asirse, de suerte que tan imposible le era volver atrás como ir adelante, viéndose cercada de peligros por todas partes. En el tal apuro, preludió Nuestro Señor á su sierva la necesidad que tenía de un conductor en tan difícil situación, diciéndole las siguientes palabras: «este es el camino por donde andas ahora», y al

propio tiempo vió venir hácia ella un Carmelita Descalzo (1) quien le dijo: «Ven conmigo, hermana, yo te mostraré lo que buscas», y condujo á Catalina á un llano en el cual había un convento de muchas monjas con velas encendidas en las manos, y como les preguntase ella de qué Orden eran, todas callaron, y, alzando los velos, le mostraron los rostros rebosando de alegría. Lleváronla en seguida al coro, en donde estaban sólo unas cuantas religiosas, y levantándose una de ellas que era hermosísima, se acercó á Catalina, la abrazó tiernamente, y mandó á todas que hiciesen lo mismo; después de lo cual, presentándola á una de las más ancianas, le dijo: «Esta es tu Madre, y su Regla es la que has de guardar; éstas son tus hermanas, y ésta es mi Orden.» Leyéronle y explicáronle luego punto por punto la Regla, y por último le dijo una de las monjas: «Hija, aquí os quiero yo.» Al despertar Catalina, puso por escrito lo que de la Regla le habían leido, pues todo se le quedó grabado en la memoria.

(1) Este religioso, como se verá más adelante, fué el H.° Fr. Juan de la Miseria, gran devoto de la Virgen, que toda la vida gozó de las más extraordinarias mercedes. Tomó el hábito de la Reforma del Carmelo en Pastrana con el P. Mariano de S. Benito el año 1570: fuéle mostrado por consiguiente á Catalina de Sandoval quince años antes de su entrada. La misma Santa Teresa les cosió los hábitos, y asistió á su profesión el año siguiente. Caracterizábale al H.° Juan una tan admirable simplicidad que, como la cosa más natural y sin darse cuenta, hacía efectos sorprendentes y obraba milagros. A él debemos el retrato que sacó, por orden del P. Jerónimo Gracián, de nuestra Madre Santa Teresa, á cuya vista dijo la Santa sonriéndose, como para consolarse de la mortificación á que la habían sujetado: «Dios le perdone, H.° Juan, que me ha sacado fea y legañosa.» Este religioso murió en Madrid el 15 de Setiembre de 1616, á la edad de noventa años, y después de su muerte manifestó Dios la gloria de este su siervo con nuevos prodigios, en particular con la incorrupción de su cuerpo. (Reforma de los Desc., tomo 4.°, libro XIV, cap. XXX, pág. 117.—Manuscrito del P. Jerónimo Gracián, pág. 74).

No hay duda que esta visión era profética, puesto que anunciaba algo que debía ser y aun no era, y proporcionó además mucho consuelo al corazón de Catalina, ya que le hacía entrever á lo menos la Orden en que quería el Señor que le sirviese. Mas ¿cuál Orden era esta? y ¿cuándo podría vestir el hábito?..... Entretanto que esto se le manifestaba, tomó la resolución de conformar con la mayor exactitud posible su conducta, á la regla que se le había mostrado. Es muy probable, escribe el P. Francisco de Santa María, que esto sucediese el año 1555, es decir, el mismo de la vocación ó conversión de Catalina, pues nuestra Madre Santa Teresa dice que acaeció veinte años antes de la fundación de Beas, la cual se hizo en el de 1575. Este mismo Padre añade las reflexiones siguientes: «No es nuevo en Dios revelar á sus siervos cosas futu-«ras sin dárselas á entender plenamente, por los altos «consejos que en esto tiene. Así les sucedió á muchos «de los Profetas, y así lo hallamos en vidas de Santos. «No por esto dejó de ser la merced grande para Doña «Catalina, pues tan al principio de su vocación la hi-«cieron digna de recibir ilustraciones divinas, y de «guardar secretos soberanos. Entonces lo era grande «la Religión de Carmelitas Descalzas, porque no había «nacido al mundo. Pues siendo cierto que el primer «convento que nuestra Madre Santa Teresa fundó en «Ávila fué el año 1562, síguese que en el de 55 en que «sucedió la visión, faltaban siete á su nacimiento; y «así no pudo entonces, ni por sí, ni por otra persona, «tener noticia la sierva de Dios de qué Religión era «aquella que en el sueño le fué mostrada. Pero cuando «vió á nuestra Santa Madre en Beas, á la M.ª Ana de «Jesús que venia por Priora con las demás Religiosas «fundadoras, y conoció al Ven. Fr. Juan de la Miseria, «y supo que la Orden del Carmen era de Nuestra Se-

«ñora; y últimamente, que la Regla que trasladó era «conforme á la que guardaban, todo lo entendió y pu- «blicó á las monjas; y así conoció que aquella hermo- «sísima que la tomó de la mano y, abrazándola, la aca- «rició y dijo; *Esta es mi Orden*, no se podía verificar «sino en la Virgen Santísima, y que aquella de quien «ella dijo; *esta es tu Madre, y su Regla es la que has «de guardar*, era la Santa Fundadora, en todo parecida «á la que en la visión se le mostró. Y cuando conoció «á la M.ª Ana de Jesús, echó de ver era aquella que, «como Priora, dijo: *Hija, para aquí os quiero yo* (1). Conoció también por sus rostros á las demás monjas «representadas en la visión, y cuando pasados algunos «días vió al H.º Fr. Juan de la Miseria, con admiración «nueva y no poco consuelo, afirmó ser el fraile Carme- «lita Descalzo que le había sacado del peligroso ca- «mino, y llevado al llano, donde en un monasterio vió «muchas monjas, como dice Santa Teresa, en verifica- «ción que serían muchas las que siguiesen aquella Or- «den en él representada, y con velas encendidas como «vírgenes prudentes. En el coro vió pocas, como otra «relación dice, porque lo fueron las que fundaron el «convento de Beas. Fué esta visión muy gloriosa para «la Reforma, porque descubrió que no tuvo su origen «en el pensamiento humano, aunque religiosísimo, de «la gran Teresa, sino en el divino, revelado á esta su «esposa por tan raro modo, años antes que la Santa le «diese principio; merced superior á toda estima y «agradecimiento.»

Volvamos á nuestra Catalina cuyas prácticas de devoción y de penitencia, y el menosprecio del oro, la seda, las joyas y los adornos subían tan de punto, que

(1) La M.ª Teresa de Jesús, Priora del convento de Bruselas, en su deposición del 22 de Marzo de 1635, asegura que la misma M.ª Ana de Jesús le contó la parte que tuvo en el sueño de Catalina.

se valía de mil estratagemas para dar á conocer el desprecio que hacía de sí y de cuanto el mundo con tantas ansias busca, por más que sus padres no la permitían vestir tan modesta y pobremente como ella deseaba. Pasados tres años de súplicas y de lucha, consiguió por fin licencia para ello, y previniendo un vestido de paño ordinario, de color burielado, y una toca de tela muy basta, se lo vistió el día de S. José, que aquel año (1558) cayó en domingo, y se fué á la iglesia con admiración de cuantos la veían. Su hermana D.ª María, que á la sazón contaba trece años, y que aficionada al mundo, no entendía el proceder de Catalina, le enderezó agrios reproches sobre lo que ella tenía por desdoro de la familia; pero callando Catalina á todo, contentábase con encomendarla á Dios y pedirle fervorosamente que se dignase mudarla y dársela por compañera fiel en el ejercicio del amor divino. Así fué, en efecto, porque oyendo misa un día D.ª María, al tiempo que alzaban la sagrada Hostia, le vino un grande recogimiento, en el cual se le apareció Jesucristo glorioso y resplandeciente de inefable belleza, y con voz amorosa y casi suplicante Él mismo se le ofreció, de venir en ello su pobre criatura. ¡Oh admirable condescendencia del Criador con la criatura! ¿Cómo había ésta de resistir á tanta bondad, huir de tan pura luz, y apartar de sí tanto bien? ¿Qué recompensa podía ella esperar del mundo? Rindióse, por último, y rompiendo las cadenas que la tenían cautiva, se entregó, no solo voluntaria, mas aun gustosamente en manos de aquel Señor que tan afable se le mostraba, y cuya esclava quería ser en adelante. Dicho suceso acaeció en 1559.

Unidas desde entonces las dos hermanas con unión de entendimientos y corazones, se dedicaron á todas las obras de piedad y caridad cristianas, haciendo muchas limosnas, cuidando de los pobres y huérfanos, instru-

yendo á las niñas é informándolas en la práctica de la virtud, y en el amor al trabajo. Su deseo de abrazar la vida religiosa era siempre el mismo, mas no podían realizarlo por oponerse sus padres. Murió D. Sancho el año 1562 y cinco después D.ª Catalina su esposa, con lo que quedaron ellas enteramente libres; y viéndose dueñas de sus bienes y de sus personas, resolvieron consagrarse sin pérdida de tiempo á Dios en el claustro, y así lo hubieran hecho, si el Señor en sus adorables designios no se lo hubiera estorbado, enviando grandes enfermedades á Catalina; porque por ocho años enteros no la dejó la fiebre, y se vió acometida de una ciática y de los dolores de la gota, á los cuales se juntaron después la tisis y la hidropesía, con un fuego tal en el hígado, que no parecía sino que la misma ropa quemaba, y aun que el calor atravesaba la cobertura de la cama. Los remedios que la aplicaron fueron quizá peores que la enfermedad. «En estos ocho años,— »dice nuestra Madre Santa Teresa—la sangraron más »de quinientas veces, sin tantas ventosas sajadas, que »tiene el cuerpo de suerte que lo da á entender: algunas »le echaban sal en ellas, que dijo un médico era bueno »para sacar la ponzoña de un dolor de costado, que »éstos tuvo más de veinte veces. Lo que es más de ma»ravillar, que ansí como le decía un remedio de éstos »el médico, estaba con gran deseo de que viniese la »hora en que le habían de ejecutar, sin ningún temor, »y ella animaba á los médicos para los cauterios.»

Las aguas de tantas tribulaciones no pudieron apagar el fuego de amor divino en que ardía Catalina, ni los obstáculos cada vez mayores que hallaba en sus padecimientos, fueron capaces de disminuir la esperanza que tenía fija en Jesucristo; así que no cesaba de preguntar por la Orden que en otro tiempo le había sido mostrada. Quiso Dios que sobre esto consultase,

entre otros, al P. Bartolomé de Bustamante, de la Compañía de Jesús, y enseñándole el resumen de la Regla que se había copiado, le dijo que si se hallase alguna Orden en donde se observasen aquellos puntos, estaba determinada á entrar en ella. Respondióle al instante el Padre que la religión que buscaba era la que andaba fundando en Castilla, para renovar el antiguo Carmelo, la M.ª Teresa de Jesús, Carmelita, y que ésta á la sazón se hallaba en Salamanca. Dióle á más de esto tan excelentes y particulares noticias acerca de su santidad y de la de sus hijas, que el corazón de Catalina rebosaba de gozo, de felicidad y de agradecimiento á Dios. Habiendo comunicado luego á su hermana tan faustas nuevas, inmediatamente envió á Madrid á un pariente suyo para que solicitase la licencia del Consejo, compró la casa del Vicario donde quería establecer el convento, y la aderezó como convenía para religiosas. Por este Vicario se ha de entender un representante del Obispo, como vemos en una carta autógrafa de la M.ª Magdalena del Espíritu Santo, del 20 de Julio de 1624: pues como Beas perteneciese á la diócesis de Cartagena, y el Obispo jamás fuese allá á causa de la mucha distancia y de los malos caminos, había un Vicario que era como Obispo de Beas: el tal oficio hacía de ordinario un religioso de la Encomienda de Santiago, de quien dependía esta villa.

Estando así las cosas, escribió Catalina á nuestra Madre Santa Teresa manifestándole los deseos que tanto ella como su hermana tenían de que fuese á fundar un convento de su Orden en Beas, y la Santa les respondió (no sin haber consultado antes al P. Pedro Fernández) que vería de darles gusto tan pronto como ellas alcanzasen de la Orden de Santiago licencia para la fundación. Cuando el mensajero volvió á Beas, se hallaba en cama Catalina apretada de tantos males, que

todos se temían una inevitable y próxima muerte; mas por lo que á ella toca, nada fué capaz de quebrantar su constancia ni amedrentar su valor; sin contar con que Nuestro Señor quiso alentarla con unas palabras que la hizo oir en lo íntimo del alma. Dijo, pues, á los que trataban de hacerla desistir de su proyecto, que si dentro de un mes no se hallase en estado de poder ir á Madrid á solicitar las licencias necesarias, desistiría: pero que, si lo estuviese, tendrían todos que favorecerla cuanto pudiesen, ya que tan á las claras se manifestaba la divina voluntad. Aceptaron la proposición únicamente por no desconsolarla, supuesto que lo miraban como imposible por parte de su salud y del Consejo. El 19 de Enero de 1574 en que se cumplía el plazo, estaba aún Catalina en tan lastimoso estado, que no podía moverse en la cama, y cuando todos la intimaban que cejase en su empeño, y condenaban por tema su constancia, oyó una voz interior que le decía: «Levánntate que ya estás curada, y vé á solicitar la licencia »que te será concedida», sintiéndose desde aquel momento tan sana, como si jamás hubiera tenido el menor mal. Partió para Madrid hacia la Cuaresma, logrando ver coronadas con un éxito feliz sus diligencias, aunque no sin vencer antes muchas dificultades. Al volver á Beas en Junio, informó de todo á Santa Teresa, quien, con el parecer del Visitador apostólico, se dispuso á satisfacer cuanto antes los piadosos deseos de Catalina y su hermana.

CAPÍTULO V

La Santa Reformadora y la Madre Ana de Jesús parten para Beas, y de los diversos incidentes del viaje.—De cómo S. José las saca de un gran peligro; del paso milagroso de Guadalimar, y del recibimiento que les hicieron en Beas.—Catalina de Sandoval reconoce por su Priora á la Madre Ana de Jesús, y de la inauguración del nuevo convento el día de S. Matías del año 1575.—De cómo Santa Teresa da el hábito á las dos fundadoras, y pone á Ana de Jesús al frente de la nueva Comunidad.

Ocho religiosas llevaba consigo Santa Teresa al salir de Toledo: á Ana de Jesús, María de la Visitación, Leonor de S. Gabriel y Beatriz de S. Miguel, con destino á la fundación de Beas, y las demás para la de Caravaca que estaba en proyecto, y completaban la piadosa caravana Julián de Avila, fiel compañero de la Santa, y Antonio Gaytán, capellán del convento de Alba. Detuviéronse en Malagón, en donde recibió la Santa Fundadora una postulante que tenía un hermano sacerdote, el cual manifestó deseos de llevar á su hermana á Beas. De Malagón pasaron á Almodóvar del Campo, en donde se hallaba tratando de una fundación de frailes el P. Antonio de Jesús, con quien Santa Teresa, según parece, quería comunicar. A eso del mediodía entraron nuestros desprovistos viajeros en un desierto mesón para tomar algo, y habiendo pedido de comer, les respondió la mesonera que no le habían quedado más que dos huevos, los cuales reservaba para cenar ella. Como la Santa Madre iba cansadísima y necesitada de alimento, por estar todavía en ayunas y no haberla dejado un momento la fiebre, instaron los dos sacerdotes á la mesonera que se los diese; pero no se pudo recabar nada hasta que, enterada la M.ª Ana de lo que pasaba, fué á hablar ella misma á la mujer,

la cual gustosamente le cedió los huevos, no bien hubo aquella abierto la boca para pedírselos, y sin perder tiempo se los llevó á la Santa. Siempre tuvo presente nuestra Venerable aquel servicio, y en cuantas ocasiones se le ofrecieron, dió pruebas de su agradecimiento á la mujer, enviándole ya un rosario, ya una medalla, ya un escapulario, ó cosa semejante; y ésta, en correspondencia, por afecto á Ana de Jesús, tenía particular atención y respeto á los que iban de Beas de parte suya, y enviaba al convento espárragos y otras legumbres.

Pasado que hubo Almodóvar la pequeña comitiva, se internó en Sierra-Morena, y en este viaje (como en todos los demás) tuvo sumo cuidado Santa Teresa de que los sacerdotes que la acompañaban pudiesen decir misa todos los días; lo cual, como no siempre fuese fácil (porque para evitar el concurso de gente que atraía la curiosidad era preciso buscar santuarios solitarios), sucedió cierto día que habiendo llegado á uno de éstos y dicho la misa el P. Julián, faltando lo necesario para que el otro sacerdote pudiese también decirla, volvióse Santa Teresa, que ardientemente lo deseaba, hacia Ana, su consuelo en todas las penas, y le dijo: «Ruegue á Dios que se halle lo que falta para »decir esta misa, que me hace mucha lástima pensar si »se ha de privar la Iglesia del valor de este sacrificio.» No bien hubo Ana levantado su corazón al Señor á impulsos de la obediencia, cuando sin saber cómo ni de dónde había venido, se encontraron con cuanto necesitaban, y se dijo la misa.

Después de contar Manrique este suceso, hace las siguientes reflexiones (libro II, cap. XI): «Si fué mila»gro, muy á medias fué. La Ven. M.ª Ana de Jesús en »su declaración lo refiere por hecho de la Santa; pero »también le atribuyó el de Salamanca, cuando ella le »pidió rogase á Dios que dejase de llover; y en uno y

»otro es fuerza tenga parte. La Santa Madre en aquél »pidió rogada; ella mandada en éste. O se le da á quien »pide, ó á quien hace pedir: en el primero hizo esto »segundo, como en esto segundo lo primero.»

Aun brillan más otras dos maravillas que señalaron el último día del viaje, de las cuales dió fé nuestra Venerable al deponer para la canonización de Santa Teresa. Pasando por Sierra-Morena, perdieron los carreteros el camino, y halláronse cuando lo advirtieron, entre peñascos, en un estrecho tan angosto y cercado de precipicios, que ni ir adelante ni volver atrás les era posible. En aquel apuro mandó Santa Teresa á las monjas que rogasen á Dios y á S. José que las socorriesen, y al punto oyeron una voz como de un venerable anciano, que les gritaba desde el fondo de un abismo: «Teneos, teneos, que os despeñareis si pasais adelante»; y añadió luego, que tomando tal dirección saldrían de aquel mal paso. Hiciéronlo así; pero no fué menor milagro atravesar por donde se les señaló, que huir del peligro en que estaban primero; y de este modo hallaron camino fácil y bueno. Ni acababan los carreteros de salir del espanto que en ellos había causado el suceso milagroso, y así fueron en busca del bienhechor á darle las gracias por tan saludable aviso, y en tanto que recorrían la sierra, dijo Santa Teresa, con los ojos bañados en lágrimas y con gran sentimiento de devoción: «En verdad que no sé para qué los hemos dejado ir, que era mi Padre S. José, y no le han de poder hallar.» En efecto, los carreteros volvieron diciendo que no habían visto huella alguna, aunque habían bajado hasta el fondo del precipicio. Prosiguieron el viaje, y desde entonces caminaron las mulas con tanta ligereza, que afirmaban con juramento los carreteros que les parecía que volaban, y que los riscos y barrancos, se habían convertido en llanísimas vegas.

Acaeció la otra maravilla poco antes de llegar á Beas; pues como fuese forzoso atravesar el río Guadalimar, tratábase de que se apeasen las monjas para pasar en cabalgaduras, que habían pedido en la vecinas alquerías, porque en carro no era posible, pero «en »llegando á él,—dice la Ven. M.ª Ana de Jesús—nos »hallamos de la otra parte sin saber cómo, ni haber »tenido lugar para menearnos. Y estos dos milagros,— »añade—fueron ocasión á que los de Beas, que nos »habían salido á recibir, tomasen más particular devo»ción á la Madre Teresa y con su Religión, viendo »obrar por su medio al Señor tales maravillas.»

Salieron, pues, de Beas al encuentro de los viajeros, engalanados gentiles-hombres á caballo, teniendo á honra recibir y escoltar á las Carmelitas, y las condujeron á la iglesia principal, en donde las aguardaba el clero revestido de sobrepelliz, las dos hermanas Catalina y María de Sandoval, con los parientes, las amigas y toda la nobleza de Beas; y habiendo orado algunos instantes, se formó una solemne procesión para llevar á la Santa y á sus hijas á casa de las fundadoras, en la cual debían hospedarse hasta que el convento estuviese aderezado. Era este día el 18 de Febrero de 1575. Grande fué el gozo de Catalina al ver aquellos hábitos que le recordaban el que en otro tiempo había visto en sueños, el cual gozo subió de punto cuando, habiéndose retirado todos los de fuera, se vió sola en su casa con las monjas. Fuése luego en derechura á la M.ª Ana de Jesús, y levantándole el velo, exclamó: «Hé aquí la que el Señor ha dispuesto que sea mi Priora.» Estuvieron allí las religiosas hasta el día de S. Matías, en que hicieron su entrada en el convento, aderezado, como ya dijimos, en la casa de la Vicaría, al lado de la iglesia principal: púsose el Santísimo Sacramento en una sala adornada provisionalmente en forma de capilla y se

hizo la inauguración bajo la advocación de S. José del Salvador, á 24 de Febrero de 1575.

Inmediatamente dió el hábito Santa Teresa á las dos hermanas, la mayor de las cuales (que aquel mismo día cumplía treinta y seis años) se llamó Catalina de Jesús, y la otra, María de Jesús. Habiendo renunciado toda su hacienda en manos de la Santa sin condición alguna, movida ésta de su generosidad, les dijo con gracia: «Si ahora no las quisiésemos y las echásemos á la calle ¿qué harían?» Respondieron ellas: «Serviríamos en la portería á Vuestras Reverencias, y si no nos diesen de comer, pediríamos limosna por amor de Dios.» Tras de la ceremonia de la toma de hábito, Santa Teresa nombró á Ana de Jesús Priora del nuevo convento, y fué la primera en darle la obediencia, como acostumbraba hacerlo siempre, pues desde el punto que una era elegida Priora, la confiaba el cuidado y gobierno aun de las cosas más menudas, dando de este modo ejemplo de la más humilde sumisión, y estableciendo con obras lo que incesantemente enseñó con palabras hasta el último instante de su vida. Como no tuviese Ana la edad que exigen las Constituciones para el oficio de Priora, pidió Santa Teresa dispensa en su favor, convencida de que no podía poner en mejores manos la suerte de aquella casa, y que al descuidar en el ejemplo y la doctrina de una superiora tal, no debía tener temor alguno acerca del adelantamiento de las almas que le confiaba. Y no se engañó ciertamente, porque, según el Analista del Carmelo (tomo IV, pág. 243) desde el primer día empezó Ana á practicar con perfección y excelencia las virtudes que para el gobierno se requieren. Habíala dotado el cielo de ánimo varonil, de tan gran talento y corazón tan generoso, que en nada hallaba dificultades, y si las hallaba, superábalas con no menos facilidad que brío. La pobreza de los

tiempos y lugares no le causaba la menor pena, porque había hecho un convenio con Nuestro Señor, que cada día tenía exacto cumplimiento; el cual convenio, según varias deposiciones, era: que Nuestro Señor se encargaba de proveer lo necesario para el sustento de la Comunidad, y Ana de cuidar que se sirviese á Su Majestad. Así es como todo se le hacía tan fácil á la sierva de Dios, la cual acostumbraba á decir, que el cuidado de lo temporal no la embarazaba para nada el espíritu, ni la obligaba á perder tiempo. Pero no adelantemos ideas y tomemos de nuevo el hilo de la historia.

LIBRO TERCERO.

Ana de Jesús en Beas: desde la fundación de Beas hasta la de Granada. 1575-1582.

CAPÍTULO I

De la llegada del Rdo. P. Jerónimo Gracián á Beas, la toma de hábito del P. Gregorio Nacianceno, y cómo el P. Julián de Avila pide y recibe el santo Escapulario.—Decídese la fundación de Sevilla.—De cómo Ana consuela á Santa Teresa espantada porque el Santo Oficio busca y hace coger el libro de su *Vida*.—De varias tomas de hábito, é intimidad de las dos Madres.—De la aparición de S. José; de un cuadro que hace pintar la Santa Madre; del cambio de las capas, y de la partida de Santa Teresa para Sevilla.

Tres meses pasó en Beas Santa Teresa con su querida Ana de Jesús, meses felices durante los cuales sus corazones se entendieron como nunca, cuya intimidad fué tanto más grande, cuanto que aquellos eran los últimos días que estas almas santas, columnas del Carmelo reformado, habían de pasar juntas en este mundo. El respeto filial nos impone la ley de recoger piadosamente los más mínimos pormenores, y no dejar perder

nada de lo que los historiadores y documentos inéditos nos dicen de esta parte de la vida de nuestras dos Madres, tan admirablemente confundidas en el espíritu, en los afectos, y, por decirlo así, en la existencia.

En Beas, y en compañía de la Madre Ana, tuvo Santa Teresa el inefable consuelo de conocer y hablar la vez primera, por espacio de veinte días, al Rdo. P. Jerónimo Gracián, cuyo mérito no nos detendremos á ponderar aquí. Nació en Valladolid el mismo año que nuestra Venerable (1545), é hizo su profesión en la Reforma del Carmen el 28 de Marzo de 1573, y, en la época de que hablamos, era Visitador apostólico de los Carmelitas Calzados y Descalzos de la provincia de Andalucía. Beas, por consiguiente, caía bajo su jurisdicción, y como tuviese que ir de Sevilla á Madrid por asuntos de su oficio, y desease ver á la Santa Reformadora (á quien hasta entonces no conocía sino por cartas), hizo un rodeo para pasar por Beas, á donde llegó el 1.º de Abril de 1575, pocas semanas después de la fundación del convento. En la página 73 del manuscrito *Peregrinación de Anastasio*, da cuenta el mismo P. Gracián de su entrevista con Santa Teresa: «Abrióme,—dice—de par en par su corazón, y dióme cuenta de sus pensamientos y del género de vida que llevaba. En cambio yo le descubrí á ella todo mi interior, y entonces, de común acuerdo, nos comprometimos á darnos cuenta y entendernos bien en cualquier negocio que trajéremos entre manos. Fuera de que, como consecuencia de una revelación de Nuestro Señor, hizo ella voto particular de obedecerme cuanto le durare la vida (1).»

(1) El original de este voto, escrito probablemente en el mismo Beas, estuvo guardado mucho tiempo en el Carmen de Bruselas: hoy ya no existe este precioso documento, y sólo se conserva el sobre y una copia.

La Santa por su parte, en el capítulo XXIV de las Fundaciones, expresa el gozo y la satisfacción que experimentó en Beas con el P. Gracián, diciendo: «Holgué»me en extremo cuando le comencé á tratar; porque, »según me contentó, no me parecía le habían conocido »los que me le habían loado; y como yo estaba con tanta »fatiga, en viéndole parece que me representó el Señor »el bien que por él nos había de venir: y ansí andaba »aquellos días con tan excesivo consuelo y contento, »que es verdad que yo mesma me espantaba de mí.»

No fué extraña Ana á las comunicaciones de Santa Teresa y Gracián, pues asegura Manrique que le cupo parte de tercero, y aunque ella se guardó bien de ofrecerles la ayuda de su experiencia y doctrina, se mostró por lo menos tan adelantada en la santidad, que desde entonces hizo sumo aprecio de ella el P. Gracián, aprecio del que dió siempre pruebas. Porque la veneraba y amaba como á Santa, dice la M.ª María de la Encarnación; tomaba consejo de ella, y le pedía parecer en los casos más graves.

Durante la estáncia del P. Visitador en Beas, dió el hábito al piadoso eclesiástico que con su hermana había acompañado á Santa Teresa y sus compañeras desde Malagón, y le puso el nombre de Fr. Gregorio Nacianceno, á quien con Manrique podemos llamar *Hijo del convento en donde era Priora Ana de Jesús*, del cual fué asimismo gloria y ornamento, desempeñando los oficios más importantes, y haciendo los más señalados servicios á la Orden naciente y perseguida. También el buen Julián de Avila quiso aprovecharse de la estancia del P. Visitador. *Julián de Avila*, dice al referir esto en su manuscrito el P. Gracián, *era un sacerdote de edad ya avanzada, muy santo, piadoso, recogido, y harto tímido.* Deseando este siervo de Dios participar de las indulgencias y demás gracias concedidas por la

Iglesia á la Orden, quiso agregarse á ella, á cuyo fin pidió el Santo Escapulario al P. Gracián. Convino éste en ello, y queriendo honrar las canas y virtudes de aquél, dispuso que se hiciese la ceremonia con mucha solemnidad; para lo cual mandó que fuese toda la Comunidad con capas y velas encendidas á la reja del locutorio. En éste, por la parte de adentro, había una mesa, y sobre ella una cesta con el Escapulario pequeño y un hábito grande del Carmen, que pasaron para que se le bendijese. Previo mandato del P. Gracián, entonaron las monjas el *Veni Creator*, á que el P. Julián se puso de rodillas; y acabado el himno, tomando la palabra el P. Visitador, hizo un magnífico elogio de la vida religiosa y de la Orden de Nuestra Señora del Carmen en un discurso de más de una hora. Bien que la admiración fuese universal, no pudo estorbar que pensamientos varios embargasen los ánimos. Las monjas llenas de contento bendecían á Dios porque el P. Julián quería entrar en la Orden; Santa Teresa no podía creer lo que estaba oyendo, pues se confesaba con él, le hablaba todos los días, y, no obstante, nada sabía de su determinación. Por lo que hace al P. Julián, él mismo confesó más tarde que en su vida se había visto en mayor congoja de espíritu ni en tan profundas angustias de corazón. Ya se decía á sí mismo: ¿Cómo voy á poder yo ser religioso si nunca he tenido, ni ahora tengo deseo de serlo? Ya se acordaba de la obligación que tenía á mirar por el mantenimiento de sus hermanas, y de otros inconvenientes que resultarían de su entrada en Religión; tal vez se representaba la revelación de la Santa Madre, á la cual no podía lícitamente contravenir. Víctima de tan penosa lucha interna, mudábasele á cada instante el color, y veíase correr por su frente el sudor; pero su tormento tuvo fin con el de la plática, y sacando entonces el P. Gra-

cián de la cesta el Escapulario pequeño, volviéndose hacia Julián de Avila le dijo: Que en agradecimiento por los grandes servicios que había hecho á la Orden y á la Madre Teresa, le admitía en la Cofradía, y le hacía participante de todas las mercedes y gracias vinculadas al Santo Hábito de María. A estas palabras, el virtuoso sacerdote se sintió aliviado del peso que le oprimía, y terminada la ceremonia, regocijó á aquella congregación contando lo que interiormente había padecido en tan cruel hora.

Aun estaba en Beas el P. Gracián, cuando llegó la licencia para fundar en Caravaca; pero como no era tal cual la deseaba la Santa Reformadora, resolvió ésta volverse á Castilla con las monjas que había llevado para aquella fundación, «juzgando,—dice Manrique,— que donde quedaba Ana de Jesús, no hacía ella falta.» Ofrecíase una ocasión muy favorable para fundar en Madrid, cosa que deseaba no poco Santa Teresa, pareciéndole que los negocios de la Reforma ganarían mucho si tuviese un convento en la capital. Comunicó la Santa este proyecto al P. Gracián, quien, ya fuese por probar su obediencia, ya por estar él convencido de que era mejor fundar en Sevilla, le mandó que consultase al Señor sobre lo que se debía hacer. Obedeció la Santa, y fuése luego á dar parte á su Prelado de cómo Nuestro Señor le había dado á entender que se debía empezar por la fundación de Madrid. Repuso el Padre: «Pues á mí me parece que V. R. vaya á Sevilla», y la Santa, sin replicar palabra, se dispuso á obedecer al instante, previniendo lo necesario para el viaje. Pasados dos ó tres días le dijo el P. Gracián: «¿Cómo V. R. hace contra una revelación cierta sujetándose á mi pobre y falible parecer?» «Padre,—respondió Teresa,—ni »esta revelación, ni cuantas hay me aseguran tanto de »la voluntad de Dios, como lo que el Prelado me man-

»da; porque en obedecer no puede haber yerro ni en»gaño, y en las revelaciones sí.» Habiendo la Santa, por orden del Padre, consultado de nuevo á Dios, recibió de Su Divina Majestad esta respuesta: «Bien »hiciste en obedecer, que mejor guiaré Yo por ahí los »negocios de vuestra Orden y la fundación de Madrid, »aunque en la de Sevilla pasarás grandes trabajos.» Bajo y vil es el oro para escribir la respuesta de la Santa al Prelado, y la de Jesucristo á la Santa: con el dedo de Dios se habían de cincelar en lo más escondido de los corazones. La primera nos enseña á obedecer, la segunda nos asegura el premio de la obediencia. No dejemos de fijar la atención en la gloria que resulta á nuestra M.ª Ana, fundadora del convento de Madrid, de las palabras de Nuestro Señor cuando dice á Santa Teresa que no vaya á la corte, y le asegura que aquella fundación se hará mejor, como fruto de su obediencia. Determinóse, pues, que la Santa Madre partiese para Sevilla. Ni el P. Gracián pudo detenerse más en Beas, y despidiéndose de la Santa y de la Priora, partió para Madrid, á donde le llamaba el Sr. Nuncio apostólico, el 20 de Abril de 1575.

Como un mes permaneció aún en Beas la Santa Reformadora, y sin duda era porque Nuestro Señor quería proporcionarle los consuelos de Ana de Jesús, en uno de los mayores trabajos que pasó en su vida. Ocupábase lentamente en los preparativos del viaje, cuando hé aquí que llega un mensajero con cartas del Sr. Obispo de Palencia, D. Alvaro de Mendoza, y de las Carmelitas de Valladolid, en las cuales le decían que el Santo Oficio buscaba (para apoderarse de él) el libro de su *Vida*. Un rayo fué para la Santa esta noticia, por parecerle que no habría tomado el Tribunal de la Inquisición aquella providencia sin grave causa. Recurrió como acostumbraba á la M.ª Ana, y después de

haberle comunicado lo que acababa de saber, añadió: Lo había escrito ella muy sin temor; mas que ya le tenía, si acaso había dicho algunas ingnorancias en que el Santo Oficio pudiese reparar. Que por sí no le daba cuidado, porque bien sabía Dios la verdad y sinceridad con que había procedido; pero que por los otros le pesaba. Díjole la Venerable con aquella fé viva que la animaba: «Como V. R. ruegue á Dios que la saque bien de esto y dé á entender que no ha habido malicia de su parte, yo estoy cierta lo hará Su Majestad, y con esto no habrá que tener pena.» Y resultó conforme al pronóstico de Ana; pero dejemos que ella misma nos lo refiera en la deposición: «Otro día de mañana, aca»bando de comulgar, me dijo: Dé gracias á Dios, hija, »que ya se ha cumplido lo que me decía anoche. Sepa »que en recibiendo á Nuestro Señor, me consoló Su »Majestad, y me dijo: *No tengas pena, que esta causa es »mía:* y así entendí, no sólo no sucederá mal, sino que »antes la pesquisa que ahora se hace, vendrá á ser »ocasión de que los libros hagan más provecho.» Más adelante veremos cómo fué ello, pues pasados doce años, siendo Priora en Madrid Ana de Jesús, recogió las obras de Santa Teresa refrendadas con la aprobación del Santo Oficio, y las mandó imprimir.

Dejando aparte este no pequeño trabajo, la estancia de Santa Teresa al lado de Ana, fué señalada con bien dulces alegrías. Desde luego tuvieron el consuelo de ver aumentarse el número de sus hijas; porque además de las dos fundadoras, Catalina y María de Jesús, tomaron el hábito de manos de la Santa Reformadora, Lucía de S. José, hermana del P. Gregorio Nacianceno; una señora viuda de familia distinguida de aquella villa, que se llamó Isabel de Jesús, y dos hermanas legas, Catalina de S. Alberto y María de la Concepción. De este modo Santa Teresa echaba en

Beas la semilla de un verdadero plantel de santas; de esta suerte se hacía la cuna de las fundaciones de Andalucía; ahí vendrá á buscar el divino Maestro las plantas que Ana cultivará y enderezará para convertirlas en fecundas cepas, que exhalarán por doquiera el más suave aroma, y producirán los frutos más exquisitos del verjel Carmelitano.

Y ¿qué decir del íntimo trato de Teresa y Ana? Cuanto más se aproximaba el tiempo de separarse para siempre, más estrecha era su familiaridad: como en otro tiempo en Salamanca, ocupaban la misma celda, y pasaban muchas horas en oración y en pláticas enteramente celestiales. En cierto día en que mútuamente se comunicaban sus secretos, se apareció á cada una de por sí el glorioso S. José (objeto sin duda de su piadosa conversación), quien las consoló mucho; la cual visión, ninguna de las dos comunicó á la otra, movidas de un mismo sentimiento de humildad. Como quisiese la Santa Madre dejar un recuerdo en Beas, llamó á un pintor para que hiciese un S. José conforme en todo al que se le había aparecido, y cuando estuvo acabado, dijo á las monjas que llamasen á la M.ª Ana, añadiendo que ella podría muy bien decirles si era parecido el retrato. Al verle Ana, reconoció en él las facciones y perfiles del que á ella se le había aparecido, y hasta entonces no se comunicaron la merced que les había hecho su santo Patrón.

Llegó, en fin, el día de separarse estas dos grandes almas, y queriendo Teresa dar una prueba más del afecto que á Ana tenía, le dijo con segunda estas graciosas palabras: «Hija, cambiemos las capas: tome la mía que es nueva y á propósito para V. R. que es joven, y déme la suya que por estar vieja y muy gastada, me estará muy bien á mí.» No nos cabe duda de que con la capa heredó Ana, como antiguamente Eliseo, el doble

espíritu de este nuevo Elías. Despidióse, pues, Teresa de sus hijas de Beas, un miércoles 18 de Mayo de 1575, y se puso en camino para Sevilla acompañada del P. Julián de Avila, de Antonio Gaytán, del P. Gregorio Nacianceno, y de las religiosas que había llevado para la fundación de Caravaca. Aquí da principio, para no acabar sino con la muerte de Teresa, una correspondencia no interrumpida entre ésta y Ana de Jesús. Nada secreto tiene la Santa para aquella á quien mira como compañera y coadjutora; pónela al corriente de todos los negocios de la Orden; descúbrele los secretos de su alma seráfica, y, en caso de necesidad, le pide consejo sobre el modo de haberse en las tormentas de que son objeto ella y la Orden. Al afecto y confianza de tan Santa Madre, responde con afecto y confianza sin límites la venerable hija; y ¡oh desgracia, que para siempre se nos hayan perdido estas páginas celestiales! Perdido, sí, porque no se contentó Santa Teresa con quemar las cartas de Ana, sino que mandó á ésta que quemase las suyas. Adorando como se merecen los designios que en ello tuviera la Providencia, nos atrevemos á afirmar dos cosas: la primera, que á nadie escribió la Santa con tanta frecuencia é intimidad; la segunda, que si tuviésemos la dicha de poseer las cartas de Santa Teresa á Ana de Jesús, estaría concluida hace tiempo la causa de la canonización de nuestra Venerable Madre.

CAPÍTULO II.

En que se dice la parte que en varias fundaciones de Andalucía cupo á la sierva de Dios.—Entran cinco novicias, la primera de las cuales (Juana de los Reyes) es despedida.—De la milagrosa vocación de la H.ª Francisca de la Madre de Dios, cuarta de estas novicias.

No nos cabe duda de que la M.ª Ana de Jesús tuvo mucha parte en la fundación de Sevilla, dado que ni

una sola casa hubo en Andalucía, que no le fuese deudora de sus principios, como la misma Ana lo declara en una carta á su primo el Sr. Obispo de Córdoba: «No sé cómo se fué,—le dice—que las fundaciones que más »deseó hacer la Santa, no se le concertaron en su vida, »que las de la Andalucía á porfía mía se hicieron... etc.» En el capítulo XXII del libro de las Fundaciones, dice también la Santa que «siempre había rehusado mucho hacer monasterio de éstos en Andalucía, y si entendiera que Beas era de esta provincia, en ninguna manera fuera.»

Dejando esto á un lado, no se puede dudar que, á poco de partir Santa Teresa para Sevilla, el olor de santidad que exhalaba el nuevo convento de Beas, atrajo á él muchas postulantes, así de la villa como de otros lugares. La primera que tomó el hábito con el nombre de Juana de los Reyes, fué una doncella natural de la Mancha, cuyos padres eran muy honrados; pero permitió Dios en sus adorables designios que no respondiese ella á las esperanzas que sobre su persona habían concebido las monjas, las cuales (en el natural que descubrió tan avieso y contrario al modo de vida de aquella casa, que ni los cuidados y las instrucciones de la Maestra, ni los buenos ejemplos de las connovicias, podían reducirla á recto sendero) echaron bien pronto de ver que se habían dejado engañar de apariencias. Afligíase Ana de esto, y en su humildad atribuía á pecados propios ó por lo menos á su incapacidad para un oficio cuyo fin es conducir las almas al cielo, las imperfecciones de la novicia, y se quejaba amorosamente al Señor. Su Majestad que, al parecer, no había permitido aquella prueba sino para entablar trato familar con su sierva, le hizo oir con claridad estas palabras: «Quítale el hábito si no es la que conviene, que por esa te daré Yo cuatro de mi mano.» Y qué, Señor,

—replicó Ana—¿permitiréis que salga de vuestra casa la primera monja que he recibido?» Respondióle Su Majestad: «¿No has observado que cuando comienzan á brotar las plantas nuevas, se caen las primeras hojas, y luego salen otras que dan al tallo lozanía y hermosura? Pues no otra cosa va á suceder aquí, porque antes que salga del convento esa novicia, te he de traer yo otras cuatro.» Y ello fué así, que aun no se habían pasado ocho días, cuando presentó el P. Pedro Rodríguez una su sobrina, la cual tomó el hábito el 11 de Junio de 1576 con el nombre de Magdalena del Espíritu Santo; el 26 de Julio hizo su entrada Luisa del Salvador, y el 1.º de Diciembre Leonor Bautista de Jesús. Todo aquel tiempo sufrieron las religiosas en su compañía á la H.ª Juana de los Reyes, con la esperanza de que mudaría de conducta; mas viendo frustrados sus deseos, hubiéronle de quitar el hábito el 2 de Diciembre. Aun no había atravesado los umbrales del convento, cuando milagrosamente introdujo Dios en la clausura á la H.ª Francisca de la Madre de Dios, que solicitaba la gracia de la cual se había hecho indigna la otra. La vocación de la dicha H.ª Francisca, por ser tan extraordinaria, vamos á referir aquí. Esto sin contar con que el papel tan importante que con deposiciones y cartas ha desempeñado esta religiosa en lo que toca á la vida y gloria de la M.ª Ana de Jesús, haría imperdonable la falta de no darla á conocer; por lo cual diremos de ella cuanto nos permitan los límites que en esta obra nos hemos trazado. Los pormenores que siguen y los que daremos más adelante sobre la H.ª Francisca, están sacados de una breve autobiografía que ella misma envió á la M.ª Margarita de Jesús, Priora de las Carmelitas de Bruselas, de sus cartas particulares, y de los papeles del archivo del convento antiguo de Beas, que hoy se guardan en Jaén.

Fué Francisca de la Madre de Dios hija de D. Sancho Rodrigo de Sandoval, hermano de las dos fundadoras del convento de Beas, y de D.ª Leonor Guerra de Luna, que dió lustre á la nobleza de su origen con mucha religión y caridad. Oía misa diaria, y hacía de rodillas tres horas de oración, y, vistiéndose luego de tosco sayal, iba á pié (aunque lloviese y nevase) á servir á los enfermos de los hospitales y á los pobres de las buhardillas. No por eso dejaba de cumplir con toda exactitud los deberes de esposa y de madre. De cinco hijos varones que tuvo, tres abrazaron el estado eclesiástico, y estando para dar á luz por sexta vez, como desease ardientemente tener una hembra, el temor de que así no fuese, le hacía derramar copiosas lágrimas. Buscó consuelo en su venerable cuñada Catalina de Sandoval, quien le aseguró de que tendría una hija que había de ser toda de Dios. D.ª Leonor, en efecto, dió á luz una niña, que al punto puso bajo la protección especial de la Santísima Virgen, cuyo amor y el de Dios mamó en la leche. Oigamos la relación que hace Francisquita de los tiernos cuidados con que su piadosa madre formaba en la piedad y virtud á ella y á sus hermanos.

«Mi madre,—dice—inspiraba á sus hijos grande devoción á los Santos que les había dado por patronos en el bautismo, celebraba la fiesta de cada uno con mucha alegría y mandando celebrar misas por el que llevaba su nombre. Acostumbrábanos desde muy niños á rezar el santo Rosario diciéndole ella con nosotros, para lo cual nos ponía uno en cada esquina de la habitación, y ella se quedaba en medio con el más pequeño. Aun no había cumplido cuatro años, y ya me hacía decir nueve *Avemarías* en reverencia de los nueve meses que la Santísima Virgen tuvo en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios, para alcanzar el tenerle yo

siempre por la gracia en mi alma y corazón; y á los seis, me hacía rezar diez *Padre nuestros* y diez *Avemarías* pidiendo á Dios la gracia de observar fielmente los diez Mandamientos. A la edad de tres á cuatro años, me mandaba presentarme ante una grande y magnífica imagen de la Santísima Virgen con el Niño Jesús en los brazos, á la cual decía:

«Madre de Dios, con vuestro Hijo me quiero casar, porque á todos los hombres los he de pisar.»

Otras veces me decía: «Corre, hija, á hacer una cortesía á la Madre de Dios»; y yo iba y la saludaba respetuosamente, diciendo:

«Virgen y Madre de Dios,
Vos conmigo y yo con Vos:
querámonos bien las dos.»

Doce años contaba Francisca, cuando, teniendo que salir su madre á hacer una visita un día víspera de la Purificación, encargó á la hija el cuidado de que se diese limosna á cuantos pobres se presentasen: el cual encargo cumplió la niña fidelísimamente. Y sucedió que habiendo oído como la voz humilde de un pobre, mandó á una criada que le diese limosna. Salió ésta hasta dos veces á dársela, mas en vano, porque no vió á nadie, y, no obstante, aquella voz seguía resonando en los oídos de Francisca. Tres ó cuatro mujeres que estaban con ella, le aseguraban que era ilusión; pero no queriendo exponerse á dejar sin alivio á algún desgraciado, se levanta, coje una limosna y se dirige hacia una puerta grande del portal que daba al patio. Apareciósele allí Nuestro Señor más resplandeciente que el sol, y le dijo: «La limosna que Yo deseo es la ofrenda de tu alma y de tu corazón.» «Aquí los teneis, Señor,» respondió Francisca, sintiéndose al propio tiempo abrasada del fuego de amor divino, y penetrada de tan ardientes deseos de servir y amar á Dios, que hubiera

sacrificado gustosa cien mil vidas por Él, y reputado por grandísima gloria ponerse en manos de un verdugo que le despedazase el cuerpo por el nombre de Jesucristo. Quedósele desde aquel día grabada en el alma la belleza del rostro de nuestro adorable Salvador, y de aquí el sumo desprecio que hacía de cuanto la tierra encierra, por más precioso y magnífico que fuese. Redobló los ejercicios de penitencia, y prometió á Dios abrazar todo lo más perfecto; la cual promesa cumplió con tanta perfección, que pudo decir en la autobiografía, que no recordaba haberse concedido el más ligero descanso en los cinco años que transcurrieron hasta su entrada en el Cármelo.

Las noches las pasaba en oración y lección espiritual, para la cual escogía con preferencia las obras de Fr. Luis de Granada, y cuando la acometía el sueño, se acostaba unos instantes en un rincón de la alcoba para volver luego á proseguir en aquel santo ejercicio, que le servía de aparejo para acercarse dos veces por semana á recibir los Sacramentos. Desde los primeros días después de la aparición tuvo Francisca cortado el cabello, y un vestido de tela grosera de color pardo, sin adorno, reemplazó todos los aderezos. Como las más halagüeñas esperanzas de D. Sancho estuviesen fundadas en aquella hija, no pudo sufrir una resolución con que las veía desvanecer: y de aquí que se opusiese, y con una saña tal, que aunque él la tuvo por justa, le arrastró á lamentables excesos. Todo, sin embargo, fué en vano, porque Nuestro Señor tomó por cuenta suya la causa de su esposa. He aquí cómo: Arrebatado de cólera, D. Sancho entra precipitadamente una tarde en el cuarto de su hija, ase de ella con violencia, y no satisfecho con abofetearla, la derriba por los suelos y la da puntapiés, vituperando indignado la indiferencia que su hija tenía al mundo del cual huye, y á un padre

á quien no agasajaba ya como de antes. Pasando de los malos tratamientos á las promesas, le ofrece toda su hacienda si consiente en casarse; pero al corazón de la doncellita no movió más lo uno que lo otro, y levantándose, arrojóse al cuello de su padre, y le dijo: «Señor y padre mío ¿por qué me entreteneis con juguetes como si fuera niña, siendo ya mayor? Pídoos humildemente que no me forcéis más.» Sacando de nuevo de sí á D. Sancho estas palabras, otra vez comenzó á maltratar á su hija abofeteándola y diciéndole palabras de indignación, y que no era Dios sino el demonio quien la hacía obrar de aquel modo; y aun hubiera pasado más adelante, si el Angel de la guarda de Francisca, que de repente se presentó en el cuarto, no la hubiese sacado de entre las manos del padre y llevádola á otra sala, cuya entrada le estorbó á él. Alumbrado y enternecido á la vez, D. Sancho cae de rodillas, y promete á Dios no maltratar más á su hija, y váse luego á contar á D.ª Leonor todo lo acaecido, añadiendo: «Aun cuando nuestra hija quiera vestirse de estera, no se lo he de estorbar: pidamos al cielo que no nos castigue.»

Llegó por fin el momento en que el mismo divino Esposo había de introducir en su casa á esta alma privilegiada; pero dejemos que la propia Francisca nos cuente las maravillosas circunstancias de la salida de la casa paterna y la entrada en el convento de las Carmelitas de Beas.

«El 2 de Diciembre de 1576, primer domingo de Adviento,—dice—hallábame hacia el anochecer sola en mi cuarto, y súbitamente me rodeó una nube luminosa, y oí una voz que me decía: «Sal de aquí si quieres gozar de mi compañía»; y sentí al mismo tiempo que Nuestro Señor me tomaba de la mano, y llevándome junto á la tapia de la huerta, me pasó á la otra parte. Otro tanto hizo en seguida en el convento

de las Carmelitas, pues habiéndome puesto sobre el muro de la clausura, y estando Su Majestad por la parte de adentro, me tomó en sus brazos y me puso en el suelo, é inmediatamente me condujo al refectorio, á donde acababan de entrar y de sentarse las monjas para cenar. Hacía unos momentos que habían quitado el hábito á una novicia, en cambio de la cual había prometido Nuestro Señor otras cuatro á la Venerable y Santa Madre Ana de Jesús. Púsome Su Majestad en medio del refectorio, y desde allí pedí á la Comunidad me diese, por el amor de Dios, el santo hábito; y levantándose entonces todas, fueron á abrazarme (1). La Santa Madre Ana de Jesús me dijo que le parecía yo muy delicada y demasiado joven, que me iba á enviar á mi padre, á quien por nada del mundo disgustara recibiéndome allí sin su licencia. Mirándome de hito en hito, añadió luego: ¿Qué entiende vuestra merced por vida religiosa? Yo le respondí: «Sólo sé que lo que más anhela mi corazón es pasar los días de mi existencia en la Religión: ahí está mi vida, ahí el bien de mi alma. Señora, le dije también, los niños pequeñitos desean ávidamente los pechos de sus madres, y lloran para que se lo dén; pero no sabrían decir lo que es, si se les preguntase. Una cosa parecida me sucede á mí: no sé decir lo que es la Religión, sí solo que deseo ser criada en ella; allá cuando sea mayor podré decir lo que es.» Háme contado la Madre Ana que, al expresarme yo en estos términos, vió á mi lado á Nuestro Señor, y que le oyó decir: «Aquí tienes la cuarta religiosa que te prometí.» Entonces me abrazó estrechamente, y me dijo:

(1) Los documentos que se conservan en Jaén, hacen mención del asombro y sobresalto que causó al pronto en las monjas la vista inopinada de aquella joven de 17 años, y no sabiendo cómo explicar la cosa, diéronse á pensar que sería una aparición de la Santísima Virgen.

«Aunque su padre fuese Rey de España, y todas las montañas de su reino fuesen otras tantas piedras preciosas, no cambiaría yo por todas sus riquezas la más mínima parte de vuestra persona»; y las monjas me colmaron á su vez de caricias, al notar el afecto que la Madre Ana me manifestaba. Llegó, por fin, la hora tan deseada de recibir el hábito: al tiempo que la Venerable Madre me le vestía, fijé en ella mi vista, y ví á Nuestro Señor sentado en su corazón, desde donde me bendecía: y lo propio me sucedió cuando hice los votos.»

No contento Su Divina Majestad con cumplir lo que había prometido á la Madre Ana de darle cuatro novicias por aquella á quien tuvo que quitar el hábito, envió el año siguiente (1577) varias otras, como consta del libro de Profesiones de aquel convento. «Así sabe cumplir sus palabras Dios,—dice Manrique (libro III, »cap. 1.º);—así pagar lo que se hace por Él de cualquier »modo. ¿Qué daría por cada alma granjeada, quien dió »tanto por una despedida?»

CAPÍTULO III

Cuán eficazmente interviene la Madre Ana en la fundación del convento de Carmelitas Descalzos de Nuestra Señora del Calvario.—De la intervención milagrosa de la divina Providencia en el negocio de la reja en el convento de Beas.

Antes de tratar de la rara prudencia con que la M.ª Ana de Jesús gobernaba las novicias de Beas y del admirable orden que estableció en aquella casa de la Virgen, conviene, siguiendo el curso de los sucesos, referir primero los servicios que hizo á los Padres Carmelitas Descalzos el año 1576, con motivo de la traslación del convento de la Peñuela á Nuestra Señora del Calvario. El P. Francisco de Santa María, que la

refiere en el capítulo cincuenta y dos del lib.º 3.º de la *Reforma*, concluye con estas palabras: «Esta relación »se ha sacado de papeles de aquel tiempo y de rela»ciones de religiosos graves que hoy viven; y con ella »se debe ajustar la que hizo el Rmo. P. Fr. Angel Man»rique en el libro 3.º de la Vida de la M.ª Ana de Jesús, »capítulo 4.º.» Tenemos además á la vista una deposición autógrafa de la M.ª Magdalena del Espíritu Santo, la primera de las cuatro novicias de que hemos hablado en el capítulo precedente, testigo ocular y libre de toda sospecha. De aquí que en lo que vamos á narrar sigamos al P. Francisco de Santa María, al P. Angel Manrique y á la dicha M.ª Magdalena.

Uno de los conventos que los Carmelitas Descalzos tenían ya en Andalucía era el de la Peñuela, fundado el año 1573 á 29 de Junio en un desierto á seis leguas de Beas, y en él se vivía con una perfección en nada inferior á la primitiva de Duruelo y Mancera; pero era tan malsano, que pronto enfermaban casi todos los frailes, y aun llegaron á sucumbir algunos. Esto obligó á los Padres del Capítulo celebrado en Almodóvar en Agosto de 1576 á decretar la traslación del tal convento á otro sitio más á propósito, y encargaron la ejecución del decreto al P. Pedro de los Angeles, Prior de aquella casa. Salió, pues, el dicho Padre de la Peñuela á principios de Octubre, acompañado del H.º Fr. Pedro de San Angelo, de buena razón y noticioso de aquella tierra: pasaron por Villacarrillo, Iznatorafe y Villanueva del Arzobispo, grandes y ricas poblaciones del Adelantamiento de Cazorla. Acogíanlos en todas partes con entusiasmo, á causa de la grande veneración que habían inspirado á todos con la santidad de su vida los frailes de le Peñuela, y como sabían que el P. Pedro y su compañero buscaban sitio para fundar un convento, les hacían muy buenas ofertas. No hallándole en estas po-

blaciones cual les convenía, salieron de Villanueva con dirección al Este, hacia el nacimiento de Guadalquivir, muy confiados de hallarle en algún lugar retirado de aquellas montañas. Como en sus pesquisas viniesen á parar en la villa de Beas, fueron á pedir hospedaje á la M.ª Ana de Jesús, quien los recibió con muestras del mayor afecto y respeto: «tal le tenía con todos los religiosos,—dice Manrique—pero en particular con los de su hábito.» Consolóse mucho la Venerable de saber que hubiese en Sierra-Morena un convento de Carmelitas Descalzos de tan grande perfección. Informóse muy por menudo del P. Pedro de los ejercicios de ellos, y de lo concerniente al convento de la Peñuela: solo que estaba tan lejos de Beas, y esto era lo único que Ana sentía, por no poder ayudarse mutuamente. Algún rayo de esperanza y buena dicha alumbró el alma de la sierva de Dios al comunicarle el Padre el proyecto que le llevaba por allí, bien que hasta la fecha habían resultado inútiles todas sus diligencias. Animóle Ana con la seguridad de que había de hallar una casa á propósito por aquellos alrededores, y aun de que á su tiempo no les faltaría la autorización y el dinero necesario. Por donde se ve que la sierva de Dios tenía un corazón magnánimo, que por nada se arredraba ni detenía, si se atravesaban de por medio la gloria del Señor, el bien de las almas y el aumento de la Orden. Era digna, en verdad, de que Dios la escogiese para ayudar á aquella gran Reformadora del Carmelo, que daba por concluida una fundación cuando, provista de patentes, alquilaba una casa en donde poder meterse sin blanca, sin renta ni muebles.

Aunque ni Ana ni el P. Prior con nada contaban para comprar casa, esto no fué inconveniente alguno para que la sierva de Dios se ocupase desde luego en tomar informaciones, como si hubiera olvidado que era

necesario algo más que terreno bien situado, ó, por decirlo mejor, dejando aquel cuidado á Dios, en cuyas manos lo ponía todo. Llegó á su noticia cómo por muerte de cierto gentilhombre estaba de venta una casa de recreo, á dos leguas escasas de Beas, la cual darían barata los herederos. Dice el P. Francisco de Santa María que aquel gentilhombre era sacerdote, que de ordinario vivía en Villanueva del Arzobispo, y que, ganoso de soledad, había edificado en un lugarejo, á legua y media de dicha población, una casilla con su oratorio, donde celebraba cuando se retiraba de los negocios y del bullicio de la ciudad. Tenía ya labrado gran parte del terreno, plantado su cercado de viña, y una huerta con muchos y diferentes árboles frutales, señaladamente naranjos é higueras. A aquel lugar llamaban los serranos Corenzuela, y es á donde la M.ª Ana envió al P. Pedro de los Angeles, á quien gustó tanto por ser tan acomodado al ejercicio de la contemplación, que sin perder tiempo trató de comprar la herencia y de solicitar la competente autorización para poner un convento.

Todo esto le fué fácil: el punto de la dificultad estaba en la paga, porque, como hemos dicho, ni la Madre, ni el P.Prior tenían un maravedí, ni sabían á quien dirigirse para que los remediase. Según que pronto tendremos ocasión de ver, acudió en su ayuda la Providencia con una serie de prodigios, los cuales dieron mucho realce al gran crédito de que para con Dios gozaba nuestra Venerable. Cuando todo estuvo concluido, trató el P. Pedro de la traslación, que no se hizo sin profundo dolor de los habitantes vecinos de la Peñuela, á quienes tanto había edificado y consolado aquella Comunidad. Llegados á Corenzuela los treinta frailes de que á la sazón se componía, aderezaron, según que les fué dado, á guisa de convento, la casa del

gentilhombre, y el 1.º de Diciembre de aquel mismo año 1576 se dijo la primera misa. Como estaban en tan extrema pobreza, gustosamente partió con ellos la M.ª Ana lo poco que tenía, enviándoles ornamentos para la sacristía, y diversos objetos para uso de la Comunidad. Intitularon á la nueva fundación *El Calvario* (1).

Vengamos ya á tratar del modo admirable con que se satisfizo el dinero que había costado la hacienda. Los herederos pedían cuatrocientos ducados por ella, y no les pareció exagerado pedir al P. Prior y á la M.ª Ana. Platicaban éstos sobre el caso, cuando les dijeron que estaba en el lugar un hombre que, con muchos años de trabajo, había juntado un corto caudal, que lejos de servirle de alivio en la vejez, le era de no poca molestia, pues llevaba siempre encima sus cuatrocientos ducados cosidos á la ropa. Juzgó la Madre que dinero tan ocioso y con tanta pena guardado estaba esperando un buen empleo, y no viendo otro mejor que el de aquella fundación, en la cual sería Dios tan bien servido, y como por otra parte era la misma cantidad que necesitaban, manda por el hombre, y le persuade con tan buena fortuna, que viene en prestárselo, bien que con interés y caución. Hizo la entrega, y se fundó el monasterio como hemos dicho. Pero al verse sin el dinero el desventurado prestamista, comenzó á afligirse como si del todo lo hubiera perdido. «¡Qué locura,—se decía—haber dado unos ducados tan

(1) El año siguiente de 1577 instaron tanto al P. Gracián para que restableciese el convento de la Peñuela, que no pudo prescindir de dar este consuelo á los que se lo pedían; y después de haber practicado cuantos medios juzgaron convenientes para hacer más sano aquel sitio, volvieron á él los religiosos, pero sin abandonar la nueva casa del Calvario (Vida de S. Juan de la Cruz por el P. Dositeo, libro 3.º, n.º 15.)

hermosos, fruto de mis trabajos y sudores, por dos pliegos de papel mal escritos, que ni dos ochavos valdrían estando en blanco! Antes era yo dueño de todo ese dinero, y ahora sólo cuento con una corta renta, para cuyo cobro he de esperar á que se cumpla el plazo é ir en busca de quienes me han de pagar. Y si no quisieran pagarme ¿qué sería de mí? ¿Tendría acción sobre los fiadores? ¿pero cómo, si ellos son los más poderosos del lugar? ¿Apelaría á un embargo? Mas fuera de que me faltaría valor para así afligir á esos pobres Descalzos, lo más que en su casa podría hallar sería algunas casullas y algunos cálices. Si con más ganancia hubiera querido emplear el dinero, debíalo haber puesto en el comercio, en el cual, á lo menos, me podría quedar con los géneros que él representa.»

Víctima de estas reflexiones y del sobresalto consiguiente, iba sin cesar al convento de las Carmelitas é importunaba con sus quejas á la M.ª Ana, la cual, cansada de tanta importunación, recurrió al glorioso San José para rogarle que los librase al uno y al otro de aqella triste situación, y mandó á las monjas que lo encomendasen también á Dios. Oyó Su Divina Majestad las oraciones, y, cuando menos lo esperaban, se presentó en el torno un pastor, dicho Diego García, pidiendo hablar con la Madre Priora, á quien descubrió las inspiraciones que con harta frecuencia había sentido de entrar en los Carmelitas Descalzos al llevar el rebaño por las montañas de la Peñuela; cómo había seguido al Calvario á aquellos sus padres y amigos, cuyo hábito estaba ya decidido á tomar, deseoso de vivir y morir en la Religión de allí adelante. Suplicó luego á la Madre se dignase recomendarle á los religiosos del Calvario, á lo que accedió gustosa la Venerable conociendo el buen espíritu de que estaba animado. Por último, el buen pastor ofreció á Ana cua-

trocientos ducados que había sacado de la venta de las ovejas y cabras, con sentimiento de no tener más que dar al convento. Al instante reconoció la sierva de Dios de dónde le venía aquel socorro, y dió gracias al Señor porque después de haberle dado valor para adeudarse confianza en Él, le daba ahora el medio de hacerse quita.

En calidad de hermano lego y con el nombre de Diego de S. Basilio, tomó Diego García el hábito en el Calvario, en donde hizo una vida muy fervorosa y ejemplar. Con el dinero que llevó redimieron la deuda, quedando de este modo libres los dos conventos de las desazones á ella anejas, y el avaro con su capital, cuya posesión le puso al propio tiempo en nueva carrera de aflicciones y cuidados.

En el arreglo de este negocio se echó de ver muy á las claras el grande crédito que la Madre gozaba con Dios, y en lo que sucedió después se vió bien en qué manera Dios se le comunicaba. Como faltase el agua á los frailes, y éstos deseasen ponerse en posesión de una fuente que allí cerca estaba dependiente de unos pequeños hogares que no les pertenecían, compraron las casas, y Ana mandó luego á decir á los inquilinos que inmediatamente los abandonasen. Dábales tanta prisa que parecía crueldad, por no tener los tales en donde refugiarse, pero respetaban tanto á la venerable Priora, que no se atrevieron á contradecirla, y se salieron después de haber sacado los trastos. Aun no hacía dos horas que estaban desocupadas las viviendas, cuando vinieron al suelo, y con tan gran ruina, que todos sus moradores hubieran perecido, de no haber seguido el aviso de la sierva de Dios..... Los que sobre este caso deponen, advierten que nunca se había notado quiebra ó peligro alguno en aquellos edificios, sólidos, al parecer, y que lo oyeron referir á los mismos inquilinos

los cuales no sabían cómo dar gracias á Dios y á la santa Priora (así la llamaban ellos), por cuyo medio había sido servido de librarlos. «Estos fueron,—dice »Manrique (libro III, cap. 4.º)—, los principios (miste»riosos sin duda) del devoto convento del Calvario, »descanso que le prevenía ya entonces Dios por medio »de su sierva, al Ven. P. Fr. Juan de la Cruz, para »cuando saliese de la prisión y cárcel de Toledo; y ésta »la primera muestra que dió su gran devota Ana de Je»sús del entrañable amor que tenía á su Orden.»

Tuvo noticia Santa Teresa en el convento de Toledo de la diligencia y eficacia con que la M.ª Ana había negociado la fundación del Calvario, y alegróse tanto de ello, que no pudo dejar de manifestar su contento al Rdo. P. Mariano de S. Benito en una carta que con fecha del 21 de Octubre de 1576 le dirigió, que dice así: «Porque vea que son para más mis monjas que »Vuestras Reverencias, le envío ese pedazo de carta de »la Priora de Beas. ¿Mire si ha buscado buena casa á »los de la Piñuela? En forma me ha hecho gran placer. »Ausadas que no lo acabaran Vuestras Reverencias tan »presto.» En esta misma carta habla la Santa de un pleito que, tomando ocasión de una reja, acababan de poner á las Carmelitas de Beas; por lo que juzgamos se debe referir este negocio al año 1576. Hé aquí lo que acerca de esto nos dicen el P. José de Santa Teresa, la M.ª Magdalena del Espíritu Santo, la M.ª Francisca de la Madre de Dios y Manrique.

El convento de las Carmelitas, como hemos dicho, estaba contiguo á la iglesia principal de Beas, y como en el lugar no había predicadores ni era fácil llevar á la capilla de las religiosas á los que iban de fuera á predicar, pidieron las monjas al Cabildo autorización para poner una reja desde donde pudiesen oir los sermones que se predicasen en la iglesia, y asistir á los

divinos Oficios. Colocáronla á la altura del primer piso del convento en el muro del segundo coro más grande que el de abajo, en donde las religiosas rezaban de ordinario los Maitines y hacían oración por la noche delante del Santísimo Sacramento: según lo cual esta reja era para ellas de sumo consuelo por varias razones, y de ningún modo gravosa á la parroquia. Pero no juzgaron así algunos del Cabildo: unos pretendían que se habían dejado imponer una servidumbre insufrible, con la cual ya no serían libres en su propia casa, dado que no podrían hacer cosa sin ser notados de las monjas, y que siempre se habían de portar con mucha circunspección y recato. El mayor contrario que tuvieron fué el Mayordomo de la iglesia, Alonso Montalvo, hombre, por otra parte, muy virtuoso, pero tanto más temible, cuanto que bautizaba con título de celo su furia y terquedad. Propúsose hacer desaparecer la reja, y para este fin fué á Madrid, en donde hizo oir sus quejas ante el Real Consejo de Ordenes. Diósele la razón, y volvió á Beas armado de cuantos poderes necesitaba. El día siguiente al de su llegada, que era domingo, púsose á enseñar con ademanes de triunfo á la puerta de la iglesia los documentos, diciendo á todos cómo iba á cerrar en seguida la reja á cal y canto; á lo que repuso uno de los presentes: «A mucho se atreve vuestra merced en desconsolar á estas siervas de Dios, quitándolas el oir su palabra: ¿quién sabe si los ojos de vuestra merced se cerrarán antes que la reja?» Una sonrisa burlona fué la respuesta que á estas palabras dió el Mayordomo, el cual levantando luego la voz, dijo: «Todos los que estáis aquí presentes me sois testigos que dentro de tres días estará cerrada la reja, y yo con no menos salud que ahora.» El que había tomado la defensa de las Carmelitas, fué á informarlas de lo que pasaba, pues no sabían absolutamente nada, de suerte

que, sin oirlas, las habían condenado. La M.ª Ana reunió al punto á todas sus hijas, y después de darles parte de la prueba que las amenazaba y de encargarles que lo encomendasen á Dios, pidió á cada una su parecer sobre las providencias que se debían tomar. «A pesar de ser yo una de las más jóvenes,—escribe la M.ª Magdalena del Espíritu Santo—todas aplaudieron mi parecer, al cual hizo luego célebre el mismo acontecimiento. Dije que ninguna de nosotras debía de temer, porque no permitiría Dios triunfase nuestro adversario; y levantáronse de allí nuestras Madres para ir á encomendar á Nuestro Señor el negocio.» Cuya oración despachó Su Divina Majestad de una manera que bien podríamos creer marcada con el sello de lo prodigioso; porque aquel mismo domingo por la tarde, al tiempo que el Mayordomo se disponía para ir á notificar á las Carmelitas los poderes que tenía, le sobrevino un dolor de costado tan maligno, que fué empeorándose cada día hasta el martes, que era el tercero, y el en que la muerte cerró los ojos á aquel infeliz. Fué general la sorpresa y el terror que á todos causó el entierro el miércoles por la mañaña. Temblorosos y consternados se decían: «A Dios y á sus esposas, nadie se las atreve impunemente: escarmentemos en cabeza ajena para no incurrir en tales extravagancias.

Sintió mucho la Venerable Madre esta muerte en que tan manifiestamente se veía el dedo de Dios, y tomó por su cuenta ayudar al difunto, puesto que indicios no leves la persuadían de que el divino Juez le había castigado en esta vida para no castigarle en la otra. Mandó á todas las monjas que comulgasen y tomasen disciplina el día del entierro por el descanso de su alma, y les encargó que continuasen rogando á Dios por él, en lo que ella fué muy constante y fervorosa.

Excusado es decir que nadie pensó ya más en quitar la reja, razón por la cual las Carmelitas conservaron la amable libertad de tratar con Jesús encerrado en el tabernáculo, y de participar de los oficios y sermones que se celebraban en la iglesia parroquial. La Madre Francisca nos dirá ahora de qué manera la M.ª Ana recibió de Dios la seguridad de que el Mayordomo no saldría con su intento; mas para esto es preciso volver atrás.

Cierto día,—dice en una de sus cartas—entré en la celda de nuestra Venerable Madre, la cual al verme se levantó, me hizo una profunda reverencia, y me habló con mucho respeto. Considerándome yo indigna de aquella honra, me arrojé á sus piés, y «Madre, le dije, ¿cómo siendo V. R. mi Prelada hace eso conmigo?» ¿Cómo hija, me respondió, podré no estimar y honrar á las que son la lumbre de los ojos de Dios, siendo yo podredumbre y nada? Oiga esto, añadió, pero no se lo diga á nadie. Cuando el Mayordomo enseñaba el domingo por la mañana los documentos que había recibido en Madrid, dije yo á Nuestro Señor en la acción de gracias después de comulgar: ¿Permitiréis, Jesús mío, que estas almas queden privadas del único consuelo que tienen de oir vuestra divina palabra, habiendo ellas dejado por amor vuestro todas las diversiones y comodidades del mundo, y no ocupándose en otra cosa de día ni de noche que en amaros y serviros? Fijando entonces Su Majestad en mí sus brillantes y hermosos ojos, me respondió: «Tú y tus monjas sois la lumbre de mis ojos ¿podrán los que pretenden hacer eso oscurecer la lumbre de mis ojos?» «No, Señor mío, le respondí.» «Pues bien, tampoco prevalecerán contra vosotras.» Díjome además nuestra Venerable Madre,—continúa la M.ª Francisca—que desde aquella visión tenía que hacer fuerza para no mostrar á sus monjas el

gran respeto y el amor aun mucho mayor que les tenía, considerando que eran la lumbre de los ojos de Dios; que deseaba besar la tierra en que pisaban, y que, en efecto, la besaba cuando tenía seguridad de no ser vista; y, por último, que las amaba mucho más que á su propio corazón y que á su propia vida.»

La reja de que acabamos de hablar se veía aún en 1810, año tan fatal para toda España, y para el convento de Beas en particular, ya que en Noviembre de dicho año entregaron los franceses á las llamas la iglesia parroquial y los muros del convento (1), del cual sólo la iglesia quedó milagrosamente en pié en medio del incendio. Débese su construcción á los desvelos de la venerada M.ª María de S. José, muerta en olor de santidad el año 1709. Cuando la Priora de aquella casa se vió precisada á dejarla, á causa de que muy en breve iba á ser un montón de ruinas, fué con otra monja á coger la caja en que yacían los preciosos restos de la susodicha Madre, y poniéndolos sobre la bóveda de la iglesia, dijo: «Acordaos, Madre mía, de los trabajos y penas que os costó este edificio: ved el peligro que le amenaza, y preservadle de las llamas.» Y en hecho de verdad, éstas al parecer la respetaron, y ya hace más de sesenta años que sirve de parroquia, por ser la única que quedó intacta en la villa de Beas.

(1) Esta era la única fundación de nuestra Santa Madre que había desaparecido. Hace tiempo que entre las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa de Madrid, había nacido el proyecto de restaurarla; y, en efecto, últimamente se ha realizado, yendo siete monjas de dicho convento de Madrid á tomar posesión de la vivienda que se les había preparado en Beas, al lado de la que fué iglesia del antiguo convento. (Así el *Monte Carmelo,* 15 de Enero de 1900). (Nota de la T.)

CAPÍTULO IV

Que trata del conocimiento sobrenatural que Ana de Jesús tuvo de las almas y conciencias de sus súbditas, á una de las cuales convierte y sana.—De las virtudes que con la dirección y el ejemplo de la sierva de Dios se practicaban en Beas, en particular de la obediencia y abnegación, del rezo del Oficio divino, de la recreación y mortificaciones.

Aquellas palabras de Nuestro Señor á la M.ª Ana de Jesús «Tú y tus monjas sois la lumbre de mis ojos», de suyo nos llevan nuevamente al interior del convento de Beas para admirar la perfección que, gracias á la sierva de Dios, en él reinaba. Entre los excelentes y celestiales dones con que ésta fué favorecida desde que tomó posesión del oficio, campea singularmente el conocimiento que tenía de las almas y conciencias de sus súbditas, el cual conocimiento por ser tan claro y usar de él la Madre con tan rara prudencia, produjo milagrosos efectos. Según Francisca de la Madre Dios, quería que todas las novicias inaugurasen su nueva vida con una confesión general, y ella misma cuidaba de prepararlas por sí, y les encargaba que no olvidasen algunos pecados que les indicaba, en cuya declaración sentían más repugnancia. Decíales que ella había cometido aquel pecado, y, como temiese confesarle, hubo de echar mano de tal ó cual medio: declarándoles así todos los de que debían acusarse, al paso que les facilitaba el modo de hacerlo. Cuando llegó su vez á la H.ª Francisca, atrevióse á decir á la Madre: «Cuantos pecados acaba de decirme V. R. son pecados míos propios; pues ¿cómo se los puede atribuir, como si realmente los hubiera cometido?» A lo cual respondió la Venerable con la sonrisa en los labios, que miraba como propios los pecados de sus hijas. Parecidos

episodios ocurrieron entre la sierva de Dios y las Hermanas Catalina de la Cruz, Lucía de S. José, Leonor Bautista, Luisa del Salvador é Isabel de Jesús.

No había olvido que se pasase por alto á una memoria tan fiel, ni tinieblas que no se disipasen á la presencia de tanta luz, ni timidez que no desapareciese con tal guía. Así y todo, no faltó una monja para quien desde luego fueron inútiles los avisos de tan prudente Madre; permitiéndolo Dios para que el remedio pareciese tanto más admirable, cuanto más inveterado era el mal, y también para que á los ojos de todos brillase más el gran crédito que la Venerable gozaba para con Su Divina Majestad. Refieren el hecho las Madres Magdalena del Espíritu Santo y Francisca de la Madre de Dios, ambas testigos del suceso y confidentes de la religiosa que nos ocupa. Bien que no sepamos el año en que ello sucedió, no nos cabe duda de que fué en Beas, por lo que juzgamos ser este el lugar más á propósito que podemos señalarle en esta historia.

Era la susodicha monja juguete y víctima de las tentaciones del demonio. Algunos años antes de entrar en Religión, había cometido algunos pecados que, por vergüenza, callaba en todas las confesiones, sin que por eso dejase de comulgar con frecuencia. Como su conducta exterior era arreglada, pudo acabar el año de noviciado, y ser admitida luego á la profesión. Mas ¿quién podrá explicar las luchas y congojas que atormentaban su alma? Tal estado de impenitencia la condujo, como era natural, á la desesperación: las densas tinieblas que ocupaban su entendimiento, no la dejaban ver ni un pálido rayo de luz, de esperanza ni de consuelo; lo cual no es difícil de comprender, dado que el demonio comienza su obra de perdición cerrándonos la boca. Ni una palabra sobre su triste estado

dijo jamás esta infeliz á los confesores ni á la Priora, no obstante las muchas ocasiones que se le presentaron: con lo cual ella misma se cerraba la puerta al único y necesario remedio de tantas penas. Por sus pasos contados llegó á verse dominada de profunda melancolía, la que tan fieramente obró de rechazo sobre aquella complexión de suyo muy robusta, que en breve tiempo se vió la pobre á las puertas de la muerte. Agravóse tanto el mal una noche, que perdiendo los médicos toda esperanza de salvarla, mandaron ya que se le administrasen los últimos Sacramentos. Recibió el santo Viático, y se le iba á dar la Extrema-Unción, cuando la M.ª Priora, recelando lo que pasaba en la celda de la enferma, se fué al coro para encomendar á Dios á aquella alma. Vieron entonces á Ana de Jesús toda encendida, orando con mucho fervor, lanzando hondos suspiros, y bañando en lágrimas un Crucifijo que tenía en las manos: y ¡oh prodigio! en tanto que la Madre ora, una luz celestial ilumina súbitamente á la moribunda, y en su corazón imprime vivo pesar de haber ofendido á Dios. De aquí que mandase en seguida por la Madre y le pidiese un confesor, á cuyos piés arrojó el grave peso de sus culpas; y Dios que no quería dejar imperfecta la obra, ni despachar á medias los ruegos de su sierva, á la vez sanó cuerpo y alma. A la primera visita atestiguaron los médicos que de todo en todo había desaparecido el mal, y que no había podido ser sin milagro; en lo cual fácilmente convinieron todas las monjas. La que fué objeto de tan gran misericordia, habló de ella con nuestra Venerable, y ésta manifestó á la favorecida cómo Nuestro Señor le había mostrado el triste estado de su alma, y el infierno que la aguardaba si moría impenitente, y que aquella visión la movió á pedir con tanto ardor por la salud del alma y del cuerpo. Esta religiosa sobrevivió aún muchos

años al milagro, y fué una de las más perfectas de la Comunidad.

El fundamento de la disciplina monástica, dicen las Constituciones de los Carmelitas Descalzos, es la obediencia, ya que ella constituye al religioso en su estado propio, y le estimula á caminar por la senda de la perfección cristiana. Bien convencida de esto Ana de Jesús, y no menos de que no puede haber verdadera obediencia sin exacta puntualidad, exhortaba sin cesar á sus monjas á la exacta observancia, y reprendíales con severidad las menores faltas contra ella. Estaba un día la M.ª Magdalena del Espíritu Santo barriendo la pieza en que se hallaba Ana cuando tocaron á un acto de Comunidad, y como diese aún después uno ó dos escobazos, reprendióla severamente la Venerable con estas graves palabras: «¿Cómo no deja, hija, la labor en seguida que oye la voz de Dios? Cualesquiera que sean nuestras ocupaciones, todo se debe dejar cuando nos llama la obediencia; porque el que no es fiel en las cosas pequeñas, tampoco lo será en las grandes. Y ¿cómo podrá pedir á Dios que se compadezca de ella un alma remisa en obedecer? Ni ¿cómo osará ponerse en su divina presencia y tratar fácilmente con Él?» Tal impresión hicieron las palabras de la santa Priora en el ánimo de la culpada, que cincuenta años después, cuando refirió estos pormenores, no había podido aún olvidarse de ellas.

Pero no contentándose la Venerable con cuidar del fiel cumplimiento de los comunes actos de la obediencia, inventaba diversos ejercicios, cual si quisiese renovar los admirables ejemplos que leemos en las vidas de los antiguos Padres. Mandó cierto día á sus hijas transportar un gran montón de piedras, y ella misma cargó con las más pesadas; y como dispusiese después volverlas á donde estaban primero, le pregun-

tó una por qué hacía aquello. «Para que sepa ella, hija, que á la obediencia no se busca razón, sino callar y hacer lo que se manda.»

En otra ocasión puso una olla en la escalera que de ordinario servía de paso á la Comunidad, y no obstante la molestia que aquel trasto causaba á todas las monjas, ninguna se atrevió á tocarla en muchos días. Llegó uno, por fin, en que no pudiendo cierta religiosa contenerse, preguntó á la Madre qué hacía allí aquella olla. «Mi hija,—replicó la Venerable—estaba para descubrir su falta de mortificación, y ya que ha servido de eso, servirá de ponérsela: tráigala al cuello hasta que yo le mande que la deje»; y así se hizo.

Había en la Comunidad de Beas una monja en extremo diestra en toda clase de labores, á la cual destreza aventajaba con mucho su virtud. Dióle un día Ana de Jesús á coser una labor, y habiéndolo ella hecho lo mejor que pudo, se lo llevó á la Madre, la cual, con la mayor frescura y como quien no hace nada, se lo mandó descoser, como si estuviera mal hecho. Repitióse la función, según la M.ª Magdalena del Espíritu Santo, hasta seis veces, en cada cual de ellas puso la monja manos á la obra con la misma prontitud, serenidad y aplicación, que si la hubieran felicitado y dado gracias por lo hecho.

Mas no siempre fué obedecida la sierva de Dios con tanta fidelidad, como se echa bien de ver en una Hermana lega á quien se cometió dar el trigo al molinero. Por ahorrarse trabajo, la dicha Hermana echaba los sacos por la ventana del granero; cosa que le prohibió la Madre, temerosa de que ocurriese alguna desgracia; pero por olvido, á lo que cabe pensar, volvió ella á las andadas, y cierto muy á costa suya, porque por dos distintas partes se le rompió el brazo al mismo arrojar el saco. Llegan á oídos de la Madre la culpa y

el castigo, y al punto va á consolar á su pobre hija, sin dejar por eso de encargarle con tiernos reproches para en adelante, el más fiel cumplimiento de sus deberes. Esto sin contar con que la Venerable tomó pié de lo ocurrido para dar á entender mejor á sus religiosas cuán importante es obrar siempre, en cualquier cosa que sea, conforme á la obediencia. De este modo, y no sin que el cielo concurriese con ella, echaba la sierva de Dios el sólido fundamento de una completa y perfecta renuncia en las almas confiadas á su cuidado.

Ni era menor el celo ni menos feliz el resultado, en lo que tocaba al Oficio divino; porque bajo la dirección de tan fervorosa Priora, rezábanlo todas con tanta gravedad, atención y devoción, que la inspiraban á cuantos las oían. Bien lo experimentó un gran orador Dominico, el cual, como se hallase en Beas una Semana Santa, y fuese á decir misa y confesar á algunos seglares en la capilla de las Carmelitas, tuvo ocasión de oirlas rezar las Horas; y de tal suerte se edificó, y tal impresión le hizo, que predicando el día de Resurrección á un numeroso auditorio en la iglesia de los Franciscanos, no pudo menos de decir á sus oyentes cuán obligados estaban todos á dar gracias á Dios por la merced que les había hecho de tener dentro de sus muros aquella santa casa de las Carmelitas Descalzas. «No he tenido la dicha de hablar con ellas,—añadió— »pero las he oído rezar el Oficio divino, y digo que, ó »las monjas son ángeles, ó los ángeles las ayudan á »rezar. Mucho he viajado dentro y fuera de España; en »punto de música y de canto he oído lo más acabado »que se puede oir, pero nada me ha movido ni conten»tado tanto, como lo que he oído en la capilla de ese »convento, cuyas benditas paredes quisiera besar.» La causa principal de tan maravillosos efectos era el ejemplo y la presencia de la Madre Priora; acerca de lo

cual leemos en la deposición de un testigo, que cuando las ocupaciones no la permitían llegar al coro al principio del Oficio, su vista al entrar en él renovaba en todas sus hijas la devoción y el fervor.

Las mismas recreaciones eran escuela y ejercicio de perfección, por cuanto la Venerable Madre había introducido la costumbre de pasarlas hablando de cosas santas y ámenas, ó bien en juegos en los cuales el hacer actos de humildad y caridad, era el objeto de las apuestas. La materia ordinaria de la conversación eran las festividades ocurrentes, para lo cual proponía la Madre cuándo un misterio, cuándo una virtud, y prometía un premio á la que mejor desenvolviese el tema, ó recitase con más exactitud y oportunidad el sermón del día. Tocante á los juegos (que eran á la vez alivio y origen de merecimientos), hallamos muy graciosos y edificantes pormenores en las deposiciones autógrafas que tenemos á la vista. Referiré algunos.

Hallábase un día la Madre en el locutorio, desde donde oyó un ruido confuso y sonidos inarticulados que salían de la sala de recreación, y no entendiendo qué sería aquello, y temiendo por otra parte que hiciera mal efecto en la persona con quien hablaba, la despidió inmediatamente para irse ella con sus monjas. Sorprendióse agradablemente al verlas entretenidas jugando al buen Pastor. Una hacía de pastor, y las demás dando saltitos á gatas, imitaban á cual mejor el balido de las ovejas. Aquel acto de humildad llenó á la Venerable de santa envidia, y juntándose á la alegre manada, se puso á balar con sus hijas. No acababan éstas de volver en sí al verla tan fuera de su habitual gravedad, por lo que les dijo la sierva de Dios: «Hágoles saber que las venía á reñir por las voces que daban, y como las ví en este ejercicio de humildad, héme alegrado mucho. ¡Ojalá que con verdad se parezcan á las ovejas!

Pero los juegos, de ordinario, eran de aquellos en que halla más provecho el espíritu que placer los sentidos, tales como representaciones, ó más bien simulacros del martirio, en los cuales una Hermana había de sufrir el tormento, y las otras hacían de tirano y verdugos. La suerte determinaba quién había de hacer el primer papel, que por cierto era el más codiciado, sucediendo muy á menudo el caso de que la sagaz Priora se le reservase para sí. Parecía increible, dice la deposición de un testigo, el gusto con que la mártir se disponía á recibir los disciplinazos y toda clase de malos tratamientos; y por lo que á la Venerable Madre respecta, ella misma daba el ejemplo, y manifestaba mucho contento de ver la alegría y el ánimo con que las Hermanas se daban de suyo á esta suerte de ejercicios, porque estaba convencida de los grandes merecimientos y de las ventajas espirituales que traen al alma. En aquellas ocasiones sobre todo se echaba de ver el vivo deseo que la consumía de padecer realmente el martirio, y de aquí que con frecuencia exclamase: «¿Es posible que he de morir en la cama yo como cobarde?» lo cual dió motivo á que Santa Teresa le escribiese desde Sevilla para animarla y consolarla, asegurándola que no moriría en la cama. El suceso se encargó de sacar verdadera la profecía, según que más adelante veremos.

Y ¿qué no harían en los demás actos de Comunidad, cuya imprescindible salsa en el Carmelo es la mortificación, las que en sus recreaciones así mortificaban la carne? Aquí (sirviéndonos para ello de la declaración auténtica de la M.ª Magdalena del Espíritu Santo) solo haremos mención de los del refectorio, en los que Ana de Jesús estableció el ejercicio de muchas mortificaciones privadas y públicas, siguiendo el espíritu y las tradiciones de la Orden (1), las cuales, al modo

(1) «Exhortamos á Prelades y súbditos á que cuiden de fre-

que Santa Teresa, sabía perfectísimamente. Cuando le parecía haber hecho alguna imperfección, era cuando Ana practicaba en público los tales ejercicios de penitencia; así, por ejemplo, si se dejaba vencer algo de su grande repugnancia á lo sucio, iba luego á decir la culpa en el refectorio, cubierta de ceniza y de andrajos, y declaraba delante de todas que «siendo ella cieno y mucho peor, había tenido asco de cosas mucho menos asquerosas.» Otras veces escribía sus faltas, y hacía que las leyesen en alta voz en presencia de la Comunidad, estando ella entretanto de rodillas, derramando amargas lágrimas, indicio de la humildad y compunción de su corazón. Lo mismo pudiera decirse de otras muchísimas prácticas que la Venerable Madre inventaba, y las hijas imitaban con santa y feliz emulación, pues cada una de ellas era vivo retrato de la Priora, así como la Comunidad entera lo era del cielo.

CAPÍTULO V.

Profesan las seis novicias que recibió Santa Teresa.—De una caída de Catalina de Jesús, y cómo recobra la salud milagrosamente. —Don de curación concedido á Ana de Jesús, y cómo convierte á un eclesiástico escandaloso.—Pagan el celo de la sierva de Dios envenenándola.—De la conversión y feliz muerte de Pedro García Millán.—De la muerte por singular manera edificante de un peón, y cómo la M.e Ana salva la vida de un hombre condenado á la horca.

En los tres meses que Santa Teresa se detuvo en Beas, recibió seis postulantas, las que profesaron á su

---

cuentar las mortificaciones acostumbradas entre nosotros dsde el principio de la Orden, asi ordinarias como extraordinarias; y principalmente los Prelados deben dar ejemplo á los otros en esto como en lo demás.» (Constituciones de los Carmelitas Descalzos, 1.ª parte, cap. 21, n.º 10).

tiempo en manos de nuestra Venerable: Catalina y María de Jesús, fundadoras del convento, é Isabel de Jesús, el 11 de Setiembre de 1576; María de la Concepción y Catalina de S. Alberto, ambas legas, el 4 de Diciembre del mismo año; y Lucía de S. José el 13 de Noviembre del año siguiente. ¡Dichosas novicias, plantas tiernas tres veces dichosas en verdad!..... Teresa las plantó, Ana las cultivó, y Dios les dió tal incremento, que todas llegaron á tanta perfección, que «podía—,dice Manrique— de cada una hacerse un libro.» Sentimos no poder en el que llevamos entre manos decir en su elogio cuanto ellas se merecen y nosotros deseamos; pero más de una vez las encontraremos en el camino, y entonces referiremos varios hechos de su existencia eslabonados con los de la sierva de Dios.

Juzgamos ser este el lugar propio para contar lo que pasó á la H.ª Catalina de Jesús, pues como aun trabajaban en la obra del convento, y el caso (si hemos de creer á la M.ª Magdalena del Espíritu Santo) sucedió en Cuaresma, no se puede, según todas las apariencias, señalar fecha superior ni más reciente al año 1577; porque no es verosímil que se encargase á Catalina la superintendencia y dirección de la obra en el tiempo del noviciado. Tratábase (si no mienten varias deposiciones de testigos) de demoler el cielo raso de la parte de un viejo edificio en que estaban las oficinas, para rehacerle con más solidez y comodidad. La Madre Priora encomendó el negocio á la H.ª Catalina, muy entendida en arquitectura, bajo cuya dirección comenzaron los oficiales por derribar los tabiques y aun el muro exterior en que descansaba la escalera, sin tocar en el techo. Queriendo Catalina verlo todo para decir á los operarios lo que habían de hacer, subió hasta arriba sin reparar en la demolición, y hé aquí que al bajar por los desvencijados escalones, cayó de espal-

das, y quebrando entonces por arriba la escalera en que ella estaba, arrastró con el techo correspondiente á la pobre Hermana, la cual quedó sepultada bajo un montón de escombros. Al estruendo, los oficiales llamaron á gritos al sacristán del convento, para que sin pérdida de tiempo fuese á decir á la Comunidad lo que acababa de suceder. Hallábase ésta á la sazón en el coro rezando vísperas, é inmediatamente se encaminaron al lugar del trágico accidente, quitaron los escombros, y hallaron á Catalina tan magullada que causaba horror; ni dudaron hubiese ya exhalado el postrer suspiro. Llevároнla en una tabla á la enfermería, y, en efecto, ninguna señal daba de vida: tenía llena de sangre la boca, y por todo el cuerpo se le caían á pedazos las carnes, y los quebrantados y dislocados huesos salían por las llagas. Por de pronto los médicos dieron el negocio por concluido: con todo, pasadas algunas horas, notaron que aun respiraba la doliente, y luego al punto (bien que del todo desesperanzados) le prodigaron sus cuidados, y éstos precisamente fueron los comienzos de un nuevo martirio para Catalina, pudiendo decirse con verdad que salió peor el remedio que la enfermedad.

Sin entrar en cuenta varias fracturas incurables, en particular las de las caderas, habíasele róto por tres partes una pierna, cuya cura fué preciso segundar, por no haber quedado bien hecha; de suerte que la pobre lisiada padecía continuos y atroces dolores, sin poder hacer en su lecho el más ligero movimiento. Así pasó muchos días, dando en ellos admirables ejemplos de valor, de paciencia y resignación, sin buscar otro alivio (aun en lo más acerbo de los dolores) que considerar á Jesús en la cruz, y repetir con tierno afecto: *¡Oh clavos de mi Dios!* En fin, espantado el médico por tanta complicación de males, confesóse incapaz de remediar-

los, los dió por incurables, y despidióse. Lo cual advertido de la M.ª Ana, exclamó: «Pues ha de tener, que de menos la hizo Dios», y juntando en el coro á sus hijas, les mandó rezar las Letanías, no cesando ella entretanto de orar y derramar lágrimas. Concluidas las preces pidió al Señor postrada que por sus infinitos merecimientos sanase á la paciente; y levantándose luego,hizo señal á las monjas que la siguiesen á la celda de la enferma. Toma en las manos el Crucifijo que llevaba al pecho, y, aludiendo á la festividad del día siguiente, dice al entrar por la puerta: «Hija ¿cómo no nos viene á ayudar hoy, y á cantar en el coro con nosotras?» «¡Ay Madre!—respondió Catalina—si yo pudiera y estos mis malos huesos me dejaran, qué consuelo fuera para mí irme allá con todas.» «Pues, hija,—repuso la Madre—¿no tiene ella fé que Jesucristo con sola su palabra le puede volver á juntar todos esos huesos cada uno en su lugar, y sanarla de todo el mal que pasa?» «Sí, Madre,—dijo dos ó tres veces la doliente.» Entonces la Venerable se llegó á ella, y tomándola de la mano con grande amor y fé «en el nombre de Jesucristo,—añadió—y por obediencia le mando que se vista.» Mandar Ana y obedecer Catalina fué todo uno: levantóse, vistióse sin ayuda de nadie, y comenzó á andar á vista de las religiosas, las cuales estaban no menos llenas de júbilo que de asombro. Ahora ya no es difícil adivinar cuán fervorosas acciones de gracias dirigirían todas al cielo con la boca y el corazón. Como Catalina se agarrase á las paredes para andar, notándolo Ana de Jesús, le dijo algo disgustada: «Desarrímese y no ande como niña,» y la obediente Hermana siguió andando sin apoyarse, y sin sentir flaqueza ni dolor alguno, pues el mal había desaparecido por completo y para siempre.

Algún tiempo después de la milagrosa curación,

Francisca de la Madre de Dios preguntó á su tía cómo estando como estaba osó levantarse y probar las fuerzas, á lo cual respondió Catalina, que cuando la Reverenda Madre la cogió de la mano, hizo lo propio Nuestro Señor que la acompañaba, y que al punto experimentó dentro de sí un sacudimiento, no de dolor sino de alivio y bienestar, que la dejaron tan animosa y fuerte, que no pudo dudar de que ya estaba curada (1). Así y todo, vino á suscitarse entre Ana y Catalina de Jesús uua humilde contienda, en la que cada cual atribuía el milagro á la otra, pues, como más arriba se pudo notar, Catalina atribuía su curación á la súplica y santidad de la Priora, y ésta (no pudiendo negar el milagro, ni recurrir, según su costumbre, á piadosos subterfugios para excusar la honra consiguiente) defendía deberse á la obediencia de la enferma: ambas, sin embargo, dijeron verdad (2). Aun prescindiendo de este testimonio, por lo que á la Venerable hace, bien averiguado está que había recibido de Dios la gracia de sanar enfermos. A la vista tenemos una declaración manuscrita, firmada del propio puño y letra del P. Bartolomé de los Reyes, en la cual aquel esclarecido y fidedigno varón asegura haber oído decir, como cosa muy cierta, que Nuestro Señor se apareció á la Madre Ana, y con el contacto de su mano divina, había comunicado á la de su sierva la virtud de sanar.

Y no se limitaba á solos los cuerpos esta virtud sobrenatural; extendíase, á lo que parece, á miserias

(1) Aun hoy se conserva en el convento de las Carmelitas de Bruselas un cuadro que representa este milagro.

(2) La Madre Teresa de Jesús, Priora de Bruselas, confirma las deposiciones de las Madres Magdalena del Espíritu Santo y Francisca de la Madre de Dios declarando que, cuando la Venerable Madre le hablaba de este milagro, aseguraba que á ella no se le podía atribuir nada (tan grande era su humildad), y sí tan solo á la fé de la enferma en la obediencia.

mucho más deplorables de las almas. Sí, ¡las almas!..... ¡La salvación de las almas! Hé aquí lo que principalmente preocupaba á Ana de Jesús: sabía ella muy bien cuánto han costado á Dios, y por eso no perdonaba diligencias ni cuidados y trabajos para ganárselas ó fortalecerlas en el divino amor, ni cesaba de importunar al cielo y á la tierra, á Dios y á los hombres, mientras no lograba lo que pretendía. «De esta manera—«dice Manrique—fué mucho el fruto que hizo, convir-«tiendo á unos, mejorando á otros, en la vida, en la «muerte, en todos tiempos, en todas ocasiones.» Impo-«sible sería referir aquí todas las maravillas obradas en Beas por el celo de la sierva de Dios; así que de entre los muchos hechos que pudiéramos decir, nos ceñimos á entresacar alguno que otro, y no porque éstos sean más extraordinarios, sino porque parecen más justificados.

Corría el año 1575, poco tiempo después, por consiguiente, de instalarse en Beas las Carmelitas. Arrastrado de ruin pasión, tenía trato ilícito con una mujer cierto eclesiástico de dicha villa, á cuyo escándalo daba mayores proporciones la conducta muy ejemplar de los demás miembros del clero. Sin admirarse Ana de tanta fragilidad, trató de remediar el mal acudiendo primeramente á la autoridad eclesiástica y á la civil, y con esto ya consiguió la separación de los cómplices; pero después, con no sé qué pretexto, suplicó al sacerdote que fuese á estar con ella. Hablóle la sierva de Dios con tanta unción y eficacia, que sus palabras lograron herir el corazón de aquel pobre pecador, quien, volviendo en sí, reparó con la penitencia los malos ejemplos que con su liviandad había dado. Su muerte fué como de santo, y no falta quien asegura habérsela acelerado las grandes austeridades que hizo. En cuanto á la Venerable, bien echó de ver entonces

cuántos bienes había acarreado á Beas la nueva fundación, porque la misma noche en que expulsaron á la infeliz cómplice, se apareció el demonio á Ana de Jesús bajo la forma de una horrible serpiente, amenazándola con que se arrepentiría de haber llevado á Beas á aquellas *ruines* Carmelitas, que le daban á él tanta guerra; pero lo que el maligno espíritu pretendía era estorbar la conversión del eclesiástico prevaricador. Rióse la Madre de las tentativas del enemigo, y no cejó en la obra de celo que traía entre manos, la cual tuvo el éxito que hemos dicho, habiendo sido mayor el bien que se logró con la vuelta á Dios de aquella alma perdida, que el mal que habían causado sus extravíos.

Ni fueron menos los méritos que se granjeó Ana con otro motivo, supuesta la diferencia que en este caso ya no le hicieron la guerra los demonios, sino los hombres, que trataron de vengarse en ella del fruto de su celo por la salvación de las almas. Como hubiese la sierva de Dios trabajado mucho para estorbar ciertas ofensas contra Nuestro Señor, sintiéronse los culpables (que por otra parte eran personas bastante distinguidas); pero lo disimularon por asegurar mejor el fin de su funesto designio. Noticiosos de que la Madre no estaba bien, le enviaron un día de fiesta, á modo de limosna, no sé qué plato, del que apenas hubo tomado una ó dos cucharadas, cuando empezó á sentir cuantos síntomas y dolores denuncian un verdadero atosigamiento. Llamaron á los médicos, quienes tras largo tiempo de visitas, no pudieron curarla del todo, pues le quedó al lado izquierdo un tumor que, ulcerándose con frecuencia, la hizo padecer mucho toda la vida. Tan grande era su caridad, que ni á los médicos dijo una palabra de la causa del mal, y aun mandó á las monjas que sobre ello guardasen el más inviolable secreto. Al terminar el relato de este hecho, dice la

M.ª María de la Encarnación que lo supo estando en Madrid con motivo de una operación á que dió lugar aquel tumor, cruel verdugo de la sierva de Dios, á la cual preguntó el origen de la dolencia, pregunta á que Ana satisfizo contando la historia entera, pero sin nombrar á las personas que la habían puesto en tan triste estado.

Registremos ahora otro hecho que refiere la Madre Magdalena del Espíritu Santo, en el cual se puede admirar la acción saludable que el celo de Ana de Jesús ejercía sobre los corazones, y las luces sobrenaturales que recibía de Dios acerca del estado de las almas de la otra vida.

Entre las personas principales de Beas, había una por nombre Pedro García, Millán, á quien se confió el oficio de Alcalde: por consiguiente podía y debía presidir en calidad de tal los preparativos y públicos festejos de la fiesta y procesión del Corpus. No le conocía la sierva de Dios personalmente, mas reconocíase muy obligada á su hermano el P. Millán García, de la Compañía de Jesús, porque gustaba de confesarlas y hacerles algunas pláticas cuando iba á Beas, y predicaba en su iglesia los días solemnes. Más tal vez por vanidad que por devoción, deseaba el Alcalde que aquel año se celebrase la fiesta del Corpus con pompa extraordinaria, para lo cual (aprovechándose de los servicios que su hermano había hecho á las Carmelitas) fuése á estar con la Priora para pedirle que se encargase de la ornamentación del palio y de las andas que se usan en España para llevar el Santísimo Sacramento: y accediendo gustosa á ello la Venerable, de su orden se pusieron al punto manos á la obra. Muy pagado Pedro García de esta diligencia, y lleno de satisfacción porque sólo quedaban á su cargo los demás preparativos, que todos le salían á medida de su deseo, ya de antemano se daba la enhorabuena, y decía á la Madre

que la fiesta aquel año iba á ser magnífica. La sierva de Dios que no desperdiciaba ocasión alguna de provecho espiritual, sugería al Alcalde pensamientos más altos, diciéndole entre otras cosas, no haber otra que así contente á Dios, como que nos esforcemos en purificar las almas con viva y sincera contrición de los pecados, acompañada del firme propósito de la enmienda, y que recibamos con humildad, reverencia y fervor los Santos Sacramentos. Tan eficaces fueron estas palabras, que el caballero se confesó generalmente antes del Corpus, y desde entonces hasta su muerte hizo vida muy ejemplar. ¡Feliz mil veces por haber acertado con Ana de Jesús! porque pocos meses después fué herido de grave enfermedad, la cual sobrellevó con cristiana resignación, y, fortalecido con los auxilios de la Iglesia, expiró animado de tiernos sentimientos de piedad, y con señales muy consoladoras de predestinación. Créese que se apareció glorioso á la Venerable Madre en el momento de expirar, para darle gracias por la dicha de que le era deudor. Es esto lo menos que se puede inferir de la relación de la M.ª Magdalena, según la cual fué ella la amanuense para escribir una carta consolatoria, que con motivo de aquella muerte dirigió la Venerable al Rdo. P. Millán García, en la que le hablaba de las buenas disposiciones del finado; y aun añadía que no sin particular favor divino había visto un alma la gloria que la del difunto gozaba en el cielo. A lo cual agrega la Madre Magdalena, que como despertasen su atención estas últimas palabras, miró á la Venerable al escribirlas, y le vió el rostro tan encendido y hermoso, que no le cupo la menor duda de que era ella misma á quien aludía. Por otro escrito de la susodicha M.ª Magdalena, sabemos también que, poco tiempo después del fallecimiento de D. Pedro, tomó el hábito en Beas una de

sus hijas con el nombre de María de S. Pablo, y que fué gran sierva de Dios. Todos estos pormenores confirma la carta autógrafa de Francisca de la Madre de Dios, del 17 de Febrero de 1634.

No menos admirable y consoladora fué la muerte de un peón de la obra del convento, á quien puso en lastimoso estado un lienzo de pared que vino sobre él. Luego que la Venerable supo el desastre, acudió á Dios diciéndole afectuosamente: «Señor, ¿pues la casa de vuestras siervas ha de costar al mundo vidas de hombres? Dadme la de este, os pido por quien sois y por la Sangre preciosa de vuestro Hijo.» Calló un rato, pasado el cual se levantó y dijo en alta voz, como si respondiese á Dios mismo: «Sea así, Señor, padezca aquí en buena hora, como le deis la disposición que ha menester para que muerto os vaya á gozar luego.» Y ¡oh prodigio! apenas hubo acabado de decir estas palabras, cuando apareció entre los huesos y las magulladas carnes del pobre oficial una multitud de gusanos, los cuales, comiéndole en vida, añadieron nuevos tormentos á los que ya tenía, con tanto gozo del paciente, que jamás le oyeron proferir la menor queja, si abrió la boca, fué solo para cantar salmos que había aprendido cuando niño de coro. Al cabo de nueve días que pasó de esta suerte, expiró en dulce paz, y á la noticia del fallecimiento, exclamó Ana con el corazón rebosando de alegría: «Ya goza de Dios: bendito sea Él, que tan grande merced le hizo.»

Referiremos para concluir otro caso muy distinto, á cuyo favor depone la M.ª Juana Evangelista, y es que, pasando por Beas un hombre acompañado de su mujer, insultóle un libertino con expresa intención de arrebatársela; pero él, tan bien supo defenderse, que quitó la vida al agresor. Como era extranjero y pobre, pronto se acabó con el juicio y la sentencia, ya que

todo se redujo á probar el hecho, sin averiguar si aquel desgraciado tuvo ó no causa legítima para defenderse. Hizo la mujer cuanto pudo para salvarle la vida cuando supo que le habian condenado á la horca, mas todo fué en vano. Llegado el día de la ejecución, oyendo la atribulada esposa hablar de la Priora de las Carmelitas y de lo mucho que en la villa se la apreciaba, bañada en lágrimas acude á la Venerable, cuéntale lo ocurrido, y le suplica se compadezca de ella y de su marido. Oido por la Madre aquel relato, no dudó un punto de la inocencia del pobre hombre, por lo que, después de encomendar á Dios el negocio, toma la pluma, pone unos renglones y se lo entrega al sacristán para que sin demora lo lleve al Gobernador. Ya habían sacado de la prisión y conducían al acusado al lugar del suplicio, siguiéndole tan grande multitud, que de ningún modo pudiera el mensajero llegar hasta el Gobernador, sin el valimiento de un venerable anciano, quien, tomando al Hermano de la mano, le abrió camino, diciendo á la vez: «Dejen pasar al Hermano donado, que le envía la Madre Priora. «Nadie conocía ni había visto jamás á aquel viejo, y, esto no obstante, tuvo tanto ascendiente sobre toda aquella muchedumbre, que al instante abrieron paso, como si Dios mismo lo hubiera mandado. La carta fué entregada al Gobernador, el cual, sintiéndose dominado al punto que la leyó de un sentimiento de que él mismo no sabía darse cuenta, mandó suspender la ejecución, é incoar de nuevo el proceso. De que resultó que, mejor instruida la causa, ésta se terminó con la absolución del acusado: tan feliz éxito tuvo la apelación. Por lo tocante al anciano que tan saludable papel desempeñó en esta ocasión en pro de la inocencia, no se le volvió á ver más; pero la M.ª Ana de Jesús aseguró á la M.ª Juana Evangelista que había sido nuestro Padre S. José.

CAPÍTULO VI

Que refiere los muchos prodigios obrados por la sierva de Dios, la profesión de las cuatro novicias que Nuestro Señor le dió, y algunos pormenores acerca de cada una de ellas, en particular de la H.ª Francisca de la Madre de Dios.—De cómo es reelegida Ana de Jesús para Priora de Beas.

Tarea muy sobre nuestras fuerzas sería tratar de relatar todos los particulares hechos que muestran el gran crédito que Ana gozaba con Dios, y el poder que ejercía sobre cuanto puede afligir los cuerpos ó las almas de los hombres, ya que son tan numerosos los prodigios que obró el Señor por esta su sierva, que «á algunos—dice Manrique—embarazará el crédito el ver tanto, á otros se les fijará en unos para otros.» Por lo que á nosotros toca, no dudamos que sean verdaderos los que sabemos, en atención á la veracidad de los testigos que los refieren; y vemos además en la verdad de los tales hechos una garantía de otros que no se refieren.

Reanudemos el hilo de nuestra historia que, aun sin contar con esto, nos ha de ofrecer casi á cada paso cosas maravillosas, en las cuales no podremos menos de reconocer una intervención sobrenatural, debida á los méritos y la santidad de Ana de Jesús. Pero antes de comenzar contaremos lo último que decir se nos ocurre sobre las cuatro monjas que Nuestro Señor prometió y dió á su fiel sierva en compensación de la H.ª Juana de los Reyes.

Sea la primera Magdalena del Espíritu Santo, que hizo los votos el 6 de Agosto de 1577. Si aquel día fué para ella como el Tabor, bien pronto bajó de él para subir al Calvario, por cuanto plugo al divino Esposo darle parte del amargo cáliz de sus padecimientos.

Ineficaces fueron cuantos remedios se aplicaron contra tantos y tan complicados males que la abrumaban, y como la M.ª Ana suplicase un día á Nuestro Señor que devolviese la salud á esta su amada hija «Déjame,—respondió Su Majestad—déjame labrar esta piedra para mi edificio, que le he de dar en él muy buen asiento.» Todo el tiempo que residió en Beas la Venerable Ana, le sirvió de secretaria esta religiosa, que también fué Fundadora en 1589 de la casa de Córdoba, á cuyo frente estuvo muchos años, haciéndola florecer en el rigor de la primitiva Regla. Poco antes de morir depuso sobre las virtudes heróicas de su antigua Priora, la cual deposición con frecuencia hemos citado hasta aquí, y nos reservamos aún el poder alegarla en lo que resta de esta historia.

Luisa del Salvador profesó el 18 de Noviembre del mismo año 1577, y, como Francisca de la Madre de Dios, era sobrina de las dos fundadoras Catalina y María de Jesús. Dotóla el cielo de tan peregrina hermosura, que bajo tosco sayal ocultaba belleza de ángel, y éralo en verdad en toda la extensión de la palabra, pues conservó toda la vida la inocencia bautismal. En el momento de su feliz tránsito, entonaron los ángeles un alegre concierto, el cual, como se oyese fuera del claustro mismo, atrajo á él gran multitud de seglares. Contaba diez y seis años de vida religiosa cuando murió, y sus preciosos restos se conservaron con veneración en el convento de Beas hasta 1810, en que fueron transportados al de Jaén. Volverémos á hablar de esta religiosa, tomando ocasión de un señalado milagro que la M.ª Ana hizo para devolverle la salud.

El 6 de Enero de 1578 le tocó consagrarse irrevocablemente al Señor á Leonor Bautista, que más tarde fué Priora en Beas, y en 1588 la eligió nuestra Venerable, que á la sazón lo era en Madrid, para ir á fundar

el convento de Valencia, al frente del cual estuvo hasta cinco veces, haciendo de aquella casa verdadero plantel de santas. Estando para expirar, manifestó la más dulce alegría, y preguntó á las monjas que la rodeaban si oían el melodioso canto de los ángeles que repetían: *Lætamini in Domino, et exultate, justi; et gloriamini omnes recti corde.* Al acabar de pronunciar estas palabras, levantó las manos, y con sonrisa angelical tomó el vuelo para el cielo.

La cuarta novicia de las enviadas por Nuestro Señor, no pudo menos de sentir santa envidia al ver la ofrenda irrevocable que sus tres compañeras hacían sucesivamente á Dios de la libertad, de la juventud y del corazón, y esto por fuerza avivó más y más en ella el deseo de inmolarse y de recibir ese bautismo místico, en que había de sepultar el hombre viejo, para resucitar con el Amado á una vida toda celestial. Señalóse el noviciado de la H.ª Francisca de la Madre de Dios por el extremo fervor y las íntimas comunicaciones con el Niño Jesús: ¿qué inconveniente hay, pues, en que nos detengamos, siquiera sea unos instantes, á respirar la suave fragancia, ya de piadoso candor, ya de inefable dulzura, que exhala el vergel cuyo cultivo estaba á cargo de nuestra Venerable?

Tradicional es en el Carmelo la devoción al Niño Jesús: Él preside en la toma de hábito, en los ejercicios del noviciado, y en el solemne acto de profesar. Y ¿qué cosa más justa, si cabalmente son una como segunda infancia los principios de la vida religiosa? Tanto más en el Carmelo, cuanto en él señaladamente son los noviciados una imagen, ó si se quiere una renovación y reproducción de la infancia de Jesús, ya que como dice el Ven. P. Juan de Jesús María en el prólogo á la Instrucción de novicios «en ellos se aprende el »camino de la salvación y á correr por él en pos del

»reino eterno, bajo el amparo de la serenísima Reina »de los cielos, cuya virginidad, después de haber dado »á luz á su Hijo primogénito, engendró también los »novicios para la vida carmelitana.» Y ya un poco más arriba había dicho el mismo Ven. Padre: «Para que »nuestros novicios, esta nueva descendencia de la Bien»aventurada Virgen, aprendan los primeros elementos »de la palabra de Dios en la escuela de la justicia, en »que cursan, han de codiciar cual niños recién naci»dos, sencillos y sin malicia, la leche dulcísima de esta »su amorosa Madre.» De aquí que en el noviciado de Beas hubiese (como la hay en todos los del Carmelo) una hermosa imagen del Niño Jesús, cuyo origen rémonta la tradición á un venerable religioso de nuestra Orden, quien se desprendió de ella á beneficio de la M.ª Ana. La cual particularidad registramos aquí, como preámbulo de lo que vamos á referir: y es que dos ó tres días después de haber tomado el hábito Francisca, fuéle intimada la orden de que se quitase el nuevo y se pusiese otro que, sobre estar muy remendado, despedía un olor para ella en extremo repugnante. Afligióle el mandato, pero como obediente, se retiró á la celda á ponerle por obra, llevando consigo la estatua del divino Niño, á cuyos piés, hecha un mar de lágrimas, buscó alivio su afligido corazón. «Amado Niño,—le decía—Dios de mi vida, mira mi pena y la invencible repugnancia que siento en vestir este hábito.» Abriendo la boca el Niño-Dios, le dijo: «Con que no rehusé Yo revestirme de tu carne, siendo como soy Dios ¿y rehusarás tú ponerte ese hábito por mi amor?» Palabras que bañaron de luz tan viva el alma de Francisca, que sintiéndose toda abrasada en el amor de Nuestro Señor, desde entonces tuvo por gran gloria vestir un hábito mil veces más pobre que el que le habían dado, ni aun vaciló llevarle hasta el fin del noviciado.

En la carta en donde Francisca refiere esto, dice también con una sencillez que enternece, como cada día llevaba al Niño Jesús un ramillete compuesto de flores *encarnadas*, para manifestar el deseo que tenía de padecer y la resolución de tomar para sí lo más penoso de la casa; de flores *blancas*, símbolo de la pureza, en significación de que el amor de Dios había de dominar en ella los demás amores; y, por último, de flores *amarillas* y *azules*, como indicio del íntimo dolor que le causaban las ofensas contra Dios y de las lágrimas que ante Él derramaba por la conversión de los pecadores. Y aun añade, que al presentar á Jesús el ramillete, el divino Niño se lo tomaba de las manos y lo ofrecía al Eterno Padre.

Y porque se entienda bien que no es sola Francisca la que refiere estos graciosos pormenores, notamos que varios documentos del convento de Bruselas nos informan de que la M.ª Ana solía entretener con ellos á sus hijas en las horas de recreación; y notamos además tocante á la imagen de que hemos hablado, que se guarda todavía en las Carmelitas de Bruselas, á donde la llevó la misma Venerable Madre; sin que acerca de ello nos quepa ni sombra de duda, ya que consta ser así en un precioso documento, ó sea una carta autógrafa de la M.ª Francisca, escrita en Beas el 28 de Agosto de 1634 á la M.ª Margarita de Jesús, Priora en Bruselas, en que le dice cómo recibió la estampa del Niño Jesús, y reconoció muy bien en ella la antigua estatua de Beas.

Así se fué pasando el año de noviciado, y estaba ya tan próximo el día deseado para el cual se disponía cada vez mejor (y cuyo solo recuerdo le causaba necesariamente transportes de alegría), que solo una noche la separaba del dichoso momento objeto de sus ansias desde tanto tiempo. La excesiva alegría y ardiente

dovoción, alejaron de ella el sueño; por lo que, vuelta á la celda después de Maitines, continuó, á guisa de caballero de la Virgen, su santa vela de armas. Ya consideraba la alteza del estado á que Dios se dignaba llamarla y la dignidad de los desposorios que por inmerecida predilección contraería pronto en la presencia de Su Divina Majestad; ya se deshacía en tiernas lágrimas provocadas por los sentimientos de admiración, de pesar, de reconocimiento y amor de que estaba lleno su corazón; ya se desahogaba con el Amado en dulces coloquios y fervorosas oraciones. «Señor,—le decía—¡quién me diera alma y corazón de serafín, y de ellos os haría mañana irrevocable ofrenda! Si como tengo un alma tuviera cuantas habeis criado Vos, muy de gana os las ofreciera todas, y aun los corazones que han sido, son y serán á Vos más agradables.»

A eso de la una, Francisca oyó extraño ruido hacia un rincón de la celda, y ¡cuál no fué su horror cuando, vuelta la cabeza, ve cerca de sí al demonio en figura de un enorme lobo, lanzando puro fuego por la boca y los ojos, y en actitud de querer devorarla, que le decía: «Yo haré que no profeses.» Quiso huir la novicia, pero el espanto le había helado la sangre en las venas y paralizado los miembros, y solo le quedaron fuerzas para pedir socorro. Inmediatamente acudió junto á ella su prima la H.ª Lucía de S. José, quien halló á Francisca trémula y bañada en sudor frío. «Hermana,—le »dijo la atribulada—yo he menester hablar á nuestra »Madre, y no puedo ir allá ni levantarme: ayúdeme »ella, y lléveme á su celda.» Excusábalo Lucía por ser tan á deshora: mas instruida la Madre por modo sobrenatural de lo que pasaba á la novicia, fuése medio desnuda á consolarla. «Francisca,—le dijo—¿qué tiene, »hija mía?» «Queríame ir con V. R., Madre,—respon»dió ella—mas no puedo moverme, ni la Hermana me

»ha querido llevar allá, aunque se lo he pedido.» Ana de Jesús, despidiendo á la H.ª Lucía y quedándose á solas con Francisca, le preguntó de nuevo qué tenía. «Mire V. R. aquel rincón, y verá lo que tengo.» Volvióse la Madre, y viendo al demonio, acércase á él, y le dice con grande imperio: «¿Qué haces aquí, bestia maldita? en virtud de Jesucristo te mando que te vayas al infierno.» Llevóse luego á su celda á su amada hija, acostóla en su propia cama, y en acabando de vestirse, se arrodilló á su lado y se estuvo en oración hasta la mañana. De cuando en cuando decía á la novicia: «Duerma tranquila, hija, pues yo le aseguro que no volverá á verse en conflicto semejante.» Por lo que toca á Francisca, al punto que se vió en la cama de la Madre quedó libre de los temblores y del sudor, y á las angustias sucedió al propio tiempo una dulce paz, la cual explica ella diciendo que *estaba como en un paraíso.* Una sola cosa menoscababa en parte aquella dicha, y era ver á la Priora tantas horas de rodillas, y aunque deseaba decirle que descansase algo, impedíaselo una fuerza misteriosa. Tratando Francisca más tarde de aquella imposibilidad de hablar con Ana de Jesús, ésta respondió sonriéndose, que de ningún modo hubiera podido decidirse á otra cosa, porque veía a la cabecera á Nuestro Señor descansando su santísima mano sobre la cabeza de la novicia.

Libre ya de los estorbos con que el enemigo procuraba impedir la profesión (sin duda por los grandes bienes que de aquel acto preveía habían de seguirse), la fervorosa virgen hizo los votos con inexplicable alegría el 21 de Enero de 1578; y estando arrodillada á los piés de la Venerable Madre para pronunciarlos, vió, como en la toma de hábito, á Nuestro Señor sentado en el corazón de la seráfica Priora, desde donde la bendecía. Los diez años siguientes, á contar desde

esta fecha, fueron para la nueva esposa del Crucificado una no interrumpida serie de dulcísimos consuelos. «Todo aquel tiempo,—leemos en su autobiografía—disfrutaba yo de tanta salud, que tal cual vez me afligía viendo que no me daba Nuestro Señor nada que padecer. Fuera de esto, parecíame estar siempre en compañía de mi buen Jesús, y que mi alma gozaba sin interrupción de la vista de aquel hermoso y augusto rostro que me había mostrado la primera vez que se me apareció en la casa paterna. Siempre tenía delante de mis ojos el brillo y resplandor de aquellas divinas facciones; y de aquí que, cuando todas descansaban, saltase yo de la cama para adorar postrada en tierra al Amado de mi corazón. Así pasaba las noches, y por grande que fuese el frío, no lo sentía; ni podría yo explicar la gloria y felicidad de que estaba inundada. Lo único que me afligía era no tener algo que sufrir, por eso suplicaba con lágrimas á mi divino Salvador, que por sus méritos me concediese la gracia de padecer mucho por Él.» Fruto de tales deseos y oraciones fueron los horribles padecimientos que de piés á cabeza la atormentaron los cincuenta años que después vivió: los cuales padecimientos compara ella á los del infierno. Sobrellevólos siempre con el mismo ánimo y con la propia paciencia y resignación, por lo que llena de días y merecimientos, fué á recibir en el cielo de las manos de su amado Salvador la palma de mártir y de virgen, el día de la Purificación, á los ochenta años de edad.

Volvamos á nuestra Venerable. En tanto que la H.ª Francisca gustaba las celestiales dulzuras consagrándose á Dios con los votos, Ana de Jesús no cabía en sí de contento, contando que, cuando mucho, al cabo de un mes terminarían sus tres años de oficio, años que le parecían siglos, y que libre del yugo de la

superioridad, podría ya en adelante satisfacer el deseo de vivir bajo obediencia. Así y todo, como en su profunda humildad viese inconvenientes en quedarse como simple religiosa en Beas, se resolvió á volver á Salamanca. Muy dignas del gran espíritu y de la virtud de la Venerable Madre fueron las razones que á ello la movieron; porque (y no fué ésta la menos principal) en Beas la considerarían y en consecuencia la respetarían como Madre, mientras que en Salamanca mirarían en ella la novicia de antaño, y nada más. A lo cual se agrega que el convento de Salamanca era muy pobre, y en el de Beas, por el contrario, nada faltaba; sin contar con que en él habían sucedido cosas maravillosas, las cuales como se las atribuyesen á la Venerable, seguíasele de ahí una reputación de santidad que ella no creía merecer, y que le hacía muy mal servicio. Consecuencia forzosa de lo dicho era, por una parte, que fueran muchos á visitarla, privándola así de la soledad y trato con Dios; y, por otra, el grande temor que había concebido de que Su Divina Majestad la premiara en esta vida con la estima de los hombres lo poco bueno que hubiera podido hacer, y que la reservase solo castigos para después de la muerte: por tan mala se tenía. Pero sus hijas pensaban muy de otro modo, ya que sabían por experiencia cuán apta era para mandar, y el éxito con que procuraba, no solo el bien temporal, mas el espiritual del convento en común y de cada monja en particular. Hé aquí por qué cuando la Venerable Madre trataba de dejarlas, discurrían ellas para conservarla por Priora: y, en efecto, la eligieron por unanimidad de votos, llegado el día de la elección. Publicar el Prelado la elección, y quedarse Ana como muerta un buen rato, fué todo uno: ¿sería desmayo ó arrobamiento? Nada se sabe, y lo único que podemos decir es, que al volver en sí Ana,

estaba inconsolable viendo frustrados sus deseos.

Ni por respeto á lo que dispone el Derecho nos ha de parecer extraña esta reelección, ni siquiera ha de ser parte para ello el que en lo concerniente á elecciones, las Carmelitas Descalzas debían acomodarse por lo general á las Constituciones de las Calzadas, las cuales Constituciones decían que las Prioras durasen solo tres años en el oficio, y que no pudiesen ser reelegidas por lo menos en un año; porque, dado que así sea, la Santa Reformadora teniendo respeto á que la Reforma contaba en los principios con pocos sujetos, y en virtud de las facultades que concedió Pio IV en el Indulto del 7 de Febrero de 1562, había permitido (de no mediar otro obstáculo) la reelección para la misma ó para diferente Comunidad. Y, por no dejar nada que decir, notaremos además que el Capítulo celebrado en Alcalá en 1581, convirtió en ley general este principio, bien que con una restricción. Trasladaremos en confirmación de ello las Constituciones hechas en el susodicho Capítulo: «Además, como los conventos de la Regla primitiva son nuevos y no hay aún sujetos aptos para gobernarlos, permitimos que puedan ser reelegidas las Prioras en el mismo convento, con tal que tengan á su favor las tres cuartas partes de los votos; y sin esto será nula la reelección.» El 5 de Junio de 1590, Sixto V añadió nueva limitación, fijando el plazo de veinticinco años, pasados los cuales ninguna Priora pudiera ser reelegida. Por último, el 25 de Abril de 1591, Gregorio XIV, modificando el Breve de Sixto V, estableció la siguiente regla que ha continuado en vigor hasta nuestros días: «Las Prioras no podrán ser reelegidas en el mismo convento, ni aun ser Supriora, sino después de pasados tres años (1).»

(1) Véase nuestro trabajo sobre *Ana de Jesús y las Constituciones de las Carmelitas Descalzas*. pag. 54, 144, 158 y 171.

CAPÍTULO VII

Del admirable espectáculo que ofrece la Comunidad de Beas bajo el gobierno de Ana, y del espíritu de pobreza, obediencia, oración, mortificación y penitencia.—De las persecuciones que se suscitaron contra la Reforma; del retiro de Santa Teresa en Toledo, y de la prisión de S. Juan de la Cruz.—Del Capítulo de Almodóvar.—Es nombrado S. Juan de la Cruz Prior del Calvario y confesor de las Carmelitas de Beas, y se aparece á esta última Comunidad.—De las fiestas de Navidad en Beas.

No hay sino atribuir á acto de gran cordura de las Carmelitas de Beas la reelección de la M.ª Ana de Jesús, ya que nadie hubiera podido dirigirlas con más eficacia por la senda de la perfección, ni mantenerlas mejor en aquel subido fervor que había ilustrado los tres primeros años de existencia que contaba aquella casa, fervor que había de comunicarse más tarde á otras muchas. Al contemplar con los ojos de la fé esta distinguida porción de la Orden de la Virgen marchando á la conquista de las divinas promesas á las órdenes de tan diestra Priora, no podemos menos de exclamar con el Profeta: ¡Cuán hermosos son tus pabellones, Carmelo de Beas! ¡Cuán bellas son tus tiendas, pueblo amado de Dios! Son como valles con árboles frondosos, como huertas de regadío á lo largo de los ríos; como tiendas que fijó el Señor mismo; como cedros plantados á la orilla de las aguas. Beas será como abundosa fuente, y su posteridad se multiplicará como el agua de los ríos.

Al símil de la Santa Reformadora, Ana de Jesús ponía particular cuidado en el ejercicio de la pobreza, obediencia, oración, mortificación y penitencia, ya que el efecto propio de estas cinco virtudes es matar el hombre viejo y hacer vivir á Jesucristo en las almas;

sin que por esto se pueda decir que descuidase la práctica de las demás virtudes religiosas, conformes al espíritu y á la Regla del Carmen. No preocupan tanto á los más mundanos sus arreos y alhajas, cuanto á las Carmelitas de Beas preocupaba el buscar para sí lo peor en todo, en el vestido, en la comida, en la celda, en los libros; llegando á un grado tan heróico en el menosprecio y desprendimiento de las cosas temporales, que reproducían acá en el suelo la vida de los moradores del cielo.

De que la obediencia rayó en milagrosa, es testigo abonado la curación de Catalina de Jesús, sin que queramos menoscabar en lo mínimo á lo sucedido á la H.ª Luisa del Salvador. Comenzó esta religiosa por estar en cama nueve meses con continuas y fuertes calenturas y dolores de estómago, en el cual se le habían formado varias apostemas; á lo que se siguió una flaqueza tal, que para hacerle la cama habían de tenerla en brazos cuatro Hermanas. Los enérgicos remedios que la aplicaron, sólo sirvieron para aumentar é irritar el mal hasta el punto de desahuciarla los médicos, mandar que se le administrasen los Santos Sacramentos, y prescribir absoluta quietud, asegurando que el más pequeño movimiento bastaría para acabar con ella; y en este estado pasó otros seis meses. La víspera de Navidad (1), dispuso la Venerable Madre que velase á la enferma la Hermana lega Catalina de S. Alberto, para que pudiesen asistir al Oficio divino todas las coristas. Cantábanse los Maitines al propio tiempo en el coro de las Carmelitas y en la iglesia contigua al convento, cuando la paciente, sea que cediese á un sentimiento de devoción, ó que la venciese la fatiga (y

(1) Probablemente del año 1579 ó 1580, porque habiendo profesado Luisa del Salvador en Noviembre de 1577, no es posible que esto sucediese antes.

esto es lo más probable), impelida del espíritu divino, instó fuertemente á la H.ª Catalina á que la llevase á la reja alta, para desde allí tomar parte en la fiesta. «¿Cómo la he de llevar,—dijo la Hermana,—si aun para hacerle la cama han mandado los médicos que no toquemos á ella?» A pesar de esto, añadió por aliviarla en su desconsuelo: «Voy á pedir licencia á nuestra Madre Priora, y si me lo diere, haré lo que V. C. desea.» Y como lo dijo lo hizo, y aunque la sierva de Dios se asombró al pronto de semejante demanda, llena de confianza en la virtud de sus dos hijas, respondió á Catalina: «Yo la mando que la lleve á la reja; pero mire que la mando también que desde allí me la traiga al coro sana.» Encogióse la religiosa, y «Madre ¿cómo puedo yo cumplir esto segundo?» «Prevenga,—replicó Ana,—en la reja dos colchones en que la echar, y llévela, y pídale al Niño Jesús en aguinaldo su salud con mucho amor y fé, que más gana tiene Él de hacernos mercedes, que nosotras de pedírselas.» Catalina ejecutó puntualmente y sin discurrir lo que la Priora le mandaba; puso unos colchones junto á la reja, llevó allá á la enferma, y, arrodillándose luego, pidió á Nuestro Señor que la sanase. Pues bien: á medida que el canto del Oficio divino adelantaba, sentíase como renacer la H.ª Luisa, y por momentos experimentaba nuevo alivio; de suerte que cuando Catalina de S. Alberto (que nada de esto había sospechado) fué á cogerla en brazos para volverla á la celda «Aguárdese,—le dijo Luisa,—que mejor estoy que ella»; y arrebujada en una manta, á falta de vestidos, se levanta y comienza á saltar con tanta ligereza, como si jamás hubiera estado enferma. Por cumplir la orden de la Madre, bajaron juntas al coro, y allí la Comunidad entera como fuera de sí, se juntó á ellas para glorificar al Señor y bendecir á la santa Priora. Por lo que toca á Luisa del

Salvador, conservó desde aquella hora hasta la muerte una salud tan perfecta y en un sér, que pudo hacer todos los actos de la vida común y regular sin necesidad de dispensa alguna.

Tan extraordinario y todo como era el espíritu de obediencia que en aquella comunidad reinaba, ninguna ventaja hacía al de oración. Ya dijimos que las Carmelitas de Beas parecían ángeles cuando rezaban el Oficio divino, dado que lo hacían no por despacharse cuanto antes ni por mero cumplimiento, sino por orar y unirse más á Dios, motivo por el cual se complacía también Su Majestad en comunicarse á ellas, y en favorecerlas con revelaciones y visiones celestiales. Díganlo si no aquellas almas privilegiadas Catalina y María de Jesús, Catalina de S. Alberto, Isabel de Jesús y Francisca de la Madre de Dios, las cuales, en pos de Ana, trepaban á la más elevada cima de la contemplación, en donde eran iluminadas de purísimos y suavísimos divinos resplandores.

Sabía la Venerable Priora, y así se lo enseñaba á sus hijas, que la oración, para ser verdadera, ha de fundarse en continua y entera mortificación. ¿Qué no pudiéramos decir aquí de los prolongados ayunos, de las multiplicadas abstinencias, rigurosas disciplinas, de los ásperos cilicios, y de cuanto aquellas heróicas vírgenes inventaban para más atormentar el cuerpo, y para suplir, como dice S. Pablo, lo que falta á la Pasión de Jesucristo? Nada serían, sin embargo, todas esas maceraciones exteriores comparadas á la mortificación interior. «La M.ª Ana de Jesús,—dice el P. Francisco »de Santa María—tuvo particular don en quebrantar »la voluntad de sus súbditas, con incomparable fruto »de sus espíritus; porque con su grande entendimiento »ilustrado del cielo, penetraba la llaga más secreta, y »sabiamente la curaba. Como Dios la escogió para

»Prelada en principios tan necesitados de valor, le dió »un natural imperio sin imperio, á quien nadie podía »resistir, con que hacía suaves las mayores mortifica»ciones. No daba audiencia al amor propio, no permi»tía asimiento, no consentía presunción, no llevaba en »paciencia la falta de caridad. Oponíase á las amista»des particulales, á la falta de observancia y de pun»tualidad en los ejercicios, á la remisión en el coro, á »la falta de silencio, y á todo aquello que podía per»turbar la paz y desasimiento interior.»

Mientras que con tanta prudencia y tan feliz éxito gobernaba nuestra Venerable la Comunidad de Beas, poniéndola en un estado de fervor que admiraba á los Prelados, y les hacía decir que en ninguna parte habían hallado mayor perfección, una furiosa tempestad suscitada por los Padres Calzados, amenazaba arruinar los mismos cimientos de la Descalcez Carmelitana. Mas, gracias á la divina Providencia que velaba sobre la obra de Teresa, la borrasca sólo sirvió de consolidarla y á aquella tempestad debieron la M.ª Ana y su Comunidad una ayuda incomparable, presagio de un porvenir todavía más glorioso de perfección. Pero ahora hemos ya de tomar las cosas de algo más atrás.

Dijimos que Santa Tesesa fué de Beas á Sevilla para fundar, y no bien hubo terminado la fundación (3 de Junio de 1576), cuando recibió orden del P. General del Carmen (á quien falsos informes habían prevenido en contra de la Santa), por la cual la intimaba que saliese de Andalucía, y la señalaba como residencia cualquiera de los conventos que tenía fundados en Castilla. Ella escogió el de Toledo, en donde estuvo hasta Agosto de 1577. Era entonces Comisario y Visitador apostólico en Castilla y Andalucía el P. Jerónimo Gracián, quien la llamó á Avila con el objeto de tratar y resolver con D. Alvaro de Mendoza, Obispo de aque-

lla ciudad, un grave asunto que interesaba al convento de S. José, el cual querían pasar, y en efecto así se hizo, de la jurisdicción del Ordinario á la de la Orden.

Los Padres Observantes en el ínterin redoblando sus esfuerzos contra la Reforma, el 4 de Diciembre de 1577 (1) echaron mano de S. Juan de la Cruz, le condujeron á Toledo y lo encarcelaron, siendo á la sazón confesor de la Encarnación: lo cual sabido por Santa Teresa, se lo comunicó á la M.ª Ana en una carta cuyo es el siguiente fragmento, que debemos á la M.ª Francisca de la Madre de Dios: «No adivinaría V. R. cuán grande pena he sentido porque desapareció el bendito P. Juan de la Cruz. Le perdimos la pista, y ni un rayo de luz nos ha quedado que nos descubra su retiro. ¡Cuánta verdad es que los Padres de la Observancia hacen todos los posibles para destruir la Reforma! Por el amor de Dios le pido encarecidamente que se junte á mi hija Catalina (ya que las dos tienen tanta familiaridad con nuestro buen Jesús), al cual han de pedir que nos ayude é ilumine sobre lo que debemos de hacer, y los medios de que hemos de echar mano. Por esto quiero que por quince días se digan en el coro las Letanías, y que se añada una hora de oración á la ordinaria. Ya me dirá después, mi hija, lo que Dios le haya dado á entender, bien así como á mi buena Catalina de Jesús.»

Bien sabido es que S. Juan de la Cruz estuvo encarcelado nueve meses, y que debió su libertad al milagroso patrocinio de la Santísima Virgen pocos días después de la fiesta de la Asunción del año 1578. Como saliese de la cárcel con la salud muy quebrantada y

(1) Manrique incurre aquí en un grave error al referir al año 1575 el rapto de nuestro Padre S. Juan de la Cruz, el cual error proviene de haber confundido este Ven. Obispo los dos Capítulos de Almodóvar, atribuyendo al primero celebrado en 1576 (á 8 de Agosto), lo que se hizo en el segundo, en Octubre de 1578.

sin fuerzas, se detuvo algún tiempo, con el fin de restablecerse, en casa de un canónigo de Toledo. Partió luego para Almodóvar, á donde llegó en Octubre de 1578, cuando iban á juntarse por segunda vez los Prelados de la Reforma. En aquel Capítulo fué diputado para ir á negociar en Roma con el Padre Santo los asuntos de la Descalcez el P. Pedro de los Angeles, y, como era Prior del Calvario, nombraron para sustituirle á nuestro P. S. Juan de la Cruz, á cuyo cargo pusieron también el cuidado y la dirección de las Carmelitas de Beas; quedando así plenamente satisfechos los deseos de Santa Teresa y de Ana de Jesús á la vez. Había ésta escrito á la Santa Fundadora el desamparo en que se hallaban ella y sus hijas por no tener con quien tratar las cosas del alma, debido á que Beas estaba muy apartado. Tardó algo la Santa en responder á aquella carta; pero cuando supo que habían nombrado Prior del Calvario á S. Juan de la Cruz, rogó á éste que cuidase mucho de las monjas de Beas; y escribiendo luego á la M.ª Ana, le dice con amable ironía: «En »gracia me ha caído, hija, cuán sin razón se queja, pues »tiene allá á mi Padre Fr. Juan de la Cruz, que es un »hombre celestial y divino: pues yo le digo á mi hija, »que después que se fué allá, no he hallado en todo »Castilla otro como él, ni que tanto afervore en el ca»mino del cielo. No creerá la soledad que me causa su »falta. Miren que es un gran tesoro el que tienen allá »en ese santo, y todas las de esa casa traten y comuni»quen con él sus almas, y verán qué aprovechadas es»tán, y se hallarán muy adelante en todo lo que es es»píritu y perfección; porque le ha dado Nuestro Señor »para esto particular gracia (1).»

(1) Esta carta debió ser escrita hacia el fin del año 1578, ó á principios del siguiente (Véase *Escritos de Santa Teresa*, tomo II, pag. 201.)

¡Cuán de gigante eran los pasos que acababa de dar en el camino de la santidad S. Juan de la Cruz! Había salido de la prisión de Toledo como sale el oro del crisol, todo renovado en Dios, por las penas interiores y los trabajos exteriores en ella pasados; porque adquirió allí una tan dichosa experiencia del gusto con que la Majestad Divina nos ve soportar generosamente el dolor, y de la munificencia con que aun en esta vida nos galardona, que sólo el nombre de *trabajos* le sacaba de sí. Que esto puntualmente fué lo que le sucedió en el convento de Beas al detenerse en él á su paso de Almodóvar al Calvario, después de recibido con las demostraciones de veneración, caridad y alegría que su eminente virtud y grandes trabajos se merecían. Hallábase la Comunidad en el locutorio con el Santo, y deseando la M.ª Ana de Jesús recrearle un poco, mandó á la H.ª Ana de la Madre de Dios recitar unas poesías que acostumbraban ellas cantar por Navidad, en obsequio del Niño Jesús. Pareciéndole á la religiosa que nada consolaría tanto al Ven. Padre como oir algo sobre el galardón de los trabajos sufridos por Dios, entonó con voz dulce y conmovedora un cántico compuesto por ella misma, que principiaba así:

«Quien no sabe de penas
en este triste valle de dolores,
no sabe de cosas buenas
ni ha gustado de amores,
pues penas es el traje de amadores.»

Oir esto el Santo, y sentirse como alzar del suelo con vehemente empuje, fué cosa de un instante, hasta el punto que, no pudiendo contenerse, hizo señal á la monja que cesase de cantar, y al propio tiempo se asió con ambas manos á la reja del locutorio para impedir que el cuerpo siguiese el mismo ímpetu, como ya le había sucedido. Así y todo, no pudo disimular lo que

experimentaba: quedóse arrobado por espacio de una hora, de que fueron dichosos testigos la M.e Ana y sus hijas. Al volver en sí, les dijo que no se admirasen de aquello, ya que en solo la palabra *padecer* hallaba él materia de larga oración, y no por otra causa que por la mucha luz que en la cárcel le había comunicado Nuestro Señor sobre la dicha que entrañaba el sufrir por su amor (1).

De grande consuelo fué para nuestra Venerable esta primera visita de S. Juan de la Cruz en Beas, supuesto que no solo no se contentó con aprobar su espíritu un hombre tan iluminado, mas le permitió, ya desde el principio, acercarse diariamente á la Sagrada Mesa. Así asegurada y fortalecida, preparóse para celebrar con más fervor que nunca las próximas fiestas de Navidad, y de aquí que fuese favorecida aquel año con gracias extraordinarias, según que refieren las MM. Teresa de Jesús María y Francisca de la Madre de Dios, y aun la H.a Margarita de la Madre de Dios asegura haberle oído hablar de ellas á la misma Madre Ana.

Según las susodichas religiosas, mostróle Dios á esta su sierva en una visión, las diversas circunstancias que hicieron notable el nacimiento del Salvador, porque vió en espíritu el establo, el pesebre, los ángeles, los pastores, á S. José, á la Santísima Virgen, y singularmente al Niño Jesús; la cual vista así la penetró, que le duraron los efectos de ella toda la octava. La víspera de la Circuncisión, cuidó la Venerable Madre, según su costumbre, de excitar el fervor de las

(1) El sillón en que estaba sentado el Santo, del que ordinariamente hacía uso cuando iba á Beas, le conservó siempre con veneración aquella Comunidad. Esta insigne reliquia quedó libre del incendio del año 1810: hoy la poseen las Carmelitas de Jaén y en el Carmelo de Bruselas hay un fragmento considerable de ella.

monjas haciendo que se dispusiesen con muchos actos de amor de Dios á recibir del Divino Niño una gota de la preciosa Sangre, que en tal día como aquel derramara; y hé aquí que al acercarse Ana la mañana siguiente á la Santa Mesa, vió en la Hostia al divino Infante que le dijo estas palabras: «No solo una gota, mas toda mi Sangre quiero daros con mi Cuerpo y mi alma (1). «La M.ª Francisca supo de boca de la Venerable que, en el mismo instante de oir aquellas palabras, sintió una dulzura y consuelo interiores tan inefables, que ninguna lengua humana podría explicar. Hubiera deseado que menudeasen estos regalos, y aun que entrasen á la parte sus hijas: ¡tan suave y amorosa era la impresión que en su corazón dejaba! Veámoslo en una carta de la M.ª Francisca á la M.ª Magdalena: «Ya se acordará V. R., Madre mía, que el día de la Circuncisión nos mandó nuestra Venerable Madre aderezar en la pieza de recreación una mesa á manera de altar, que sirviese como de trono para poner la imagen del Niño Jesús (2). Díjonos después que fuéramos todas á postrarnos ante el divino Niño y hacerle la siguiente oración: «¡Quién tuviera para con Vos, Dios mío, el amor y respeto de los ángeles, arcángeles, querubines y serafines! Yo deseo amaros y serviros con todas mis fuerzas, con todo mi corazón y con toda mi alma; y por vuestros santísimos merecimientos, os pido, Señor, me otorgueis una gotita de la preciosa Sangre que en tal día como este derramasteis.»

Nuestra santa Madre fué la primera que pronun-

(1) Aun hoy se ve en Bruselas un cuadro de esta escena, pintado hacia el año 1630, por la solicitud y bajo la dirección del P. Roland Ostracius (Van Overstraeten), de la Compañía de Jesús, confesor de la Venerable.

(2) Es la de que hemos hablado, y que se conserva en el convento de Bruselas.

ció esta fórmula, de rodillas enfrente del Niño, con mucha reverencia y amor; siguiéronla la M.ª Suprio-ra y las demás Hermanas, por orden de antigüedad, y, cuando me llegó á mí el turno y me acerqué al altarci-to, parecióme que el divino Infante disparaba á mi corazón y á mi alma una flecha que me abrasaba en su amor. Poco me parecían entonces todos los tormentos del mundo, según era grande mi ansia de padecer por Él, y en estos piadosos enagenamientos pasé el resto del día y toda aquella noche. Al salir del coro el día si-guiente, fuí á estar con nuestra Madre, y le dije: «Dios pague á V. R. el buen día que nos dió ayer, que cierto fué tal, que no le podré olvidar mientras viva. Desde esta fecha dejan de ser admirables para mí el placer y contento con que los Santos padecían y daban la vida por Jesucristo. A juzgar, Madre mía, por los efectos que Su Divina Majestad ha obrado en mi alma, inclí-nome á creer que ayer estaba realmente entre nosotras el Niño Jesús.—Y tanto que estuvo, me respondió, y del mismo modo que en otro tiempo en la gruta de Belén, y le adoraban millones de serafines: ¿no lo vió V. C.?—No, Madre, respondí.—Pues yo sí que le ví muy bien, añadió Su Reverencia, no sólo por la maña-na al comulgar, mas también después de comer en la recreación: lo que me tiene tan fuera de mí, que me parece milagro poder aún vivir. Testigo he sido de las muestras de cariño que Su Divina Majestad daba á las Hermanas, conforme á la fé y al amor con que cada cual se le acercaba. Dése prisa, hija, á amar y servir á nuestro buen Jesús, y verá de cuántos bienes la colma. Por lo demás, yo no sé cómo hablo de estas maravillas con V. C., pues habiendo en casa religiosas más santas, ciérrame Nuestro Señor la boca con ellas, en tanto que con V. C. me da larga licencia.»

CAPÍTULO VIII

De la fundación del colegio de Baeza, del nuevo furor con que los Padres de la Observancia persiguen la Reforma, y de la resistencia que hallan en Ana de Jesús —El Rey favorece á los Descalzos, los cuales envían á Roma dos Padres para negociar la separación de con los Calzados.—Servicio que Ana de Jesús hizo en aquella ocasión á la Orden, y del feliz éxito de las negociaciones de los PP. Fr. Juan de Jesús y Diego de la Trinidad. —Carta de Santa Teresa á nuestra Venerable.—Del Capítulo de Alcalá de Henares.—Insértase un texto del libro de las Fundaciones relativo á la erección de provincia de Descalzos.

Muy poco gozaron las Carmelitas de Beas la dicha de ser dirigidas por S. Juan de la Cruz. Diciéndole un día las monjas lo bien que con sus avisos les iba, el Santo les respondió que pronto las dejaría; mas, como llenas de asombro le instasen con ahinco á que les dijese la causa, declaróles cómo tenía que ir á fundar un colegio en Baeza. Al parecer, en ninguna cosa tan fuera de camino se podía pensar entonces como en hacer nuevas fundaciones, ya por el rigor con que el Sr. Nuncio se oponía á ellas, ya por el tesón con que los Padres de la Observancia pretendían acabar con las que estaban hechas: circunstancia sobre que las religiosas llamaron la atención de su santo confesor, y aun añadieron de estar seguras de no perderle, supuesto que no se hallaría en Baeza recurso alguno para fundar, cosa que ellas sabían de buena tinta. Mas no les fué difícil entender que al Santo le había sido revelado algo, en vista de la seguridad con que se confirmaba en lo dicho. De allí á poco vieron cumplido el anuncio del siervo de Dios, cuando nombrado Vicario general de los Carmelitas Descalzos el P. Angel de Salazar con amplios poderes para hacer fundaciones, una de ellas (ciertamente de las primeras) quedó al

cargo del Santo: fué la de Baeza, á cuyo frente se puso á los 14 de Junio de 1579, fiesta de la Santísima Trinidad. Como en tratándose de extender la Orden siempre se hallaba materia dispuesta en nuestra Venerable, ayudó cuanto pudo á la erección del nuevo convento, con el que partió el ajuar del de Beas, con tanto empeño y gusto (no cabe decir otra cosa), como si para esta sola fundación tuviera de repuesto grandes tesoros. Ya es hora de referir la diligencia que desplegó, y los señalados servicios que hizo la sierva de Dios á la Reforma todo el tiempo que ésta se vió expuesta á los ataques de la Observancia, el sostenimiento de la cual, por lo menos en gran parte, se ha de atribuir, dice Manrique, á Ana de Jesús, así como el origen se debe á Santa Teresa.

En el capítulo precedente vimos que, cuando la Santa Reformadora supo la desaparición de S. Juan de la Cruz, escribió á la Priora de Beas que consultase á Dios sobre el partido que debían tomar, y al cabo de quince días de forzosas súplicas, Ana respondió á Santa Teresa que el mejor remedio que en situación tan desesperada se podía aplicar era, dirigirse al Rey, y rogarle que interpusiese su poderoso valimiento con el Soberano Pontífice, para obtener de Su Santidad un Breve de separación de Calzados y Descalzos. Ya tendremos ocasión de ver más adelante el feliz éxito de esta negociación, y en el ínterin notaremos que la oposición de los Padres de la Observancia iba en auge, sin que ningún acontecimiento les hiciese cejar. El Capítulo celebrado el año 1578 en Almodóvar, fué ocasión de nuevos rigores, supuesto que el Nuncio Sega (quien después de la renuncia del P. Jerónimo Tostado se arrogó el gobierno de la Reforma, y á quien por otra parte habían llenado la cabeza de reparos y dificultades en contra de Santa Teresa y su obra) se

mostró muy indignado, porque sin su orden se había hecho junta. De aquí el abrogar las actas de aquella congregación, sujetar á los Descalzos á la jurisdicción de los Calzados, y el excomulgar á los principales cabezas de la Reforma, á quienes forzó luego á retirarse á conventos de la Observancia.

Ni fueron más benignos los nuevos Visitadores nombrados por el Nuncio, en razón de que fué tal la violencia con que ejecutaron sus órdenes, que mereció la reprobación de los mismos Padres Observantes; porque entraban en los conventos reformados, como en plazas tomadas por asalto, y se lanzaban despiadados á cuanto les inducia el ánimo indispuesto y el amor propio mortificado. En los de las monjas mudaban lo que la Santa había establecido, lanzaban preceptos, y, sin cuenta ni razón, fulminaban censuras y oprimían las conciencias.

Muy superiores á su sexo fueron el talento y valor que descubrió Ana de Jesús en tan aciagas circunstancias. No se le ocultaba por cierto al Provincial el mérito de la sierva de Dios, y cuánta fuerza ejercería su ejemplo en las demás; y de aquí que con maña probase á hacerle de su partido y manejarla á su gusto. Hé aquí por qué le escribió que, habiendo de ir á Malagón de visita, tenía acordado pasar desde allí á Beas, porque no se le ocultaba que Su Reverencia era la *Capitana de las Prioras:* que se tendría por muy dichoso de verla volver con las demás á su primer alteza, esto es, á la vida mitigada; que á D.ª Teresa de Ahumada y á sus parciales, se las debía considerar como ramas cortadas del tronco; que cuánto mejor era que todas las Carmelitas estuviesen unidas en un mismo sentimiento y género de vida, etc., etc.

La respuesta de Ana de Jesús (que nos conservó Francisca de la Madre de Dios) es del tenor siguiente:

«Jesús sea con V. P. y le haga entender cuán sin razón nos acusa á las Carmelitas Descalzas de estar separadas de nuestro tronco, que, á la verdad, no es otro que Jesucristo, soberano Bien nuestro, á quien nos hemos consagrado, y por Él diéramos mil vidas, si las tuviésemos, antes de dejarle. Pero amén de este tronco, tenemos á nuestro Padre S. Elías, en quien está fundada la Orden. Ahora pues ¿qué ha hecho nuestra Madre Fundadora Teresa de Jesús? Queriendo unirse íntimamente al tronco principal, encendida con deseo de amar y servir á Jesucristo é inspirada por Su Divina Majestad, puso los ojos en el segundo tronco, su padre S. Elías, y como viese que no podía imitarle en vestir pieles de camello, trocó el paño y la estameña finos por la tosca jerga. Y aun no satisfecha con esto, trató de imitar su ayuno y retiro del mundo, las penitencias y la oración, todo con el fin de juntarse cuanto le fuese dado á su tronco y á su Padre S. Elías. No hemos hecho nosotras otra cosa, y aun estamos resueltas á dar mil vidas, antes que separarnos de este segundo tronco. Paréceme á mí, que no somos nosotras sino V. P. y los demás Calzados, los que se han separado del tronco, quiero decir, de S. Elías, ya que llevan hábitos finos, huyen de la soledad, y en lugar de tener ocupado el corazón con espíritu de oración incesante, le tienen lleno de distracción; siendo consecuencia natural de ello que estén separados del principal tronco, Jesucristo. Por lo demás, me tomo la libertad de advertir á V. P. que esta casa pertenece á Andalucía, no á Castilla, y como V. P. solo tiene jurisdicción sobre Castilla, nada tiene que ver con nosotras. No se canse, pues, Padre mío, en venir á visitarnos, que perderá el tiempo, porque nosotras no le reconoceremos por Prelado nuestro; etc. etc.»

Cuanto la Madre dice acerca de la Regla mitigada,

no es precisamente por condenarla, sino por responder á las acusaciones, y excusar á su convento los disgustos que algunos de los Padres Calzados causaban en aquel tiempo á las monjas y á los frailes Descalzos, metiéndose, como consta en la carta autógrafa de la M.e Francisca del 20 de Enero de 1625, en hartas cosas que no eran de su incumbencia, y llenándolos en las visitas de reglamentos que no convenían.

La firmeza de Ana de Jesús intimidó al Provincial de Castilla de tal suerte, que ni él, ni aun el de Andalucía, osaron presentarse en el convento de Beas. No contenta con esto la Venerable, de acuerdo con Santa Teresa (que por sí misma no podía hacer cuanto deseaba á causa de la prohibición que le habían intimado), se impuso toda suerte de incomodidades para procurar á la Reforma la benevolencia y el favor de los grandes del reino, así como empeñar en pro de su causa las voluntades de los religiosos de más fama. La Santa entretanto, aunque estaba muy cierta, por habérselo Dios revelado, del socorro del cielo, reduplicaba para aplacar á Su Divina Majestad, las súplicas, los ayunos y las maceraciones, y, siguiendo además el consejo de la M.e Ana, escribió á Felipe II una apremiante carta, encargando la entrega de ella al P. Ambrosio Mariano.

Los esfuerzos que de mancomún hacían Santa Teresa y Ana, á quienes podemos apellidar único sostén del combatido edificio de la Reforma, trajeron bien pronto días más serenos. Informado el Rey de lo que pasaba, manifestó al Sr. Nuncio cuán de mala gana veía maltratados á los Carmelitas Descalzos, y le obligó á favorecerlos en adelante, ya que hacían particular profesión de una vida más activa y perfecta: y aquí tienen principio la paz y el sosiego que más tarde gozaron. El mismo Sr. Nuncio propuso á Felipe II nombrara cuatro comisarios que tratasen con él aquella

grave cuestión, para terminarla á satisfacción de la gente de bien; y á este intento comenzaron á tener sus juntas á fines de Marzo de 1579, y lo primero de que cuidaron fué de sacar todos los conventos de monjas y frailes Carmelitas Descalzos de la jurisdicción de los Provinciales de la Observancia, dándoles por Prelado y Vicario general al P. Angel de Salazar, que, aunque Observante también, era muy afecto á los Descalzos, cuya santidad conocía perfectamente desde muy atrás. Diéronsele patentes, fechas á 1.º de Abril de 1579, y no bien las tuvo, dióse prisa á poner en libertad á Santa Teresa: visitó después los conventos fundados por ella en Castilla, y lo propio hubiera hecho con los de Andalucía, á no estorbárselo la poca salud y las muchas ocupaciones. Ya que esto no pudo ser, á lo menos envió á S. Juan de la Cruz á fundar, como queda dicho, el colegio de Baeza, y, á fuer de buen Padre, hizo cuanto bien pudo á los frailes y monjas de la Descalcez.

Pero volvamos á las tareas que traían entre manos los Comisarios. Tres meses continuos prosiguieron con actividad en sus conferencias con el Sr. Nuncio, quien á 15 de Julio presentó al Rey un resumen de ellas, firmado de todos los concurrentes, en el cual resumen establecían tres conclusiones principales: 1.ª, que se debía favorecer y conservar la Reforma de la M.ª Teresa; 2.ª, que los Descalzos tuviesen conventos propios y no viviesen con los Observantes; 3.ª, que los Priores de los conventos reformados fuesen de los mismos Descalzos; y terminaban suplicando á S. M. que interpusiese su realeza para obtener del Padre Santo la creación de una nueva provincia para los Descalzos, que tuviese al frente un fraile de la Reforma.

En extremo contentaron al Rey los acuerdos de aquella junta, é informando de ellos á los principales Padres de la Reforma que se hallaban en Madrid, fue-

ron de parecer que se debia enviar á Roma un religioso capaz para tratar el grave asunto de la separación de los Observantes, y que convenía llevarlo todo con mucho secreto. Consultaron con Santa Teresa así acerca de la ida como de la persona, y la Santa, aprobando lo primero, escogió para lo segundo al P. Juan de Jesús Roca, Prior en Mancera; elección que á ellos les pareció ser cosa del cielo, atentos á que verdaderamente se hallaban en el P. Juan cuantas cualidades se podían desear. Ya dijimos en el capítulo precedente, cómo el Capítulo de Almodóvar envió á Roma con el mismo objeto al P. Pedro de los Angeles, cuya suerte (virtuosísimo y todo como era el susodicho fraile) fué de las más tristes. Sobornado en Nápoles á poder de regalos, dejóse sorprender: esto, y el subsiguiente aburrimiento y tedio, le condujeron á la vida mitigada. Bien previsto lo tuvo la Ven. Ana de Jesús, ó si no díganlo aquellas sus palabras proféticas que soltó (cuenta Francisca de la Madre de Dios) al saber el nombramiento del P. Pedro para ir á Roma. «Parte descalzo,—dijo—pero volverá calzado.» Escarmentados los Carmelitas Descalzos con tan fatal experiencia, se guardaron mucho de confiar una comisión así importante á persona en quien no tuviesen omnímoda seguridad. Por cualquier lado que se la mirase, y en hecho de verdad, la hallaron muy de su gusto en el P. Juan de Jesús Roca; razón por la cual adhirieron sin repugnancia al parecer de la Santa Reformadora respecto del dicho Padre, y le dieron por compañero al P. Diego de la Trinidad, Prior de Pastrana.

Las grandes dificultades que ofrecía la realización del proyecto, viólas todas de una ojeada el sagaz y experimentado P. Roca, y las sometió á Santa Teresa, que le había llamado á Avila para proponerle la empresa. Como importase tanto guardar secreto y preve-

nir los obstáculos que así en Italia como en España habían de oponer los Padres Calzados, ofreciósele por de pronto que debían disfrazarse con hábitos de seglares, quitándose el de la Orden; pero ¿podían hacerlo en conciencia? y dado que sí ¿cómo excusar el escándalo y defender la honra de la malicia de los hombres? Aun sin contar con lo dicho ¿quién sacaría del Rey y de los señores eclesiásticos y seglares las cartas, sin las cuales no se podía negociar en Roma? ¿En dónde hallaría, por fin, dinero necesario para el viaje y para una negociación tal vez muy larga? Respondióle la Santa que todas aquellas dificultades se allanarían, que ella iba á ocuparse en aquel asunto, y que entretanto hiciese él de su parte cuanto le sugiriese la prudencia. No cabe duda de que Santa Teresa (al hablar con tanta seguridad) confiaba en Dios, pero tenía también puestos los ojos en aquella, á quien antes de entrar en Religión, había llamado coadjutora suya en la obra de la Reforma del Carmen; y de aquí que escribiese á la M.ª Ana manifestándole el embarazo en que se hallaba, y pidiéndole que lo remediase. Así lo dice Francisca de la Madre de Dios, y añade además estas palabras (en extremo lisonjeras para Ana de Jesús) que nos ponen al corriente del trato continuo que la Santa tenía con la Venerable. «Donde quiera que estuviere nuestra Santa Madre,—dice—consultaba con Ana de Jesús, y ésta le decía lo que se debía hacer.»

Tan pronto como la sierva de Dios recibió la carta de Santa Teresa, puso manos á la obra consultando el caso muy en secreto con cuatro célebres teólogos de las Universidades de Salamanca y Alcalá, los cuales unánimemente dijeron ser causa suficiente para disfrazarse en hábito seglar el bien general de la Religión. Indicó á seguida el medio de conseguir cartas del Rey, que fué servirse de la influencia de algunos seño-

res Obispos favorables á la Reforma. Todo ello salió á pedir de boca, y así las cartas como las decisiones de los cuatro teólogos, llegaron á manos de la Santa Reformadora. Diríase que con esto quedó satisfecha Ana de Jesús; pero nó, aun escribió á todos los Priores para que solicitasen del Padre Santo el Breve de separación.

En el ínterin no se durmieron Santa Teresa y los PP. Juan de Jesús Roca y Diego de la Trinidad, ya que ellos recaudaron gran parte del dinero entre algunos caballeros y conventos de monjas Carmelitas. Así y todo, el negocio (y no es difícil de comprender) llevaba largas, de suerte que hasta principios del año 1580 no estuvieron nuestros viajeros en disposición de emprender el viaje. Los Bolandistas (Acta S. Ther. n.º 876) fijan esta partida á mediados de 1579, y apoyan su dictamen en una carta de Santa Teresa á su hermano Lorenzo de Cepeda con fecha 27 de Julio de 1579, en la cual dice: «Ya está en Roma Fr. Juan de Jesús. Los negocios de acá van bien: presto se acabará»; parécenos, sin embargo, que se equivocan estos sabios agiógrafos. En efecto, ellos mismos reconocen (Acta S. Ther. n.º 839) que el Sr. Nuncio no entregó al Rey el resumen de las conferencias con los cuatro Comisarios nombrados por S. M. hasta el *15 de Julio de 1579;* pero el nombramiento del P. Roca y del P. Diego como delegados para Roma, fué consecuencia de aquella nota (puesto que estos Padres debían pedir la separación acordada por los Comisarios), y al dicho nombramiento sucedieron obstáculos de toda suerte que se hubieron de superar antes de ponerse en camino los susodichos frailes, cosas todas imposibles de ejecutar en el término de *los doce días* consecutivos á la entrega de la nota al Rey: luego es inadmisible dijese Santa Teresa que á mediados de 1579 estaba en Roma el P. Juan de Jesús,

y los negocios á punto de terminarse. Síguese, pues, que los editores no señalaron bien la data de la carta á D. Lorenzo (1), la cual carta no pudo escribirse sino en 1580; pero suponiéndola de este año, todo se explica fácilmente. No sin causa temía Santa Teresa que á los Procuradores (cansados de tantos preparativos) les faltasen ya bríos para negociar en Roma: por eso quiso que pasasen por Beas antes de embarcarse, y escribió á la M.ª Ana rogándola por el amor de Dios que los animase mucho, y les proporcionase el dinero que aun les faltaba. La Venerable detuvo ocho días junto á sí á los Padres, y colmó los deseos de la Santa Reformadora en lo que por ellos hizo, ya disipando sus inquietudes con razones é instancias urgentes, ya llenándoles el corazón de confianza y de valor, ya determinándoles á proseguir con nuevos bríos una empresa cuyos resultados eran de tanta importancia. Viniendo á lo del dinero, como Beas no ofrecía recurso alguno, no vaciló la Venerable en imponer á sí y á la Comunidad la pesada carga de aprontar los cuatrocientos ducados que necesitaban, y, llamando al padre de una religiosa, le suplicó que le adelantase aquella suma á cuenta de la dote de su hija; y no bien la hubo recibido, la cambió por doblones de á cuatro escudos, los cuales mandó coser á los vestidos de los viajeros. Embarcáronse (puesto que ya nada les estorbaba la partida) en el puerto de Alicante, llegaron felizmente á Roma, ejecutaron su comisión con tanta prudencia y actividad, que á 22 de Junio siguiente, el Soberano Pontífice Gregorio XIII, bien informado de todo, concedió cuanto se le había pedido en favor de la Reforma.

Gratamente impresionada Santa Teresa por lo que en aquella ocasión había hecho Ana de Jesús, le manifes-

(1) Sabido es que la Santa no ponía el *año* mas que en las cartas que escribía á América.

tó su gozo y agradecimiento en carta que debemos á la M.ª Francisca, quien asegura haber visto con sus propios ojos el original de la dicha carta, y es del tenor siguiente: «Hija mía y corona mía; no me harto de dar »gracias á Dios por la merced que Nuestro Señor me »hizo en traerme á V. R. á mi Religión, que así como á »los hijos de Israel cuando los sacó de Egipto proveyó »Su Majestad de aquella columna que de noche les »daba luz y de día les defendía del sol, ansí V. R., hija »mía, es esta columna que nos guía, y nos da luz y nos »defiende. Muy acertado ha sido todo lo que V. R. ha »hecho, que bien parece está Dios en su alma, pues con »tanta gracia y buenos términos hace lo que hace (1).»

Diríase al leer esta carta que la Santa Madre le escribió impulsada del recuerdo de una visión que cuatro años antes había tenido, la cual refiere el P. Federico de S. Antonio en su *Vida de Santa Teresa*, escrita en italiano, y es como sigue, según puede verse en el tomo IV, pág. 399. Vió la Santa un vasto mar agitado de furiosa tempestad, con la cual misteriosamente se le significó, que así como el mar Rojo no tragó á los hijos de Israel sino á los egipcios sus perseguidores, de la misma suerte, no solo no recibiría la Orden detrimento alguno, mas quedarían confundidos sus enemigos. Y no tengamos á exagerados los elogios que Teresa tributa aquí á su animosa coadjutora, que bien se los merecía, dice el P. Antonio de S. José, la M.ª Ana; ni había por qué temer que correría riesgo la humildad de la Venerable, de cuya virtud no dudaba la Santa Reformadora. Ni la propia Ana disimulaba los grandes servicios que había hecho á la Orden en circunstancias no menos aciagas, puesto que solía decir

(1) Manrique (y cuantos después de él reprodujeron esta carta de Santa Teresa) no dan exactamente el texto que conservó la Madre Francisca, el cual es como acabamos de transcribir.

á sus monjas: «Vuestras Caridades, hijas mías, gozan en paz del fruto de mis trabajos; que no hubiera llegado á ser lo que hoy es nuestra Orden, á no haber mostrado yo la energía que con la gracia de Dios mostré.»

Renunciaron los Carmelitas Calzados á todas sus pretensiones luego que en España se tuvo noticia del Breve, para cuya ejecución había nombrado Gregorio XIII al P. Dominico Pedro Hernández. Sorprendido éste por la muerte, sucedióle á 4 de Enero de 1581 el P. Juan de las Cuevas, también Dominico y Prior de Talavera, quien convocó inmediatamente en Alcalá de Henares un Capítulo provincial de todos los Prelados de la Reforma, y se hizo la apertura el 3 de Marzo. Después de proveer al gobierno de la nueva provincia de Descalzos, y de prescribir oraciones perpetuas por el Rey, tratóse de las Constituciones de los frailes, y el día 7 se ocuparon en las de las monjas, la redacción de las cuales cometieron al R. P. Provincial Jerónimo Gracián de la Madre de Dios y á los Definidores. Revisaron de nuevo las Constituciones primitivas de Santa Teresa y las adiciones del P. General Juan Bautista Rubeo y de los Visitadores apostólicos; examinaron á la vez los avisos que la Santa Madre había dirigido al Capítulo; y, por fin y postre, acomodaron estos diferentes reglamentos á las fuerzas de los individuos y al espíritu de la Reforma. El 13 de Marzo de 1581 aprobó la junta los trabajos de la comisión, y tres días después se deshizo, bien que conservando en la memoria cada cual de los Capitulares cuán deudores eran á Ana. A ruegos de Santa Teresa delegó el Capítulo dos de sus miembros (los PP. Juan de Jesús y Diego de la Trinidad) que fuesen á Beas á dar á la sierva de Dios, en nombre de toda la Orden, las gracias que tan merecidas tenía. Llegado que hubieron los dos Padres á ella,

dirigiéronla las mismas palabras con que los hebreos expresaron en otro tiempo á Judith su admiración, respeto y reconocimiento, por haberles librado de Holofernes y su ejército: *Tu gloria Jerusalem, tu lætitia Israel, tu honorificentia populi nostri. Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y la honra de nuestro pueblo.* «Palabras tan significativas—dice Manrique—»que cuando la Iglesia le quiere decir más á la Reina »del cielo, se las suele cantar en una antífona. No cre»eré yo que les envió la Santa á lisonjear, ni que lo »hicieron ellos; y si es verdad en escapando de lisonja, »dichosa á quien con verdad pudo decirse, aunque con »diferencia desigual, lo que se dice á la Reina de los »ángeles.» Mas Ana, refiriendo al Señor tan magníficas alabanzas, fuése inmediatamente al coro con toda la Comunidad á entonar un solemne *Te Deum*. La seráfica Teresa, por lo que á ella concernía, trató también de consignar en sus libros el recuerdo de un suceso que llenaba sus más caros deseos y los sentimientos de que estaba lleno su corazón. Véase si no cómo se expresa al fin del cap. XXIX de las Fundaciones:

«Estando en esta fundación (la de Palencia), acabó »Nuestro Señor cosa tan importante á la honra y gloria »de su gloriosa Madre, pues es de su Orden, como Se»ñora y Patrona que es nuestra; y me dió á mí uno de »los grandes gozos y contentos que podía recibir en »esta vida, que más había de veinticinco años que los »trabajos y persecuciones y aflicciones que había pasa»do, sería largo de contar, y sólo Nuestro Señor lo pue»de entender. Y verlo ya acabado, sino es quien sabe los »trabajos que se han padecido, no puede entender el »gozo que vino á mi corazón, y el deseo que yo tenía »que todo el mundo alabase á Nuestro Señor, y le »ofreciésemos á este nuestro santo Rey D. Felipe, por »cuyo medio lo había Dios traido á tan buen fin; que

»el demonio se había dado tal maña, que ya iba todo »por el suelo, si no fuera por él. Ahora estamos todos »en paz, Calzados y Descalzos; no nos estorba nadie á »servir á Nuestro Señor. Por eso, hermanos y hermanas »mías, pues tan bien ha oído sus oraciones, priesa á »servir á Su Majestad. Miren los presentes que son tes- »tigos de vista, las mercedes que nos ha hecho, y de »los trabajos y desasosiegos que nos ha librado; y los »que están por venir, pues que lo hallan llano todo, no »dejen caer ninguna cosa de perfección, por amor de »Nuestro Señor. No se diga por ellos lo que de algunas »Ordenes, que loan sus principios, que ahora comen- »zamos, y procuren ir comenzando siempre de bien en »mejor. Miren que por muy pequeñas cosas va el de- »monio barrenando agujeros, por donde entran las »muy grandes. No les acaezca decir, en esto no va nada, »que son extremos. ¡Oh hijas mías, que en todo va »mucho, como no sea ir adelante! Por amor de Nuestro »Señor les pido se acuerden cuán presto se acaba todo, »y la merced que nos ha hecho Nuestro Señor en traer- »nos á esta Orden, y la gran pena que terná quien co- »menzase alguna relajación; sino que ponga siempre »los ojos en la casta de donde venimos de aquellos »santos Profetas: ¡qué de Santos tenemos en el cielo »que trajeron este hábito! Tomemos una santa presun- »ción, con el favor de Dios, de ser nosotros como ellos. »Poco durará la batalla, hermanas mías, el fin es eter- »no. Dejemos estas cosas, que en fin, no son, sino es »las que nos allegan á este fin, para más amarle y ser- »virle, pues ha de vivir para siempre jamás. Amén. »Amén.»

CAPÍTULO IX

Nombran Vicario provincial de Andalucía al P. Diego de la Trinidad.—Fin del segundo trienio de la Madre Ana de Jesús.—De la grande confianza que Santa Teresa tuvo siempre en la sierva de Dios, á quien predijo la parte que le cabría en las fundaciones de Granada y Madrid.—Refiérese una visión de la H.ª Catalina de S. Alberto.—Preséntase á Ana cual si fuera simple religiosa, por espacio de seis meses en Beas, y el discernimiento que tenía de espíritus.—El P. Diego propone y S. Juan de la Cruz aprueba la fundación de Granada.—Sale para Castilla nuestro primer Descalzo, y el P. Diego va á negociar á Granada.—Parten de Beas Ana y las monjas destinadas para esta fundación.

Poco tiempo después del Capítulo de Alcalá, en que fué nombrado Provincial el P. Jerónimo Gracián, como se hiciese difícil el gobierno de los varios conventos de la Reforma por estar entre sí muy distantes, trató el mencionado Padre de facilitarle dividiendo toda la provincia en tres grandes distritos: Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, y Andalucía, y poniendo al frente de cada uno un Vicario provincial que, en ausencia suya y conforme á sus instrucciones, gobernase las casas de frailes y las de monjas Carmelitas Descalzas. Pero para cuanto concernía á las de las religiosas, dió á la Santa Fundadora autoridad superior á la otorgada á los Vicarios provinciales, y reservóse para sí la suprema dirección, de forma y manera, que no bien ponía los piés en un distrito, cesaba el cargo del respectivo Vicario provincial. Fué nombrado para desempeñar este oficio en la Provincia de Andalucía el P. Diego de la Trinidad, y con esto dicho se está que vino á ser superior inmediato de Ana de Jesús. Por su parte, nuestro Padre S. Juan de la Cruz, electo tercer Definidor en aquel mismo Capítulo, fué á tomar de nuevo las riendas del gobierno del colegio de Baeza, de donde

era Vicario hacía dos años, y continuó confesando á las Carmelitas de Beas. Expiró su oficio de Vicario á 14 de Junio, pero, según parece, siguió ejerciéndole algunos meses más, porque el P. Diego le llama Rector del colegio de S. Basilio de Baeza, en la patente que le dió á 13 de Noviembre de 1581, la cual cita D. Vicente de la Fuente en el tomo II de los *Escritos de Santa Teresa*, pág. 310, nota 2.ª. Hacia el fin de aquel mismo año, ó principios del siguiente, le eligieron Prior de su Comunidad los Padres conventuales de Granada, sucediendo al ilustre Padre Agustín de los Reyes, que había cesado en este cargo.

Mientras tanto vió también Ana llegar el fin de su segundo trienio en Beas; mas antes de hablar de la elección que para sucederla se hizo en Julio de 1581, es importante para lo que sigue de esta historia, poner de relieve la gran confianza que la Santa Madre Teresa tenía depositada en nuestra Venerable, y observar también cómo en más de una ocasión y mucho tiempo antes que sucediese, anunció la Santa á la sierva de Dios la parte que le cabría en las fundaciones de Granada y Madrid. Para el cual intento nos contentaremos con alegar los manuscritos autógrafos que se guardan en el convento de las Carmelitas de Bruselas, los cuales, sencillos y todo como son, transcribiremos á la letra, por no alterar la sustancia.

«Olvidóseme,— dice María de la Encarnación al deponer el 2 de Marzo de 1622 para la beatificación de la Venerable—hablar del trato en extremo íntimo que Ana de Jesús tuvo con nuestra Madre Santa Teresa cuando se hallaban juntas en Salamanca y en Beas. Tan grande y tierno era el afecto que la Santa profesaba á la sierva de Dios, que le descubría y comunicaba muchos de sus secretos y de las señaladas gracias con que la regalaba el cielo. Solía decir la Seráfica Madre,

que no tenía secretos para Ana, porque la amaba como á su corazón, y aún le encomendaba empresas importantísimas, cual fué la de la fundación de Granada.....»

La M.ª Magdalena del Espíritu Santo en la deposición del 3 de Julio de 1621, se expresa así: «Más de una vez probó la M.ª Ana de Jesús á convencer á nuestra gloriosa Madre Teresa de que debía enviar á fundar en Madrid á la M.ª Brianda de S. José, á la sazón Priora del convento de Toledo; pero la Santa le respondió: No se canse en proyectar lo que no ha de ser, pues V. R. es la escogida de Dios para llevar á cabo esa empresa. Fundará primero en Granada, después en Madrid; y crea y convénzase V. R. de que esta última fundación será causa de otras muchas, en las que no le faltará en qué ejercitar su valor y cumplir sus grandes deseos. Añado yo también, que nuestra gloriosa Madre Teresa, á quien Dios había dado á conocer la alta perfección de Ana de Jesús, decía á ésta: «Mire mi hija Ana, yo llevo el nombre de fundadora, pero á V. R. es á quien en realidad se debe: Dios la guarda para cosas de mucha importancia.» Así, en efecto, se ha cumplido; y, por lo que toca á estas palabras de nuestra Madre Santa Teresa, las sé por algunas religiosas que las referían como dichas de la misma Santa.» Con lo cual concuerda el testimonio de la M.ª Teresa de Jesús, cuyas son estas palabras: «Santa Teresa decía algunas veces á Ana, aludiendo á la ayuda que en ella hallaba: «Ana, Ana, ella tiene las obras y yo la fama.»

Vengamos ya á lo que en las deposiciones del 3 de Marzo de 1635 refieren las MM. Margarita de Jesús y Teresa de Jesús María. «Grande fué el aprecio—dice la primera—que de la Ven. M.ª Ana de Jesús hizo nuestra Madre Santa Teresa, y mucha la confianza que tuvo en su gran valor; y en su vida la escogió entre

todas sus hijas para sucesora suya, y la envió á fundar en Granada.» «Bien se ha echado de ver—prosigue la segunda—la mucha estima en que á la Venerable tuvo nuestra Madre Santa Teresa de Jesús, por las encarecidas alabanzas que le tributó, y por la confianza con que remitía la Santa á la sierva de Dios el cuidado de los negocios más graves: y la misma Venerable declara al deponer jurídicamente para la canonización de Santa Teresa, que ya por lo que supo por escrito, ya por lo que alcanzó de oídas, estuvo al corriente de casi todas sus cosas; la cual estima brilló por manera singular en la elección que de Ana hizo la Santa Madre para que fundase: privilegio que á sola la Venerable fué concedido. Ya estando en Beas en 1575, había la Santa Reformadora predicho á la sierva de Dios que tras la fundación de Granada haría la de Madrid.»

Otra cosa depone la M.ª Teresa de Jesús María, y es, que al fin del segundo trienio de la Ven. Ana, escribió á las monjas de Beas Santa Teresa diciéndoles que no pensasen en reelegirla, sino que escogieran á otra por Priora, porque ella necesitaba de Ana de Jesús para la fundación de Granada: y así se hizo. Verificóse la elección en Julio de 1581, y, por consejo de la sierva de Dios, salió electa por unanimidad de votos, la Madre Catalina de Jesús (la mayor de las dos fundadoras de Beas), á quien ya conocen los lectores de esta Vida; los cuales saben asimismo que en aquel entonces había en Beas una Hermana lega dicha Catalina de S. Alberto (la misma á quien nuestra Venerable, según dejamos dicho, atribuyó la curación milagrosa de la H.ª Luisa del Salvador). La susodicha lega, era una religiosa de mucha santidad, y mereció nada menos que tener por panegirista á nuestro P. S. Juan de la Cruz. «Si supie»ran, hijas,—decía el Santo á las Carmelitas de Beas— »el tesoro que tienen en Catalina de S. Alberto, la tie-

»rra donde pone los piés andarían besando. No pudiera »creer, á no haberla comunicado, que en tiempos tan »calamitosos como los presentes, hubiera alma que »tan de veras sirviese á Dios, ni que tan unida viviese »con Él.» Hemos querido transcribir aquí estas palabras de nuestro Santo Padre para dar realce al importante hecho que vamos á referir, el cual hallamos en un documento escrito de propio puño y letra del P. M. D. Diego Guevara, Agustino, Profesor de la Universidad de Salamanca. Dice así:

«Estando haciéndose en esta casa (de Beas) la elección de la Priora que había de suceder á la Madre Ana de Jesús, que había desempeñado este oficio por espacio de siete años, se puso en oración la H.ª Catalina de S. Alberto, lega, á quien favoreció el cielo con una visión, en la cual le fueron mostradas remotas regiones, donde muchas almas esperaban la ida de Ana de Jesús, para convertirse por su mediación. La favorecida comunicó esta merced á la M.ª Ana, quien me la refirió en seguida á mí.»

Hállase este escrito del P. Guevara al final de una copia manuscrita, que se sacó en 1585 del relato de la fundación de Granada, tal cual le escribió la M.ª Ana, y de un pasaje de las Adiciones á la Vida de S. Luis Bertrán, pasaje en que el P. M.º Vicente Justiniano trae la carta que el Santo escribió á Santa Teresa el año 1560, respondiendo á la consulta que la Seráfica Madre le había hecho sobre la obra de la Reforma del Carmen. Parécenos que lo que el P. Diego pretendió al anotar la relación de Ana de Jesús y la carta de S. Luis Bertrán, valiéndose del relato de la visión de la H.ª Catalina de S. Alberto, fué poner de relieve la correspondencia que hay entre estos tres documentos, é insinuar que la fundación de Granada y las demás hechas por nuestra Venerable dentro y fuera de Espa-

ña, son el cumplimiento de la profecía de S. Luis. Para que el lector lo pueda apreciar mejor, copiaremos el pasaje de las Adiciones á la Vida de este Santo. «La bienaventurada Madre Teresa de Jesús, Fundadora de las monjas y frailes Carmelitas Descalzos, desde el principio de su obra consultó con varias personas espirituales, singularmente con el P. Bertrán, á quien con este motivo escribió una carta comunicándole sus deseos y varias revelaciones objeto de los mismos. El P. Luis encomendó á Dios en sus oracioues y santos sacrificios los piadosos designios de la Madre, y pasados tres ó cuatro meses, dió á la Santa la respuesta siguiente: «Madre Teresa, recibí vuestra carta. Y porque »el negocio sobre que me pedís parecer es tan del ser»vicio del Señor, he querido encomendárselo en mis »pobres oraciones y sacrificios, y ésta ha sido la causa »de haber tardado en responderos. Ahora digo en nom»bre del mismo Señor, que os animéis para tan grande »empresa, que Él os ayudará y favorecerá. Y de su »parte os certifico que no pasarán cincuenta años, que »vuestra Religión no sea una de las más ilustres que »haya en la Iglesia de Dios. El cual os guarde, etc. En »Valencia.»

La M.ª Ana no hizo desde luego mucho caso de la visión que la H.ª Catalina le comunicó después de la elección, pero acordósele más adelante; y por lo que con fecha 27 de Octubre de 1641 depone la M.ª Beatriz de la Concepción, parece haber dado crédito á ella. «He hallado,—dice la deponente—dos papeles escritos por la bienaventurada M.ª Ana de Jesús: el primero, redactado en Francia, contiene lo que sigue: *Un año antes de la muerte de nuestra Madre* (Santa Teresa), *ya se supo mi venida á estas tierras.*»

Seis meses permaneció aún en Beas como simple religiosa nuestra Venerable «más obediente, — dice

»Manrique—que la mínima novicia, más respetada de »todas que la Priora, acudiendo todas á darle cuenta »de sí y de su interior, del mismo modo que lo hacían »cuando ella lo era. Fué extraordinario el don que te- »nía en esto: y así, no las de casa solamente, sino los »de muy de fuera, religiosos, seglares, hombres de »grandes letras y virtud, la tomaban por guía é iban »de muy lejos á buscarla, y volvían todos consolados, »de manera que, como pobres á casas de limosna, se »llamaban los unos á los otros.»

Ni sobresalía menos la sierva de Dios en el discernimiento de espíritus, de lo cual dió entonces claro testimonio en el hecho que refiere el P. Jerónimo Gracián (pág. 68 del manuscrito *Peregrinación de Anastasio*), y el P. Pedro de S. Andrés (*Historia generalis Carm. disc. Congregationis S. Eliæ*, pág. 436 y 437). Veremos de concertar las dos relaciones, dado que en la sustancia convienen. No hay más que leer, según don Vicente de la Fuente (tomo 1.° de los *Escritos de Santa Teresa*, pág. 129), no hay más que leer las vidas de santos de aquella época (á fines del siglo XVI), para encontrar noticias de alguna embustera descubierta por ellos. Esto es ni más ni menos lo que á nuestra Venerable sucedió con una joven por nombre Juana Calancha, juguete de las ilusiones del demonio desde la edad de siete años, en tal grado que, las maravillas que obraba, las revelaciones y los arrobamientos que tenía, granjearon á esta ilusa grande fama de santidad. Presentóse en el convento de Beas á pedir el hábito de religiosa de velo blanco, y como la M.ª Ana descubriese luego al punto con luz sobrenatural los ardides del maligno espíritu, no dejó piedra por mover á fin de alejar de la Comunidad sujeto tan despreciable; pero no imitaron esta firmeza las demás monjas, las cuales, por último, se doblegaron á las importunaciones

de muchas personas que se interesaban por la joven, particularmente á las del confesor que la venía dirigiendo desde la infancia, y del Sr. Obispo de Jaén, que se ofrecía á pagar el dote; y le dieron el voto. El mismo P. Gracián, rehacio y todo á autorizar á las monjas á que diesen el hábito á la postulante, no pudo resistir á las instancias que le hicieron, según él propio lo confesó. El mismo día en que fué recibida, la tomó aparte la M.ª Ana, y preguntóle cómo estaba. «Muy bien» dijo la novicia; y, con ademán altanero, añadió que mientras la vistieron el hábito la había puesto el mismo Niño Jesús un preciosísimo manto. Ni una palabra respondió la Venerable, asombrada de tanta presunción, y, despidiendo á aquella infeliz, se retiró reflexionando en la profundidad de las arterías del demonio.

La noche siguiente todas las monjas (excepto la sierva de Dios que se recogió á la celda) se quedaron en el coro después de Maitines, y de repente vieron á la novicia elevarse por el aire como si padeciera éxtasis: espectáculo que las llenó de asombro y les hizo derramar lágrimas de devoción. Sabedora la M.ª Ana con luz celestial de aquella maquinación diabólica, impelida del Espíritu Santo, vuelve al coro, coge á la extática por los piés y la abate al suelo: reprendió luego severamente á las monjas, y llevóse á la novicia, diciéndole: «Sepa, hermana, que no tenemos aquí necesidad de esos arrobamientos, sino de que friegue bien los platos.»

Pasados algunos días, aconsejó Ana á la Priora que no permitiese á la novicia asistir á los actos de Comunidad ni tratar con las Hermanas, y que la pusiese en una celda retirada contigua á la suya, so pretexto de que arrobamientos tan frecuentes y gracias tan extraordinarias, pedían mayor soledad y retiro.

Convino en ello la Priora, y no tardó en saber con certeza á qué atenerse acerca de la pretendida santidad de aquella desdichada, pues una noche, á eso de las once, oyó estas palabras: «Vela, que es menester», y como una hora después se dejó oir una como batahola de confusas voces en la ventana de la celda de la novicia. Coge entonces Catalina una luz, váse hacia la celda, y tal hedor sintió al abrir la puerta, que pensó caer muerta. Halló á la infeliz en compañía del infernal espíritu (el cual desapareció tan pronto como la Priora hubo entrado), hablóla con severidad, y fuése luego á estar con la Madre Ana para contarle lo sucedido, y aconsejarse de ella sobre la resolución que convenía tomar. «Madre nuestra,—respondió la sierva de Dios—bien se lo dije á V. R.» Convinieron en quitarle el hábito á Juana, y dar á entender á su confesor que, pues no tenía vocación, la volviese á su casa: y así se hizo todo desde la mañana siguiente. Un poco más adelante, denunciaron á la ilusa al tribunal de la Inquisición de Murcia, en donde la trataron con mucho rigor; pero, por fin, reconoció y lloró sus extravíos, y fué después á dar gracias á la sierva de Dios por el bien que ésta le había hecho descubriendo sus supercherías y mala conducta.

El mes de Octubre llegó á Beas el P. Diego de la Trinidad (que, como ya hemos dicho, era Vicario provincial de Andalucía), á quien con ocasión de la visita regular del convento de los Mártires de Granada, habían suplicado varios graves personajes y señoritas principales que fundase en dicha ciudad un convento de monjas de su Orden, ofreciendo para ello abundantes limosnas. Entró de lleno el P. Vicario en un proyecto que, por otra parte, sabía era muy conforme al deseo de nuestra Madre Santa Teresa; ni se descuidó en comunicárselo á Ana de Jesús tan pronto como llegó

á Beas, exponiéndole con calor cuanto las circunstancias actuales ofrecían de ventajoso para realizar el intento. No fué del mismo parecer la sierva de Dios, pues temía que la buena fé del Padre hubiese sido sorprendida. «A mí me pareció,—dice la Venerable en su re»lación—que su buena fé le hacía creer ayudarían con »algo; y ansí le dije que lo tenía por palabras de cum»plimiento, y que no habría nada de lo que decían, ni »el Arzobispo de allí daría licencia para fundar mo»nasterio pobre, donde tantos había de monjas que no «se podían sustentar, por estar Granada destruida, y ser »los años muy estériles. Y aunque el Padre veía era »verdad lo que le decía, con la gana que tenía de que »se hiciese este convento, volvía á afirmarse en sus es»peranzas, diciendo que el Licenciado Laguna, Oidor »de esta Audiencia, le había ofrecido de favorecer mu»cho, y de secreto el P. Salazar, de la Compañía de »Jesús, diciendo que ellos alcanzarían la licencia del »Arzobispo. Todo lo tuvo por incierto, como lo fué; »aunque de ver al Padre poner tanto en ello, lo enco»mendaba mucho á Dios, y pedía á las Hermanas le »suplicasen nos diese luz de si convenía. Diósuch Su »Majestad bien clara de que ninguna comodidad ni »favor humano había entonces; mas que como se ha»bían fundado otras casas en confianza de su divina »Providencia, se fundase ésta, que Él la tomaría muy á »su cargo, y se serviría mucho en ella. Cuando se me »ofreció esto, acababa de comulgar, y había tres sema»nas que el P. Visitador estaba allí dando y tomando »en que se hiciese. Yo con todas las dudas y excusas »que he dicho, me resolví en aquel punto que acabé de »comulgar, y dije á la H.ª Beatriz de S. Miguel, que »era portera, y también había comulgado conmigo: »*Ella crea que Dios quiere se haga esta casa de Granada;* »*por eso llámeme al P. Fr. Juan de la Cruz para decirle,*

»*como á confesor, lo que Su Majestad me ha dado á en-*
»*tender.* En diciéndoselo en confesión al P. Fr. Juan, le pareció diésemos cuenta al P. Visitador de lo que Nuestro Señor me había comunicado.»

Añade luego la Venerable que «aquel mismo día (13 de Noviembre) se determinó y despachó todo lo que para esto era menester.» Convínose en que el P. Diego volviese á Granada á tratar de lo necesario á la fundación, y que el P. Juan de la Cruz fuese á Avila por Santa Teresa y las demás Hermanas destinadas á Granada. Llevaba el Santo varias cartas, en la primera de las cuales el P. Vicario provincial pedía licencia para fundar al P. Jerónimo Gracián, á quien y á la Santa Fundadora suplicaba en otras dos Ana de Jesús que escogiesen cuatro religiosas de Castilla para el nuevo convento, y además pedía encarecidamente á la Santa fuese ella misma á hacer la fundación.

Luego que S. Juan de la Cruz llegó á Avila, de acuerdo con Santa Teresa, envió un mensajero al P. Provincial que se hallaba en Salamanca, en donde acababa de fundar un colegio el 1.º de Junio de 1581. El P. Jerónimo dió la licencia solicitada, dejando la elección de las monjas á la Santa Reformadora. Extremo fué el regocijo de ésta con la fundación de Granada, en razón de ser una de las que más había deseado; pero en cuanto á ir ella, dijo era imposible, por haberle Nuestro Señor mandado fundar al propio tiempo en Burgos. En una carta á S. Juan de la Cruz, de la que Francisca de la Madre de Dios habla en una suya del 25 de Febrero de 1625, añade Santa Teresa que se haría mejor con Ana de Jesús que con ella, y que no era necesaria su presencia donde estaba la M.ª Ana. Lo propio dió á entender en otra carta á nuestra Venerable, como la misma sierva de Dios testifica en su relación: «Leí una carta suya que me traían, en que

»decía que por solo mi contento quisiera poder venir, »mas que nuestro gran Dios mandaba otra cosa; que »ella quedaba muy cierta se había de hacer todo muy »bien en Granada, y me había de ayudar Su Majestad »mucho.»

En la elección del personal de que había de constar la nueva fundación, la Santa Madre no tuvo puesta la mira en otra cosa que en satisfacer cumplidamente sus deseos y en dar gusto á Ana de Jesús; así que, sin pérdida de tiempo, tomó de Castilla tres de los mejores sujetos de la Reforma, á saber: la M.ª María de Cristo, que acababa de terminar un priorato de cinco años consecutivos; la M.ª Antonia del Espíritu Santo, una de las cuatro primeras Carmelitas Descalzas, que estaba también en Avila; y la M.ª Beatriz de Jesús, su sobrina, del convento de Toledo. Autorizó luego á Ana de Jesús para escoger tres monjas de la Comunidad de Beas, y, por último, dió las oportunas disposiciones para que de Sevilla fuesen aún dos buenas religiosas, y otras dos de Villanueva de la Jara. A seguida escribió la Santa á la M.ª María de S. José, Priora de Sevilla, y al P. Jerónimo Gracián. María de S. José recibió dos cartas, la primera de las cuales partió á 28 de Noviembre, y es muy probable que Nuestro Padre S. Juan de la Cruz fuese el portador de la segunda, escrita con la misma fecha, en la cual se lee respecto á la fundación de Granada: «Este día escribí á V. R. muy largo..... »Para la fundación de Granada he dicho le saquen de »ahí dos monjas, y fío de ella que no dará lo peor, y »ansí se lo pido por caridad, que ya ve cuánto importa »que sean de mucha perfección y habilidad.»

En su carta del 29 de Noviembre al P. Gracián, dice la Santa: «Hoy se han ido las monjas, que me ha »dado harta pena, y dejado mucha soledad..... Las que »señalé fueron las tres de acá, y otras tres de Beas con

»Ana de Jesús que va por Priora, y otras dos de Sevi»lla y dos freilas de Villanueva, que son harto buenas, »sino que me había escrito la Priora que convenía, »porque son cinco hermanas, y tiene razón y esla de »ayudar aquella casa, pues de estotra de Granada cuen»tan tanto.»

El 29 de Noviembre de 1581 partió de Avila San Juan de la Cruz, llevando consigo á las MM. María de Cristo y Antonia del Espíritu Santo, y de paso por Toledo tomó á la M.ª Beatriz de Jesús, con las cuales llegó, por fin, á Beas el 6 de Diciembre. Algún tiempo después pasó á Granada, de cuyo convento de los Mártires, como vimos más arriba, fué electo Prior. No esperaba Ana de Jesús, según parece, que las acompañase Santa Teresa. «Había mucho,—dice la Venerable »en su relación—que me escribía Su Reverencia que »esto de Granada no había de venir á ello cuando se »hiciese, porque creía que quería Dios lo hiciese yo.» Así y todo sintió vivamente ver llegar á las religiosas sin la Santa Madre, el cual sentimiento expresa diciendo: «A mí me pareció imposible verme sin Su »Reverencia en ninguna fundación.» «¡Cuán grande es »el poder de la humildad, y cuán admirables y precio»sos los efectos de esta virtud!—exclama aquí el pri»mer historiador de la sierva de Dios.—Parecíale á »Ana que sin la Santa, nada, absolutamente nada podría »hacer; y no solo esto, sino que miraba como imposible »verse donde quiera que su Madre no fuese el alma de »todo. Esta es la junta que agrada más á Dios, y donde »obra Él mayores maravillas: cuando ni el ánimo me»noscaba la humildad, ni la humildad derriba ó quie»bra el ánimo. Como si sola no pudiera hacer nada, »sintió el verse sin ella; como si en nada la hubiese »menester, puso el hombro al trabajo y lo hizo todo.»

En escritura de la M.ª María de la Encarnación con

fecha del 2 de Marzo, hallamos un precioso testimonio de nuestro Padre S. Juan de la Cruz, á quien no se negará la cualidad de juez recto en el asunto, ya que había sido confesor de Santa Teresa y lo era á la sazón de Ana de Jesús. Esta, según el Santo, se asemejaba en todo á aquella; el mismo espíritu de oración, el mismo modo de obrar, el mismo talento, la misma manera de gobierno; y por eso cabalmente no amaba ni veneraba menos el Santo Padre á la sierva de Dios, que á la Santa Fundadora.

En tanto que S. Juan de la Cruz y el compañero desempeñaban su comisión en Castilla, el P. Diego de la Trinidad fué á Granada á aprovecharse de las ofertas que le habían hecho, en las que confiaba como si ya lo tuviera en la mano; y de aquí que no guardase secreto acerca de ello, y aún que propalase por doquiera los bastos planes que había concebido sobre la nueva fundación. Esto explica, si no nos engañamos, dos pasájes de las cartas de nuestra Madre Santa Teresa, en una de las cuales (la ya citada del 29 de Noviembre de 1581), dirigida al P. Gracián, dice la Santa: «Es razón de ayudar aquella casa (de Villanueva), pues de estotra de Granada cuentan tanto.» En otra del 30 de Mayo de 1589 para esta misma Comunidad de Granada, dice así: «Ví por una carta que me envió la Priora de Sevilla, que compraban casa en doce mil ducados.» Ahora á la M.ª Ana tocará decirnos el paradero de las magníficas esperanzas del P. Vicario provincial. «El »Santo,—dice hablando del P. Diego—debió de traba»jar harto porque cuajase algo de lo que le había ofre»cido, y alcanzar licencia del Arzobispo: no hubo re»medio de que se le concediese nada, y en fé, que »la tenía buena, no hacía sino escribir á Beas mu»chas comodidades de las que le ofrecían había. Yo »me reía, y le escribía no hiciese caso de aquello, sino

»que nos alquilase una casa cualquiera en que entrá-
»semos, porque eran ya venidas las Hermanas de Cas-
»tilla. El pobre andaba fatigado porque ni aun esto
»hallaba, y aunque había ido á hablar al Arzobispo y
»ayudádose con él de los Oidores, los más antiguos,
»que eran D. Luis de Mercado y el Licenciado Laguna,
»no había orden de que el Arzobispo quisiese admitir
»nuestra venida, antes mostraba mucho disgusto con
»palabras muy ásperas. Decía que quisiera deshacer
»cuantos monasterios de monjas había, y que en tales
»años ¿qué cosa era le quisiesen traer más monjas?
»viendo era la esterilidad de manera que no se podían
»sustentar, y otros dichos harto desgraciados. Quedá-
»banlo mucho estos señores Oidores que hablaban en
»ello, como veían lo mucho que escribíamos de Beas
»dando priesa y diciendo lo poco que nos bastaba para
»diez monjas que habíamos de venir. De secreto ayu-
»daban al Padre, y dieron favor para que un jurado
»de aquí le alquilase una casa. Cuando la tuvo, nos
»escribió viniésemos, harto afligido de ver no tenía
»más que aquello. En Beas estábamos esperando, muy
»determinadas de venirnos con cualquier palabra que
»el Padre dijese para poderlo hacer: ansí lo habíamos
»tratado el Padre Fr. Juan de la Cruz y las Hermanas
»que estaban allí á 13 de Enero. Y estando con esta es-
»peranza, entré á rezar á la hora de oración que á las
»tardes acostumbrábamos tener, pensando en aquella
»palabra del Evangelio que dice en el bautismo Cristo
»á S. Juan: *A nosotros nos conviene cumplir toda justicia.*
»Y bien recogida el interior en esto y olvidada de la
»fundación, comencé á oir una gran gritería de muchos
»alaridos juntos en confusión, y al punto me pareció
»eran demonios que hacían aquel sentimiento porque
»debía llegar el mensajero con recado para que vinié-
»semos á Granada, y en esta imaginación crecieron

»tanto los alaridos que oía, que me comenzó á desfa-
»llecer el natural, y ansí debilitada me llegué á la
»Madre Priora que estaba cerca de mí, y ella, pensando
»que era flaqueza, comenzó á pedir algo que comiese.
»Yo haciendo señas dije que dejasen aquello, y mira-
»sen quién llamaba al torno. Fueron, y era el mensa-
»jero que traía el despacho para que nos partiésemos.
»Luego comenzó á hacer tan terrible tempestad, que
»parecía se hundía todo el mundo con agua y piedra,
»y á mí me dió tan gran mal, que parecía me moría.
»Los médicos y todos los que me veían tenían por im-
»posible poderme poner en camino, porque eran recí-
»simos los dolores y turbaciones sobrenaturales que
»padecía, y esto me hacía tener más ánimo y dar más
»priesa para que se tomasen las bestias y todo lo que
»era menester para venirnos estotro día, que este si-
»guiente á la noche que el mensajero vino, era domin-
»go, y por el mucho mal no pude oir misa, aunque
»estaba el coro bien cerca de la celda. Con todo nos
»partimos el propio lunes á las tres de la mañana, con
»mucho contento de todas las que venían, que les pa-
»recía se había de servir Nuestro Señor mucho en su
»camino.»

LIBRO CUARTO.

Trata de la estancia de Ana de Jesús en Granada, desde la fundación en esta ciudad hasta la que se hizo en Madrid. 1582—1585.

CAPÍTULO I

Ana y sus compañeras se detienen en Daifontes,—Dáse noticia de dos prodigios y una horrorosa tempestad que ocurrieron en el viaje.—Frústranse las diligencias que con el Arzobispo hace S. Juan de la Cruz, y se topa con nuevas dificultades.—D. Luis de Mercado y su hermana reciben á las Carmelitas, y llegan éstas el 20 de Enero de 1582.—De la toma de posesión y de la perfecta observancia, efecto del celo y ejemplo de la sierva de Dios.—Pruebas y consuelos.—De una carta que Santa Teresa escribió á las Carmelitas de Granada el 30 de Mayo de 1582, la cual carta nada prueba en contra de la obediencia de nuestra Venerable.

Si han llegado á nuestra noticia los nombres de las tres religiosas que por consejo de la Santa Madre Teresa tomó Ana de Jesús en Beas, debémoslo á una carta de Francisca de la Madre de Dios, fecha en 20 de Enero de 1625: ellas eran las MM. Beatriz de S. Miguel, Leonor Bautista y Luisa de S. José; y de aquí que al

ponerse la Ven. Madre en camino, ya la acompañasen seis monjas, más cuatro que aguardaba de Sevilla y Villanueva, suman todas diez, que son las de que ella habla en su relación. Al frente de la piadosa comitiva iban dos Descalzos, nuestro P. S. Juan de la Cruz y el P. Pedro de los Ángeles. «Anduvimos con buen tiempo —dice la M.ª Ana—aunque de las tempestades pasadas estaba tal el camino, que las mulas no podían salir de él.» Llegaron por la noche á Daifontes, lugarejo á cinco leguas poco más ó menos de Granada, en donde se detuvieron á descansar y deliberar sobre los medios que sería conveniente ó necesario tomar para el buen éxito de la fundación. Y á la verdad, les sobraban motivos para esperar contra toda esperanza, ya que, según consta en las deposiciones de las MM. Juana Evangelista y María de S. Juan, hicieron maravillosa la jornada de aquel día dos sucesos en que se echó muy bien de ver cuán propicio miraba el cielo á Ana y la empresa que traía entre manos. Y fué que el demonio, cuyos enredos no bastaron á estorbar la partida de las religiosas, pretendió desquitarse en la travesía conduciéndolas á la boca misma de un muy profundo abismo, en el que infaliblemente se hubieran precipitado, á no aparecérseles de improviso un hombre, quien les avisó que tomasen otra dirección. El aparecido fué cabalmente S. José, según que más tarde declaró la sierva de Dios.

A poco de haber escapado de aquel peligro, como uno de los de la comitiva intentara hacer correr su caballería, dió tan horrorosa caída, que ni con señales de vida quedó; tan de verdad, que los compañeros consternados le reconocieron cuidadosamente por si aun respiraba, y le tuvieron por muerto en el acto. Aproximándose con tal motivo Ana al desgraciado, y movida á compasión, dijo á las monjas que la ayudasen

á encomendarle á Dios; y hé aquí que á poco de estar orando, vieron con no pequeña sorpresa que el hombre se levantaba, el semblante risueño y sereno, siendo tal el progreso de su mejoría, que muy pronto pudo montar de nuevo á caballo y proseguir el viaje con los demás.

Por lo que á nuestro Padre S. Juan de la Cruz y al P. Pedro respecta, emplearon parte de la noche en conferenciar con la M.ª Ana sobre el modo de aplacar al Arzobispo de Granada y alcanzar de él licencia para la fundación: así que fueron de parecer, según la Madre Juana Evangelista, que el Santo Padre se les adelantase desde la mañana siguiente para hacer un supremo esfuerzo con el Prelado. «Estando hablando de esto, »oímos,—dice la Venerable—un trueno terribilísimo: »cayó con él un rayo en Granada, en la propia casa del »Arzobispo, cerca de donde dormía; quemóle parte de »su librería y mató algunas bestias, y á él mismo ate»morizó tanto, que de la turbación cayó malo. Esto »dicen le ablandó, que no se acordaban en tal tiempo »haber visto caer rayo en Granada.» Verdad y todo como ello es, hemos de confesar que las gestiones de S. Juan de la Cruz no fueron por eso más eficaces, de creer á la M.ª Evangelista, quien asegura haber respondido el Arzobispo con dureza, negándose siempre á otorgar la licencia que se le pedía; y era (no cabe atribuirlo á otra causa) que quería Dios conceder la gracia á su misma sierva.

Como si lo dicho fuera poco, un nuevo contratiempo llegó á exacervar las dificultades, ya de suyo no pequeñas, en que se hallaban encerrados, porque «este »mesmo día,—dice Ana—el que tenía alquilada la casa »al P. Vicario, en que habíamos de entrar, se quitó de »la palabra y escritura que había hecho á D. Luis de »Mercado y al Licenciado Laguna, diciendo que no sa-

»bía era para monasterio cuando la dió; mas que ahora »que lo sabía, que no saldría de ella él ni mucha gente »que estaba en ella: y ansí lo hizo, que no fueron parte »estos señores, que de secreto nos hacían merced, ni »cincuenta mil ducados que le daban de fianza, para »que la desembarazase. Como supieron estábamos tan »cerca que de ahí á dos días habíamos de llegar, no »sabían qué hacerse: y acaso dijo D. Luis de Mercado á »la señora D.ª Ana de Peñalosa, su hermana (de quien »se había escondido el P. Vicario y no díchole nada »desto): Hermana, bueno sería, pues ya están las reli- »giosas en el camino, que mirase si podrían apearse »aquí en nuestra casa, dándoles un pedazo en que estén »de por sí, hasta que hallen un rincón en qué meterse. »La buena señora que había años que no salía de un »oratorio, con grande sentimiento de su viudez y de la »muerte de sola una hija que tenía, luego se comenzó »á alentar (según ella nos cuenta), y con grande priesa »comenzó á aderezar su casa y á componer todo lo ne- »cesario para la iglesia y nuestro acomodamiento, que »nos le hizo harto bueno, aunque con estrechura, por »la poca casa que había.»

En tanto que D.ª Ana de Peñalosa se ocupaba con actividad en tan piadosos preparativos, Ana de Jesús y sus compañeras proseguían el camino hacia Granada, habiendo salido de Daifontes la noche del martes 19 de Enero, para que su llegada á dicha ciudad no fuese notada. Al pasar por Guadahortuna, dijo la sierva de Dios á sus hijas: «Ya tenemos aquí una monja.» El suceso sacó verdadera la predicción; y es que, luego que se fundó el convento, fué á pretender y tomó el hábito una persona de dicha villa. A las tres de la mañana del miércoles 20 de Enero, fiesta de los santos Fabián y Sebastián, llegaron nuestras viajeras á Granada, en donde las esperaba á la puerta de su casa D.ª Ana, de

quien fueron acogidas con mucha devoción y lágrimas. Ni las monjas pudieron contener las suyas, y al entrar en la capillita que aquella señora había aderezado en el portal, cantaron con el corazón rebosando de alegría el salmo *Laudate Dominum*. La M.ª María de S. Juan dice que Ana de Jesús se puso acto continuo á acabar de decorar la capilla, y prepararlo todo de suerte que se pudiera poner en ella el Santísimo Sacramento.

Perdidas por completo las esperanzas de alcanzar del Sr. Arzobispo licencia de fundar, el P. Vicario provincial pensaba echar mano de un medio extremo, cual era tomar públicamente posesión, poniendo la campana y el Santísimo Sacramento, pareciéndole que una vez hecho esto, mudaría Su Excelencia de opinión; y que por grande que fuese su tenacidad, no se aventuraría en una empresa tan difícil como la de tener suspensa una fundación que, sobre estar establecida en la casa de D. Luis de Mercado, tenía á su favor la buena voluntad de toda la Cancillería. Aprobaron todos el parecer del P. Diego, excepto la M.ª Ana, quien nos va á decir ahora de qué modo se allanaron las dificultades.

«Como no había licencia del Arzobispo,—escribe—»yo pedí se cerrase, y á los Padres que estaban allí »con el P. Vicario, que no tratasen de tocar campana ni »decir misa en público ni en secreto, hasta que tuvié»semos el beneplácito del Arzobispo, que esperaba en »Dios lo daría luego. Enviéle un recaudo diciendo »nuestra llegada, y suplicándole nos viniese á dar su »bendición y á poner el Santísimo Sacramento; porque, »aunque era fiesta, no oiríamos misa hasta que lo or»denase Su Señoría. Respondió con mucho amor, di»ciendo: Fuésemos bien venidas, que él se holgaba »mucho de ello, y quisiera poderse levantar para venir »á decir la primera misa; mas que por estar malo, en-

»viaba su Provisor que la dijese y hiciese todo lo que »yo quisiese. Y ansí llegando el Provisor, que fué »aquella mañana á las siete, le pedí dijese misa y nos »comulgase á todas, dejándonos puesto de su mano el »Santísimo Sacramento: él lo hizo luego con mucha »solemnidad. Estaban estos señores Oidores en nuestra »iglesia, y tanta gente, que era su admiración haberlo »sabido tan presto, porque á las ocho del mesmo día »que llegamos, ya estaba puesto el Santísimo Sacra»mento y diciéndose más misas. Venía toda Granada »como si vinieran á ganar jubileo, y á una voz decían »que éramos santas, y que había Dios visitado esta »tierra con nosotras. Este mesmo día fué D. Luis de »Mercado y el Licenciado Laguna á visitar al Arzo»bispo, que estaba malo de la turbación del rayo que »había caído dos noches había, y halláronle echando »chispas porque habíamos venido: dijéronle que si »tanto le pesaba á Su Señoría ¿para qué había dado »licencia, que ya estaba hecho el monasterio? Respon»dió: «No pude hacer menos, que harto forcé mi con»dición porque no puedo ver monjas; mas no las pienso »dar nada, que aun á las que tengo á mi cargo no pue»do sustentar.»

Si fuéramos á indagar en qué sólidas basas fundó la M.ª Ana el convento de Granada, hallaríamos no ser otras que la omnímoda conformidad con los estatutos del Carmelo, y el deseo sincero y eficaz de adelantar en la perfección; llegando el celo de la Venerable á tal grado de intensidad, que no pudiendo contener su admiración la M.ª Antonia del Espíritu Santo (que había sido formada por Santa Teresa en Avila, y cuya santidad y claro entendimiento le acreditaron en toda la Orden), le decía tal cual vez: «Dios, cuya sabiduría es infinita, ha privado á V. R., Madre nuestra, en parte de la salud, para que modere el rigor con que se inclina

á una perfección á que nosotras no podemos llegar.»

Ni serán menos curiosos para el lector otros pormenores que á lo dicho añade María de S. Juan en su deposición: «Nuestra M.ª Ana de Jesús,—dice—oraba á la continua, y no era menos floja y remisa en la atención que tenía á Dios, de lo cual quedaba uno convencido con solo mirarla al rostro; y tampoco se necesitaba otra cosa para sentirse atraído suavemente á amar al Señor, dado que ello era indicio poderoso de la íntima unión de que Ana gozaba con Su Divina Majestad. Amábanla muy mucho las monjas y cuantos la trataban, y con la santidad, prudencia y enseñanzas de sus conversaciones, hicieron algunas almas, de Dios magníficamente enriquecidas, rápidos progresos en la perfección. Tan ilustrada de lo alto estaba que por ver á una persona conocía todo su interior: de lo cual tenemos todas nosotras muy buena experiencia, y también sabemos que, apesar de los negocios y cuidados anejos al priorato, su alma permanecía unida á Dios, y Su Majestad se le comunicaba ni más ni menos que si en soledad estuviera dedicado á la sola oración.»

Pero reanudemos el relato de la fundación de Granada tal cual nos le transmitió la Venerable, quien continúa en estos términos: «Ansí comenzamos desde »entonces (esto es, desde el primer día) á gozar de »dichos y de hechos de nuestra pobreza. Porque aun»que la señora D.ª Ana nos hacía limosna, era con mu»cha limitación, y de los demás ninguno acudía por »vernos en su casa donde acudían tantos pobres, y se »daban muchas limosnas á casi todos los monasterios y »hospitales desta tierra, y ansí entendían no pasaría»mos nosotras ninguna necesidad, y pasábamosla de »manera, que muchos días no nos pudiéramos sustentar »con lo que esta señora nos daba, si de los Mártires »no nos ayudaran nuestros Padres Descalzos con algún

»pan y pescado; aunque también ellos tenían poco, por »ser año de tanta hambre y esterilidad, que se padecía »en Andalucía grandísima. Ropa para dormir teníamos »tan poca, que no había más de la que trajimos por el »camino: era tan poca, que solas dos ó tres podían dor»mir en ella, y ansí andábamos á noches, quedándose »las más sobre unas esteras que estaban en el coro; y »esto nos daba tanto contento, que por gozarlo no ma»nifestábamos la necesidad que teníamos, antes procu»rábamos ocultarla, en especial á esta santa señora por »no cansarla, y ella como nos veía tan satisfechas y »contentas, y nos tenía en figura de buenas y peniten»tes, no advertía habíamos menester más de lo que nos »daba.

»Pasamos ansí lo más del tiempo que estuvimos »en su casa, que fueron siete meses. En todos ellos des»de el primer día tuvimos muchas visitas de la gente »más grave y religiosa de todas las Ordenes (1), que »no trataban de otra cosa sino de la temeridad que era »comenzar estas cosas con tanta pobreza, y sin funda»mento de comodidades humanas. Nosotras les decía»mos que por eso gozábamos más de las divinas, y que »en confianza de la experiencia del cuidado y provi»dencia de Dios, que tan probada teníamos en nuestros »conventos, no nos daba cuidado comenzarlos ansí, »antes deseaba no se hiciese ninguno de otra manera, »porque teníamos esta por la más segura. Reíanse mu»chos de oirnos y ver la satisfacción con que estábamos »en tanta estrechura, que por guardar nuestra clausura »estábamos bien apretadas, tanto, que el mesmo don

(1) Entre estos religiosos cuéntase el P. Juan Jerónimo, Rector de los Jesuitas, quien decía de nuestra Venerable: «Ninguna necesidad tengo de libros para instruirme: bástame comunicar con la Madre Ana de Jesús» (Deposición jurídica del presbítero Juan de la Ciguela, con fecha del 11 de Febrero de 1622).

»Luis de Mercado, que estaba en la propia casa, no »nos vió jamás sin velo, ni ninguno pudo dar señas de »nosotras. En esto no hacíamos más de lo que profesa- »mos siempre, mas hacen mucho caso dello en esta »tierra.

»Venían muchas personas de todas suertes á pedir »el hábito, y entre más de doscientas que trataron dello, »no hallábamos una que nos pareciese podíamos recibir »conforme á nuestras Constituciones, y por esto á mu- »chas no queríamos hablar, y á otras entreteníamos di- »ciendo era menester supiesen primero nuestro modo de »vivir, y acá probásemos los deseos, y que hasta hallar »casa no había lugar para más de las que estábamos. »Buscábamosla con harta diligencia, mas ni comprada »ni alquilada no había medio de concertarse ninguna. «Yo en este tiempo andaba con algún cuidado de ver la »poca ayuda que se nos ofrecía entre esta gente, y todas »las veces que lo advertía, me parecía oía lo que dijo »Cristo Nuestro Señor á los Apóstoles: *Cuando os envié »á predicar sin alforjas y sin zapatos ¿faltóos algo?* Y mi »alma respondía: No por cierto: con una gran confianza »de que en lo espiritual y temporal nos proveería Su »Majestad cumplidamente. Era de arte, que teníamos »misas y sermones de los más afamados sacerdotes y »predicadores que aquí había, casi sin procurarlo: gus- »taban mucho de confesarnos y saber nuestra vida; y »ansí de la seguridad interior que Dios me daba de que »no nos faltaría nada, como fué de una cosa que luego »que aquí vine se me ofreció. Fué, que con gran peso ó »particularidad, oí interiormente aquel verso que dice: »*Scapulis suis obumbravit tibi, et sub pennis ejus spera- »bis.* Dí cuenta á mi confesor que era el Padre Fr. Juan »de la Cruz y al P. M.º Juan Bautista de Rivera, de la »Compañía de Jesús, con quien comunicaba todo lo que »se me ofrecía en confesión y fuera della, y á entram-

»bos les pareció ser estas cosas prendas que Nuestro »Señor daba de que esta fundación se hacía muy bien »como hasta ahora, que ha cuatro años se ha hecho. »Sea su nombre bendito, que en todo este tiempo me »afirman las Hermanas que vinieron á la fundación, »traían más presencia y más comunicación de Su Ma- »jestad que habían sentido en toda su vida.

»Parecíasele bien en el aprovechamiento con que »andaban, y en el que causaban, al dicho de todos, con »su ejemplo en los monasterios de monjas que hay »aquí. Que del Presidente D. Pedro de Castro supe »había gran diferencia en ellos después que venimos, »digo en las monjas de otras Ordenes, que hay muchas »en Granada. Junto con las mercedes que he dicho nos »hacía Nuestro Señor, gozábamos de una grandísima »que era sentir hacernos compañía la persona de Nues- »tro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del »altar, de manera que nos parecía visible el sentir su »presencia corporal, y esto era tan general y ordinario, »que lo tratábamos entre nosotras diciendo, que nunca »tal efecto parecía nos había hecho el Santísimo Sacra- »mento en ninguna parte como aquí, que desde el »punto que le pusieron nos causó este consuelo, y »hasta ahora dura en algunas, aunque no tan sensible »como en aquellos primeros siete meses.»

Tales fueron los principios de la fundación de Granada, que con justo título podemos llamar fundación eucarística.

Desde Burgos, esto es, á unas ciento cincuenta leguas de Granada, seguía Santa Teresa con el pensamiento y el corazón esta obra que confió á la prudencia y actividad de la más ilustre de sus hijas: ni es lícito pensar que ésta dejara de poner al corriente de cuanto en ella pasaba á sus Prelados, ya que miraba como imposible fundar sin ayuda de la Santa. Sin em-

bargo, no llegaron las cartas á su destino, lo cual nada tiene de extraño, dada la grande distancia que las separaba y la dificultad de las comunicaciones. Hé aqui por qué la Santa Reformadora nada más supo de cuanto á esta fundación concernía, que lo que falsos rumores propalaban en Granada, y que la Priora de Sevilla cuidó de traspasar á la Santa Madre. Forzosamente debió ser ésta mal informada; pero tomando ocasión de las faltas que creyó ver en Ana y sus compañeras, inspirada del cielo les escribió el 30 de Mayo una carta que será eterno monumento de su celo, y como el testamento en que la esclarecida Santa, próxima ya al término de su carrera, consigna el espíritu que debe animar á todos los hijos del Carmelo reformado.

D. Vicente de la Fuente da el texto español de esta carta en la pág. 324 del tomo II de los *Escritos de Santa Teresa*, el cual texto es conforme á las copias manuscritas, números 1 y 2 de la Biblioteca nacional, en Madrid; y advierte el susodicho editor que la traian tan incorrecta las ediciones anteriores, que en la suya se hubieron de hacer como unas cien enmiendas y rectificaciones. El P. Buix publicó también en francés una traducción de este documento (tome III des *Lettres de Sainte Thérése*, page 502), y de ella hacemos expresa mención nada más, porque nos llega al alma (y de este sentimiento es causa el respeto que se merece la Madre Ana de Jesús) que el entusiasta admirador de nuestra Madre Santa Teresa, no haya sido del todo exacto en esta parte de su trabajo. Asi, por ejemplo, pone al frente de la carta esta observación. «Está cotejada con el original que se guarda en el convento del Carmen de Sevilla;» pero D. Vicente de la Fuente dice (pág. 324 y 326) que en las Carmelitas de esta ciudad no hay más que una parte de la carta, y que el resto de la misma no está escrito del propio puño y letra de Santa

Teresa, sino que se compone de copias antiguas que han estado sujetas á las correcciones arriba mencionadas; y de aquí que el notable fragmento que se guarda en Sevilla no tenga fecha ni firma.

Confírmanos directamente estos pormenores la Rda. Madre Priora actual de las Carmelitas de dicha ciudad, quien el 4 de Diciembre de 1873 tuvo á bien enviarnos una copia exacta del manuscrito de nuestra Santa Madre, tal cual existe en los archivos de la Comunidad. ¿Cómo puede, pues, el P. Buix afirmar tan en redondo que *la ha cotejado con el original que se conserva en Sevilla?* Presenta además el mencionado Padre esta carta de un modo que pudiera inducir á creer que solo á Ana de Jesús fué dirigida, pues en la página 499 pone este título: *Carta á Ana de Jesús, Priora de Granada, y más tarde Fundadora del Carmelo en Francia y en los paises Bajos.* En la página 502 le pone asi: *A Ana de Jesús, Priora de Granada, y á sus hijas,* y nada de esto nos parece conforme al texto español, que dice: *A la Madre Priora y religiosas del convento de S. José de Granada;* palabras en que se ve clarísimamente que Santa Teresa no se dirigió solo á Ana, mas también á toda la Comunidad. Pero aun hay otra cosa más extraña, y es la versión que el P. Buix dió á aquellas palabras con que Santa Teresa saluda á las monjas al principio de la carta: *Sea con Vuestras Reverencias el Espíritu Santo. Que le Saint-Esprit soit avec Vos Révérences,* en donde él dice: *Sea con V. R. el Espíritu Santo, mi amada Madre. Que le Saint-Esprit soit avec Votre Révérence, ma chére Mére.* Y aquellas otras con que tropezamos un poco más adelante: *Y ya que hacen,* dice la Santa, *Vuestras Reverencias tales á esos señores, ha sido gran indiscreción haber estado tantas;* lo cual traduce él así: *Por otra parte, mi Reverenda Madre, siendo tan limitado como V. R.ª dice el caudal de esos se-*

ñores que las han acogido, grande indiscreción ha sido llevar con V. R. tantas monjas. Y basta con esto, á nuestro entender, para demostrar cuán fuera de razón andaría querer apoyar en la edición del P. Buix los ataques dirigidos contra la obediencia y modo de proceder de la sierva de Dios.

Ni andan lejos de nuestro sentir los Bolandos: si no léase lo que alegan en los números 948, 949 y 950 de las *Acta Sanctæ Teresiæ* en justificación á Ana de Jesús, y para establecer que á estar Santa Teresa mejor informada de lo que había pasado y bien al corriente de las cosas, no empleara términos tan enérgicos con respecto á la Priora de Granada, y excusara sin repugnancia á su querida Ana: *Ut e non levibus argumentis conjicere fas est, S. Teresia non acribus adeo verbis eam excepisset, si de ejus agendi modo ac de rebus Granatensibus fuisset accuratius edocta..... Omnes..... rerum circumstantias..... si S. Teresia probe scivisset, facile, credo, excusasset Annam suam.*

Como resumen y corona del razonamiento de los alegados escritores (los Bolandos), haremos las siguientes observaciones, varias de las cuales se siguen naturalmente de la historia de la fundación que nos ocupa, tal cual antes la hemos referido con arreglo á los documentos auténticos: 1.° Ana de Jesús estaba bajo la inmediata jurisdicción del Rdo. P. Diego de la Trinidad, Vicario provincial, que lo era en Andalucía en ausencia del P. Gracián. 2.° Antes de fundar y mientras se hizo la fundación, tuvo siempre á su lado á nuestro Padre S. Juan de la Cruz, sin cuyo parecer nada hacía. 3.° En el lecho de la muerte, y próxima ya á comparecer ante Dios, la Ven. Madre declaró á su confesor *que no pensaba haber fallado á la obediencia* (Véase nuestra Memoria sobre Ana de Jesús y las Constituc. de las C. D., pág. 137). Afirmó además hacia el

fin de su vida *que nunca había hecho cosa sin pedir antes consejo.* 4.º El Rdo. P. Jerónimo Gracián, como veremos más adelante, fué á Granada el Agosto siguiente, y enterado y satisfecho de cuanto se había hecho, mandó á Ana que escribiese ella misma la fundación. 5.º Por último, también la Santa Reformadora reconoció la inocencia de nuestra Venerable, según lo acredita un documento inédito relativo á la vuelta de las dos legas que fueron de Villanueva de la Jara, ó sea una carta autógrafa de la M.ª Magdalena del Espíritu Santo del 12 de Setiembre de 1622, que dice: «Las monjas que fueron á fundar en Granada, estuvieron hospedadas en casa del Consejero D. Luis de Mercado y de su hermana D.ª Ana de Peñalosa. Era un año de grande carestía, y, por consiguiente, de muchas necesidades y privaciones. Fué esto á tiempo que llegaron dos hermanas legas, de bastante edad, que enviaba de Villanueva de la Jara el Prelado (el P. Jerónimo Gracián), y considerando la Santa Madre (Ana de Jesús) que el aumento de dos personas no necesarias sería demasiada carga para sus huéspedes, no las permitió entrar en Granada, y rogó á los que las llevaban que las volviesen á Villanueva. Esta disposición le valió á la sierva de Dios muy buenos reproches y reprensiones (alude á la carta del 30 de Mayo), aunque el Prelado y los demás (refiérese al P. Diego y á los Carmelitas de Granada) teniendo en cuenta el estado de las cosas, vieron en ella un acto de muchísima prudencia. Del propio sentir fué nuestra Madre Santa Teresa, dando por muy oportuna la resolución. «Hasta aquí la carta de la M.ª Magdalena, y aunque en la misma se trata de un solo punto, tenemos motivos para creer que la Santa Reformadora se mostró no menos satisfecha de todos los demás.

Desgraciadamente no conservamos ninguna de las

muchas cartas que Santa Teresa escribió á Ana, por haberlas ésta quemado de orden que le comunicó aquella antes de morir, según más atrás notamos; pero no por eso carecemos de hechos maravillosos que prueban con evidencia cuán contenta estaba de la Priora de Granada y su Comunidad la Santa. Dejando para más adelante el referirlos, aquí solo diremos que en el momento de su dichosa muerte el 4 de Octubre de 1582, la Seráfica Madre se apareció llena de gloria á nuestra Venerable, y que ésta por medio de una reliquia suya obró la milagrosa curación de D. Juan de Guzmán; al cual prodigio debieron las Carmelitas de Granada el hermoso convento en que se establecieron definitivamente.

Pues Ana (diremos para terminar esta discusión) recibió orden de quemar todas las cartas que había recibido de Santa Teresa, naturalmente se le ocurre á uno preguntar ¿cómo es que existe y se halla aún en Sevilla el fragmento de la carta del 30 de Mayo de 1582, de que acabamos de hablar? A ciencia cierta nada podemos responder, mas nos permitiremos anunciar conjeturas, á nuestro parecer no mal fundadas: ó bien la sierva de Dios conservó aquella carta porque no la consideraba dirigida á sí exclusiva y personalmente, ó bien (y esto es lo más probable) alguno de los Padres de la Orden, fuera el P. Jerónimo Gracián, fuera nuestro Padre S. Juan de la Cruz, después de cortar de la carta el pedazo que había de necesitar en el viaje que pensaba emprender, llevara aquel fragmento á Sevilla para enseñársele á la M.ª María de S. José, y pedirle cuenta de las noticias no muy exactas que había trasmitido á Santa Teresa (1). En esta última hipótesis, Ana de

(1) Siendo, como dice el autor, conjeturas las que hace del modo de conservarse el fragmento de la carta de que se trata, nos dispensará digamos que no parece probable que nuestro Santo Padre

Jesús perderá enteramente de vista aquella página que parecía acusarla, y sin inquietarse por el juicio de los hombres, sin pensar siquiera en justificarse, continuará tranquilamente la obra confiada á su magnánimo corazón, hasta llevarla felizmente á cabo, como lo testifica el P. Gracián: «Santa Teresa envió á la M.ª Ana de Jesús á fundar el convento de Granada, que salió muy bueno.» (Peregrinación de Anastasio, pág. 75).

CAPÍTULO II

Pasa á Granada el P. Gracián y alquila casa para las Carmelitas. —De una enfermedad de Ana de Jesús, y cómo Santa Teresa en acabando de morir se le aparece y sana.—De la entrada de seis novicias en el convento de Granada. *Amóldalas tú que yo las doraré.*—Preséntase á la Venerable en medio de su Comunidad. Del don de profecía y de curación, de la rabia y de los esfuerzos del demonio contra las monjas, y en particular contra las novicias.—Como, merced á cierto prodigio obrado por una reliquia de Santa Teresa, consigue la sierva de Dios la casa del Gran Capitán, y de la instalación de las religiosas en la misma.—Estado actual del convento y de la iglesia de nuestras Descalzas de Granada.

El Rdo. P. Jerónimo Gracián que había acompañado á Santa Teresa á la fundación de Burgos, se separó de ella para ir á predicar la Cuaresma en Valladolid, y dar principio después á la visita de los conventos. Pasó de Baeza á Granada en el mes de Agosto (1582), proporcionando á Ana y á sus monjas consuelo tanto más dulce cuanto mayor era la soledad en que las había dejado la muerte (en Mayo) del buen P. Diego de la Trinidad, Vicario provincial, que acabó de la

ni el Ven. Gracián exigieran satisfacción alguna á la Madre María de S. José, y que como se conservó otra carta de que él habla (pág. 129) pudo conservarse ésta (Nota de la T.)

peste. Informóse de todo por sí mismo el P. Gracián; ni pudo menos de admirar el excelente espíritu que animaba á todas las Hermanas, y el discreto gobierno de la sierva de Dios; pero se enterneció en extremo al ver el triste estado de aquella Comunidad y las privaciones que padecía, y de aquí que, sin pérdida de tiempo, comenzase á buscarles vivienda más cómoda, lo cual consiguió alquilando la casa de D. Alfonso de Granada y Alarcón.

Grande fué el sentimiento de D. Luis de Mercado y su digna hermana al separarse de las monjas, dado que quisieran tenerlas siempre en su casa, y porque ello no pudo ser, suplióla D.ª Ana perseverando en ayudarlas con limosnas. Así se lo escribía Ana de Jesús á las Carmelitas de Salamanca: «Ella es,—les decía—quien aquí nos sostiene.» Largamente se lo recompensó Dios, levantándola á gran santidad é íntima unión con Su Divina Majestad. Veamos lo que acerca del particular dice en la relación general la M.ª Teresa de Jesús. «Estando un día la M.ª Ana profundamente recogida en oración, vió en Dios dos personas á quienes ella mucho amaba, á saber: al P. Juan de la Cruz y á Ana de Peñalosa. En el asombro que causó á la Venerable aquella vista ¿cómo puede ser eso, Señor?—exclamó—Los que amas en Mí,—respondió Su Majestad—en Mí los volverás á hallar.»

Acababan las monjas de instalarse en la nueva casa y corrían los primeros días de Octubre, cuando la M.ª Ana cayó gravemente enferma, y Santa Teresa de vuelta de Burgos para Avila tuvo que hacer cama en Alba de Tormes. Bien sabido es que la seráfica Avilesa sucumbió de los ardores del amor divino, y que gran muchedumbre de Santos bajaron del cielo á recibir su alma seráfica el día de S. Francisco de Asís, á las nueve de la noche, día y hora en que Ana fué presa de

tan vivos dolores, que no tardó en verse reducida á los últimos: razón por la cual hubo de pasar gran parte de aquella noche en vela nuestro Padre S. Juan de la Cruz, esperando un momento favorable para administrar el Santo Viático á la enferma. En habiéndole recibido, pidió la sierva de Dios la dejasen sola, y apareciéndosele entonces Santa Teresa refulgente de gloria, se entretuvo largo rato con su querida hija. Nada sabía ésta de la enfermedad ni del fallecimiento de la Santa, así que tuvo por augurio de su propia próxima muerte lo que lo era de su curación, puesto que presto se halló muy mejorada, sin que los médicos pudiesen atribuir á causa natural aquella milagrosa mudanza. Oigamos referir á la misma Venerable, al deponer para la canonización de Santa Teresa, las circunstancias de esta aparición: «Voy á decir lo que á mí me sucedió en »Granada al tiempo que murió (Santa Teresa), que fué »tan breve su última enfermedad, que no duró más que »tres días, y así en ninguna de sus casas lo pudimos »saber. Estos días, pues, yo estaba donde digo muy »mala, con tan recia enfermedad, que me tenían des»ahuciada los médicos, y el confesor, que era el Prior »de los Mártires, me había estado esperando toda aque»lla noche á que me diesen lugar los grandes parasis»mos que tenía para poder recibir el Santísimo Sacra»mento. En dándomele, pedí me dejasen sola, y al »punto ví junto á la cama una monja de nuestro hábito, »de la misma manera que andamos, tan gloriosa y cu»bierta de resplandor, que no me dejaba percibir bien »el rostro; mas mirando, la decía: Yo conozco esta mon»ja: y ella sonreíase y acercábase más; y mientras más »cerca, menos la podía ver, porque me lo estorbaba el »grande resplandor que traía en todo el cuerpo, y más »el de la frente, que de sien á sien era excesivo. Y así »mirándola tenía gran estimación de nuestro estado,

»haciendo grande aprecio en mí misma de todas las »particularidades de él. Dábame gana de decir á todas, »cuán poco era dar la vida por conservarle, y la gran »gloria que nos granjeaba. Y pensando era señal ésta »de morirme entonces, en cesando su vista, llamé á dos »monjas las más antiguas del convento, que eran de »las primeras del de Avila, y me habían acompañado »en esta fundación, la M.ª María de Cristo, que era la »Supriora, y la M.ª Antonia del Espíritu Santo, que »antes habían sido Prioras en otros conventos, y yo lo »era á la sazón de éste. Contélas lo que se me había »ofrecido, diciendo: «Sin duda me quiere Nuestro Se»ñor llevar consigo, y por eso les digo esto para que »queden muy encargadas de estimar y hacer guardar »lo que tanta gloria da á Dios y á nosotras. Llámenme »luego al confesor que he menester decirle algunas »cosas»: y así en entrando el P. Prior se lo conté, y hi»ce escribiese á cierto monasterio de los nuestros no »prosiguiesen algunas devociones que habían inven»tado, diferentes de las que profesamos, y hízolo di»ciendo los inconvenientes que yo le había dicho había »en ello. Luego se remedió y no lo usaron más en »aquel convento ni en otro. Yo comencé á estar mejor, »y tanto que causó admiración á los médicos ver cuán »en breve estuve buena. En comenzándome á levantar »llegó la nueva de que Dios havía llevado á nuestra »Santa Madre; al punto que lo oí caí que era ella. Y »dándome tan gran pena que no pude acabar de leer »el renglón en que lo decía, se me ofreció: No dejó de »ser la Iglesia por haber muerto S. Pedro, tampoco ce»sará nuestra Orden, antes crecerá más, que desde el »cielo nos podrá ayudar mejor, como ya lo hace. Con »esto me estuve un largo rato recogida, y quedé tan »consolada y animada, que consolaba á todas con lo »que les decía.»

Huelgan comentarios á esta hermosa plana; pero esto no nos desobliga de notar una vez más, cuán gran estima y afecto tenía Santa Teresa á Ana. Aparécesele gloriosa para consalarla de su muerte; confíale una comisión para mostrarle que desde el cielo vela sobre la Orden con mayor solicitud que durante su vida; prométele una asistencia más eficaz; y, por último, le devuelve la salud, como prenda de su cariño. Aun podríamos añadir con el biógrafo de la Venerable, que Santa Teresa trató en esta ocasión á Ana de Jesús como sucesora suya que había de ser, ya informándola de algunas costumbres contrarias á las de la Orden que se habían introducido en uno de sus conventos, ya disipando con un rayo de su gloria y con la promesa de su continua protección, cuantas preocupaciones pudieran hacerle temible el cargo que la dejaba. Testifica Manrique que desde aquel año hasta la muerte de la Venerable, esto es, en el espacio de unos cuarenta años, casi no pasó uno en que no recibiese Ana alguna gracia especial, ó algún consuelo ó favor extraordinario el día de S. Francisco de Asís; lo cual pudo ser efecto ó del valimiento de la Santa Reformadora, ó del de S. Francisco, de quien la sierva de Dios era muy devota, y cuyo nombre deseó que le pusiesen en la Confirmación, como dijimos en el libro primero. Veamos ya en qué términos dió cuenta Ana á las Carmelitas de Salamanca de los venturosos frutos de la aparición de Santa Teresa, y admiremos en ello su grande humildad y escrupulosa reserva.

«A mí,—dice en la citada carta— gracias á Dios me va muy bien, y ahora tengo más salud y menos cuidado, que Su Majestad lo hace todo en esta casa.»

En enviarles novicias es en lo que especialmente no les faltó Dios, como la misma Ana de Jesús nos lo va á decir: «De ahí á diez meses (esto es, desde que las

»monjas se pasaron á la casa que les alquiló el P. »Gracián), comenzó Nuestro Señor á mover de veras »algunas doncellas de las más principales de aquí, que »ayudadas de sus confesores, sin licencia de sus padres »y deudos (que no había remedio se la diesen para en»trar en Orden tan estrecha) se vinieron en secreto á »tomar el hábito. Dímosle en pocos días á seis con mu»cha solemnidad, y harta turbación de sus deudos y »alboroto de la ciudad, que les parecía cosa terri»ble entrar aquí, y ansí andaban (según nos decían mu»chos) con gran cuidado de guardar sus hijas, porque »de la primera que recibimos, que es la H.ª Mariana de »Jesús, se murió su padre y su madre luego que entró, »y echaron fama que de pena: á ella nunca se le enten»dió ninguna de haber entrado, sino mucho contento »y agradecimiento de la merced que Nuestro Señor la »hizo en traerla á nuestra Orden: ha probado muy bien »en ella y todas que entraron y las demás que despues »se han recibido.»

La M.ª María de S. Juan nos transmite los nombres de las seis novicias que recibió Ana, en carta del 13 de Enero de 1625. La primera fué (como la misma sierva de Dios acaba de apuntar) la H.ª Mariana de Jesús, de cuyas heróicas virtudes hay tanto que decir, que afirma la referida M.ª María se podría componer un gran volumen, si se escribiesen. Hállase su biografía en la pág. 767 del tomo 3.º de la *Reforma*. En la 55 del tomo 4.º se halla también la de la M.ª Isabel de la Encarnación, que fué la segunda novicia, y fundadora más tarde de los conventos de Baeza y Jaén, á la cual califica María de S. Juan de persona distinguida, y verdadera Carmelita Descalza. La propia M.ª María de S. Juan fué la tercera, y la que tuvo la singular dicha de ocupar casi tres años la celda de Ana de Jesús. Sigue luego la M.ª Catalina del Espíritu Santo, de quien la sierva de

Dios hizo particular aprecio á causa de su gran mérito. La quinta y la sexta fueron Catalina de Jesús y María de S. Pablo, las cuales habían pasado ya á mejor vida, cuando María de S. Juan escribió su carta. Recibió además la Venerable dos hermanas legas, Catalina de los Reyes que ya no existía en 1625, y María de S. Alberto cuyas heróicas virtudes, según María de S. Juan, prueban hasta la evidencia que es hija de tal madre.

Contemplemos ya un instante aquella ilustre Comunidad de Granada, y el floreciente noviciado que tantas esperanzas le inspiraba; y para alcanzar el espíritu que animaba á la cabeza y á los miembros de un cuerpo tan bien concertado, no hemos de hacer más que poner los ojos en las varias deposiciones jurídicas, reduciéndolas á suma y compendio. Y porque no se nos trascuerde, he aquí por de pronto un episodio que refieren María de S. Juan y Catalina del Espíritu Santo: Estando un día juntas todas las monjas en recreación, se quedó arrobada la Madre, y nosotras mismas quedamos absortas al ver un como reflejo del cielo en sus facciones. Dirigiéndose poco después la Venerable á la M.ª María de Cristo, que era Supriora y Maestra de novicias, le dijo: «Acabo de encomendar á Nuestro Señor á nuestras amadas novicias y de suplicarle que las haga muy buenas monjas, y háme respondido Su Majestad: *Amóldalas tú que Yo las doraré.* ¡Cuánto me han consolado estas palabras!» Este consuelo puede y debe ser el patrimonio y estímulo de cuantos y cuantas en las comunidades religiosas tienen oficio de criar las almas, pues ellos, así como Ana, deben ajustarlas al divino modelo, y cábeles la honra de cooperar á la acción de Dios que acaba presto la obra y la hermosea con innumerables y ricos adornos. *Dolores de parto siento, hijitos mios,* decía S. Pablo, *hasta que Jesucristo se forme en vosotros* (Gal. IV, 19); en otro lugar: *Yo*

planté, Apolo regó, pero Dios fué el que dió incremento (I. Cor. III. 6).

A lo dicho añade la M.ª Catalina del Espíritu Santo: «Las pláticas de Ana de Jesús versaban comunmente sobre la oración y así enternecían al alma, que yo me hallaba más recogida y unida con Dios al acabarse el recreo que si hubiera estado en el coro.»

«La M.ª Ana,—dice Isabel de la Encarnación—fundó este convento de Granada al símil de los de nuestra Madre Santa Teresa: bien se parecía que se había criado con ella. Con darle por base la mortificación de la propia voluntad y el espíritu de penitencia (virtudes en que sobresalía la sierva de Dios), le puso en estado de gran perfección. Fuera de esto, habíala dotado Su Majestad de muy excelente natural; pero lo que nos hacía enteramente dichosas era su santa y graciosa afabilidad, acompañada del exacto rigor en la observancia. Nada disimulaba con tal que fuese en contra de las leyes ó de mayor perfección; mas el amor divino que en su modo de hablar y reprender resaltaba, hacía que todas sin excepción la amásemos cada vez más.» En confirmación de lo cual podemos alegar un hecho que refiere la M.ª Catalina del Espíritu Santo. «Cierto día,—dice— hablaba una monja alto en recreación, defecto que le reprendió la Ven. Madre dándole á entender cómo ella misma había sido amonestada sobrenaturalmente de no permitir que se hablase con voz tan levantada en las horas de recreo.»

La caridad de Ana con el prójimo no conocía límites, en razón de que se extendía á todas las miserias así del cuerpo como del alma, y no pocas veces mereció que obrase Dios prodigios para ayudarla á aliviar los padecimientos de los otros: acerca de lo cual hallamos muchos pormenores importantes en la deposición de la M.ª Isabel. «Jamás,—dice hablando de la

Venerable — jamás la oí decir mal de nadie, antes al contrario, siempre hablaba favorablemente del prójimo, y era muy ingeniosa para excusar las faltas ajenas. El cuidado que mostraba tener de los enfermos ó afligidos, era todo sobrenatural; y el don de profecía de que estaba dotada, le descubría lo más íntimo de las almas, y lo más propio á asegurar su salvación y felicidad. Así lo experimentó una de nuestras monjas antes de dejar el siglo, porque estando para casarse, envió por ella la Madre con el fin de declararle que debía renunciar á su designio, pues Dios quería que fuese Carmelita Descalza. No bien lo hubo oído la joven, solicitó luego al punto la entrada en nuestro convento, y le dimos el hábito. El caballero que la había pretendido, contrajo matrimonio poco después con otra, pero casarse, enfermar y morir casi fué todo uno.

La misma M.ª Isabel nos proporciona el siguiente relato, aunque de distinto género. «Enfermó la Santa (Ana de Jesús) siendo nosotras seis novicias, y nuestra Madre Maestra nos mandó preparar una funcioncita que sirviera de distraer un poco á la enferma. Como fuese precisamente el día de S. Hilarión, de quien era muy devota nuestra Ven. Madre, pensamos hacer una procesión como de ermitaños que iban á visitar al Santo en la ermita que le habíamos levantado junto á la cama de nuestra Madre Priora. Al efecto, á una de las novicias que representaba al Santo Anacoreta, la vestimos á la usanza de los antiguos solitarios, y le pusimos una larga cabellera de cáñamo; pero sucedió que, al llegar á la cueva, á una monja se le cayó la vela que llevaba en la mano y prendió el fuego en los vestidos del Anacoreta, y no pudimos evitar que se le quemase la cara, las pestañas y las cejas, por prisa que nos dimos á apagarlo. La consternación fué general, y tanto mayor, cuanto la novicia debía salir á libertad el día siguiente

para el examen que precede á la profesión, y hallábase ya en Granada toda su familia. Viéndonos la santa Madre tan afligidas, y ella también lo estaba, incorporóse como pudo, y nos dijo: «No se apuren, hijas, que Dios nos ayudará: acérquese acá la H.ª Catalina (así se llamaba la novicia), y tráiganme un poco de miel.» En tanto que se lo llevaban, cogió entre sus manos la cabeza de la Hermana, á quien desde aquel punto no sólo no le quedó la más leve señal de quemadura en las pestañas, cejas, ni en la cara, antes se tornó más hermosa; y de resultas de ello pudo salir la afortunada Catalina para la exploración, y todas nosotras reconocimos en aquel suceso un milagro que plugo á Dios obrar por medio de su fiel sierva.»

Otro prodigio de por aquel mismo tiempo refiere María de S. Juan. «Estaba,—dice— en aquel convento una novicia tan á los últimos, que esperaban su muerte por instantes, y ya se había pedido á la ropera (que lo era una recién profesa) lo que hacía falta para amortajar á la moribunda. En vez de prepararlo, la susodicha oficiala fué *incontinenti* á la celda de nuestra Madre Ana de Jesús, y le dijo con tono resuelto: *Madre nuestra ¿por qué deja morir V. R. á esta novicia?* Miróla sonriéndose la Venerable, y respondió: *¿Pero cree, hija, que eso está en mi mano? Si, Madre*, replicó la Hermana. *Pues vamos allá*, añade la Priora levantándose y tomando de la mano á la religiosa. *Pregúntanme, Hermana,*—dijo á la enferma la Ven. Madre al llegar— *pregúntanme por qué la dejo morir, y me instan á que la sane: por eso he venido.* Y con la sonrisa en los labios, se sienta junto á la enferma, y comienza á hacerle caricias de manos. No fué menester más para que la moribunda empezase á sentir mejoría, la cual como cada día fuese en aumento, pudo la novicia profesar, y en más de veinte años de religión se hizo una gran santa.»

Pero si Dios multiplicaba los prodigios con el doble fin de hacer resplandecer la virtud de su sierva, y fortalecer en su vocación á las jóvenes que, renunciando á las más alhagüeñas esperanzas del mundo, se acogían en el convento de Granada para inmolarse por el bien de la Iglesia y de las almas, el demonio, dice la M.ª María de la Encarnación, previendo la gloria que aquella Comunidad había de dar á Dios y el daño que á él se le seguiría, cerró contra la misma armado de astucia y furor. ¡Cuántas veces no fué Ana testigo de los lazos que armaba el enemigo para espantar á las novicias y apartarlas de su vocación! Estando cierto día con una de ellas, vió al espíritu maligno bajo la forma de una gran bola de fuego rodando sobre la cabeza de la pobre chica, y ésta, medio muerta de espanto, se arrojó en los brazos de la Ven. Madre, quien le dijo que no temiese: esto fué bastante á hacer huir al demonio, no sin que dejase en pos de sí un hedor intolerable.

Otra vez, en tanto que las monjas rezaban Maitines con mucho recogimiento y fervor, como á las once de la noche oyeron hacia el torno y la portería terribles y redoblados golpes. Quiso la tornera salir del coro y ver lo que era, pero hizo señal la Venerable Madre que no se moviese. Comenzaban ya á turbarse las monjas porque no cesaba el ruido, cuando vieron en medio del coro una culebra enroscada. No dudando Ana que fuese el maligno espíritu, indujo á las Hermanas á no turbarse y proseguir tranquilamente el Oficio, y luego mandó á una que cogiese la bestia y la echase por la ventana; y al instante lo hizo. La Madre Teresa de Jesús, en su deposición jurídica de 22 de Marzo de 1635, completa el precedente relato diciendo, que furioso el demonio de verse tratado con tanto desprecio, desfogó su ira con tal furia en el torno, que no

parecía sino que iba á hacerle astillas; y no contento con esto, quiso vengarse de la sierva de Dios, sugiriendo aquella misma noche á uno de sus mejores amigos sentimientos poco benévolos para con ella.

Poderoso auxiliar tenía Ana en el confesor, que lo era nuestro P. S. Juan de la Cruz, Prior de los Mártires, y á los esfuerzos de ambos debieron las novicias el perseverar en su santa vocación, descubrir los artificios del infierno, y ser admitidas á su tiempo á la profesión. «En profesando—dice la Venerable al ter»minar la relación—con sus dotes procuramos com»prar casa, y aunque se trató de muchas, tanto que se »llegó á hacer escrituras de algunas, no hubo remedio »de efectuarse la compra, hasta que intentamos tomar »la del Duque de Sesa, que por las grandes dificulta»des que para venderse tenía, nos pareció disbarate »querer entrar en ella, y á cuantos lo oían lo parecía, »aunque era lo más á propósito, y en el mejor puesto »que hay en Granada. Determinéme á tratar de ella, »porque había más de dos años me afirmó la Hermana »Secretaria (1) que tres veces le había dado Nuestro »Señor á entender se había de asentar en esta casa del »Duque el convento, y con tanta certificación lo enten»dió, que ninguna cosa sería parte para que dejase de »ser; y ansí se efectuó, y estamos en ella.»

Señalóse la adquisición de la nueva casa con un prodigio que se debe considerar como brillante prueba de la protección que Santa Teresa había prometido á su amada Ana. Refiérelo ésta al deponer para la canonización de la Santa, en estos términos: «En muriendo »la Madre—habla de Santa Teresa—me enviaron á »Granada un pedazo de la sábana sobre que había »muerto, y otros de sus tocas y hábitos, en que iba el

(1) La M.ª Antonia del Espíritu Santo.

»mismo olor y color de óleo que hoy día sale de su »cuerpo. Como la conocía y había tratado tanto, tuve »con ella tan grande devoción, que escribiéndome la »Duquesa de Sesa desde Baena que D. Juan de Guz»mán, su hijo primogénito, marido de la Marquesa de »Ardales, quedaba desahuciado y ya en lo último, y »que por la posta enviaba aquel mensajero para que »le ayudásemos con oraciones, hízome tanta lástima, »que comencé á pedir á la Santa Madre nos ayudase »para alcanzar de Dios su vida; y al punto me dió de»seo de enviar alguna de sus reliquias que pusiesen al »enfermo. No me atreví sin comunicarme con el Rec»tor de la Compañía de Jesús, que era entonces mi »confesor, por ser la Madre tan poco había muerta y »no haberse comenzado á ayudar de sus reliquias, ni »ser conocida en aquella tierra. El P. Rector, que era »el P. Juan Jerónimo, me mandó le enviase luego la »reliquia (un poco de su hábito), fué metido en la car»ta, y al punto se lo pusieron al enfermo; y me escri»bieron, milagrosamente había sanado. Y así quedaron »estas Señoras Duquesas agradecidísimas, tanto que »nos ofrecieron de balde para fundar nuestro conven»to las casas del Gran Capitán que allí tenían. No pudo »realizarse inmediatamente su piadoso deseo, á causa »de ciertos procesos que estaban pendientes; pero al »cabo de algún tiempo tomamos la posesión mediante »una pequeña suma de dinero que hubo que pagar á »D. Luis de Córdoba.»

La ciudad de Baena de que habla este pasaje, tiene diez mil almas, y está situada entre Córdoba y Granada, y en ella tenía un castillo el Gran Capitán, el ilustre D. Gonzalo de Córdoba, quien, en 1492, echó los moros de Granada y de algunas otras ciudades que les quedaban de su antiguo reino. El palacio que poseyó en Granada y que pasó á las Carmelitas, estaba

situado en la calle de S. Matías, frente por frente de un convento de Franciscanos, y Ana de Jesús teniendo ojo á las necesidades de su Comunidad, quiso modificar pronto aquel antiguo edificio, habitado largos años de los secuaces de Mahoma, antes que del Gran Capitán.

En la deposición jurídica del 5 de Agosto de 1635, asegura la M.ª Juana de Jesús haber oído de boca de la misma Ven. Madre los pormenores de un maravilloso incidente que ocurrió durante las obras. Hele aquí tal cual le refiere dicha religiosa, y resérvese el lector el comentarle. Halló la Madre en cierto sitio de la casa un cuerpo como de construcción singular en forma de columna, y sospechando que había allí algo extraordinario, llama á los albañiles, y les manda demoler aquel pilar. Apenas hubieron quitado de él algunas piedras, salió un soplo tan vehemente, que apagó dos ó tres veces la luz; pero prosiguiendo en el trabajo se encontraron con una especie de bomba, de donde se escapó un mal espíritu que llenó á todos de espanto, y singularmente á uno, el cual cayendo de la escalera en que estaba, se rompió un brazo por cerca de la muñeca. Presenciábanlo todo la Ven. Madre y otras monjas que la acompañaban, y movida á compasión del desgraciado oficial, acércase á él, véndale el brazo y la mano con el pañuelo de jerga que ella usaba, y al punto hicieron junta las partes fracturadas, y el buen hombre pudo luego continuar su labor.

Que la sierva de Dios dedicase al Príncipe de los Apóstoles, de quien era muy devota, un altar en la capilla provisional que dispuso en la casa del Gran Capitán, dícenoslo la M.ª Isabel de la Encarnación. Veamos ya algunos pormenores interesantes sobre el estado actual del convento de Granada que pudimos proporcionarnos, porque aun habitan hoy las Carme-

litas Descalzas en la casa del Gran Capitán, una de las más hermosas y capaces de la Orden en España. El muro exterior junto á la entrada, está decorado de bajo relieve en marmol blanco guarnecido de adornos arquitectónicos de un estilo original, y coronado con el escudo del Carmen Descalzo. El bajo relieve representa en un taller á S. José, acompañado de la Santísima Virgen y del Niño Jesús, con el siguiente rótulo: *Et erat subditus illis.* En el interior del convento (en el último piso) se guarda con mucha veneración una reja y un locutorio de que Ana y sus compañeras hicieron uso, y además una escalera de caracol muy estrecha por donde subía nuestro Padre S. Juan de la Cruz cuando iba á estar con la Comunidad, y, añade la tradición, cuando le llevaba sardinas en tiempo de hambre. La iglesia se halla en el ángulo de la calle de S. Matías y enfrente del antes convento de S. Francisco, una parte del cual han convertido en cuartel, y la otra en residencia del Jefe político ó Gobernador de la provincia. No fué construida en vida de la M.ª Ana dicha iglesia, cuya primera piedra puso la M.ª Luisa de San José que murió en esta casa el 24 de Agosto de 1638, y fué hija legítima de D. Jerónimo de Granada y de D.ª María Altamirano.

Ofrece el templo por defuera un aspecto muy original, si se tiene cuenta que el conjunto es de arcilla, la cual, lejos de estar cubierta con una capa de argamasa, viene á ser un verdadero adorno; y el edificio, ya se mire la elegancia del diseño, ya el primor con que fué hecho, colma los deseos de cuantos le contemplan. Tiene dos entradas, la una de las cuales da á la calle, y la otra á la plaza contigua, cuyos pórticos de piedra sillar están adornados con estatuas ó grupos de mármol blanco harto deteriorados: uno de ellos representa á S. José y al Niño Jesús, otro ofrece un sujeto

de que no es fácil darse razón. Vése además una figura vestida de carmelita con corona en la cabeza, la cual tiene en la mano derecha una llave, y con la izquierda entrega á otra carmelita arrodillada y rodeada de auréola un como candado colosal. Por dentro, el templo es una reproducción del orden arquitectónico, común á la mayoría de los que la Religión tiene en España, que es una grande nave con presbiterio levantado algunas gradas de tierra, una balaustrada muy corta, y un crucero coronado con cúpula, pero que por defuera aparece disimulado por su forma cuadrada, en consonancia con el género de arquitectura que á la nación legaron los moros. Las puertas, de madera preciosa, están hechas con el primor y aun con la elegancia que caracterizan las de los edificios religiosos de España. El templo tiene seis altares (sin contar el mayor): cinco están destinados respectivamente á un santo Obispo, á Santa Teresa, á la Santísima Virgen, á S. Felipe Neri, y á S. Miguel: en el sexto se veía un busto de Nuestro Señor.

Fué arruinada esta iglesia en tiempo de la revolución, y desaparecieron todas sus alhajas. El hueco del altar mayor le llena un altar ordinario, sobre el cual está escrita la divisa de S. Juan de la Cruz: *Pati et contemni*, y se ven en él las estatuas de S. Elías, de S. Eliseo, de Nuestra Señora del Carmen, de S. José, de Santa Teresa, de S. Antonio, de S. Sebastián, y del Niño Jesús, de mediana estatura, sin valor artístico, y llevadas allí, á lo que parece, de otra parte cuando se volvió á abrir el templo. Lo más notable que hay en esta iglesia es una colección de catorce cuadros muy grandes, que forman parte de una serie más numerosa, los cuales representan diferentes etapas de la Vida de Santa Teresa, inspirados á todas luces en los grabados que bajo la dirección de nuestra Venerable se publi-

caron en Amberes el año 1613. Los dichos cuadros, cuyo destino en un principio no fué para esta iglesia, tienen leyendas españolas, y al parecer son obras del pincel de Alonso Cano, pintor andaluz, muerto por el año 1645, y autor de un hermoso retrato de Santa Teresa que hay en el museo provincial. No hemos podido descubrir el origen y la historia de las referidas pinturas, pero ellas sin disputa hacen la más bella colección que se conoce de las de la vida de la Seráfica Doctora.

CAPÍTULO III

En que se cuentan las varias maneras en que Santa Teresa nuestra Madre protegió desde el cielo á la Venerable, á la cual, terminado el trienio de la M.ª Catalina de Jesús, eligen en vano por Priora las monjas de Beas.—Resuelve la sierva de Dios á explicar su *Cántico espiritual* á S. Juan de la Cruz, y éste dedica á Ana de Jesús su trabajo.—De la fundación del convento de Málaga.—El don de profecía que tenía Ana resplandece particularmente en lo que concierne á la H.ª Catalina Evangelista, á nuestro Padre S. Juan de la Cruz, al P. Jerónimo Gracián y al P. Pedro de los Ángeles.

Prosiguiendo nuestro relato, referiremos ante todo algunas de las señaladas mercedes que la M.ª Santa Teresa, en prueba de su amor verdaderamente maternal, siguió haciendo desde el cielo á su predilecta hija. En la deposición del 22 de Marzo de 1635, cuenta la Madre Teresa de Jesús lo que sucedió en el convento de Granada un día, víspera del glorioso Patriarca S. José, cuya festividad dió ocasión á que se adornase la capilla lujosamente, y luciese en el altar lo mejor y más precioso que las Carmelitas tenían. A boca de noche, oyeron todas las monjas algo como que revoloteaba alguna cosa en la capilla, y un ruido semejante al pal-

moteo, en el cual reconoció en seguida la sierva de Dios el que era familiar á Santa Teresa. Tuviéronlo las Hermanas por aviso de la Santa, con que las convidaba á celebrar con recogimiento la fiesta, y enseñoreadas ó dominadas de este pensamiento, se retiraron á descansar. No así Ana, y de aquí que, en vez de dormir, envió un recado al sacristán que habitaba fuera de la clausura para que registrase la capilla, por si alguno se había escondido en ella. Nada pudo descubrir el buen hombre á pesar de haber reiterado por segunda y tercera vez su pesquisa de orden de la M.ª Ana; mas ésta, nada tranquila aún (que le era imposible), le preguntó al fin si tenía seguridad de que estuviese cerrada la puerta de la capilla, y como él fuese á cerciorarse de ello, hallóla abierta por culpa de un carpintero que frecuentaba mucho el convento, el cual, (al dejar las llaves en el torno) había dicho que quedaba cerrada la puerta. Sin duda pensaba volver por la noche é incautarse de las alhajas que adornaban el altar: á lo menos es cierto que nunca jamás se dejó ver en el convento el susodicho oficial, así como por cierto tuvieron también las monjas que en aquella ocasión miró Santa Teresa solícitamente por los intereses de la Comunidad.

De otras dos mercedes debidas á las reliquias de la Santa Reformadora, habla la M.ª Ana al deponer para la canonización de la Santa. «Fué aquel mismo año »(1583)—dice—ó el siguiente, la peste de Sevilla, y co»menzó á herir algunas personas en Granada, y en »nuestro convento de los Mártires en una semana ca»yeron dos frailes muertos á deshora, y dijeron que »heridos de la peste. En esta misma semana, estando »el P. Prior del convento diciendo misa en el nuestro, »se sintió herido con tan grande dolor y calentura, »que no pudo salir de la iglesia, y fué forzoso junto al

»altar ponerle un colchón en que se echase, y en él en »peso le llevaron casi muerto al aposento de nuestros »donados (1), que estaba en la portería. En viniendo »los médicos le mandaron cerrar, tanto, que viniendo »personas graves aquel día á visitarle, no consentimos »que entrasen. Todas estábamos rogando á Dios fuese »servido de atajarlo, porque no inficionase el conven- »to, y para esto nos ayudamos de una reliquia de la »Santa Madre que le enviamos para que se pusiese en »la herida. Con ella mejoró instantáneamente, de suer- »te que le pudieron llevar á su convento, y estuvo »bueno, y vivió después más de seis años. Era el Padre »Fr. Juan de la Cruz.»

«A este mismo tiempo—continúa Ana de Jesús— »me sentí un día con tan grande dolor debajo de un »brazo y calentura, que llamé á dos monjas las más »antiguas del convento, encargándoles no dejasen en- »trar á nadie donde yo estaba, porque me sentía heri- »da. Ellas porfiaron á quererme ver el brazo, y vieron »lo estaba, porque tenía una gran seca, y bajaban de »ella por el brazo unas rayas como verdugos muy en- »cendidos. Hiciéronme poner luego sobre la misma »herida una reliquia de nuestra Santa Madre, con que »me quedé dormida, y desperté buena como si nada »hubiera sentido.»

Habiendo en Julio de 1584 espirado el trienio del Priorato de la M.ª Catalina de Jesús en Beas, y tratándose por consiguiente de elegir nueva Priora, las monjas, movidas del mucho amor que á Ana tenían, le dieron los votos, desperanzadas y todo como estaban de conseguir lo que pretendían, porque los Prelados no vinieron en ello, y la M.ª Ana, á quien reservaba Dios

(1) Por estos donados entiéndese los terciarios que servían á las Comunidades en calidad de sacristanes, porteros, demandaderos (Véase *Constituc. de las Carmelitas Descalzas*, cap. III.).

para mayores empresas, permaneció en Granada. En el convento de Bruselas se guarda todavía un fragmento de la carta que la Venerable escribió á su prima María de S. Angelo el 9 de Setiembre de 1584, en la que, á propósito de dicha elección, dice así: «Las de Beas han estado ahora harto bobas, que me volvieron á elegir por Priora de allí, viendo que aun para Granada no basto.»

Relevantes fueron las pruebas que por todo este tiempo dió la sierva de Dios con actos inspirados del cielo y muy dignos de su generoso corazón, de que no eran superiores á sus fuerzas el oficio de Priora de Granada, y los cuidados de que Santa Teresa la había hecho heredera. Maravillada de la profundidad de sentido y de las bellezas encerradas en el *Cántico espiritual* que compuso en la cárcel de Toledo S. Juan de la Cruz, y que comienza por estas palabras: *Adonde te escondiste, amado?* instaba mucho al Santo para que lo comentase ó explicase, á fin de facilitar su inteligencia. Este cántico, dice el Dr. Muñoz, Garnica en su *Ensayo histórico*, es sublime y está lleno de misterios, así como la materia que trata, la cual no es otra cosa que la unión del alma con Dios. Sabido es que Jesucristo se sirvió de la parábola de las vírgenes locas para enseñarnos la solicitud con que las almas deben esperar al Esposo, teniendo encendidas sus lámparas. Antes que Su Majestad, expuso Salomón bajo otra forma el ardiente deseo de las almas que van en busca del celestial Esposo dando vuelta á la ciudad, recorriendo las calles y los caminos, atravesando prados y montañas, informándose dónde come y sestea al mediodía. Tal es el gran misterio que descubre S. Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual.*

Negóse al principio el Santo á satisfacer los deseos de la Venerable, alegando que no se hallaba en aquel

estado de elevación de espíritu en que le fué dado expresar con palabras los maravillosos efectos que la gracia de Dios obraba en su alma; de todo lo cual, decía él, sólo le quedaba una idea confusa, y para poder explicar por escrito aquellas operaciones sobrenaturales y divinas, sería necesario que el Señor le elevase de nuevo al mismo grado de contemplación. Ni satisfizo, ni acobardó á Ana semejante respuesta, porque sabía bien que San Juan de la Cruz no escribía sino al salir de la oración, y que, sin perder de vista la Sagrada Escritura, todo lo sacaba de lo interior de su espíritu, á medida que el Señor le ilustraba con sus divinas luces. No dejó por lo tanto de importunarle hasta que, cediendo el Santo á sus ruegos, dió la explicación de las cuarenta estrofas del *Cántico espiritual*. Ni es para admirar que el místico Doctor dedicase á la misma sierva de Dios su trabajo, dada la grande estima que de ella hacía; en prueba de lo cual, permítasenos alegar dos testimonios auténticos. El primero de los cuales será el de María de la Encarnación en su deposición del 2 de Marzo de 1622, que dice así: «Nuestro bienaventurado Padre Fr. Juan de la Cruz que de ordinario confesaba y daba la Comunión á la Madre Ana de Jesús, hablaba con conocimiento de causa cuando decía de ella: «Es viva imagen de nuestra Madre Santa Teresa en lo que concierne á la oración, al modo de obrar, á las cualidades y á la manera de gobernar»: palabras que no podemos dudar sean fieles manifestadoras de la verdad, dado que el Santo Padre conocía á Santa Teresa, pues fué también su confesor; y aun por esta misma razón, el Santo igualó á Ana de Jesús y á nuestra Santa Madre en el amor y veneración que les tenía».

Fijémonos ahora en lo que al deponer el 22 de Marzo de 1635 cuenta la Madre Teresa de Jesús, Priora del convento bruselense: «Nuestra Venerable Madre—

dice—tuvo muy íntimo trato con nuestro Padre San Juan de la Cruz, el cual fué largos años confesor suyo, como me dijo ella misma. Para formarse una idea de lo mucho que el Santo apreciaba á la sierva de Dios, basta con traer á la memoria los elogios que le tributaba al hablar con las demás, y con leer el prólogo del *Cántico espiritual*».

Y pues nombramos este prólogo, no malograremos lo coyuntura que se nos ofrece de decir algo de él, ya que en ninguna de las ediciones de las obras de nuestro Santo Padre (si no es en la de Bruselas de 1627), se hace mención alguna de Ana de Jesús. Por causas que no nos incumbe aquilatar en este lugar, salió exagerado el contexto del susodicho prólogo, en el que se introduce al Santo dirigiéndose no solo á Ana en particular, sino á todas las almas que en general aspiran á la unión divina. Preciso es recurrir á la mencionada edición de Bruselas, mejor diría, al original que, cual reliquia por más de un concepto preciosa, se guarda en las Carmelitas Descalzas de Jaén, y es el de que nos hemos servido al escribir este libro, si se quiere lograr el prólogo tal cual le escribió San Juan de la Cruz. Así de los diferentes cuadernos manuscritos del *Cántico espiritual* con sus comentarios, como de algunas poesías del Santo, hizo Ana depositaria á la Hermana Isabel de la Encarnación, novicia en el convento de Granada, la cual no quiso nunca desprenderse de aquel sagrado depósito, que llevó consigo á Baeza en donde estuvo once años, y más tarde á Jaén á donde fué á fundar en calidad de Priora. Mandólos encuadernar todos allí en un volúmen en 8.º con corte ó canto dorado, cubierta de terciopelo encarnado y manecillas de plata, tales, por abreviar, cuales hoy día existen. El título del libro es éste: «Explicación de las canciones que tratan del ejercicio del amor entre el

alma y Jesucristo su Esposo, en que se tocan y comentan algunos puntos y efectos de la oración, á petición de la Madre Ana de Jesús, Priora de las Carmelitas Descalzas del convento de San José de Granada, año 1584».

San Juan de la Cruz da principio al prólogo diciendo: «Por cuanto estas canciones, *religiosa Madre*, »parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios» »etc., etc....» Un poco más adelante dice así: «Por ha»berse, pues, estas canciones compuesto en amor de »abundante inteligencia mística, no se podrán declarar »al justo, ni mi intento será tal, sino dar alguna luz en »general, *ya que V. R. lo ha querido así*; y esto tengo »por mejor, porque los dichos de amor es mejor de»jarlos en su anchura para que cada uno de ellos se »aproveche según su modo y caudal de espíritu.» Hé aquí, por fin y postre, otro retazo que realza con nuevo brillo á la sierva de Dios: «No podrá ser menos de alar»garme en algunas partes donde lo pidiese la materia »y se ofreciere la ocasión de tratar y declarar algunos »puntos y efectos de oración, que por tocarse en las »Canciones muchos, no podrá ser menos de tratar al»gunos; pero, dejando los más comunes, trataré breve»mente los más extraordinarios que pasan por los que »con el favor de Dios han pasado de principiantes, y »esto por dos cosas: la una, porque para los princi»piantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque »*hablo con V. R. y por su mandado*, á quien Nuestro »Señor ha hecho merced de haberla sacado de estos »principios, y llevádola más adentro al seno de su amor »divino; y así, espero que aunque se escriban aquí al»gunos puntos de teología escolástica acerca del trato »interior del alma con su Dios, no será en vano haber »hablado algo á lo puro del espíritu en tal manera; »pues aunque *á V. R.* le falta el ejercicio de lo esco-

»lástico, no le falta el de teología mística, que sabe por »amor, y en que no solamente se saben las verdades, »sino que juntamente se gustan.» Así se expresa nuestro San Juan de la Cruz. «De las cuales palabras,—dice »Manrique—no solamente consta debérsele á Ana de »Jesús estos tratados, no de otra suerte que los que »compuso en el Calvario, sino la grande estimación »que tan gran maestro de oración y espíritu hizo siem»pre del suyo, y de lo mucho que recibía en ella de »Dios.»

Pero hora es ya de que sigamos por otro campo al Santo y á nuestra Venerable. Una fundación de Carmelitas Descalzas llamó á Lisboa en Diciembre de 1584 al R. P. Jerónimo Gracián, el cual, antes de salir de Sevilla, nombró por sustituto suyo en la provincia de Andalucía á San Juan de la Cruz, quedando de resultas á cargo de éste terminar las negociaciones cuyo objeto era instalar en Málaga las Carmelitas, negociaciones á la sazón interrumpidas por falta de cómodo local, más que por otra causa. Pronto allanó el Santo todas las dificultades: alquiló una casa, y procediendo en seguida á tratar de la elección de las fundadoras, como nada le pareciese más eficaz á asegurar el buen éxito de la empresa que ponerla en manos de la Madre Ana de Jesús, que precisamente terminaba su trienio en Granada, descubrió á la sierva de Dios el ánimo que tenía de enviarla á Málaga, y dejar á su cuidado el nombrar por sí de entre las monjas de Granada y Beas, las que la habían de acompañar. Pero el proyecto del P. Provincial, en lo que á la persona de la Venerable se refería, no tuvo efecto, no por otra causa que por el grande aprecio en que la tenían los granadinos, el cual arrastró á los Consejeros de la Cancillería á que tenazmente se opusiesen á la partida de Ana; mas ni con esas quedó dispensada nuestra virgen de estar al

frente de todo el negocio, y de señalar el personal de la nueva fundación. De Granada envió á la Madre María de Cristo para Priora, y á las Madres Lucía de San José y Catalina de Jesús, á las cuales se incorporó para Supriora y Maestra de novicias la Madre María de Jesús, del convento de Beas, y cometió la elección de la quinta, á condición empero de ser apta, á la Madre Priora de aquella Comunidad, quien no dudó acertar enviando á la Hermana Catalina Evangelista. Así dispuesto el personal, partieron para Málaga, y el 17 de Febrero de 1585 tomaron la posesión.

En lo que á la mencionada Hermana Catalina concierne, es en lo que la Venerable Madre hizo resplandecer el espíritu de profecía de que estaba dotada. Francisca de la Madre de Dios en sus cartas autógrafas de los años 1624 y 1625 nos proporcionará los pormenores que vamos á referir. Después que Ana de Jesús partió para Granada, tomó el hábito en Beas Catalina Evangelista, cuya admisión desazonó tanto á la sierva de Dios, que tomando inmediatamente la pluma, escribió á la Priora Catalina de Jesús reprendiéndola de lo hecho; pero subió de punto el disgusto de la Venerable cuando vió llegar á esta religiosa que, con destino á la nueva fundación, le enviaba la Madre Catalina, quien juzgó este medio á propósito para disipar lo que ella achacaba á prevención. Sin dar tiempo, por decirlo así, á que la Hermana Catalina bajase de la cabalgadura, quiso Ana hacerla tomar de nuevo el camino de Beas; mas arrojándose á sus pies las Madres María de Jesús y Francisca de la Madre de Dios, mediaron á favor de la Hermana diciendo de ella mucho y bueno. «No me hablen más—les respondió la Venerable,—que harto sé yo lo que resultará á la postre.» Solo por respeto á las observaciones que el día siguiente hizo San Juan de la Cruz á Ana, consintió ésta en que fuese á Málaga Ca-

talina, pero ello no fué obstáculo á que, puestas en camino las fundadoras, escribiese la Venerable de nuevo á la Priora de Beas, la cual carta dice la Madre Francisca haberla ella leído; y aun afirma que contenía la predicción de cuanto después sucedió.

Tres meses largos estuvo Ana sumergida en profunda tristeza, y rogó á la Madre Francisca que pidiera mucho por el convento de Málaga porque sobre él iba á venir una gran desgracia: y (refiriéndose á nuestro Padre San Juan de la Cruz que, con motivo del Capítulo general había ido á Lisboa en Mayo de 1585) añadió luego: «Yo le suplicaría que fuese á Málaga si estuviese aquí, que como es tan santo, quizá atajara los esfuerzos del demonio, porque todo el infierno se ha conjurado contra esa casa: yo espero, sin embargo, que Dios la defenderá.» Así que no es de extrañar que, vuelto el Santo á Granada, le rogase la sierva de Dios que fuese á Málaga; pero no pudiendo ello ser, redobló Ana sus súplicas al Señor, el cual la aseguró de que los demonios trabajaban inútilmente en arruinar aquel convento. Verdad y todo como el anuncio era, cada vez se mostraba más melancólica la Hermana Catalina, hasta el extremo de perder el juicio, de cuyas resultas se arrojó de una ventana la víspera de la fiesta de San Pedro y San Pablo. No murió en el acto, antes, gracias á la divina Bondad, recobró el uso de razón y recibió con mucho fervor los últimos Sacramentos; sin que semejante incidente acarrease descrédito á la Comunidad, en vista de que tuvieron pronto el consuelo de ver llegar varias doncellas muy principales á pedir el hábito.

Como á nadie más que á Ana atribuyesen los demonios su derrota, trataron vengarse de ella del modo que cuenta la Madre Francisca, cuyos son estos pormenores, los cuales refiere como si los tuviera de la misma Ven. Madre. Dice, pues, que una noche se pre-

sentaron en la celda de la sierva de Dios muchos demonios, arrojando fuego por los ojos y amenazándola: «Anica de Lobera (1) nos hace guerra: venguémonos aquí y de una vez acabemos con esta loba.» «Largo tiempo ha—les dijo Ana—que no me apellido *de Lobera* sino *de Jesús*; pues ¿por qué no me nombrais por mi nombre, llamándome Ana de Jesús?» «Ese es un nombre —replicaron—que nosotros no podemos oir, ni articular: basta que alguno le pronuncie para que sintamos más crueles los tormentos del infierno, y porque tú le llevas grabado en el alma y en el corazón, no podemos hacerte todo el mal que quisiéramos»: y mientras esto decían, tomaron á la sierva de Dios y la levantaron hasta el cielo raso; y como la amenazasen con que la precipitarían desde allí, acogiéndose ella á un esfuerzo de valor sobrehumano, comenzó á invocar sin cesar el *Nombre de Jesús*, con que consiguió que los demonios por fuerza la dejasen sana y salva en su cama. Huyeron luego, y apareciéndose Nuestro Señor á su fiel sierva, la consoló tiernamente dejándola llena de suave alegría.

Creemos que sucedieron en esta misma época varios otros sucesos que vamos á referir, en los que de nuevo se podrá admirar las noticias de lo porvenir con que Ana fué iluminada. El primero (que hace relación á nuestro Padre San Juan de la Cruz) aseguran muchos testigos haberlo oído contar al mismo Santo, y para referirlo aquí, nos valdremos de las deposiciones jurídicas de las Madres Juana Evangelista y Margarita de la Madre de Dios. Es el caso que al volver el Santo Padre de un largo viaje (por lo que parece después del Capítulo general de Lisboa), le cogió la noche precisamente al bajar por una senda escarpada y llena de pre-

(1) Lobera, en español, viene de *lobo*.

cipicios. El asno en que iba caballero, dió un paso en falso en el sitio más peligroso, lo que fué causa de que soltando el Santo los estribos, fuese rodando hasta el fondo del precipicio, en donde hubiera sin remedio perecido, á no detenerle una mano desconocida que le alargó un pedazo de tela, al cual asido, salió libre de tan mal paso. A aquella misma hora se hallaban juntas en recreación de la noche las Carmelitas de Granada, y en medio de ellas la M.ª Ana de Jesús, quien, viendo en espíritu el peligro que corría su Padre, quedó arrobada, le encomendó con instancia al Señor, recogiendo como fruto que Su Divina Majestad le otorgara ir á socorrer al viajero en aquella necesidad. Llegado el bendito Padre á Granada, envió por él la Venerable, y preguntóle qué le había pasado en el camino en tal día y á tal hora, porque la había dado Dios á entender, añadió, el gran peligro en que estaba, razón por la cual había rogado mucho por él. «¿Luego V. R. fué quien me detuvo?—dijo el Santo. Dios se lo pague, que me hubiera despeñado», y contó á Ana lo ocurrido. A lo dicho, añade la M.ª Juana Evangelista que fué tanto el ardor con que oró la sierva de Dios por su amado Padre durante el arrobamiento, que se le volvió á abrir la llaga y se le dislocaron los huesos del pecho, de lo cual la curó enteramente nuestra Madre Santa Teresa apareciéndosele y tocándola con su mano.

Este suceso nos dá asidero para llamar la atención sobre las trazas que seguía el Señor en hacer participante á Ana de Jesús de las mercedes que otorgaba á S. Juan de la Cruz, y viceversa, bien así como en varias ocasiones hizo comunes á Ana y á nuestra Santa Madre las gracias que á entrambas dispensaba, de que ya hicimos mención. A este propósito dice el Rdo. P. Hilario de S. Agustín en la deposición del 4 de Marzo de 1627: «Nuestro Padre S. Juan de la Cruz era confesor de la

M.ª Ana, y díjome á mí ésta, que Dios muchas veces les dió á conocer mutuamente lo que pasaba en su interior, y las mercedes con que eran favorecidos en la oración; y después, cuando se veían, se comunicaban el uno al otro aquellas luces, y las hallaban ser conformes á la verdad.»

Otro caso que tiene respeto al P. Gracián, depuso el 22 de Marzo de 1635 la M.ª Teresa de Jesús. Entre las novicias admitidas en Granada, había una hermana del referido Padre, que se llamaba Juliana de la Madre de Dios. Corrióse la voz de que había muerto su hermano, nueva que afligió á toda la Comunidad, y singularmente á la H.ª Juliana. Compadeciéndose de ella Ana de Jesús, pónese en oración, y váse luego á consolarla con la seguridad de que el P. Gracián no había muerto, en prueba de lo cual añadió, que en aquella misma hora estaba diciendo misa en tal parte. La verdad del aserto se comprobó después punto por punto.

Admirable y todo como esto es, tenemos aún por más notable lo que se lee en la deposición y carta de Francisca de la Madre de Dios, tocante al P. Pedro de los Angeles, el mismo que, según ya dijimos, diputó el Capítulo de Almodóvar en 1578 para ir á defender en Roma la causa de la Reforma, pero que dejándose seducir, entró en los Carmelitas Calzados; cosa que ya había predicho la Ven. Madre. Vuelto á España, se fué á vivir á Granada, en donde vendió la capa blanca que llevaba antes de la apostasía; acción que así llenó de pena á la sierva de Dios cuando lo supo, que no contenta con rescatar la capa (valiéndose para ello del sacristán del convento) envió á decir al P. Pedro cuán al alma le llegaba la injuria que, deshaciéndose de él, había irrogado al hábito de jerga de la Virgen, y que tuviese por cierto había de gozar poco de la estameña.

«El grande afecto que siempre he tenido y tengo aún á V. R.—añadía,—me hace sentir en el alma su mudanza: los ojos le engañaron para que no viese el bien que dejaba. Debió ante todo V. R. haber consultado al Señor por medio de la oración, y pedir parecer á los que aman á V. R., pero como de nada de esto se acordó, no le resta más que encomendar su alma á Dios.» Si se tiene en cuenta que el P. Pedro de los Angeles fué Prior del Calvario, al propio tiempo que confesor de las Carmelitas de Beas, es como se comprenderá mejor lo que dice aquí la Venerable, cuyas palabras hirieron tan en lo vivo al pobre extraviado, que en seguida fué al convento á hablar con ella. Negóse la Madre á recibirle ésta y otras veces que se presentó, diciéndole por la M.ª Beatriz de Jesús, tornera, que pues no había querido la compañía de las Carmelitas Descalzas, que se dejase también de querer hablarlas. El Padre recurrió entonces á varias personas distinguidas, entre ellas al Presidente de la Cancillería, pero como si no: Ana se mantuvo inexorable, y respondió enérgicamente: «Que mire de no poner más los piés en nuestro convento, no sea que Dios le castigue pesadamente.» Pero el Padre Pedro estaba ya arrepentido de haber dejado la Reforma y deseaba mucho volverse á ella, razón por la cual le desconsoló en extremo la repulsa de la Venerable Madre. Como el susodicho Padre pasase un día por delante de la iglesia de las Carmelitas y viese abierta la puerta, dijo á su compañero: «Entremos aquí á hacer oración.» Estando en ella, se le representó tan al vivo su culpa, que se hizo un mar de lágrimas, y con el exceso del dolor se le saltaron los ojos. Costó lo increible volverle á su convento, en donde murió pasados unos días, no sin dar antes hermosas demostraciones de arrepentimiento y de paciencia. Al oir la M.ª Ana lo acaecido dijo: «Eso, hermanas, ya yo me lo

»sabía, y por eso no le había querido hablar; pero »bueno es haberlo pagado en esta vida y haberse aho»rrado así la pena eterna; porque, después de todo, era »gran siervo de Dios y buen religioso.»

Lo dicho prueba suficientemente cuán alto rayaba en la sierva de Dios el don de profecía, mediante el cual le revelaba Nuestro Señor, ya los secretos por venir, ya las cosas presentes, pero del todo ocultas. Mucho más en verdad pudiéramos decir, puesto que, según siente Manrique, si Ana de Jesús estuvo dotada de todas las gracias que llamamos *gratuitas*, descollaba por el don de profecía hasta el punto que, si se recogieran las pruebas que de él dió solo en Granada, bastarían ellas solas á formar un libro.

CAPÍTULO IV

Es reelegida nuestra Venerable para Priora en Granada.—Cuéntase una circunstancia admirable de la admisión de la H.ª Catalina de la Encarnación.—Aparécese Santa Teresa al P. Jerónimo Gracián.—De la elevada oración de Ana, y cómo pierde el sentimiento de la presencia de su corazón después de haberle ofrecido á Nuestro Señor en la comunión.—De los padecimientos que le ocasiona su amor, y nuevas luces proféticas.—Se dá noticia de la última enfermedad y la muerte de la Ven. M.ª Catalina de Jesús.

En Enero de 1585 terminó la sierva de Dios los tres años de priorato, y por esta causa se procedió á la elección. Tan afectas á la M.ª Ana quedaron todas las monjas, dice María de la Cruz, que ni siquiera se les pasó por las mientes elegir á otra (contando sin embargo con la aprobación de los Prelados) que podían hacerlo, ya que las Constituciones de 1581 autorizaban la reelección de las Prioras que acababan de salir del oficio. Veremos después que no cumplió Ana entera-

mente este segundo plazo, porque en Setiembre del año siguiente 1586, tuvo que ir á fundar en Madrid; pero los veinte meses que siguió en Granada, no fueron menos fecundos que los tres primeros años en frutos de santidad y en todo género de gracias.

Desde luego podemos registrar que nuestra Venerable admitió varias novicias, todas ellas excelentes y fuertes reclutas de la Descalcez Carmelitana, cuya observancia mantuvieron y propagaron. Todas formaron parte de la corona de Ana de Jesús, de la cual corona fué en verdad la joya más rica la M.ª María de la Cruz, la misma cuyo testimonio invocamos al comenzar de este capítulo, y cuya biografía daremos en el último del presente libro: y á fe que no nos arrepentiremos de ello, habida consideración al interés que despertará y á las bellas lecciones que nos dará. Ni aun lo tendremos á digresión, supuestas las íntimas relaciones de esta esposa de Jesucristo con la M.ª Ana de Jesús, y la magnífica deposición que con fecha del 3 de Diciembre de 1634 dejó acerca de las virtudes de la que fué su primera madre y maestra en la Religión.

Una circunstancia rarísima señaló la admisión de la H.ª Catalina de la Encarnación, la cual refiere ella misma en estos términos: «Ni por el pensamiento me había pasado ser Carmelita, —dice al deponer— pero orando un día, víspera de la Anunciación, en la catedral de Granada, de repente me sentí inspirada á consagrarme á Dios en la Orden del Carmen, y con deseos tan vivos, que me parecía no poder estorbármelo cosa alguna del mundo. Hasta última hora á nadie dije nada de lo que proyectaba; pero ¿qué sucedió en el ínterin? Pues ni más ni menos que lo siguiente: Juntar la Madre Ana el Capítulo, proponer mi admisión y ponerme en votos, con tan buena suerte que, antes de manifestar yo mi intento, ya estaba admitida. Admirada á la par

que contenta, bendije á Dios por lo que con razón tuve á maravilloso efecto de las oraciones y de la santidad de Ana de Jesús, y puedo asegurar que ni aún sombra de arrepentimiento he tenido desde que tomé el hábito de haber dado este paso.»

En la página 91 del manuscrito *Peregrinación de Anastasio*, refiere el Rdo. P. Jerónimo Gracián una célebre aparición con que le favoreció Santa Teresa, el cual relato tiene aquí su lugar propio. «Estando yo—dice—á eso de las once de la noche del primer domingo de Cuaresma del año 1583 rezando Maitines en una celda, y harto cansado á causa de dos sermones que aquel día hube de predicar en la catedral de Sevilla, levantando los ojos, ví una brillante luz mucho más pura, viva y delicada que la artificial y que la del mismo sol ¿qué digo? éstas son muy groseras comparadas con aquella, puesto que no pasan más allá de los ojos, mientras que la de que hablo penetra hasta lo más íntimo del alma, sin reverberar, ni lastimar, ni ofuscar, antes al contrario, se insinúa muy suave y amorosamente y la deja muy consolada. En el foco de aquella brillante luz, ví su rostro (de Santa Teresa) muy resplandeciente y hermoso, como de persona de unos cuarenta años, y al propio tiempo oí interiormente, que no con el oído corporal, estas palabras: «Los del cielo y los de la tierra seamos unos en pureza y en amor; los de acá gozando, vosotros padeciendo, y lo que nosotros hacemos con la Esencia divina, haced vosotros allá con el Santísimo Sacramento: y dí esto á todas mis hijas.» Aunque instantánea la visión, me dejó impresos en el corazón cuatro deseos, á saber: el de conservar la pureza de alma, de amar á Dios y al prójimo, de padecer por Jesucristo, y de honrar el Santísimo Sacramento: las cuales cuatro cosas fueron para mí desde entonces origen de mucho bien.

Fácil es de comprender cuánta parte de este admirable documento traído desde los altos cielos, y dictado al primer Prelado de la Orden, cabría á nuestra Venerable, si se tiene en cuenta haber sido ella hija predilecta de la Santa Reformadora. Las deposiciones jurídicas de las Madres Isabel de Jesús, María de la Encarnación, María de la Cruz, Teresa de Jesús, Catalina de S. Francisco, Margarita de la Madre de Dios, y María de S. Juan, contienen muy particulares pormenores sobre la devoción que Ana tuvo al Santísimo Sacramento, el amor á Dios y al prójimo, la sed de padecimientos y la pureza de su alma. Ceñirémonos, sin embargo, á historiar nada más que algunos rasgos ó hechos que nos parecen no menos auténticos que propios para edificación de los lectores.

Veíasela no pocas veces en la oración así arrebatada en espíritu, cual si la vida animal la hubiera dejado; y en el rostro, en extremo hermoso y encendido, se le reflejaba la paz más profunda. Comulgaba en Granada todos los días, y en aquellos deliciosos instantes de la acción de gracias señaladamente, es cuando se elevaba y transportaba en Dios: de lo cual supieron muy bien aprovecharse los Consejeros de la Cancillería y otras personas principales, enviándole entonces á decir por la tornera que se encomendaban á sus oraciones para el feliz desenlace de algún proceso, ó para otros asuntos de importancia; mas ella, sin salir del arrobamiento, respondía á la Hermana: «Diga que estén tranquilos, que todo sucederá bien.» Y, á la verdad, el efecto respondía al pronóstico: la Madre, no obstante, de nada se acordaba cuando iban á darle las gracias, ni aunque la hubiese hablado la tornera, á quien reprendía cariñosamente, diciendo: «Dios se lo perdone, Hermana, y tenga en cuenta que si digo al-

guna bobada, no ha de ir á cacarearlo, pues podrían creer que mentimos.»

Por vehemente que fuese en la sierva de Dios el deseo de comulgar á menudo, regulábalo enteramente por la obediencia, y jamás se hubiera atrevido á llegar á la Santa Mesa, sin licencia de la Regla ó del confesor. Sin duda por inspiración del cielo, quiso éste (éralo S. Juan de la Cruz) poner á prueba la virtud de Ana, y lo hizo revocando la licencia otorgada de comulgar diariamente, y mandándole que lo dejase hasta nueva orden suya. El día siguiente, que lo era de fiesta, todas se acercaron á la Santa Mesa, sólo Ana se quedó en su sitio, asombradas de lo cual las religiosas, le dijeron en recreación: «¿Pues cómo, Madre, no ha comulgado hoy V. R.?» «Hijas,—respondió—porque el P. Prior no me lo manda.» Al cabo de unos días, revocó la prohibición S. Juan de la Cruz concediendo de nuevo á la Venerable la comunión; y hé aquí lo que, según relato de la misma Ana á la M.ª Teresa de Jesús, le sucedió al presentarse por primera vez en la ventanilla para recibir la Sagrada Hostia. Dijo haber sido tan excesivo el gozo que le causó el poder unirse á Dios, que saltándosele, por decirlo así, el corazón del pecho, se fué en busca de su Amado, quedándose desde entonces para todo el resto de su vida, como privada de aquella víscera. Al dar cuenta Ana de semejante prodigio á San Juan de la Cruz, díjole el Santo: «No lo extrañe, hija: cuando los pajaritos ven llegar la aurora, no parece sino que quieren echar el resto en cantar las alabanzas del Señor: lo propio ha hecho su corazón, según era grande la dicha que le cupo en recibir á su Dios en persona.

Lo que acabamos de referir es indudable, puesto que así lo reconocen y atestiguan personas muy fidedignas, entre otros muchos (y después de nuestro Padre

S. Juan de la Cruz) las Madres Beatriz de la Concepción, Luisa de Jesús, María de la Trinidad, el P. M.º Diego de Guevara, Provincial de los Agustinos, uno de los religiosos más espirituales y graves de su Orden (quien afirma además haber sabido el hecho de boca de la misma Ana), y el P. M.º Francisco de Bivero, Dominico, Predicador de la Serenísima Infanta Doña Isabel, el cual se informó del caso con la más escrupulosa diligencia. Mas ¿de qué naturaleza fué este prodigio, y en qué consistió? Por lo que á nosotros toca, no osamos dar parecer sobre punto tan delicado, y así nos contentaremos, aun á riesgo de incurrir en repeticiones, con dar el relato y dictamen del P. Francisco Bivero y de Manrique.

En la oración fúnebre que en el día aniversario de la muerte de Ana de Jesús (4 de Marzo de 1622), predicó el P. Francisco en la iglesia del convento real de Carmelitas Descalzas de Bruselas, en presencia de la corte y de mucha gente, se expresó en estos términos: «Prohibióle su confesor (que lo era el P. Juan de la Cruz) comulgar en tanto que él no se lo autorizase de nuevo, con el único fin de mortificarla y humillarla, puesto que para un alma abrasada en el amor divino, es éste un suplicio y martirio cuyo rigor nadie, sino los que pasan por él, pueden apreciar. Ninguna otra mortificación hubiera herido más en lo vivo á la sierva de Dios: no obstante, sin réplica se sometió á la orden del confesor, quien, pasados algunos días, levantó el entredicho, con lo cual tuvo Ana tal alegría y tan vehementes afectos de devoción, que no podía ya contener el corazón. Víctima de suave y dulce emoción, ofrecióse al llegarse á la Sagrada Mesa á Nuestro Señor, y ¡oh prodigio! desde aquel instante jamás le volvió á sentir dentro del pecho; díjomelo su confesor, el cual á su vez adquirió esta noticia de la boca de la misma

Madre. También hablé sobre el particular con dos religiosas muy íntimas de la difunta, y me aseguraron ser así, y que muchas veces habían puesto la mano sobre el pecho, pero que jamás sintieron las palpitaciones que el corazón acostumbra dar.

Manrique, que escribió la historia de la Venerable hacia el año 1630, se expresa por su cuenta del modo siguiente: «Entre otras enfermedades que la Madre »tenía, eran unas palpitaciones de corazón, si bien sen»tidas en todas ocasiones, en las de pena ó gozo mucho »más; y así, con el que en ésta recibió, no le cabía (como »dicen) en el pecho. Ella que vió los saltos que le daba, »hijos de su lealtad, valióse de tan buena ocasión, y »ofreciósele al Señor que iba á recibir, con ternísimo »afecto y sentimiento. ¡Caso notable y prodigio nunca »oído! apenas llegó á la ventanilla del comulgatorio, »cuando sintió en sí misma como que se le arrancaba el »corazón, y se le iba por ella al Sacramento. Desde en»tonces (fué día de S. Mateo), no solamente se le qui»taron las palpitaciones, sino que aún los golpes ordi»narios nunca más los sintió, ni señal de que tuviese »corazón, mas que si de hecho se le hubieran arran»cado. No digo yo que desde este día vivió sin corazón, »ni hay para qué decirlo; pero si le tenía y no le sintió »más, parece que es decirnos con experiencia sobrena»tural, que desde el punto que se le dió á Dios, aunque »vivía en ella, obraba en Él, pulsando allí lo que en »ella no pulsaba. Pulsando, digo, en contínuas peti»ciones, que así las llama Dios *Pulsate et aperietur vobis*, »por sí, por su Religión, por toda España, por toda la »cristiandad, por todo el mundo.»

En este destierro, el amor y los padecimientos corren parejas, y esta es la causa por qué á Ana de Jesús jamás le faltaron penas, desde el feliz momento en que el amor de Jesús sacramentado le arrebató el corazón.